

IDZ
CCIK

EMILIO

ZOLA

LA

EDUCAÇÃO

PQ2246

E4

.2



1080011068



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

9-ES

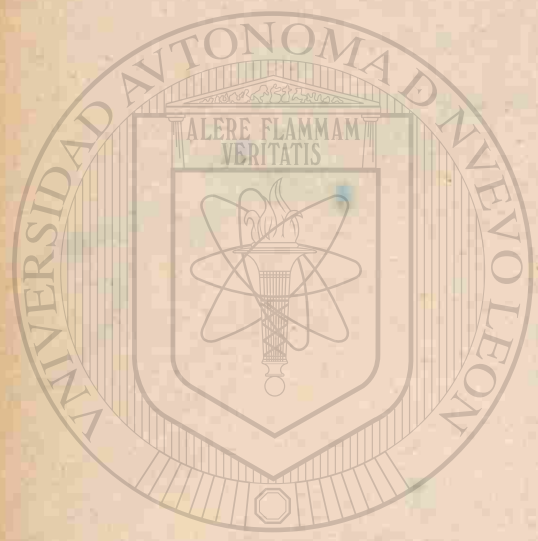
AUBERT

MENTAL

3366

LA EDUCACION SENTIMENTAL

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

F-1039-ES

GUSTAVO FLAUBERT

LA

EDUCACIÓN SENTIMENTAL

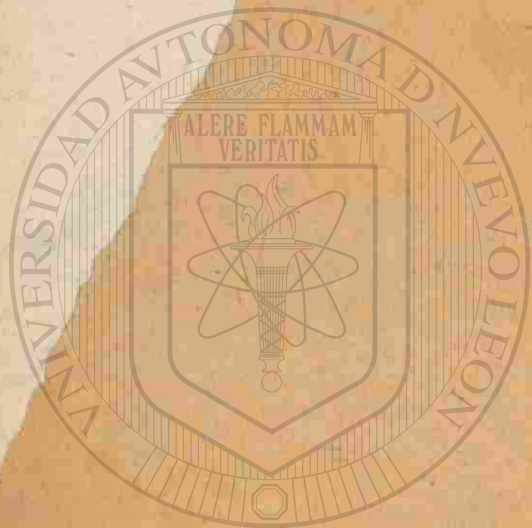
HISTORIA DE UN JOVEN

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

H. GINER DE LOS RÍOS

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

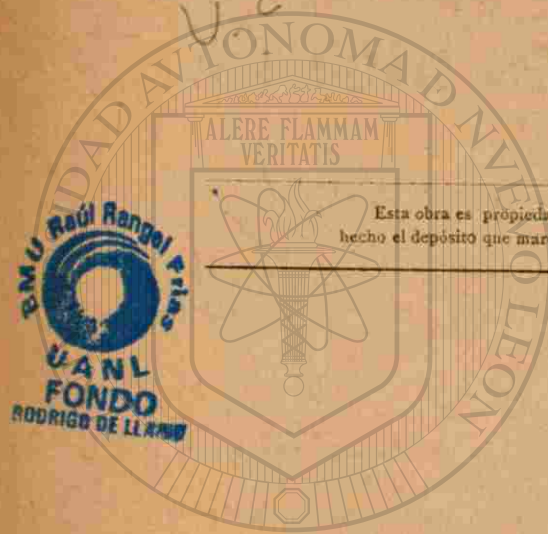
BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID
LIBRERIA DE JOSÉ TORRO

Par. 23

PQ 2246
E4
V2



Esta obra es propiedad del editor. Queda hecho el depósito que marca la ley.

FONDO
RODRIGO DE LLANO

MADRID 1891.—Imprenta de Tomás Minuesa.—Juanelo, 19



IV

LA Mariscala se hallaba dispuesta y lo esperaba.

—Eso está bien—dijo fijando en él sus lindos ojos, á la vez tiernos y alegres.

Cuando tuvo hecho el lazo de su capota, sentóse en el diván y permaneció silenciosa.

—Nos vamos?—preguntó Federico. Ella miró el reloj.

—¡Oh! no; no antes de la una y media—como si ella misma hubiera señalado aquel límite á su incertidumbre.

Cuando sonó por fin la hora:

—Bien; ¡andiamo, caro mío!

®

Y dió la última mano á las bandas de su peinado, é hizo varias recomendaciones á Delina.

—¿La señora vuelve á comer?

—¿Para qué? Comeremos juntos en cualquier parte, en el café Inglés, en donde usted quiera.

—Conforme.

Los perrillos ladraban á su alrededor.

—Les podemos llevar ¿verdad?

Federico los cogió el mismo hasta el coche. Era éste una berlina de alquiler con dos caballos de posta y un postillón. Federico hizo colocar á su criado en el asiento de detrás. La Mariscala pareció satisfecha de sus atenciones; después, en cuanto estuvo acomodada, le preguntó si había estado en casa de Arnoux, recientemente.

—Hace ya un mes—contestó Federico.

—Yo le encontré anteayer, quizás hubiera venido hoy mismo. Pero está lleno de complicaciones, un nuevo proceso, no sé qué. ¡Qué demonio de hombre!

—Sí, muy particular!

Y Federico añadió en tono indiferente:

—A propósito ¿continúa usted viendo... ¿cómo le llamaba usted...? á aquél antiguo cantante... Delmar?

Ella replicó con sequedad:

—No, eso se acabó.

De modo que su ruptura era cierta. Federico formó de aquí esperanzas.

Atravesaron al paso el barrio Breda; las calles, á causa de ser domingo, estaban desiertas y detrás de las ventanas se veían algunas figuras burguesas. El carruaje empezó á andar más deprisa; el ruido de las ruedas hacía que se volvieron los transeúntes, el cuero de la capota bajada, brillaba, el criado se doblaba por la cintura, y los dos habaneros juntos parecían dos manguitos de armiño, echados sobre los cojines. Federico se movía al compás del cabeceo de los muelles de la suspensión. La Mariscala volvía la cabeza á izquierda y derecha sonriendo.

Su sombrero de paja nacarada estaba adornado con encaje negro. La capucha de su albornoz flotaba al aire, y se cubría del sol con una sombrilla de satén lila, cuya punta tenía la figura de una pagoda.

—¡Qué monada de deditos!—dijo Federico cogiéndole suavemente la otra mano, la izquierda, en que se veía un brazaletes de oro de forma de barbada.—Calla, es bonita esta pulsera: ¿de dónde procede esto?

—¡Oh! hace ya mucho tiempo que la tengo—contestó la Mariscala.

El joven nada objetó á aquella hipócrita respuesta. Prefirió aprovecharse de las circunstancias, y como la seguía teniendo por el puño,

apoyó encima sus labios, entre el guante y la manga.

—Estése usted quieto, que van á vernos.

—¡Bah! y qué importa eso?

Después de la plaza de la Concordia, tomaron por el muelle de la Conferencia y el muelle de Billy, donde se vé un cedro en un jardín. Rosanette creía que el Líbano se halla situado en China; se rió de su propia ignorancia, y rogó á Federico que le diese lecciones de Geografía. Luego, dejando á la derecha el Trocadero, atravesaron el puente de Jena, y se detuvieron, por último, en el centro del Campo de Marte, cerca de los demás coches, ya alineados en el Hipódromo.

Los cerrillos de césped se hallaban poblados de gente menuda. Percibíanse curiosos en el balcón de la Escuela Militar, y los dos pabellones de fuera del peso, las dos tribunas levantadas en su recinto, y una tercera delante de la del rey, estaban llenas de una multitud bien vestida que demostraba, por su actitud, culta reverencia hacia una diversión entonces nueva. El público de las carreras, más especial en aquel tiempo, tenía un aspecto menos vulgar; era la época de las trabillas, de las valonas de terciopelo y de los guantes blancos. Las mujeres, vestidas de colores brillantes, llevaban trajes de talle largo, y sentadas en las gradas aquellas, parecían como grandes macizos de flores, tacho-

nados de negro, en algunos sitios, por los oscuros trajes de los hombres. Pero todas las miradas se dirigían hacia el célebre argelino Bu-Maza, que permanecía impassible, entre dos oficiales de Estado Mayor, en una de las tribunas particulares. La del Jockey-Club contenía únicamente señores graves.

Los más entusiastas se habían colocado abajo, contra la pista, defendida por dos líneas de barrotes de madera unidos por cuerdas; en el extensísimo óvalo que describía este camino, vendedores de coco agitaban su matraca, otros pregonaban el programa de las carreras, otros voceaban cigarros, y elevábase entre todos un inmenso zumbido; pasaban y repasaban los guardias municipales. La campana colgada de uno de los postes cubierto de cifras, sonó, y aparecieron cinco caballos; la gente entró en las tribunas.

Y, sin embargo, gruesas nubes desfloraban con sus espirales, la cima de los olmos de enfrente. Rosanette tenía miedo de que lloviera.

—Tengo grandes paraguas—dijo Federico—y cuanto se necesita para distraerse—añadió destapando el cofre del asiento, donde había provisiones de boca en un cesto.

—Bravo, nos entendemos.

—Y aún nos entenderemos mejor ¿no es verdad?

—Podiera ser—dijo ella ruborizándose.

Los jockeys, con sus casacas de seda, procuraban alinear sus caballos conteniéndolos con ambas manos. Alguien movió una bandera encarnada. Entonces los cinco, inclinándose sobre las crines, arrancaron. Permanecieron al principio apretados como en masa; muy pronto se alargó, se acortó; el que llevaba la casaca amarilla, en medio de la primera vuelta, estuvo para caer; durante mucho tiempo hubo incertidumbre entre Filly y Tibi; después Tom Pouce se vió á la cabeza; pero Clubstick, atrasado desde la partida, se les reunió y llegó el primero, pasando á Sir-Charles en dos cuerpos; fue aquello una sorpresa; se gritó, y las barracas de tablas vibraron al peso de los pataleos.

—Nos divertimos—exclamó la Mariscala—Te amo, querido mío.

Federico no dudó ya de su dicha; aquella última frase de Rosanette se lo confirmaba.

A cien pasos de él, en un milord, apareció una señora. Inclinóse hacia fuera de la portezuela, entrándose luego precipitadamente; este juego repitióse muchas veces; Federico no pudo distinguir su figura. Le asaltó una sospecha y le pareció que era la señora de Arnoux. Imposible, sin embargo. ¿Por qué había venido?

Bajóse él del coche, con pretexto de pasear por el *pesaje*.

—No es usted muy galante—dijo Rosanette. El no la escuchó y adelantó sus pasos. El milord dió la vuelta y se pasó al trote.

En aquel mismo momento, Federico se vió cogido por Cisy.

—Buenas tardes, querido; ¿cómo está usted? Hussonet se encuentra allá abajo. Oiga usted.

Federico intentó desprenderse para aproximarse al milord. La Mariscala le hacía señas para que fuera á reunirse con ella. Cisy la vió y se empeñó en saludarla.

Cuando se acabó el luto de su abuela, realizó su ideal de llegar á tener *cachet*. Chaleco escocés, traje corto, grandes borlas en los apatos y billete de entrada en la presilla del sombrero; nada faltaba, efectivamente, á lo que él mismo llamaba su *chic*, un *chic* anglomano y mosquetero.

Comenzó por quejarse del Campo de Marte, execrable *turf*; habló en seguida de Chantilly y de las gracias que allí se hacían; juró que podía beber doce copas de Champagne, durante las doce campanadas de la media noche; propuso á la Mariscala que apostara, acariciando suavemente á sus dos bichillos. Y apoyándose con el otro codo en la portezuela, continuó diciendo necesidades, con el puño de su *stick* en la boca, las piernas separadas, los riñones estirados. Federico, á su lado, fumaba, procurando siempre

descubrir lo que se había hecho del milord.

Sonó la campana, Cisy se marchó, con gran contentamiento de Rosanette, á quien fastidiaba mucho, según ella decía.

La segunda prueba nada de particular ofreció; tampoco la tercera, excepto un hombre á quien se llevaron en una camilla. La cuarta, en que ocho caballos se disputaron el premio de la villa, fué más interesante.

Los espectadores de las tribunas se habían subido en los bancos. Los demás, de pié en los coches, seguían, gemelos en mano, la evolución de los jockeys; veíaseles pasar como manchas encarnadas, amarillas, blancas y azules todo lo largo de la multitud, que rodeaba el Hipódromo. A lo lejos no parecía excesiva su velocidad; al otro extremo del Campo de Marte, hasta se creía que la disminuían y que adelantaban solo desliziándose, tocando los vientres de los caballos en la tierra sin que se plegaran sus patas.

Pero volvían bien deprisa, y entonces se agrandaban; su paso cortaba los aires, temblaba el suelo, volaban las piedras, y el viento, penetrando en las casacas de los jockeys, las hacía moverse como si fueran velas; con grandes latigazos fustigaban sus bestias para llegar al poste, que era el límite. Mudábanse las cifras, y en medio de los aplausos, el caballo victorioso se arrastraba hasta el peso enteramente cubierto de sudor,

las rodillas tiesas, la cola baja, mientras que su caballero, como agonizando en su silla, se apretaba los costados.

Una disputa retrasó la última partida. La multitud, que se fastidiaba, se esparció. Algunos grupos de hombres hablaban debajo de las tribunas. Las conversaciones eran libres; las mujeres de buena sociedad se marcharon, escandalizadas con la proximidad de las loretas.

También se veían allí eminencias de los bailes públicos; comediantas del bulevar, (y no eran las más bellas las que recibían los mayores homenajes). La vieja Georgina Aubert, la que un zarzuelista llamaba el Luis XI de la prostitución, terriblemente repintada, y lanzando de cuándo en cuándo una especie de risa que parecía gruñido, estaba completamente tendida en su larga calesa, bajo una palatina de marta como en pleno invierno. La señora de Remoussot, de moda por su proceso, subida en lo alto de un break, acompañada por americanos; y Teresa Bachelu, con un aire de virgen gótica, ocupaba con sus doce volantes el interior de un caracol que en el sitio del alero tenía una jardinera llena de rosas. La Mariscala se sintió celosa con aquellas glorias; para que la notasen se puso á hacer grandes gestos y á hablar muy alto.

Algunos *gentlemen* la reconocieron y le dirigieron saludos. Ella los contestaba diciendo

sus nombres á Federico. Todos eran condes, vizcondes, duques y marqueses; y se hinchaba al ver que todos los ojos expresaban un cierto respeto hacia su buena fortuna.

No mostraba Cisy aire menos dichoso en el círculo de hombres maduros que le rodeaba. Sonreían ellos desde lo alto de sus corbatas, como burlándose de él; que al cabo dió la mano al más viejo y se adelantó hacia la Mariscala.

Comía ella con afectada glotonería un trozo de *foiegras*; Federico, por obediencia, la imitaba, sosteniendo entre sus rodillas una botella de vino.

Volvió á verse el milord; era la señora de Ar-noux que palideció extraordinariamente.

—Dame champagne—dijo Rosanette.

Y levantando su copa llena, lo más alto posible, gritó:

—¡Olé por la de allá abajo; por las mujeres honradas, la esposa de mi protector! ¡oh!

Las risas se oyeron á su alrededor, el milord desapareció. Federico le tiró del vestido; estaba pronto á estallar. Pero Cisy estaba allí, en la misma actitud de antes, y con exceso de aplomo, invitó á Rosanette á comer para aquella noche.

—Imposible,—contestó ella.

—Vamos juntos al café Inglés.

Federico, como si nada hubiese oído, perma-

neció mudo; y Cisy dejó á la Mariscala con aire contrariado.

Mientras que hablaba con ella, de pié á la portezuela de la derecha, se presentó Hussonnet por la izquierda, y recogiendo aquella palabra de café Inglés, dijo:

—Lindo establecimiento; ¿pudiéramos tomar allí un bocado? ¿eh?

—Como usted quiera.—dijo Federico, que arrellanado en el rincón de la berlina, miraba cómo desaparecía el milord por el horizonte, sintiendo que algo irreparable acababa de suceder y que había perdido su grande amor. Y la otra estaba allí, cerca de él, el amor fácil y alegre. Pero, cansado, lleno de deseos contradictorios y ni aun sabiendo lo que quería, experimentó desmesurada tristeza, ganas de morir.

Un gran ruido de pasos y de voces le hizo levantar la cabeza; los pilluelos, montándose sobre las cuerdas de la pista, iban á mirar las tribunas; la gente se marchaba. Cayeron algunas gotas de lluvia; la complicación de los coches aumentó, Hussonnet se había perdido.

—Tanto mejor,—dijo Federico.

—¿Preferimos estar solos? preguntó la Mariscala poniendo su mano sobre la de él.

Entonces pasó por delante de ellos, con resplandores de cobre y acero, un espléndido landó tirado por cuatro caballos á la Daumont con

dos jockeys con chupa de terciopelo, con volantes de oro. La señora de Dambreuse iba al lado de su marido, Martinon enfrente; los tres se manifestaban admirados.

—Me han conocido, se dijo Federico.

Quiso Rosanette que pasaran para ver mejor el desfile. La señora de Arnoux, podía presentarse de nuevo, y gritó él al postillón:

—Sigue, sigue, adelante.

Y la berlina se lanzó hacia los Campos Eliseos, por enmedio de los demás carruajes, calestras, briskas, wurts, tandems, tilburys, dog-carts, carros de mudanza con cortinillas de cuero en que iban obreros cantando chufetas en coches de los llamados semi-fortunas, que dirigían con prudencia los mismos padres de familia. En victorias atestadas de gente, algún muchacho, sentado sobre los piés de los demás, llevaba colgando sus dos piernas fuera. Grandes cupés con asiento de paño paseaban viejas aristócratas, que dormitaban; ó era un magnífico stopper el que pasaba, llevando una silla, modesta y coquetona como el frac negro de un dandy. El aguacero aumentaba, sin embargo. Abriáanse los paraguas, las sombrillas, los mackintosh; cruzábanse desde lejos las frases: «Buenas tardes—¿Vá bien?—Sí—No.—Hasta luego,» y sucedíanse las figuras con una rapidez de sombras chinescas. Federico y Rosanette no se hablaban, sintiendo una espe-

cie de atontamiento al ver tan cerca de ellos y continuamente, todas aquellas ruedas volteando.

En algunos momentos, las filas de carruajes, demasiado apretadas, se detenían todas á la vez en muchas hileras. Entonces acercábanse unos y otros y se examinaban mutuamente. De los coches con escudo, caían miradas de indiferencia sobre la multitud; ojos llenos de envidia brillaban en el fondo de los de alquiler; sonrisas denigrantes respondían á las cabezas de porte orgulloso; bocas grandes, abiertas, expresaban admiraciones imbéciles; y acá y allá, algún transeunte, en medio de la vía, daba un salto atrás de repente para evitar al jinete que galopaba entre los carruajes, logrando salir del apuro. Después, todo volvía á ponerse en movimiento; los cocheros aflojaban las riendas, bajaban sus largos látigos; los caballos animados, sacudiendo su barbada, arrojaban espuma á su alrededor; y las grupas y los arneses humeaban, en el vapor de agua que atravesaba el sol poniente. Pasando por bajo del Arco de Triunfo, despedía, á la altura de un hombre, una luz rojiza, que hacía brillar los cubos de las ruedas, los pestillos de las portezuelas, el cabo de las lanzas, las anillas de los cabezales; y á los dos lados de la gran avenida (semejante á un río en que ondularan crines, vestidos, cabezas humanas), los árboles enteramente relucientes por la lluvia, se alzaban

como dos verdes paredes. El azul del cielo, en lo alto, reapareciendo en determinados sitios, mostraba suavidades de raso.

Entonces Federico recordó los días ya lejanos en que envidiaba la inapreciable dicha de encontrarse en uno de aquellos carruajes, al lado de una de aquellas mujeres. Y ahora la poseía, esa dicha, y no por ella era más feliz.

La lluvia había cesado. Los transeuntes, refugiados entre las columnas del Guarda-Muebles, se iban de allí. Algunos paseantes, en la calle Real, subían hacia el bulevar. Delante del ministerio de Negocios Extranjeros, una hilera de papanatas se estacionaba sobre las escaleras.

Cerca de los Baños Chinos, como había algunos hoyos en el empedrado, la berlina caminaba más despacio. Un hombre que llevaba un paletó avellana iba por el borde de la acera; y en sus espaldas fué á dar un salpicón que brotó de las ruedas. Volvióse el hombre furioso; Federico se puso pálido, porque conoció á Deslauriers.

A la puerta del café Inglés, despidió el coche. Rosanette había subido delante mientras él pagaba al postillón.

La encontró en la escalera, hablando con un caballero. Federico cogió su brazo. Pero en medio del corredor, un segundo caballero la detuvo.

—Anda—dijo,—enseguida soy contigo.

Y él entró solo en el gabinete. Por las dos ventanas abiertas, veíase gente en las de las otras casas, vis á vis. Grandes manchas de agua se movían aún en el asfalto del suelo que se secaba, y una magnolia colocada junto al balcón embalsamaba la habitación. Aquel perfume y aquella frescura aflojaron sus nervios; dejóse caer sobre el diván encarnado de debajo del espejo.

La Mariscala llegó, y besándole en la frente, le preguntó:

—¿Tenemos penas, pobre mimi?

—Quizás—replicó Federico.

—No eres tú el único. Lo que equivalía á decir: «olvidemos cada uno las nuestras en una felicidad común.»

Después puso en los labios de Federico un pétalo de rosa. Aquel movimiento de una gracia y casi de una mansedumbre lasciva, enterneció á Federico.

—¿Por qué me causas pesar?—dijo él pensando en la señora de Arnoux.

—¿Yo pesar?

Y de pié, delante de Federico, le miraba frunciendo el entrecejo y con ambas manos sobre sus hombros.

Toda su virtud, todo su rencor, quebró en una cobardía insondable, y dijo:

—Sí, puesto que no quieres darme tu amor

Y la atraía para ponerla sobre sus rodillas.

Dejábase ella; él la estrechaba su cintura, excitándose con el frote de su vestido de seda.

—¿Dónde están?—dijo la voz de Hussonnet en el corredor.

La Mariscala se levantó precipitadamente, y fué á colocarse al otro extremo del gabinete, de espaldas á la puerta.

Pidió ostras y se sentaron á la mesa.

Hussonnet no estuvo divertido. En fuerza de escribir diariamente de toda clase de asuntos, de oír muchas discusiones y de emitir paradojas para deslumbrar, había concluido por perder la noción exacta de las cosas, cegándose á sí mismo con sus mezquinos petardos. Las dificultades de una vida, ligera en otro tiempo, pero embarazosa al presente, manteníanle en perpétua agitación; y su impotencia, que no quería confesarse, le hacía anguloso y sarcástico. A propósito de *Osai*, baile nuevo, hizo guerra cruda á la danza, y á propósito de la danza, á la ópera. Después, á propósito de la ópera, á los Italianos, que por entonces se veían reemplazados con una compañía de actores españoles, como si no estuviéramos bastante cansados de los castellanos. Federico se disgustó por su amor romántico hacia España, y para interrumpir la conversación, preguntó por el colegio de Francia, del cual acababan de excluir á Edgar Quinet y á Mickiewicz.

Pero Hussonnet, admirador de Maistre, se declaró á favor de la autoridad y el espiritualismo. Dudaba, sin embargo, de los hechos mejor comprobados, negaba la historia, discutía las cosas más positivas, hasta exclamar, tratándose de la palabra geometría:—¡Qué broma es eso de la geometría! Todo mezclado de imitaciones de actores. Sainville era su modelo predilecto.

Aquellas excentricidades fatigaban á Federico, que en un movimiento de impaciencia dió con la bota por debajo de la mesa á uno de los bichillos. Los dos se pusieron á ladrar de una manera espantosa.

—Debería usted disponer que se los llevaran;—dijo Federico bruscamente.

Rosanette no tenía confianza en nadie. Entonces volviése Federico hacia el bohemio, y le dijo:—Vamos Hussonnet, sacrifíquese usted.

—Sí, sí, amigo; mfo eso sería muy amable.

Hussonnet se marchó sin hacerse de rogar.

¿De qué manera pagarían su complacencia? Federico ni se ocupó de ello. Empezaba á alegrarse de la entrevista cuando entró un mozo.

—Señora, preguntan por usted.

—¡Cómo! ¿todavía?

—Es preciso, sin embargo, que yo vea,—dijo Rosanette.

Como sentía sed y necesidad, aquella des-

aparición le pareció un delito, casi una grosería. ¿Qué es lo que quería, pues? ¿No tenía bastante con haber ofendido á la señora de Arnoux? Peor para ésta, eso era aparte. En aquel momento aborrecía á todas las mujeres, y le ahogaban las lágrimas por ver su amor desconocido y su concupiscencia engañada.

La Mariscala entró, presentándole á Cisy.

—He invitado á este caballero. He hecho bien, ¿no es verdad?

—Perfectamente; ya lo creo. Y Federico, con sonrisa de ajusticiado, hizo seña al caballero de que se sentara.

La Mariscala se puso á leer la lista de los platos, deteniéndose en estos nombres extravagantes.

—Si tomáramos, por ejemplo, una rueda de conejos á la Richelieu y un pudding á la Orleans?

—Nada de Orleans—exclamó Cisy, que era legitimista y creyó haber dicho una gracia.

—¿Prefiere usted un *turbot* ojo á la Chambord?—repuso ella.

Aquella galantería chocó á Federico.

La Mariscala se decidió por una sencilla cazuela de cangrejos, trufas, una ensalada de piza y sorbetes á la vainilla.

—Después veremos. ¡Andando! ¡Ah! se me olvidaba: mozo, trágame usted un salchichón, pero sin ajo.

Y llamaba al mozo, joven, golpeaba el vaso con su cuchillo; tiraba al techo las migas de pan, y quiso beber enseguida vino de Borgoña.

—No se toma de ese desde el principio,—dijo Federico.

Algunas veces se hacía, según el vizconde.

—No, nunca.

—Sí, por cierto; se lo aseguro á usted.

—¡Ah! ¿lo ves?

La mirada con que acompañó ella aquella frase, significaba: «Este es un hombre rico, escúchale».

La puerta se abría á cada paso, los mozos chillaban y en el gabinete de al lado alguien golpeaba un vals sobre un infernal piano.

Las carreras llevaron luego la conversación á tratar de equitación y de los dos sistemas rivales. Cisy, defendía á Baucher, Federico al conde de Aure, y Rosanette se encogió de hombros, diciendo:

—Basta, por Dios, él entiende más que tú de estas cosas.

Mordía á todo esto una granada, con el codo apoyado sobre la mesa; las bujías del candelabro delante de ella oscilaban con el viento; aquella luz blanquecina daba á sus cútis tonos nacarados, rosa á sus párpados, brillo á sus ojos; el rojo de la fruta se confundía con la púrpura de sus labios, sus delgadas narices temblaban, y

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

toda su persona ofrecía algo de insolente, ébrio y ahogado que exasperaba á Federico, y le infundía, sin embargo locos deseos.

Después preguntó Rosanette con voz tranquila, á quién pertenecía aquel gran landó de librea castaña.

—A la condesa de Dambreuse,— contestó Cisy.

—Son muy ricos, ¿no es verdad?

—Sí, muy ricos, por más que la señora de Dambreuse, que era sencillamente la señorita Boutron, hija de un gobernador, tenga una fortuna modesta.

Su marido, por el contrario, debía reunir muchas herencias, Cisy las enumeraba; como visitaba á los Dambreuse, conocía su historia.

Federico, para disgustarlo, se empeñó en contradecirle. Sostuvo que la señora de Dambreuse se llamaba de Boutron, aseguraba su nobleza.

—Sea lo que quiera, yo desearía tener su tren —dijo la Mariscala, recostándose en su butaca.

Y la manga de su vestido, levantándose un poco, descubrió, en su muñeca izquierda, un brazalete adornado con tres ópalos.

Federico lo vió.

—¡Calla! pues...

Miráronse los tres y se pusieron encarnados.

La puerta se entreabrió discretamente, apareció el ala de un sombrero, y después el perfil de Hussonnet.

—Perdonen ustedes si les molesto, enamorados.

Pero se contuvo, admirándose por ver á Cisy, y de que Cisy hubiese ocupado su sitio.

Trajeron otro cubierto, y como tenía mucha hambre, cogía al azar entre los restos de la comida, carne de una fuente, fruta de una cesta, bebía con una mano mientras se servía con la otra, y á todo esto daba cuenta de su misión.

Los dos tutús estaban en el domicilio. Nada nuevo ocurría por allí. Había encontrado á la cocinera con un soldado, falso cuento, inventado únicamente para hacer efecto.

La Mariscala descolgó de la percha su capota. Federico se precipitó á la campanilla gritando desde lejos al mozo:

—Un coche.

—Tengo el mío —dijo el vizconde.

—Pero caballero.

—Sin embargo, caballero.

Miráronse fijamente en las pupilas, ambos pálidos y las manos temblonas.

Por fin, la Mariscala tomó el brazo de Cisy, y dijo señalando al bohemio sentado á la mesa:

—Cuidele usted que se ahoga, y no quisiera

que su sacrificio por mis perrillos le ocasionara la muerte.

La puerta se cerró.

—¿Y bien?— dijo Hussonnet.

—Y bien, ¿qué?

—Yo creía...

—¿Qué es lo que usted creía?

—¿Pero es que usted no...?

Y completó su frase por un gesto.

—Eh; no, jamás.

Hussonnet no insistió más.

Al invitarse éste á comer, se propuso un objeto. Su periódico, que ya no se llamaba *El Arte*, sino *El bota-fuego*, con este epígrafe: «Artilleros, á vuestras piezas», no prosperaba absolutamente y tenía deseos de transformarlo en revista, solo, sin el auxilio de Deslauriers. Habló nuevamente de su antiguo proyecto y expresó su plan del presente.

Federico, no comprendiendo indudablemente, respondía vagamente, y Hussonnet, empuñando muchos cigarros de encima de la mesa, dijo: «Adiós, amigo», y desapareció.

Federico pidió la cuenta; era grande, y el mozo esperaba su dinero, servilleta al brazo, cuando otro, un individuo palido que se parecía á Martinon, vino á decirle:

Dispense usted; en el mostrador se han olvidado de incluir el coche.

—¿Qué coche?

—El que ese caballero tomó antes para llevar los perrillos.

Y la fisonomía del mozo se alargó como si compadeciera al pobre joven. A Federico le entraron ganas de golpearle. Dió de propina las veinte pesetas que le devolvieron.

—Gracias, excelencia—dijo el hombre de la servilleta con un gran saludo.

Federico pasó el día siguiente rumiando su cólera y su humillación. Reprochóse él no haber abofeteado á Cisy. En cuanto á la Mariscalá, juró no volverla á ver; no faltaban otras tan bellas, y puesto que era necesario dinero para poseer esas mujeres, jugaría á la Bolsa el precio de su finca, se haría rico, aplastaría con su lujo á la Mariscalá y á todo el mundo. Cuando llegó la noche se admiró de no haber pensado en la señora de Arnoux.

—Mucho mejor ¿para qué?

Al otro día, á las ocho, vino Pellerin á visitarle. Comenzó por admiraciones acerca del mobiliario, de las monerías. Después, bruscamente le preguntó:

—¿Estaba usted en las carreras el domingo?

—¡Ah, sí!

Entonces el pintor clamó contra la atanomía de los caballos ingleses, elogió los de Gericault, los caballos del Partenon.

—Iba con usted Rosanette, y empezó su elogio diestramente.

La frialdad de Federico le desconcertó. No sabía cómo llegar al punto del retrato.

Su primera intención había sido hacer un Tiziano. Pero, poco á poco, la variada coloración de su modelo le redujo; y había trabajado francamente, acumulando pasta sobre pasta y luz sobre luz. Al principio, Rosanette pareció encantada; sus citas con Delmar interrumpían las sesiones y dejaron á Pellerin tiempo bastante para deslumbrarse. Luego se apaciguó la admiración y le preguntó si su pintura no carecía de grandeza. Había vuelto á ver los Ticianos, había comprendido la distancia, reconocido su falta, y se puso á repasar sus contornos sencillamente. Enseguida había procurado, desgastándolos, perder en ellos, mezclar los tonos de la cabeza y los de los fondos; y la figura había tomado consistencia, las sombras vigor: todo parecía más firme. Por fin la Mariscala había vuelto. Hasta se había permitido objeciones; el artista, naturalmente, había perseverado. Después de grandes furoros contra su tontería, se dijo que quizás tuviera razón ella. Entonces había comenzado el período de las dudas, sacudidas del pensamiento que provocan los calambres de estómago, los insomnios, la fiebre, el disgusto de sí mismo; tuvo valor para hacer retoques, aunque sin

corazón y sintiendo que su obra era mala.

Lamentábase solo de haber sido rechazado del salón, después reprochaba á Federico de no haber ido á ver el retrato de la Mariscala.

—¡Bastante me importa la Mariscala!

Aquella declaración le envalentonó.

—¿Creería usted que aquella bestia no lo quiere ya ahora?

Lo que no decía era que le había reclamado mil escudos. En su vista, la Mariscala se había preocupado poco de saber quién pagaría, y prefiriendo sacar de Arnoux cosas más urgentes, ni siquiera le había hablado del asunto.

—Y bien ¿y Arnoux?—dijo Federico.

Ella lo había dirigido á él, pero el antiguo comerciante de cuadros no tenía qué hacer del retrato.

—Sostiene que eso pertenece á Rosanette.

—Y con efecto, es de ella.

—¡Cómo! ella es la que me envía á usted—replicó Pellerin.

Si él hubiera creído en la excelencia de su obra, quizás no hubiera pensado en explotarla. Pero una suma (y una suma considerable) sería un mentís á la crítica, una confirmación para sí mismo. Federico, para librarse de esto, inquirió, sus condiciones cortesmente.

La extravagancia de la cifra le rebeló, contentando:

—No, jahl no.

—Es usted, sin embargo, su amante, usted es el que lo ha pedido.

—Permítame usted; yo he sido el intermediario.

—Pero yo no puedo quedarme con eso entre las manos.

El artista se amostazó.

—No le crea á usted tan Cupido.

—Ni yo á usted tan avaro. Servidor.

Acababa se marcharse cuando Sénecal se presentó.

Federico turbado hizo un movimiento de inquietud.

—¿Qué hay?

Sénecal contó su historia.

—El sábado á las nueve, recibió la señora de Arnoux una carta que la llamaba á París; como casualmente, nadie se encontraba por allí para ir á Creil á buscar un coche, deseaba que yo mismo fuera. Lo he rehusado porque eso no entraba en mis funciones. Se marchó y volvió el domingo por la noche. Ayer mañana se presenta Arnoux por la fábrica. La Bordelesa se ha quejado. Yo no sé lo que pasa entre ellos; pero él ha levantado la multa delante de todo el mundo. Cambiamos algunas palabras vivas, y en fin, que me pagó mi cuenta y aquí estoy.

Después deteniéndose en las frases, añadió:

—Por lo demás, no me arrepiento; he cumplido con mi deber. No importa; pero usted es la causa.

—¿Cómo?—exclamó Federico temiendo que Sénecal hubiera adivinado.

Sénecal nada había adivinado, puesto que añadió:

—Quiero decir, que sin usted hubiera quizás encontrado cosa mejor.

Federico sintió una especie de remordimiento.

—¿En qué puedo servir á usted, ahora?

Sénecal pedía un empleo cualquiera, una plaza.

—Esto le es á usted fácil. ¿Conoce usted tanta gente? El Sr. Dambreuse, entre otros, según me ha dicho Deslauriers.

Este recuerdo de Deslauriers fué desagradable para su amigo. No pensaba volver por casa de los Dambreuse, después de su encuentro en el Campo de Marte.

—No soy bastante íntimo en esa casa para recomendar á nadie.

El demócrata pasó aquella negativa estoicamente, y después de un minuto de silencio añadió:

—Todo esto, estoy seguro, procede de la Bordelesa y también de su señora de usted la de Arnoux.

Aquel *de usted* arrancó del corazón de Federico lo poco de buena voluntad que conservaba. Por delicadeza, sin embargo, cogió la llave de su escritorio.

Sénécal le detuvo.

—Gracias.

Después, olvidando sus miserias, habló de las cosas de la patria, las cruces honoríficas prodigadas el día del rey, un cambio de Gobierno, los asuntos Drouillard y Bénir, escándalos de la época, clamó contra la clase media y predijo una revolución.

Un *criid* japonés, colgado de la pared, detuvo sus miradas. Lo cogió, ensayó el mango. después lo arrojó sobre el canapé, con aire de disgusto.

—Vaya, adiós. Necesito ir á Nuestra Señora de Loreto.

—Calla para qué?

—Por que hoy es el funeral del aniversario de Godofredo Cavaignac. Ese murió, manos á la obra. Pero no todo se ha concluido... Quién sabe...

Y Sénécal alargó la mano valientemente.

—Quizás no nos volvamos á ver nunca, adiós.

Aquel adiós, repetido por dos veces, aquel entrecejo fruncido al contemplar el puñal, su resignación y su aire solemne, sobre todo, hicieron soñar á Federico; pero bien pronto dejó de pensar en ello.

En la misma semana le envió su notario del Havre el precio de su finca, ciento setenta y cuatro mil pesetas.

Hizo dos partes del dinero, colocó la primera en valores del Estado y fué á llevar la segunda á casa de un agente de cambio para arriesgarla en la Bolsa. Comía en los restaurants de moda, frecuentaba los teatros y procuraba distraerse, cuando Hussonnet le escribió una carta contándole alegremente que la Mariscala había despedido á Cisy al día siguiente de las carreras. A Federico le agradó aquello sin preocuparle de por qué el bohemio le noticiaba la aventura. La casualidad quiso que encontrara á Cisy tres días después. El caballero puso buena cara y hasta le invitó á comer para el miércoles siguiente.

Federico en la mañana de aquel día, recibió una notificación de alguacil, en la que el Sr. Carlos Juan Bautista Oudry le manifestaba que por fallo de los tribunales había adquirido una propiedad situada en Belleville perteneciente al Sr. Jacobo Arnoux, y que estaba pronto á pagar las doscientas veinte y tres mil pesetas importe de la venta. Pero que de la misma acta resultaba que la suma de las hipotecas con que se hallaba gravado el inmueble excedía del precio de la adquisición, quedando el crédito de Federico completamente perdido.

Todo el mal venía de no haber renovado en tiempo oportuno una inscripción hipotecaria. Arnoux se encargó de aquella comisión y enseguida la había olvidado.

Federico se incomodó contra él y cuando pasó la cólera, dijo:

—¿Después de todo... qué? Si eso puede salvarle tanto mejor; no me moriré por eso; no hay que pensar más en ello.

Pero revolviendo sus papeles sobre la mesa encontró la carta de Hussonnet y vio la postdata en que no se había fijado la primera vez. El bohemio pedía cinco mil pesetas, cifra redonda para arreglar el asunto del periódico.

—¡Ahl! Lo que es este no me fastidia!

Y se negó brutalmente en una carta lacónica; después de lo cual se vistió para ir á la Maison-d'or.

Cisy presentó á sus convidados, empezando por el más respetable, un caballero grueso de pelo blanco:

—El marqués Gilberto des Aulrays, mi padrino. El Sr. Anselmo de Forchambeaux,—dijo después (era éste un joven rubio y flaco, ya calvo); luego, dirigiéndose á un señor de cuarenta años, de maneras sencillas:—José Boffreu, mi primo, y este mi antiguo profesor el señor Vezon, personaje mitad carretero, mitad seminarista, con grandes patillas y una levita larga, abrochada

en la cintura por un solo botón formándole pechera y pechuga.

Cisy esperaba todavía á uno, el barón de Comaing, «que quizás vendrá aunque no es seguro.» A cada momento salía, parecía inquieto; y por último, á las ocho entraron en una sala magníficamente alumbrada y demasiado espaciosa para el número de los convidados. Cisy la había escogido por bambolla, expresamente.

Vefase un centro de plata sobredorada, cargado de flores y frutas, en medio de la mesa, que estaba cubierta de platos de plata, según la antigua moda francesa; los platitos de entremeses llenos de salazones y especias, formaban el adorno de todo alrededor; había de trecho en trecho jarros de vino rosado helado; cinco copas de diferente tamaño estaban alineadas delante de cada sitio, con cosas de uso desconocido, mil utensilios de boca ingeniosos; y solo para el primer servicio se contaba: una cabeza de sollo rociada de champagne; un jamón de York con tokai; zarzales al frito; codornices asadas; un *vol-au-vent* Béchamel, un salteado de perdices rojas, y á los dos extremos de todo, esto hileras de patatas mezcladas con trufas. Una araña y varios candelabros alumbraban la habitación, colgada de damasco encarnado. Cuatro criados, de frac negro, se hallaban situados detrás de los sillones de tafilete. Ante

aquel espectáculo, los convidados se deshicieron en ponderaciones, el preceptor especialmente.

—Palabra de honor que nuestro anfitrión ha hecho verdaderas locuras. Esto resulta demasiado hermoso.

—¿Esto?—dijo el vizconde de Cisy—venga venga. Y á la primera encharada añadió:

—Respetable des Aulnays ¿ha estado usted en el palacio Real á ver *Padre y Portero*?

—Ya sabes que no tengo tiempo—contestó el marqués.

Sus mañanas se dedicaban á un curso de arboricultura, sus noches al Círculo Agrícola, y todas sus tardes á estudios en las fábricas de instrumentos aratorios. Vivía en la Saintonge las tres cuartas partes del año, y aprovechaba sus viajes á la capital para instruirse. Su sombrero de alas anchas, colocado sobre una consola, estaba lleno de folletos.

Cisy advirtió de que de Forchambeaux rechazaba el vino y exclamó:

—Beba usted ¡qué demonio! No está usted alegre por ser esta la última comida de soltero á que asiste.

Al oír aquellas palabras, todos se inclinaron felicitándole.

—Y la joven—dijo el preceptor—será encantadora, seguramente.

—¡Pardiez!—exclamó Cisy—Pero no importa, hace mal: ¡es tan estúpido el casamiento!

—Hablas ligeramente, amigo mío—replicó el Sr. des Aulnays, derramando una lágrima al recuerdo de su difunta.

Y Forchambeaux replicó muchas veces seguidas, con risa falsa:

—Ahí parará usted también, ahí parará usted.

Cisy protestó. El prefería «divertirse, ser libre.» Quería aprender á manejar los puños, para visitar los barrios bajos de la *Cité* como el príncipe Rodolfo de los *Misterios de Paris*; sacó de su bolsillo un *rompe-cabezas* trataba con aspereza á los criados, bebía excesivamente; y, para dar de sí buena opinión, denigraba todos los platos. Despreció hasta las trufas, y el Preceptor, que se deleitaba con aquello, dijo con bajeza:

—Esto no vale lo que aquellos huevos helados de su señora abuela.

Después se puso á hablar con su vecino el agrónomo, que encontraba en la residencia del campo muchas ventajas, aunque no fuera más que la de educar á sus hijos en gustos sencillos. El preceptor aplaudía aquellas ideas y le adulaba, suponiéndole influencia con su discípulo, de quien secretamente deseaba ser el agente de negocios. ®

Federico venía lleno de mal humor contra

Cisy; su necedad le había desarmado. Pero sus gestos, su figura, toda su persona, al recordarle la comida del café Inglés, le molestaba más y más; y escuchaba las observaciones desagradables que hacía á media voz el primo José, buen muchacho, sin fortuna, aficionado á la caza, y estudiante con plaza de gracia. Cisy, á manera de broma, le llamó «ladrón» muchas veces. De repente, dijo:

—¡Ah! el barón!

Entonces entró una persona de treinta años, que tenía algo de rudo en la fisonomía, de suelto en sus ademanes, con el sombrero en la oreja y una flor en el ojal. Aquel era el ideal del vizconde. Quedó éste encantado por su venida, y excitándole su presencia, hasta intentó un *quid pro quo*, pues dijo al pasar un gallo silvestre:

—Este el mejor de los caracteres del campo ó de la Bruyère.

A seguida dirigió al Sr. de Comaing multitud de preguntas sobre personas desconocidas para los demás, y por fin, como dominado por una idea, le dijo:

—¿Diga usted ha pensado usted en mí?

El otro se encogió de hombros.

—No tiene usted edad, niño mío, imposible.

Cisy le había rogado que le presentara en su Club. Pero el barón, apiadándose sin duda de su amor propio, añadió:

—¡Ah! se me olvidaba. Mil felicitaciones por la apuesta, querido.

—¿Qué apuesta?

—La que hizo usted en las carreras, de ir en la misma noche casa de aquella señora.

Federico sintió como la sensación de un latigazo. Pero enseguida se calmó, al ver la fisonomía desconcertada de Cisy.

Con efecto, la Mariscala, desde el día siguiente, se arrepintió, cuando Arnoux, su primer amante, su hombre, se presentó aquella mañana.

Ambos habían hecho comprender al vizconde que «molestaba,» y lo habían despedido con pocos miramientos.

Así es que hizo como que no entendía. El barón agregó:

—¿Qué es de ella, de la valiente Rosa?... ¿Conserva siempre sus hermosas piernas? demostrando con estas palabras que la conocía íntimamente.

A Federico le contrarió el descubrimiento.

—No hay por qué ruborizarse—dijo el barón—es un bonito negocio.

Cisy chasqueó la lengua.

—¡Pché! no tan bonito.

—¡Ah!

—Dios mío, sí. En primer lugar, yo no le encuentro nada de extraordinario; y después, se

tienen semejantes cuantas se quieran, porque en fin... es de las que se venden.

—No á todo el mundo—contestó acremente Federico.

—¡Se cree diferente de los demás!—replicó Cisy—¡qué broma!

Y la risa fué general en la mesa.

Federico sintió que le ahogaban los latidos de su corazón, y bebió dos vasos de agua seguidos. Pero el barón había conservado buen recuerdo de Rosanette.

—¿Sigue siempre con un tal Arnoux?

—No sé nada—contestó Cisy.—No conozco á ese señor.

Añadió, sin embargo, que era una especie de petardista.

—Un momento—gritó Federico.

—Con todo, la cosa es cierta. Hasta ha tenido un proceso.

—Eso no es verdad.

Federico se puso á defender á Arnoux. Él garantizaba su probidad, acabó por creer en ella, inventaba cifras, pruebas. El vizconde, lleno de rencor, y que además estaba ébrio, se empeñó en sus afirmaciones, tanto, que Federico le preguntó seriamente:

—¿Lo hace usted para ofenderme; caballero?

Y lo miraba con las pupilas ardientes como su cigarro.

—¡Oh, no, de ningún modo; hasta le concedo á usted que tiene algo bueno: su mujer.

—¿La conoce usted?

—¡Pardiez! todo el mundo conoce á Sofia Arnoux.

—¿Dice usted?...

Cisy, que se había levantado, replicó balbuceando:

—Todo el mundo conoce eso.

—¡Cállese usted, no son esas las que usted visita.

—Me felicito de ello.

Federico le tiró á la cara su plato, que pasó por encima de la mesa, derribó dos botellas, rompió una compotera, y haciéndose añicos contra el centro, que quebró en tres pedazos, dió en el vientre del vizconde.

Todos se levantaron para contenerle. Él luchaba gritando, presa de una especie de frenesí; el Sr. de los Aulnays repetía:

—Cálmense, vamos, querido niño.

—Pero esto es espantoso—vociferaba el preceptor.

Forchambeaux, lívido como las ciruelas, temblaba: José reía á carcajadas; los mozos secaban el vino y recogían del suelo los restos, y el barón fué á cerrar la ventana, porque el ruido, á pesar del que hacían los coches, hubiera podido oírse desde el bulevar.

Como todo el mundo en el momento de ser lanzado el plato, hablaba á la vez, fué imposible descubrir la causa de aquella ofensa, si era por Arnoux, por la señora de Arnoux, por Rosanette ó por otra persona.

Lo único cierto era la incalificable brutalidad de Federico, que positivamente rehusó el manifestarse pesaroso de haberla cometido.

El señor de los Aulnays procuró dulcificarlo, el primo José, el Preceptor, el mismo Forchambeaux. Durante este tiempo el barón confesaba á Cisy que, cediendo á una debilidad nerviosa, derramaba lágrimas. Federico, por el contrario, se irritaba más cada vez, y así se hubieran estado hasta por la mañana si el barón no hubiera dicho para terminar:

—Caballero, el vizconde enviará á su casa de usted mañana los padrinos.

—¿Hora?

—A medio día si le parece á usted bien.

—Perfectamente, caballero.

Federico, una vez fuera, respiró á pulmones llenos. Hacía mucho tiempo que contenía su corazón. Acababa por fin de satisfacerle; experimentaba cierto orgullo de virilidad, una superabundancia de fuerzas íntimas que le embriagaban. Necesitaba de dos padrinos. El primero en quien pensó fué en Regimbart, dirigiéndose inmediatamente hacia un café de la calle de

San Dionisio. La delantera estaba cerrada; pero brillaba luz en los cristales de encima de la puerta. Abrióse ésta y entró, encorvándose mucho.

Una vela de sebo, en el borde del mostrador, alumbraba la sala desierta. Todos los taburetes, con las patas al aire, estaban colocados encima de las mesas. El dueño y la dueña con un mozo cenaban en el ángulo de cerca de la cocina; y Regimbart, con el sombrero puesto, participaba de la comida, y aun molestaba al mozo, que á cada bocado se veía obligado á volverse un poco de lado. Federico le contó la cosa brevemente y reclamó su ayuda. El ciudadano empezó por no contestar nada; movía los ojos con aire de reflexionar; dió bastantes vueltas por la sala, y dijo por último:

—Sí, con mucho gusto.

Y una sonrisa homicida desarrugó su ceño, al saber que era un noble el adversario.

—Le haremos andar de prisa, tranquilcese usted. En primer lugar... con la espada...

—Es que quizás—objetó Federico—no tenga yo el derecho...

—¡Yo le digo á usted que es preciso escoger la espada!—replicó brutalmente el ciudadano.

—¿Sabe usted tirar?

—Un poco.

—¡Ah, un poco! Vea usted cómo son todos.

Y sienten la rabia de dar asalto. ¿Qué prueba la sala de armas? Escúcheme usted: manténgase usted bien á distancia encerrándose siempre en círculos, y rompa usted, rompa usted. Eso está permitido. Cáñsele usted; después á fondo sobre él francamente. Y sobre todo, fuera malicia; nada de golpes á La Fougère, no; simples, uno, dos, librar la espada, ponerla en disposición de dominar la del adversario. ¿Vé usted? Volviendo el puño como para abrir una cerradura. Tío Bautier, déme usted su bastón. ¡Ah! Esto basta.

Y empuñó la barrilla que servía para encender el gas, encorbó el brazo izquierdo dóbló el derecho y se puso á tirar botonazos contra el tabique. Golpeaba con el pie, se animaba, hasta fingía tropezar con dificultades, gritando: «Estás, estás ahí?» y su silueta se proyectaba en la pared, con su sombrero que parecía tocar en el techo. El cafetero decía de cuándo en cuándo: «Bravo; muy bien.» Su esposa lo admiraba también, aunque conmovida; y Teodoro, antiguo soldado, permanecía enclavado de embobamiento, viéndolo; porque era además fanático por el Sr. Regimbart.

Al día siguiente, temprano, corrió Federico al almacén de Dussardier. Después de una serie de piezas, todas llenas de telas medidas en anaqueles, ó extendidas de través sobre mesas, mientras que en algunos sitios perchas de made-

ra sostenían chales, lo percibió en una especie de caja enrejada, en medio de registros, y escribiendo de pié sobre un pupitre. El valiente muchacho dejó inmediatamente su trabajo.

Los padrinos llegaron antes del mediodía. Federico, por bien parecer, creyó que no debía asistir á la conferencia.

El barón y José declararon que se contentarían con las excusas más sencillas. Pero Regimbart, tenía por principio no ceder nunca, y quería defender al Sr. de Arnoux (Federico no le había hablado de otra cosa), pidió que el vizconde diera las satisfacciones. El Sr. de Comaing se indignó con la jactancia. El ciudadano no pensaba ceder. La conciliación se hizo imposible: se batirían.

Otras dificultades surgieron, porque la elección de armas legalmente correspondía á Cisy, como ofendido. Pero Regimbart sostuvo que, por el envío del cartel, se constituía en ofensor. Los padrinos afirmaron que un bofetón, era, sin embargo, la más cruel de las ofensas. El ciudadano discutió las palabras, puesto que un golpe no era un bofetón. Por último se decidió consultar el caso con militares y los cuatro padrinos salieron para celebrar la consulta con oficiales de un cuartel cualquiera.

Detuviéronse en el del muelle de Orsay. El Sr. de Comaing abordó á dos capitanes y les

expuso la cuestión. Los capitanes no comprendieron nada, embrollados con las frases incidentales del ciudadano; y aconsejaron á aquellos señores que escribieran el asunto, después de lo cual determinarían. Fuéronse entonces á un café, y hasta para hacer las cosas con la mayor discreción, designaron á Cisy por H, y á Federico por una K.

Luego volvieron al cuartel. Los oficiales habían salido; se presentaron á poco y declararon que evidentemente la elección de armas correspondía al Sr. H. Todos fueron á casa de Cisy. Regimbart y Dussardier se quedaron en la acera.

Cuando el vizconde conoció la solución, se turbó de tal manera, que hizo que se la repitieran muchas veces; y cuando el señor de Comaing llegó á las pretensiones de Regimbart, murmuró «sin embargo», no estando él lejos de aceptarlas.

Después se dejó caer en una butaca y declaró que no se batiría.

—¿Eh? ¿Cómo?—dijo el barón.

Entonces Cisy se entregó á un flujo labial desordenado. Quería batirse á trabuco, á quemarropa, con una sola pistola.

—O se pondrá arsénico en un vaso y se escogerá por suerte. Eso se hace algunas veces. ¡Lo he leído yo!

El barón, poco paciente de ordinario, le trató con dureza.

—Esos señores esperan la respuesta de usted. Esto es indecente á la verdad. ¿Qué elige usted, veamos: la espada?

El vizconde replicó «sí» por un movimiento de cabeza, y la cita se fijó para el día siguiente en la puerta Maillot, á las siete en punto.

Dussardier tenía precisión de volver á sus negocios y Regimbart fué á avisar á Federico.

Le habían dejado todo el día sin noticias, y su impaciencia se había hecho intolerable.

—Tanto mejor—exclamó.

El ciudadano quedó satisfecho de su actitud.

—¿Creerá usted que nos exigían excusas? Casi nada, una sola palabra. Pero yo les he enviado lindamente á paseo. Como debía, ¿no es verdad?

—Indudablemente—dijo Federico, aunque pensando que hubiera hecho mejor buscando otro padrino.

Después, cuando se encontró solo, repitió muy alto y muchas veces:

—Voy á batirme, calla, voy á batirme. Es preciso.

Y como al pasearse por el cuarto se detuviera delante de un espejo y apercibiera que estaba pálido, dijo:

—¿Tendré quizás miedo?

Una abominable angustia le sobrecogió á la idea de tener miedo sobre el terreno.

—Sin embargo, ¿si yo muriera? Mi padre fué muerto del mismo modo. Sí, me matarán.

Y de repente, vió á su madre vestida de negro; imágenes incoherentes se desenvolvieron en su cabeza. Le exasperó su propia cobardía, y se entregó á un paroxismo de bravura, á una sed carnicera. Un batallón no le habría hecho retroceder. Calmada la fiebre aquella, se sintió con alegría inquebrantable. Para distraerse, se fué á la Opera, donde había baile. Oyó la música, dirigió los gemelos á las bailarinas, y bebió un vaso de ponche en el entreacto.

Pero al entrar en su casa, la vista de su gabinete, desus muebles, donde quizás se encontraba por última vez, le produjo una cierta debilidad.

Bajó á su jardín. Las estrellas brillaban y las contempló. La idea de batirse por una mujer le agrandaba á sus ojos, le ennoblecía. Después fué á sentarse tranquilamente.

No fué para Cisy lo mismo. Luego que se marchó el barón, José había procurado animar su espíritu, y como el vizconde permaneciera frío, exclamó:

—Si es que prefieres, valiente mío, que las cosas queden así, iré á decirlo.

Cisy no se atrevió á decir «ciertamente»,

pero le disgustó que su primo no le prestara aquel servicio sin hablarle de él.

Deseaba que Federico se muriese durante la noche de un ataque de apoplejía, ó que se produjera una conmoción popular y hubiera por la mañana tantas barricadas que quedaran cerradas todas las entradas del bosque de Boloña, ó que algún acontecimiento impidiera á uno de los padrinos acudir al sitio, porque el duelo no tendría lugar á falta de testigos. Le dieron ganas de escapar por algún tren expreso, á cualquier parte. Lamentó no saber medicina para tomar algo que sin exponer su vida, hiciera creer en su muerte. Y luego hasta desear ponerse gravemente enfermo.

Para oír un consejo, recibir algún auxilio, envió á buscar al Sr. des Aulnays. Pero el excelente hombre se había vuelto á Saintonge, por un telegrama en que le noticiaban la indisposición de una de sus hijas. Aquello pareció de mal augurio á Cisy. Felizmente el Sr. Vezou, su preceptor, vino á verle. Entonces se expansionó.

—¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

—Yo en lugar de usted, señor conde, pagaría un ganapan para que le propinara una felpa.

—Siempre sabría la procedencia, —contestó Cisy.

Y de cuándo en cuándo lanzaba un gemido.

Después añadió:

TOMO II

—¿Pero es que tiene uno derecho de batirse en desafío?

—Es un resto de barbarie ¿qué quiere usted?

Por complacencia, el pedagogo se invitó á sí propio á comer; su discípulo no probó bocado, y después de la comida, experimentó la necesidad de dar una vuelta.

Dijo, al pasar por delante de una iglesia:

—¿Si entráramos un momento... para ver!

El Sr. Vezou lo estimó oportuno y hasta le dió agua bendita.

Era el mes de María, las flores cubrían el altar, cantaban las voces y sonaba el órgano. Pero le fué imposible orar; porque las pompas de la religión le inspiraban ideas de funeral, oía como el murmullo del *De profundis*.

—Vámonos, no me encuentro bien.

Toda la noche la emplearon en jugar á las cartas. El vizconde se esforzaba en perder, para conjurar la mala suerte, cosa de que se aprovechó el Sr. Vezou. En fin, al amanecer, Cisy que ya no podía más, se echó sobre la alfombra y tuvo un sueño lleno de pesadillas desagradables.

Si el valor, sin embargo, consiste en querer dominar la debilidad, el vizconde fué valeroso, porque á la vista de sus padrinos, que vinieron á buscarle, se irguió con todas sus fuerzas, porque la vanidad le hizo comprender que un re-

troceso le perdía. El Sr. de Comaing le cumplimentó por su buen semblante.

Pero en el camino, el balanceo del coche y el calor del sol matinal le enervaron. Su energía cayó, y ni aun distinguía dónde estaban.

El barón se divirtió en aumentar su terror, hablando del «cadáver» y de la manera de entrarlo en la villa, clandestinamente. José replicaba; ambos juzgando el asunto ridículo, estaban persuadidos de que se arreglaría.

Cisy llevaba la cabeza sobre el pecho; la levantó nuevamente é hizo observar que no habían traído médico.

—Es inútil—dijo el barón.

—¿Entonces es que no hay peligro?

José contestó con gravedad:

—Es de esperar.

Y nadie habló más en el coche.

A las siete y diez minutos llegaron á la puerta Maillot. Federico y sus padrinos estaban allí, los tres vestidos de negro. Regimbart, en vez de corbata, tenía un corbatín como el de los soldados y una especie de caja de violón, especial para aquel género de aventuras. Se cambió un saludo frío, y después penetraron todos en el bosque de Boloña, por el camino de Madrid, para encontrar allí un sitio conveniente.

Regimbart dijo á Federico, que iba entre él y Dussardier:

—Y bien, ¿cómo andamos de miedo? Si tiene usted necesidad de algo no se contrarie usted, conozco estas cosas. El temor es natural en el hombre.

Después, en voz baja, añadió:

—No fume usted, eso debilita.

Federico tiró su cigarro, que le molestaba, y continuó con pié firme. El vizconde venía detrás apoyado en el brazo de sus dos padrinos.

Pocos transeuntes encontraron. Estaba el cielo azul, y se oía de trecho en trecho cómo saltaban los conejos. A la vuelta de una senda, una mujer de pañuelo, hablaba con un hombre de blusa, y en la gran avenida, debajo de los castaños, algunos criados con chalecos de dril paseaban caballos.

Cisy recordaba los días felices en que montado sobre su alazán y en el ojo su lente, cabalgaba á la portezuela de los carruajes; aquellos recuerdos aumentaban su angustia; una sed intolerable le abrasaba; el susurro de las moscas se confundía con los latidos de sus arterias; sus piés se hundían en la arena; le parecía que estaba hacia una infinidad de tiempo andando.

Los padrinos, sin detenerse, escudriñaban con la vista las dos orillas del camino. Deliberaron si se iría á la Cruz Catelan ó debajo de los muros de Bagatela. Por fin tomaron á la derecha, y se detuvieron en una especie de cuadro, entre

pinos. El sitio fué escogido de manera que quedara dividido igualmente el nivel del terreno. Se señalaron los dos puestos en que los adversarios debían colocarse. Enseguida Regimbart abrió la caja, que contenía, sobre un forro de badana encarnada, cuatro espadas preciosas, con empuñaduras adornadas de filigrana, hueco el centro del estuche. Un rayo luminoso, atravesando las hojas, cayó encima; y parecieron á Cisy que brillaban como víboras de plata sobre un charco de sangre.

El ciudadano hizo ver que eran del mismo largo; tomó la tercera para él mismo, á fin de separar á los combatientes en caso de necesidad. El Sr. de Comaing llevaba un bastón. Hubo un momento de silencio. Miráronse, y todas las caras manifestaban algo de espantado ó de cruel.

Federico se había quitado su levita y su chaleco. José ayudó á que Cisy hiciera lo propio; desataba su corbata, vióse á su cuello una medalla bendecida, cosa que valió una risa de compasión á Regimbart.

Entonces el Sr. de Comaing (para dejar á Federico un instante más de reflexión) intentó suscitar algunos ardides. Reclamó el derecho de ponerse un guante, el de cojer la espada de su adversario con la mano izquierda; Regimbart, que tenía prisa, no se opuso. Por último el barón, dirigiéndose á Federico, dijo:

—Todo depende de usted, caballero. Nunca hay deshonra en reconocer las propias faltas.

Dussardier aprobaba con el gesto. El ciudadano se indignó.

—Se cree usted que estamos aquí para desplumar los patos ¡eh!... ¡En guardia!

Los adversarios se hallaban uno frente á otro, sus respectivos padrinos de cada lado. Él dió la señal.

—Vamos.

Cisy se puso horriblemente pálido. Su hoja temblaba por la punta como un látigo. Su cabeza se caía, sus brazos se separaron, y cayó de espaldas desvanecido. José le levantó, y poniéndole en las narices un frasco, le sacudía fuertemente. El vizconde abrió los ojos, y después, de repente, saltó sobre su espada como un furioso. Federico conservaba la suya, y le esperaba, la vista fija, alta la mano.

—¡Detenéos, detenéos! gritó una voz que procedía del camino, al mismo tiempo que el ruido de un caballo á galope; la capota de un cabriolé rompía las ramas. Un hombre inclinado hacia fuera agitaba su pañuelo y seguía gritando: ¡Detenéos, detenéos!

El Sr. de Comaing, temiendo una intervención de la policía, levantó su bastón.

—Terminemos, pues; el vizconde sangra.

—¿Yo? —dijo Cisy.

Con efecto, al caer se había desollado el pulgar de la mado izquierda.

—Pero ha sido al caerse—contestó el ciudadano. El barón fingió no oírle.

Arnoux había saltado del cabriolé.

—¿Llego demasiado tarde? no; ¡gracias á Dios!

Tenía estrechamente abrazado á Federico, le palpaba, le cubría de besos la cara.

—Conozco el motivo; ha querido usted defender á su antiguo amigo. Eso es hermoso, hermoso. Jamás lo olvidaré. ¡Qué bueno es usted! ¡Ah, querido hijo!

Lo contemplaba y derramaba lágrimas, sonriendo de felicidad. El barón se volvió á José, y le dijo:

—Creo que estamos de más en esta pequeña fiesta de familia. Esto ha concluído ¿no es verdad, señores? Vizconde, ponga usted su brazo en cabestrillo; aquí tiene usted mi pañuelo.

Después, añadió con gesto imperioso:

—Vamos, fuera rencor, es lo que procede.

Los dos combatientes se estrecharon la mano suavemente. El vizconde, el Sr. de Comaing y José desaparecieron por un lado, y Federico se fué por el otro con sus amigos.

Como el *restaurant* de Madrid no estaba lejos, Arnoux propuso ir allí á tomar un vaso de cerveza.

—Y hasta podríamos almorzar—dijo Regimbart.

Pero Dussardier no tenía bastante tiempo, y se limitaron á un refresco en el jardín. Todos experimentaban esa beatitud que sigue á los acontecimientos felices. El ciudadano, sin embargo, estaba fastidiado con que hubieran interrumpido el duelo en el momento oportuno.

Arnoux lo había sabido por un tal Compain amigo de Regimbart; y por un movimiento del corazón, corrió á impedirlo, creyendo, por otra parte, ser él la causa. Rogó á Federico que le suministrara algunos detalles. Federico, conmovido por las pruebas de su ternura, escrupulizó aumentar su ilusión, y dijo:

—Por favor, no se hable más.

Arnoux halló esta reserva muy delicada. Después, con su ligereza ordinaria, pasando á otro orden de ideas, preguntó:

—¿Qué hay de nuevo, ciudadano?

Y se pusieron á tratar de tráficos y vencimientos. Para estar con más comodidad, hasta se apartaron á otra mesa á cuchichear.

Federico percibió estas palabras:—Va usted á firmarme...—Sí, pero usted, bien entendido...

—Lo he negociado al fin por trescientos.—Bona comisión, á fe mía.

En resumen, que resultaba claro que Arnoux trasteaba con el ciudadano muchas cosas.

Federico pensó en recordarle sus quince mil pesetas. Pero su reciente paso prohibía los reproches, áun los más suaves. Por otra parte, estaba cansado; el sitio no era conveniente, y remitió el asunto para otro día.

Arnoux, sentado á la sombra de un ligustro, fumaba con aire alegre. Alzó los ojos hacia las puertas de los gabinetes, que todos daban al jardín y dijo que él había venido allí, en otro tiempo, con frecuencia.

—Y no solo, indudablemente,—dijo el ciudadano.

—¡Pardiez!

—¿Qué tunante es usted! Un hombre casado.

—¿Y usted?—replicó Arnoux, y con sonrisa indulgente, añadió: «Estoy seguro que este bribón posee, en alguna parte, un cuarto, en donde recibe á las chiquitas.»

El ciudadano confesó que aquello era verdad, con un sencillo fruncimiento de cejas. Entonces aquellos dos señores expusieron sus gustos; Arnoux prefería ahora la juventud, las obreras; Regimbart detestaba «las remilgadas» y estaba antes que todo por lo positivo. La conclusión que dedujo el comerciante de porcelanas fué que no debía tratarse seriamente á las mujeres.

—Sin embargo, ama á la suya;—pensaba Federico, volviéndose hacia donde estaba aquel

hombre que consideraba mala persona. Le tenía mala voluntad por aquel duelo, como si fuera por él, por quien hacía un momento arriesgaba su vida.

Pero agradecía á Dussardier su sacrificio; el dependiente, á sus instancias, llegó muy pronto á visitarle diariamente.

Federico le prestaba libros: Thiers, Dulaure, Barante, *Los Girondinos* de Lamartine. El excelente muchacho lo escuchaba con recogimiento y aceptaba sus opiniones como las de un maestro.

Una noche llegó todo asustado.

Por la mañana, en el bulevar, un hombre que corría sin aliento tropezó con él, y habiéndole reconocido como amigo de Sénecal, le había dicho:

—Acaban de prenderle y yo huyo.

Nada más cierto. Dussardier pasó el día tomando informes. Sénecal se hallaba encerrado como sospechoso de atentado político.

Hijo de un contraamaestre, nacido en Lyon, y habiendo tenido por profesor á un antiguo discípulo de Chalier, en cuanto llegó á París hizo que le presentaran en la Sociedad de las Familias; y siendo conocidas sus costumbres la policía le vigilaba. Tomó parte en el asunto de Mayo de 1839, y desde entonces permanecía oscurecido, pero exaltándose cada vez más, fa-

nático por Alibaud, mezclando sus odios contra la sociedad, á los del pueblo contra la monarquía, y despertando todas las mañanas con la esperanza de una revolución que en quince días ó en un mes cambiase el mundo. Por último, descorazonado por la blandura de sus hermanos, furioso con los retrasos que oponían á sus sueños y desesperando de la patria, entró como químico en el complot de las bombas incendiarias, y le sorprendieron llevando pólvora para ensayar en Montmartre, una suprema tentativa que restableciera la República.

No la quería menos Dussardier, porque significaba, según creía, libertad y felicidad universal. Un día, tenía quince años, en la calle Transnonain, delante de una droguería, vió soldados con la bayoneta roja de sangre, con pelos pegados á la culata de sus fusiles; desde aquel tiempo le exasperaba el Gobierno como la misma encarnación de la Injusticia. Confundía un tanto á los asesinos con los gendarmes; un espía equivalía á sus ojos á un parricida. Todo el mal repartido por la tierra lo atribuía cándidamente al Poder, y lo aborrecía, con aborrecimiento esencial, permanente, que le llenaba todo el corazón y refinaba su sensibilidad. Las declamaciones de Sénecal le habían deslumbrado. Que fuese ó no culpable y odiosa su tentativa, nada importaba. Desde el momen-

to en que era víctima de la autoridad, era preciso servirle.

—Los Pares le condenarán seguramente. Después lo llevarán en un coche celular, como un presidiario, y le encerrarán en Mont-Saint-Michel, donde el Gobierno les hace morir. Austen se ha vuelto loco. Steuben se ha suicidado. Para conducir á Barbés á un calabozo le han tirado de las piernas y del pelo. Le pateaban el cuerpo, y su cabeza saltaba en cada peldaño de la larga escalera. ¡Qué abominación! ¡Miserables! Ahogábanle sollozos de cólera y daba vueltas por el cuarto, presa de una grande angustia.

—Y habrá que hacer algo. Veamos, yo no sé. Si intentáramos libertarlo ¿eh? Mientras le conducen al Luxemburgo, podemos arrojarnos sobre la escolta en el corredor. Una docena de hombres resueltos, pasan por cualquier parte.

Era tal la llama de sus ojos que Federico se asustó.

Sénécal le pareció más grande de lo que él creía. Recordó sus sufrimientos, su vida austera; sin sentir hacia él el entusiasmo de Dussardier, experimentaba, sin embargo, aquella admiración que inspira todo hombre que se sacrifica por una idea. Decíase que si él lo hubiera socorrido, Sénécal no estaría donde estaba, y los dos amigos buscaron laboriosamente alguna combinación para salvarle.

Les fué imposible llegar hasta el preso.

Federico se enteró de su suerte por los periódicos, y durante tres semanas frecuentó los gabinetes de lectura.

Un día muchos números de *El Bota-fuego* cayeron en sus manos. El artículo de fondo se hallaba consagrado, invariablemente, á echar por tierra algún hombre ilustre. Venían enseguida las noticias del mundo, los «se dice.» Después, se bromeaba acerca del Odeón, Carpentras, la piscicultura, y los condenados á muerte, cuando los había. La desaparición de un barco suministró materia de broma durante un año. En la tercera columna, un correo de las artes, daba en forma de anécdota ó consejo, reclamos de sastres, con crónicas de salones, anuncios de ventas, crítica de obras, tratando con la misma tinta un volumen de versos y un par de botas. La única parte sería era la crítica de los teatros pequeños, en la que se encarnizaban con dos ó tres directores; y los intereses del arte se invocaban á propósito de las decoraciones, de los funámbulos ó de una dama joven de los Abandonados.

Federico iba á tirar todo aquello cuando sus ojos tropezaron con un artículo titulado: *Una gallina huera entre tres cocos*. Era la historia de su duelo, contada en estilo vivaracho, francote. Reconocióse sin dificultad, porque le designaban

por una frase que se repetía muco: «Un joven h del colegio de Sens y que no tiene sentido».

Hasta le representaban como un pobre diablo de provincias, un oscuro badulaque que trataba de rozarse con los grandes señores.

En cuanto al vizconde, le reservaban el papel simpático, primero en la casa donde él se introdujo por fuerza, después en la apuesta, puesto que se llevaba á la doncella, y finalmente sobre el terreno donde se conducía como caballero. No se negaba la bravura de Federico precisamente, pero se daba á entender que un intermediario, el mismo *protector*, se había presentado exactamente en el momento oportuno. Todo terminaba por una frase, llena tal vez de perfidias:

—¿De dónde viene su ternura? ¡Problema! y como dice Bazile ¿quién diablo es aquí el engañado?

Era aquella, sin género de duda, una venganza de Hussonet contra Federico, por haberle rehusado las cinco mil pesetas.

¿Qué hacer? Si le pedía satisfacción, protestaría el bohemio de su inocencia y no ganaría nada con ello. Lo mejor era tragar la cosa silenciosamente. Nadie, después de todo, leía el *Bota-fuzgo*.

Al salir del gabinete de lectura, vió gente delante de la tienda de un comerciante de cua-

dros. Estaban mirando un retrato de mujer, con esta línea debajo en letras negras: señorita Rose-Annette Bron, perteneciente á D. Federico Moreau, de Nogent.

Era ella con efecto, poco más ó menos, vista de frente, con el seno descubierto, suelto el pelo, y con una bolsa de terciopelo encarnado en las manos, mientras que por detrás un pavo real adelantaba su pico hacia el hombro, tapando la pared con sus grandes plumas en forma de abanico.

Pellerin dispuso la exhibición para obligar á Federico al pago, persuadido de que era célebre y que todo París, animándose en su favor, iba á ocuparse de aquella miseria.

¿Sería una conjuración? El pintor y el periodista ¿habrían caminado de acuerdo?

Su duelo de nada había servido. Se convertía en ridículo y todo el mundo se burlaba de él.

Tres días después, á fines de Junio, las acciones del Norte subieron 15 pesetas, y como él había comprado dos mil el mes anterior, resultaba ganando treinta mil pesetas. Aquella caricia de la fortuna le infundió nueva confianza. Dijose que no tenía necesidad de nadie, que todas sus contrariedades procedían de su timidez, de sus vacilaciones. Hubiera debido empezar por la Mariscalá brutalmente, rechazar á Hussonnet

desde el primer día, no comprometerse con Pellerin; y para demostrar que nada le molestaba, fué á casa de la señora de Dambreuse, á una de sus reuniones ordinarias.

En medio de la antesala, Martinon, que llegaba al mismo tiempo que él, se volvió preguntándole:

—¿Cómo vienes tú aquí? con aire sorprendido y aun contrariado de verle.

—¿Por qué nó?

Y á la vez que procuraba explicarse semejante acogida, Federico se adelantó hacia el salón.

La luz era débil, á pesar de las lámparas colocadas en los rincones, porque las tres ventanas grandes abiertas, formaban tres anchos paralelos de sombra negra. Algunas jardineras, debajo de los cuadros, ocupaban hasta la altura de un hombre los huecos de las paredes, y una tetera de plata con su gran recipiente para el agua hirviendo se divisaba al fondo brillante como un espejo. Oíase el murmullo de voces discretas y el ruido de los escaupines al crujir sobre la alfombra.

Vió primero fracs negros; después una mesa redonda alumbrada por una gran bomba siete ú ocho mujeres en traje de verano, y algo más allá á la señora de Dambreuse en una butaca mecedora. Su traje de tafetán lila tenía

las mangas adornadas abiertas con bullones de muselina, armonizándose el tono suave de la tela con el color de sus cabellos. Hallábase algo recostada hacia atrás, y apoyada la punta del pié en un cojin; tranquila como obra de arte llena de delicadeza, como flor cultivada con esmero.

El Sr. Dambreuse y un anciano de pelo blanco se paseaban á todo lo largo del salón. Algunos hablaban sentados en los divanes, acá y allá; otros, de pié, formaban círculo en el centro.

Se ocupaban de votos, de mejoras, de multas y correcciones, del discurso de Grandin, de la réplica de Benois. El tercer partido iba decididamente demasiado lejos. El centro izquierda hubiera debido acordarse algo más de su origen. El ministerio recibía graves golpes. Podía, sin embargo, tranquilizar, la circunstancia de que no se le veía sucesor. En resumen, que la situación era completamente análoga á la de 1834.

Como aquellas cosas fastidiaban á Federico, se aproximó á las mujeres. Hallábase Martinon entre ellas, de pié con el sombrero debajo del brazo, la cara casi de frente, y tan correcta, que parecía porcelana de Sévres. Tomó una *Revista de Ambos Mundos* que se veía encima de la mesa, entre una *Imitación* de Kempis y un *armario de Gotha*, y juzgó en alta voz un poeta ilustre; dijo que concurría á las conferencias de San Francisco; se quejó de su laringe y tragaba de cuando en cuando

do una pastilla de goma. Sin embargo, hablaba de música y la echaba de listo. La señorita Cecilia, la sobrina del Sr. Dambreuse, que bordaba un par de puños, le miraba con sus pupilas de azul pálido, y miss John, la institutriz de narices romas, había suspendido su labor; ambas parecían que interiormente exclamaban:

—¡Qué hermoso es!

La señora de Dambreuse se volvió hacia él y le dijo:

—Déme usted mi abanico, que está sobre aquella consola, allá abajo. Se equivoca usted, es el otro.

Levantóse ella, y como él volvía, se encontraron en medio del salón, frente á frente. Dirigióle ella algunas palabras con cierta viveza, reproches, indudablemente, á juzgar por la expresión altanera de su fisonomía; Martinon intentó sonreír, y fué luego á mezclarse en el conciliábulo de los hombres serios. La señora de Dambreuse ocupó de nuevo su sitio, y dijo á Federico, inclinándose sobre el brazo de su butaca:

—He visto anteayer á alguien que me habló de usted; el Sr. de Cisy; le conoce usted ¿no es verdad?

—Sí... un poco.

De repente, la señora de Dambreuse exclamó:

—¡Duquesal ¡ah, qué dicha!

Y se adelantó hacia la puerta al encuentro de una señora viejecita, que llevaba un traje de tafetán carmelita y una gorra de *guipure* de bridas largas. Hija de un compañero de destierro del conde de Artois y viuda de un mariscal del Imperio nombrado par de Francia en 1830, se hallaba tan unida á la antigua corte como á la nueva, y podía obtener muchas cosas. Los que hablaban de pié le dejaron paso, y siguieron luego su discusión.

Ahora rodaba sobre el pauperismo, cuyas pinturas todas, según aquellos señores, eran muy exajeradas.

—Sin embargo—objetó Martinon—confesemos que la miseria existe. Pero el remedio no depende de la ciencia ni del poder. Es esta una cuestión puramente individual. Cuando las clases bajas quieran desembarazarse de sus vicios, se librarán de sus necesidades. Que el pueblo sea más moral y será menos pobre.

Según el Sr. Dambreuse, á nada bueno se llegaría sin una superabundancia del capital. Luego el único medio posible era el de confiar «como por su parte querían los *san-simonianos* (Dios mío algo bueno tenían, seamos justos con todo el mundo), de confiar, digo, la causa del progreso á los que pueden acrecentar la fortuna pública.» Insensiblemente se vino á tratar de las grandes explotaciones industriales, los ferro-

carriles, la hulla. Y el Sr. Dambreuse, dirigiéndose á Federico, le dijo por lo bajo:

—No ha venido usted para nuestro asunto.

Federico alegó una indisposición; pero comprendiendo que la excusa resultaba demasiado tonta, añadió:

—He necesitado, además, mis fondos.

—¿Para comprar un carruaje?—preguntó la señora de Dambreuse, que pasaba por allí, con una taza de té en la mano, y mirándole durante un minuto con la cabeza algo inclinada hacia atrás.

Creíale ella amante de Rosanette; la alusión estaba clara. Y hasta le pareció á Federico que todas las señoras le miraban también desde lejos, cuchicheando. Para enterarse mejor de lo que pensaban, se les aproximó una vez más.

Al otro lado de la mesa, Martinon, cerca de la señorita Cecilia, hojeaba un album de litografías que representaban costumbres españolas. Iba leyendo en alta voz los epígrafes: «Mujer de Sevilla», «Jardinera de Valencia», «Picador andaluz»; y llegando una vez hasta lo último de una página, continuó sin interrupción:

—Jacobo Arnoux, editor.—Uno de tus amigos ¿eh?

—Cierto—dijo Federico, herido por el tono. La señora de Dambreuse, añadió:

—Con efecto, una mañana vino usted... para

una casa, creo; sí una casa que pertenecía á su mujer. (Aquello significaba: la amante de usted.)

Ruborizóse él por completo; y el Sr. Dambreuse, que en aquel momento se acercaba, agregó:

—Y hasta parecía usted interesarse mucho por ellos.

Las últimas palabras acabaron por desconcertar á Federico. Su turbación, que él pensaba veía todo el mundo, iba á confirmar las sospechas, cuando el Sr. Dambreuse le dijo más cerca y en tono grave:

—Supongo que no harán ustedes negocios juntos.

Protestó Federico por movimientos multiplicados de cabeza, sin comprender la intención del capitalista, que quería darle un consejo.

Tenía ganas de marcharse. El temor de parecer cobarde le retuvo. Un criado recogía las tazas de té; la señora de Dambreuse hablaba con un diplomático de frac azul; dos jóvenes, uniendo sus frentes, se miraban las sortijas; las demás, sentadas en semicírculo en sus butacas, movían suavemente sus blancos rostros, adornados de cabelleras negras ó rubias; nadie, en fin, se ocupaba de él. Federico dió media vuelta, y por una serie de zig-zás, casi logró alcanzar la puerta, cuando al pasar por cerca de una consola, vió encima, entre un vaso de china y la ma-

dera un periódico doblado. Tiró un poco de él y leyó: *El Bota-fuego*.

¿Quién lo habría llevado? Cisy. Nadie más seguramente. Pero después de todo ¿qué importaba? Iban á creer, ya creían todos quizá en el artículo. ¿Por qué aquel encarnizamiento? Una ironía muda le dominaba. Sentíase perdido como en un desierto. Pero la voz de Martinon se elevó, y dijo:

—A propósito de Arnoux, he leído entre los sospechosos de las bombas incendiarias, el nombre de uno de sus empleados, Sénécal. ¿Es el nuestro?

—El mismo—contestó Federico.

Martinon repetía, gritando mucho.

—¡Cómo, nuestro Sénécal! ¡nuestro Sénécal!

Entonces le preguntaron acerca del complot; su plaza de agregado al tribunal debía proporcionarle detalles.

Confesó él que no los tenía? Además él conocía muy poco al personaje, pues solo le había visto dos ó tres veces, y en resúmen, le tenía por un pícaro. Federico, indignado, exclamó:

—No por cierto, es un muchacho muy honrado.

—Sin embargo, caballero—dijo un propietario—una persona que conspira no es honrada.

La mayoría de los hombres que estaban allí habían servido, por lo menos, á cuatro gobier-

nos, y hubieran vendido á Francia ó al género humano para garantizar su fortuna, evitarse un contratiempo, una dificultad, ó por simple baja-za únicamente, adoración instintiva de la fuerza. Todos declararon los crímenes políticos inexcusables. Más bien era preciso perdonar los que provenían de la necesidad. Y no faltó poner el eterno ejemplo del padre de familia, robando el eterno pedazo de pan en casa del eterno panadero.

Un empleado hasta añadió:

—Yo, caballero, si supiera que mi hermano conspiraba, le denunciaría.

Federico invocó el derecho de resistencia, y recordando algunas frases que le había dicho Deslauriers, citó á Desolmes, Blackstone, el bill de los derechos en Inglaterra y el artículo 2 de la Constitución del 91. Y en virtud de este derecho precisamente se había proclamado la caída de Napoleón; se le había reconocido en 1830 y escrito á la cabeza de la Carta.

—Además, cuando el soberano falta al contrato, la justicia exige que se le derribe.

—Pero eso es abominable,—exclamó la mujer de un gobernador.

Todas las demás se callaban, vagamente espantadas, como si hubiesen oído el ruido de las balas. La señora de Dambreuse se balanceaba en su butaca y le escuchaba sonriendo.

Un industrial, antiguo carbonario, procuró demostrarle que los Orleans eran una excelente familia; indudablemente existían abusos...

—¿Y bien, entonces?

—Pero no deben decirse, señor mío. Si usted supiera cómo todos esos gritos de la opinión perjudican los negocios!

—¡Yo me río de los negocios!—replicó Federico.

La podredumbre de aquellos viejos le exasperaba, y arrastrado por la valentía que se ampara algunas veces de los más tímidos, atacó á los financieros, á los diputados, al Gobierno, al Rey, tomó la defensa de los Arabes y dijo muchas tonterías. Algunos le animaban irónicamente: «Siga usted, continúe», mientras que otros murmuraban: «¡Demonio, qué exaltación!» Por fin juzgó conveniente retirarse, y al marcharse, el Sr. Dambreuse le manifestó, aludiendo á la plaza de secretario:

—Nada hay aún decidido. Pero despáchese usted.

Y la señora de Dambreuse:

—Hasta muy pronto, ¿verdad?

Federico juzgó la despedida de ambos como una última burla. Hallábase resuelto á no volver por aquella casa, á no mantener relaciones con todas aquellas gentes. Creía haberles herido, ignorando qué grande fondo de indife-

rencia posee el mundo. Aquellas mujeres sobre todo, le indignaban. Ni una siquiera le había sostenido ni aun con su mirada. Las detestaba por no haberlas conmovido. En cuanto á la señora de Dambreuse, encontraba él en ella algo á la vez de lánguido y seco que impedía el definirla con una fórmula. ¿Tenía un amante? ¿Qué amante? ¿Era el diplomático ú otro? ¿Quizá Martinon? ¡Imposible! Sin embargo, sentía contra él una especie de envidia, y hacia ella una malevolencia inexplicable.

Dussardier fué aquella noche, como de costumbre, y lo aguardaba. Federico tenía hinchado el corazón, lo desahogó, y sus lamentos, aunque vagos y difíciles de comprender, entretenían al excelente muchacho; llegó hasta quejarse de su aislamiento. Dussardier, con alguna vacilación, propuso ir á casa de Deslauriers.

Federico experimentó al solo nombre del abogado una extremada necesidad de volver á verle. Su soledad intelectual era profunda y la campaña de Dussardier insuficiente. Contestó que arreglara las cosas como quisiera.

Deslauriers sentía igualmente, desde su ruptura, una privación de su vida. Así que cedió sin trabajo á las demostraciones cordiales.

Ambos se abrazaron y se pusieron después á hablar de asuntos indiferentes.

La reserva de Deslauriers enterneció á Fe-

decico, y para darle una especie de reparación, le contó al día siguiente la pérdida de sus quince mil pesetas, sin decir que aquellas quince mil pesetas le estaban destinadas primitivamente. El abogado no lo dudó, sin embargo. Aquella desdichada aventura que le daba la razón en sus prevenciones contra Arnoux, desarmó por completo su rencor, y no habló de la antigua promesa.

Federico, engañado por su silencio, creyó que la había olvidado. Algunos días después, le preguntó si no existían medios de recuperar sus fondos.

Podían discutirse las precedentes hipotecas, atacar á Arnoux como estelionatario, perseguir el domicilio en perjuicio de la mujer.

—No, no, contra ella no;—exclamó Federico, y cediendo á las preguntas del antiguo pasante, confesó la verdad. Deslauriers quedó convencido de que no la decía completamente, sin duda por delicadeza. Aquella falta de confianza le hirió.

Estaban tan unidos, sin embargo, como en otro tiempo, y hasta sentían tanto placer cuando se encontraban juntos, que la presencia de Dussardier les molestaba. Con pretexto de citas, llegaron poco á poco á desembarazarse de él. Hay hombres que solo tienen por misión entre los demás la de servir de intermediarios; se pasa

por ellos como sobre puentes y se vá más lejos.

Federico no ocultaba nada á su antiguo amigo. Le contó el negocio de las hullas, con la proposición del Sr. Dambreuse. El abogado se puso pensativo.

—¡Es singular! Se necesitaría para esa plaza alguno bastante fuerte en derecho.

—Pero tú podrás ayudarme—dijo Federico.

—Sí... calla... pardiez; ciertamente.

En la misma semana le enseñó una carta de su madre.

La señora de Moreau se acusaba de haber juzgado mal al Sr. Roque, que había dado de su conducta satisfactorias explicaciones. Después hablaba de su fortuna, y de la posibilidad, para más adelante, de un matrimonio con Luisa.

—Eso no sería quizás malo—dijo Deslauriers.

Federico lo aplazó para lejos; el tio Roque, además, era un viejo ratero. Eso no importaba nada, según el abogado.

A fines de Julio, experimentaron una baja inexplicable las acciones del Norte. Federico no había vendido las suyas, y perdió de un solo golpe sesenta mil pesetas. Sus ingresos disminuyeron sensiblemente. Debía, ó limitar sus gastos, ó escojer una profesión, ó hacer un buen casamiento.

Entonces Deslauriers le habló de la señorita Roque. Nada le impedía ir á ver un poco las cosas por sí mismo. Federico se hallaba algo fatigado; la provincia y la casa materna le confortarían. Partió.

El aspecto de las calles de Nogent, que atravesó á la luz de la luna, le llevó á recuerdos antiguos, y experimentaba una especie de angustia, como los que vuelven de largos viajes.

Se encontraban en casa de su madre sus conocidos de otro tiempo: los señores Gambín, Heudras y Chambrión, la familia Lebrun, aquellas señoritas Auger; además, el señor Roque y enfrente de la señora de Moreau, en una mesa de juego, la señorita Luisa, que ya era una mujer, y que se levantó lanzando un grito. Todos se agitaron. Ella permaneció inmóvil, de pie, y los cuatro candeleros de plata que estaban sobre la mesa aumentaban su palidez. Cuando volvió á ponerse á jugar, temblaba su mano. Aquella emoción lisonjeó desmesuradamente á Federico, cuyo orgullo estaba enfermo, y se dijo: «Tú me amas» y tomando su revancha por los sinsabores que había soportado allá, se puso á hacer el parisién, el *leon*, dió noticias de los teatros, contó anécdotas de la sociedad, tomadas de los periodiquillos, y deslumbró, finalmente, á sus compatriotas.

Al día siguiente, la señora de Moreau se ex-

tendió respecto de las cualidades de Luisa; después enumeró los bosques, las fincas que poseería. La fortuna del Sr. Roque, era considerable.

La había adquirido colocando fondos para el Sr. Dambreuse; porque prestaba á personas que ofreciesen buenas garantías hipotecarias, cosa que le consentía pedir suplementos ó comisiones. El capital, gracias á una activa vigilancia, nada arriesgaba. Por otra parte, el tío Roque no vacilaba jamás ante una ejecución; luego volvía á comprar á bajo precio los bienes hipotecados, y el Sr. Dambreuse, que veía la devolución de sus fondos, hallaba sus negocios bien manejados.

Pero aquella manifestación extra-legal lo ligaba á su administrador, y no podía rehusarle cosa alguna. A sus instancias se debía la buena acogida que dispensó á Federico.

Con efecto, el tío Roque ocultaba en el fondo de su alma una ambición. Quería que su hija fuera condesa; y para llegar hasta allí, sin comprometer la felicidad de Luisa, no conocía más hombre que aquel.

Por la protección del Sr. Dambreuse, le reintegrarían en el título de su abuelo, porque la señora de Moreau era hija de un conde de Fouvens, emparentada, además, con las más antiguas familias de la Champaña, los Lavernade, los d'Etrigny. Respecto de los Moreau, una inscrip-

ción gótica que se veía cerca de los molinos de Villeneuve-l'Archevêque, hablaba de un Jacobo Moreau que los había reedificado en 1596; y la tumba de su hijo, Pedro Moreau, primer escudero del Rey Luis XIV, se hallaba en la capilla de San Nicolás.

Tanta nobleza fascinaba al Sr. Roque, hijo de un antiguo sirviente. Si la corona condal no venía, se consolaría con otra cosa; porque Federico podría llegar á la diputación cuando el señor Dambreuse fuese nombrado Par, y entonces ayudarle en sus negocios, obtenerle suministros, concesiones. El joven le agradaba, personalmente. En fin, que lo quería por yerno, porque desde hacía mucho tiempo, se había picado en aquella idea, que se agrandaba cada vez más.

Al presente visitaba la iglesia, y había seducido á la señora de Moreau ante la esperanza del título principalmente. Habíase guardado ella, sin embargo, de darle una respuesta decisiva.

En resumen, que ocho días después, sin que compromiso alguno se hubiera formado, Federico pasaba por ser el «futuro» de la señorita Luísa; y el tío Roque, poco escrupuloso, los dejaba juntos en ocasiones.



V

DESLAURIERS se había llevado de casa Federico la copia del acta de subrogación, con un pozer en forma que le confería su representación plena; pero cuando subió sus cinco pisos y estuvo solo, en su triste gabinete, en su sillón de badana, la vista del papel sellado le descorazonó.

Estaba harto de aquellas cosas y de los *restaurants* de una peseta sesenta céntimos, de los viajes en ómnibus, de su miseria, de sus esfuerzos. Cogió de nuevo los papeles; algunos otros andaban por allí; y eran los prospectos de la compañía hullera con la lista de las mi-

ción gótica que se veía cerca de los molinos de Villeneuve-l'Archevêque, hablaba de un Jacobo Moreau que los había reedificado en 1596; y la tumba de su hijo, Pedro Moreau, primer escudero del Rey Luis XIV, se hallaba en la capilla de San Nicolás.

Tanta nobleza fascinaba al Sr. Roque, hijo de un antiguo sirviente. Si la corona condal no venía, se consolaría con otra cosa; porque Federico podría llegar á la diputación cuando el señor Dambreuse fuese nombrado Par, y entonces ayudarle en sus negocios, obtenerle suministros, concesiones. El joven le agradaba, personalmente. En fin, que lo quería por yerno, porque desde hacía mucho tiempo, se había picado en aquella idea, que se agrandaba cada vez más.

Al presente visitaba la iglesia, y había seducido á la señora de Moreau ante la esperanza del título principalmente. Habíase guardado ella, sin embargo, de darle una respuesta decisiva.

En resumen, que ocho días después, sin que compromiso alguno se hubiera formado, Federico pasaba por ser el «futuro» de la señorita Luísa; y el tío Roque, poco escrupuloso, los dejaba juntos en ocasiones.



V

DESLAURIERS se había llevado de casa Federico la copia del acta de subrogación, con un pozer en forma que le confería su representación plena; pero cuando subió sus cinco pisos y estuvo solo, en su triste gabinete, en su sillón de badana, la vista del papel sellado le descorazonó.

Estaba harto de aquellas cosas y de los *restaurants* de una peseta sesenta céntimos, de los viajes en ómnibus, de su miseria, de sus esfuerzos. Cogió de nuevo los papeles; algunos otros andaban por allí; y eran los prospectos de la compañía hullera con la lista de las mi-

nas y el detalle de su contenido, que Federico le dejó para conocer su opinión.

Una idea le ocurrió: la de presentarse en casa del Sr. Dambreuse y pedirle la plaza de secretario. Aquella plaza seguramente que no iba á concederse sin la adquisición de cierto número de acciones. Reconoció la locura de su proyecto; y se dijo:

—¡Oh, no; estaría mal hecho!

Entonces buscó el medio de que se valdria para recobrar las quince mil pesetas. Semejante suma nada suponía para Federico. Pero si él la hubiera tenido, ¡qué palanca! Y el antiguo pasante se indignó de que la fortuna del otro fuese grande.

—Hace de ella un uso deplorable. Es un egoísta. Y yo me río de sus quince mil pesetas.

¿Por qué las había prestado? Por los lindos ojos de la señora de Arnoux. ¡Era su amante! Deslauriers no lo dudaba. He ahí una cosa más para qué sirve el dinero. Y le dominaron pensamientos de odio.

Después pensó en la persona misma de Federico; que siempre había ejercido sobre él un encanto, casi femenino, y pronto llegó á admirarlo por un éxito de que él se consideraba incapaz.

Sin embargo, acaso la voluntad no consti-

tuye el elemento capital de las empresas, y ella se triunfa de todo?...

—¡Ah, será preciso!

Pero se avergonzó de aquella perfidia, y un minuto después se preguntó:

—¡Bah! ¿es que tengo miedo?

La señora de Arnoux (á fuerza de oír hablar de ella) había acabado por grabarse en su imaginación extraordinariamente. La persistencia de aquel amor le irritaba como un problema. Su austeridad, un tanto teatral, le fastidiaba ahora. Por otra parte la mujer de mundo (ó la que juzgaba por tal) deslumbraba al abogado como el símbolo y el resumen de mil placeres desconocidos. Pobre, anhelaba el lujo bajo su forma más clara.

—Después de todo, si se enfadara, peor para él. Se ha conducido bastante mal conmigo para que yo me contraríe. Nada me confirma que sea ella su amante. El me lo ha negado, luego soy libre.

El deseo de aquella empresa ya no le abandonó. Era como una prueba de sus fuerzas la que quería hacer. Hasta tal punto, que un día, de repente, embetunó él mismo sus botas, compró guantes blancos, y se puso en camino, sustituyéndose á Federico é imaginándose casi ser él, por una singular evolución intelectual en que en-

traban á la vez venganza y simpatía, imitación y audacia.

Se hizo anunciar como «el doctor Deslauriers.»

La señora de Arnoux se sorprendió, porque no había llamado á ningún médico.

—Mil perdones, soy doctor en Derecho. Vengo en representación de los intereses del Sr Moreau.

Aquel nombre pareció turbarla.

—¡Tanto mejor!—pensó el antiguo pasante; puesto que lo ha querido á él, me querrá á mí; animándose con la idea admitida de que es más fácil suplantar á un amante que á un marido.

Había tenido el gusto de encontrarla una vez en el Palacio de Justicia, hasta citó la fecha. Tanta memoria admiró á la señora de Arnoux. Y añadió en tono suave:

—Ya tenían ustedes... algunas dificultades... en sus negocios.

Ella no contestó nada, luego era verdad.

Púsose á hablar de varias cosas, de su alojamiento, de la fábrica; después, apercibiéndose á los lados del espejo, algunos medallones, dijo:

—¡Ahl retratos de familia, sin duda.

Y se fijó en uno de anciana, la madre de la señora de Arnoux.

—Tiene todo el aire de una excelente persona, un tipo meridional.

Y á la observación de que era de Chartres, añadió:

—Chartres, linda villa.

Elogió la catedral y las pastas de la porcelana, luego volviendo al retrato, encontró en él parecido con la señora de Arnoux, y le lanzaba indiscretas adulaciones; ella no se fijó. Tomó él confianza y manifestó que conocía á Arnoux desde hacía mucho tiempo.

—Es un muchacho excelente, pero que se compromete. Por ejemplo, respecto de esta hipoteca, no se concibe una ligereza...

—Sí, ya sé,—dijo ella encogiéndose de hombros.

Aquel testimonio involuntario de menosprecio, animó á Deslauriers á continuar.

—Su historia del kaolin, quizás lo ignore usted, ha podido acabar muy mal, y aun su reputación...

Un fruncimiento de cejas le detuvo.

Entonces encerrándose en las generalidades, compadeció á las pobres mujeres cuyos esposos malgastan la fortuna...

—Pero si es de él, caballero; yo no tengo nada.

No importa. No se sabía... Una persona de experiencia podría servir. Y se esplayó en ofre-

cimientos desinteresados, exaltó sus propios méritos, y la miraba á la cara, á través de sus gafas que relucían.

Una vaga confusión la sobrecogía; pero de repente dijo:

—Ruego á usted que veamos el negocio.

El exhibió el legajo.

—Este es el poder de Federico. Con semejante título en manos de un alguacil, que pediría una citación, nada más sencillo; en veinticuatro horas... (Ella permanecía impasible; entonces él cambió de maniobra.) Yo, por mi parte, no comprendo lo que le lleva á reclamar esta suma, porque lo cierto es que para nada la necesita.

—¿Cómo? El Sr. Moreau es bastante bueno para...

—¡Oh! de acuerdo.

Y Deslauriers emprendió su elogio; después pasó á denigrarle, muy suavemente, considerándolo olvidadizo, avaro.

—Yo le creía amigo de usted, caballero.

—Eso no me impide ver sus defectos. Así que él agradece muy poco... ¿cómo diría yo? la simpatía...

La señora de Arnoux volvía las hojas del grueso cuaderno, y se detuvo para pedirle explicación de una palabra.

Inclinóse él sobre su hombro, y tan cerca de

ella, que rozó su mejilla. Ella se ruborizó; rubor que inflamó á Deslauriers, besándola vorazmente su mano.

—¿Qué hace usted, caballero?

Y de pié contra la pared, le retenía inmóvil, ante sus grandes ojos negros irritados.

—Escúcheme usted, yo la amo.

Ella lanzó una carcajada, risa aguda, desesperante, atroz. Deslauriers sintió que la cólera, le estrangulaba. Se contuvo, y con la cara de un vencido que pide perdón, dijo:

—¡Ah! hace usted mal. Yo no obraré como él.

—¿Pero de quién habla usted?

—De Federico.

—¡Eh! El Sr. Moreau me inquieta poco, ya se lo he dicho á usted.

—¡Oh! Perdón... perdón,

Después, con voz mordaz y dejando caer sus frases, añadió:

—Pues yo creía que se interesaba usted lo bastante por su persona, para saber con placer...

Púsose ella pálida. El antiguo pasante agregó:

—Va á casarse.

—¡El!

—Dentro de un mes, lo más tarde, con la señorita Roque, la hija del administrador del señor Dambreuse. Y hasta ha marchado á Nogent, sólo para eso.

Llevó ella la mano á su corazón, como si recibiera el choque de un gran golpe; pero inmediatamente tiró de la campanilla. Deslauriers no esperó que lo pusieran en la puerta. Cuando ella se volvió había desaparecido.

La señora de Arnoux estaba algo sofocada, y se acercó á la ventana para respirar.

Del otro lado de la calle, en la acera, un embalador, en mangas de camisa, clavaba una caja. Pasaban algunos coches de alquiler. Cerró la ventana y volvió á sentarse. Las altas casas vecinas interceptaban el sol y una fría claridad entraba en la habitación. Sus hijos habían salido, nada á su alrededor se movía.

—Va á casarse, ¿es posible?

Y un temblor nervioso la sobrecogió.

—¿Por qué es esto? ¿Es que le amo?

Después, repentinamente, añadió:

—¡Sí, le amo... le amo!

Parecíale que descendía él hasta algo profundo que ya no acabaría. En el reló dieron las tres; oyó apagarse las vibraciones del timbre, y permaneció al lado de la butaca, con las pupilas fijas y siempre sonriente.

Aquella misma tarde, en aquel mismo momento, Federico y Luisa se paseaban en el jardín que el Sr. Roque poseía al extremo de la isla. La vieja Catalina los vigilaba, de lejos; iban juntos y Federico decía:

—¿Se acuerda usted cuando la llevaba á usted al campo?

—¡Qué bueno era usted conmigo!—contestó ella.—Me ayudaba usted á hacer tortas con arena, á llenar mi regadera, á mecarme en el columpio.

—Todas las muñecas de usted tenían nombres de reinas ó marquesas, ¿qué ha sido de ellas?

—No lo sé verdaderamente.

—¿Y su perrillo de usted, Moricand?

—Se ahogó el pobrecillo.

—¿Y aquel *Don Quijote*, cuyos grabados pintábamos juntos con colores?

—Todavía lo tengo.

Recordóle él el día de su primera comunión, y lo monina que estaba en las vísperas con su velo blanco y su gran cirio, mientras desfilaban todos alrededor del coro y sonaba la campana.

Aquellos recuerdos tenían sin duda poco encanto para la señorita Roque; no tuvo nada que contestar, y un minuto más tarde, dijo:

—¡Malol que ni una sola vez me ha dado noticias tuyas. Federico se disculpó con sus numerosos trabajos.

—¿En qué, pues, se ocupa usted?

Le turbó un tanto la pregunta, y después manifestó que estudiaba la política.

—¡Yal

—Y sin más interrogar, añadió:

—¡Eso le ocupa á usted; pero yol...

Entonces le contó la aridez de su existencia sin ver á persona alguna, sin el menor placer, sin la más pequeña distracción. Desearía montar á caballo.

—El vicario pretende que eso es inconveniente para una joven; ¡qué necias son las conveniencias! En otros tiempos me dejaban hacer cuanto quería; ahora, nada.

—Sin embargo, su padre de usted la ama.

—Sí; pero...

Y lanzó un suspiro que significaba: Esto no basta á mi dicha.

Hubo un instante de silencio, en que no se oía sino el crujido de la arena bajo sus piés con el murmullo de la cascada; porque el Sena, más arriba de Nogent, se divide en dos brazos. El que mueve los molinos desagua en aquel sitio la superabundancia de sus ondas, para reunirse más abajo al curso natural del río; y cuando se viene de los puentes, percíbese, á la derecha, en el otro ribazo, un declive de césped que domina una casa blanca. A la izquierda, en la pradera, se extienden los álamos, y el horizonte, en frente, se halla cortado por una cueva del río, liso como un espejo entonces; sobre sus tranquilas aguas patinaban grandes insectos. Grupos de

cañas y juncos lo limitan desigualmente; toda clase de plantas echa allí sus botones de oro, ó deja colgar sus amarillos racimos, ó hiergue sus varas de flores de amaranto, ó forma al acaso verdes mazorcas. En una ensenada de la margen se asentaban algunas nenúfaes, y una hilera de añosos sauces que ocultaban trampas para lobos, eran toda la defensa del jardín, por aquel lado de la isla.

Detrás, en el interior, cuatro paredes un caballote de pizarras encerraban la huerta, cuyos cuadros de tierra, recientemente labrados, formaban oscuras plantaciones. Las campanas de los melones brillaban en fila sobre su estrecha cama; las alcachofas, las judías, las espinacas, las zanahorias y los tomates alternaban hasta dar en un plano de espárragos, que parecía un bosquecillo de plumas.

Todo aquel terreno había sido, en los tiempos del Directorio, lo que llamaban *una locura*. Los árboles, desde entonces, habían crecido desmesuradamente. La clemátida se mezclaba á los sétos, los caminos estaban cubiertos de musgo, por todas partes abundaban las zarzas. Los trozos de estátua desmenuzaban su enlucido debajo de las yerbas. Al andar era fácil enredarse en los pedazos de alguna pieza de alambre. No quedaba ya del pabellón más que dos habitaciones del piso bajo con girones de papel azul. De-

lante de la fachada avanzaba un enrejado á la italiana, donde, sobre pilares de ladrillo, sostenía una parra una verja de madera.

Llegaron allí debajo ambos, y como la luz pasaba por los desiguales agujeros del verde, Federico, que hablaba á Luisa de lado, observaba sobre su rostro la sombra de las hojas.

Llevaba el moño de sus cabellos rojos atravesado por una aguja terminada en una bola de vidrio imitando esmeralda; y á pesar de su luto (tan nativo era su mal gusto), pantuflas de paja guarnecidas de raso encarnado, curiosidad vulgar, comprada indudablemente en alguna feria.

Viólas él y la felicitó irónicamente.

—No se ría usted de mí,—dijo ella.

Considerándolo después todo entero, en conjunto desde su sombrero de fieltro gris hasta sus calcetines de seda, añadió:

—¡Qué coquetón es usted!

Enseguida le rogó que le indicara algunas obras que leer. Él le designó muchas, y ella agregó:

—¡Qué sabio es usted!

Desde muy pequeña, sintió uno de esos amores que tienen á la vez la pureza de una religión y la violencia de una necesidad. Él había sido su camarada, su hermano, su maestro, había distraído su espíritu, hecho palpitar su corazón y derramado involuntariamente hasta lo

más íntimo de ella una embriaguez latente y continúa. Luego la había dejado en plena crisis trágica, apenas muerta su madre, confundiendo una y otra desesperación. La ausencia lo había idealizado en su recuerdo; volvía con una especie de aureola, y entregábase ella ingenuamente á la dicha de verle.

Por la primera vez de su vida, sentíase Federico amado; y áquel placer nuevo, que no traspasaba el orden de los sentimientos agradables, le producía como una íntima expansión.

Una gruesa nube corría por el cielo en aquel momento.

—Se dirige hacia París—dijo Luisa—¿no es verdad que quisiera usted seguirla?

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Quién sabe!

Y penetrándolo con una aguda mirada, añadió:

—Quizás tenga usted allí... (buscó la palabra) algún afecto.

—Yo no tengo afecciones.

—¿Seguramente?

—Pues sí; señorita, seguramente.

En menos de un año se había operado en la joven una transformación que admiraba á Federico. Después de un minuto de silencio, agregó:

—Debíamos tutearnos como en otro tiempo, ¿quiere usted?

—No.

—¿Porqué?

—¿Porqué?

Insistió él, y ella contestó bajando la cabeza:

—No me atrevo.

Habían llegado al extremo del jardín, hasta la orilla del Livon. Federico, por tunantería, se puso á tirar piedras. Ordenóle ella que se sentara; obedeció y mirando á la cascada, dijo:

—Como el Niágara.

Y empezó á hablar de las comarcas lejanas y de los grandes viajes; á ella le encantaba la idea de emprenderlos; no hubiera tenido miedo de nada, ni de las tempestades, ni de los leones.

Sentados el uno junto al otro, cogían puñados de la arena que tenían delante; después, sin cesar de hablar, la dejaban escapar de sus manos; y el viento cálido que llegaba de las llanuras les traía bocanadas del perfumoso lavanda y el olor de la brea que salía de una barca, detrás de la exclusiva. El sol daba en la cascada; los verdosos bloques de la paredilla por donde el agua corría, aparecían como bajo una gasa de plata continuamente rodando. Una larga barra de espuma brotaba al pie, cadenciosamente, y luego formaba torbellinos, mil corrientes opuestas, y acababa por confundirse en un solo y límpido lienzo.

Luisa murmuró que envidiaba la existencia de los peces.

—¡Debe ser tan dulce rodar ahí dentro, á su gusto, sentirse acariciado por todas partes!

Y se estremecía con movimientos de un mimo sensual.

Pero una voz gritó:

—¿Dónde estás?

—La criada llama—dijo Federico.

—Bien, bien.

Luisa no se movía.

—Va á incomodarse—añadió él.

—Me es indiferente, y además...—la señorita Roque dió á entender, con un gesto, que la tenía á su discreción.

Sin embargo, se levantó; quejóse á seguida de dolor de cabeza; y al pasar por delante de un amplio cobertizo, lleno de leña, dijo:

—Si nos metiéramos debajo al *regode*.

Él fingió no comprender aquella palabra de *jerga*, y aún la bromeó sobre su acento. Poco á poco los extremos de su boca se juntaron, se mordía los labios, y hasta se separó enfurruñada.

Federico se reunió á ella, juró que no había querido molestarla y que la quería mucho.

—¿Es eso verdad?—exclamó ella mirándole, y con sonrisa que iluminaba todo su semblante, un tanto sembrado de manchas de salvado.

No resistió Federico á aquella valentía de sentimiento, á la frescura de su juventud, y repuso:

—¿Por qué te habías de mentir? tu dudas... ¿eh? —y pasó su brazo izquierdo alrededor de su cintura.

Un grito suave como un arrullo se escapó de su garganta; su cabeza se hizo atrás, desfallecía, él la sostuvo. Y los escrúpulos de su probidad fueron inútiles; ante aquella virgen que se ofrecía tuvo miedo. La ayudó enseguida á dar algunos pasos dulcemente. Sus caricias de lenguaje habían cesado, y no queriendo decir ya sino cosas insignificantes, le habló de las personas de la sociedad de Nogent.

De repente le rechazó ella, y le dijo con tono amargo:

—¿No tendrás valor para llevarme!

El permaneció inmóvil con aire de gran aturdimiento. Rompió ella en sollozos, y hundiendo su cabeza en el pecho, añadió:

—¿Puedo yo vivir sin tí?

Procuraba él tranquilizarla; púsole ella sus dos manos sobre los hombros para mirarle mejor frente á frente, y fijando en las suyas sus verdes pupilas, casi ferozmente húmedas, preguntó:

—¿Quieres ser mi marido?

—Pero... —replicó Federico, buscando algu-

na respuesta. —Sin duda... no deseo otra cosa.

En aquel momento apareció el gorro del señor Roque detrás de una lila.

Condujo á su joven amigo durante dos días al rededor de sus propiedades; y al volver Federico del pequeño viaje, encontró en casa de su madre tres cartas.

La primera era del Sr. Dambreuse invitándole á comer para el martes precedente. ¿Por qué aquella cortesía? Luego le habían perdonado su desahogo.

La segunda era de Rosanette, que le daba gracias por haber arriesgado su vida por ella; Federico no comprendió al principio lo que quería decir; por fin, después de muchos embajes, imploraba, invocando su amistad, confiando en su delicadeza, de rodillas, decía, vista la urgente necesidad, y como se pide pan, un pequeño socorro de quinientas pesetas. Decidióse á enviárselas inmediatamente.

La tercera carta procedía de Deslauriers, hablaba de la subrogación y era larga, oscura. El abogado no había aún tomado partido alguno. Le animaba á no molestarse: «Es inútil que vuelvas», insistiendo sobre esto de una manera extraña.

Federico se perdió en toda clase de conjeturas, y entró en deseos de irse; aquella pretensión de gobernar su conducta, le resolvía.

Por otra parte, la nostalgia del bulevar empezaba á dominarle; y después, su madre le daba tal prisa; el Sr. Roque se movía tanto á su alrededor y la señorita Luisa le amaba con tanta fuerza, que no podía permanecer ya mucho tiempo sin declararse. Tenía necesidad de reflexionar, juzgaría mejor de las cosas en el alejamiento.

Para motivar su viaje, Federico inventó una historia, y se marchó, diciendo á todo el mundo que volvería pronto.



VI

SU regreso á París no le produjo placer alguno; era por la noche á fines del mes de Agosto; el bulevar parecía vacío, los transeúntes se sucedían con ceñudos semblantes, á trechos se veía una caldera de asfalto que humeaba, y muchas casas tenían sus persianas enteramente cerradas. Llegó á la suya, el polvo cubría las colgaduras, y al comer, completamente solo, dominó á Federico un extraño sentimiento de abandono; entonces pensó en la señorita Roque.

La idea de casarse no le pareció ya exorbitante. Viajarían, irían á Italia, á Oriente. Y la contemplaba de pie sobre un montículo, admi-

Por otra parte, la nostalgia del bulevar empezaba á dominarle; y después, su madre le daba tal prisa; el Sr. Roque se movía tanto á su alrededor y la señorita Luisa le amaba con tanta fuerza, que no podía permanecer ya mucho tiempo sin declararse. Tenía necesidad de reflexionar, juzgaría mejor de las cosas en el alejamiento.

Para motivar su viaje, Federico inventó una historia, y se marchó, diciendo á todo el mundo que volvería pronto.



VI

SU regreso á París no le produjo placer alguno; era por la noche á fines del mes de Agosto; el bulevar parecía vacío, los transeúntes se sucedían con ceñudos semblantes, á trechos se veía una caldera de asfalto que humeaba, y muchas casas tenían sus persianas enteramente cerradas. Llegó á la suya, el polvo cubría las colgaduras, y al comer, completamente solo, dominó á Federico un extraño sentimiento de abandono; entonces pensó en la señorita Roque.

La idea de casarse no le pareció ya exorbitante. Viajarían, irían á Italia, á Oriente. Y la contemplaba de pie sobre un montículo, admi-

rando un paisaje, ó bien apoyada en su brazo en una galería florentina, deteniéndose ante los cuadros. ¡Qué alegría la de ver aquel delicado ser expansionarse ante los esplendores del arte y la naturaleza! Fuera de su centro, en poco tiempo, haría una encantadora compañera. La fortuna del Sr. Roque le tentaba, además. Sin embargo, semejante determinación le repugnaba como una flaqueza, un envilecimiento.

Pero estaba enteramente resuelto (á cualquier precio) á cambiar de existencia; es decir; á no perder más su corazón en pasiones infructuosas, y hasta vacilaba en cumplir el encargo de Luisa, de comprar para ella, en casa de Jacobo Arnoux, dos grandes estatuas policromas que representarían dos negros, como los que había en el gobierno de Troyes. Conocía la marca del fabricante, y no quería más que aquella. Federico tenía miedo, si volvía *casa de ellos*, de caer de nuevo en su antiguo amor.

Aquellas reflexiones le ocuparon toda la noche; cuando iba á acostarse entró una mujer.

—Soy yo,—dijo riendo la señorita Vatnaz. Vengo de parte de Rosanette.

¿Se habían, pues, reconciliado?

—Dios mío, sí. Yo no soy mala, ya lo sabe usted. Además, la pobre chica... Sería muy largo de contárselo á usted.

En resumen, la Mariscala deseaba verle, esperaba una respuesta, puesto que su carta se había paseado de París á Nogent; la señorita Vatnaz no sabía lo que contenía. Entonces Federico se informó de la Mariscala.

Estaba ahora *con* un hombre muy rico, un ruso, el príncipe Tzernoukoff, que la había visto en las carreras del Campo de Marte el verano pasado.

—Tiene tres carruajes, caballo de silla, librea, groom de *chic* inglés, casa de campo, palco en los Italianos, una porción de cosas más. Ya lo sabe usted, querido.

Y la Vatnaz, como si se aprovechara de aquel cambio de fortuna parecía más alegre, completamente feliz. Se quitó los guantes y se puso á examinar los muebles y las chucherías. Los tasaba en su justo precio como un chalan. Debería haberle consultado para obtener todo aquello en mejores condiciones; y le felicitaba por su buen gusto, diciendo:

—¡Ah! esto es lindo, muy bonito. No hay como usted para estas cosas.

Después, percibiendo en el fondo de la alcoba una puerta, añadió.

—Por ahí salen las mujercitas ¿eh?

Y amistosamente le cogió la barba. Estremeciéndose él al contacto de sus largas manos, á la vez flacas y suaves. Alrededor de sus muñecas

llevaba un bordado de encaje, y sobre el cuerpo de su traje verde, pasamanerías como un húsar. Su sombrero de tul negro, de alas bajas, ocultaba un poco su frente; sus ojos brillaban debajo; un olor de patchuli se escapaba de sus cabellos; la *carcel*, colocada sobre un velador, iluminándola desde abajo, como batería de teatro, hacía resaltar sus mandíbulas, y de repente, ante aquella mujer fea, que tenía en la cintura ondulaciones de pantera, Federico se sintió presa de brutales deseos.

Díjole ella con voz untuosa, sacando de su portamonedas tres cuadrados de papel:

—Va usted á tomarme esto.

Eran tres localidades para una representación á beneficio de Delmar.

—¿Cómo? ¿él?

—Ciertamente.

La señora Vatnaz, sin explicarse más, añadió que le adoraba más que nunca. El cómico, oyéndola, se clasificaba definitivamente entre «las eminencias de la época.» Y no era tal ó cual personaje el que representaba, sino el genio mismo de la Francia, el Pueblo. Tenía «el alma humanitaria; comprendía el sacerdocio del arte.» Federico, para librarse de aquellos elogios, le dió el dinero de las tres localidades.

—Es inútil que hable usted allí de esto. ¡Qué tarde es, Dios mío! Es preciso que le deje á us-

ted. ¡Ah! olvidaba las señas: calle de Crange-Batelière, 14.

Y en el dintel, añadió:

—Adios, hombre amado.

—¿Amado de quién?—se preguntó Federico.

—¿Qué persona tan singular!

Y se acordó que Dussardier le había dicho un día, respecto de ella: «¡Oh, no es gran cosa!» como aludiendo á historias poco honrosas.

Al día siguiente se presentó en casa de la Mariscala. Habitaba una casa nueva, cuyas marquesinas se adelantaban hasta la calle. En cada meseta un espejo á la pared; una jardinera rústica delante de las ventanas, y todo lo largo de las escaleras un tapiz de lienzo.

Al entrar de fuera, la frescura de la escalera agradaba.

Un individuo macho vino á abrir, lacayo de chaleco encarnado. En la banqueta de la antecámara, una mujer y dos hombres, proveedores, indudablemente, esperaban como en el vestíbulo de un ministro. A la izquierda, la puerta del comedor, entreabierta, permitía ver botellas vacías en los aparadores, servilletas en el respaldar de las sillas; y paralelamente se extendía una galería, donde bastones dorados sostenían una espaldadera de rosas. Abajo, en el patio, dos mozos con los brazos desnudos, limpiaban un landó. Sus voces subían hasta allí con el ruido intermi-

tente de una almohaza que golpeaban contra una piedra.

El criado volvió. La señora iba á recibir al señor, y le hizo atravesar una segunda antesala, después un gran salón, vestido de brocatel amarillo, con cordones en los rincones que se unían con el techo y parecían continuadas por los adornos de la araña, que tenían la forma de cables. Indudablemente, la noche anterior había habido fiesta. Sobre las consolas quedó ceniza de los cigarrillos.

Por fin entró en una especie de tocador á que confusamente daban luz cristales de color. Tréboles de madera tallada adornaban los altos de las puertas; detrás de una balaustrada, tres almohadones de púrpura componían un diván, y el tubo de un narguilé de platino rodaba por encima.

La chimenea, en vez de espejo, tenía un armario piramidal, que ostentaba en sus tablillas toda una colección de curiosidades: relojes de plata antiguos, cornets de Bohemia, broches de pedrería, botones de verde jade, esmaltes, figuras de china, una virgencita bizantina con capa de plata sobredorada, y todo aquello se fundía en un crepúsculo dorado, con el azulado color del tapiz, el nacarado reflejo de los taburetes, el tono leonado de las paredes cubiertas de cuero castaño. En los ángulos, sobre pedestales, va-

ros de bronce con grupos de flores que hacían pesada la atmósfera.

Rosanette apareció, vestida con una chupa de raso rosa, pantalón de cachemira blanco, un collar de piastras, y un casquete encarnado rodeado de una rama de jazmín.

Federico hizo un movimiento de sorpresa; después dijo que llevaba «la cosa en cuestión» presentándole el billete de Banco.

Miróle ella muy absorta, y como continuaba con el billete en la mano, sin saber dónde ponerlo, dijo:

—Tómelo usted.

Cogiólo ella, y después lo arrojó sobre el diván y contestó:

—Es usted muy amable.

Era para pagar un terreno en Bellevue, que satisfacía así por anualidades. Semejante frescura ofendió á Federico. Por lo demás, tanto mejor, aquello le vengaba del pasado.

—Siéntese usted—dijo ella.—Ahí, más cerca. Y añadió en tono grave: «En primer lugar, debo á usted las gracias, querido mío, por haber arriesgado la vida.

—¡Oh! eso no es nada.

—¿Cómo? Al contrario. Eso es muy hermoso. Y la Mariscala le manifestó una gratitud embarazosa, porque debía saber por Arnoux, que seguramente cedería á la necesidad de decirlo,

que se había batido exclusivamente por él, según Arnoux se imaginaba.

—Quizás se burle de mí—pensó Federico.

Ya no tenía nada que hacer, y protestando una cita, se levantó.

—No; quédese usted.

Volvió él á sentarse y la cumplimentó por su traje.

Ella contestó con aire de fatiga:

—Es el príncipe que desea verme así. Y es preciso, además, fumar en semejantes máquinas—dijo Rosanette, señalando al narguilé.—¿Quiere usted que lo probemos?

Trajeron fuego, y como quiera que todo aquello tardara en encenderse, se puso á patalear de impaciencia. Después se sintió presa de languidez, y permaneció inmóvil en el diván, con un codo debajo del brazo, el cuerpo algo torcido, doblada una rodilla y la otra pierna recta. La larga serpiente de cuero encarnado, que formaba sus anillos en el suelo, rodeábase á su brazo; apoyaba la boquilla de ambar sobre sus labios y miraba á Federico, entornando los ojos, á través del humo cuyas nubes la envolvían. La aspiración de su pecho hacía gorgear el agua, y murmuraba Rosanette de cuándo en cuándo:

—¡Pobre monín, pobre querido mío!

Procuraba él encontrar un asunto de conversación agradable, y se le presentó la idea de la

Vatnaz, diciendo que le había parecido muy elegante.

—Pardiez—replicó la Mariscala.—«Es muy feliz esa con tenerme», sin añadir una palabra más, tantas restricciones había en sus pensamientos.

Ambos se sentían cortados, y como si se hallaran en presencia de un obstáculo. Con efecto, el duelo, cuya causa se creía Rosanette, había lisonjeado su amor propio. Después se admiró mucho de que Federico no se apresurase á prevalerse de su acción; y para obligarle á venir, inventó aquella necesidad de las quinientas pesetas. ¿Cómo Federico no reclamaba en pago un poco de ternura? Era aquel un refinamiento que la maravillaba, y en un momento de expansión, le dijo:

—¿Quiere usted venir con nosotros á los baños de mar?

—¿Cómo *nosotros*?

—Yo y mi pájaro; le haré á usted pasar por un primo mío, como en las comedias antiguas.

—Mil gracias.

—Bueno; pues entonces tomará usted alojamiento cerca del nuestro.

La idea de ocultarse de un hombre rico, le humillaba.

—No, eso es imposible.

—Como usted guste.

Rosanette volvió la cabeza, y una lágrima cayó de sus párpados. Federico la percibió, y para demostrarle interés, dijo que se consideraba dichoso con verla, al fin, en posición excelente.

Encogióse ella de hombros. ¿Quién la afligía? ¿Sería, acaso, que no la amaran?

—¡Oh, á mí me aman siempre! Y añadió: «Falta saber de qué manera.»

Quejándose «del calor que la ahogaba» la Mariscala desabrochó su chupa; y sin más vestido alrededor de sus riñones que su camisa de seda, inclinó hacia atrás la cabeza, con un aire de esclava lleno de provocaciones.

Un hombre de egoísmo menos reflexivo, no hubiera pensado que el vizconde, el señor de Comaing ú otro pudieran sobrevenir. Pero Federico había sido burlado demasiadas veces por aquellas mismas miradas para comprometerse á una nueva humillación.

Quiso ella conocer sus relaciones, sus diversiones, y hasta llegó á informarse de sus negocios, y á ofrecerle que le prestaría dinero, si lo necesitaba. Federico, que nada tenía que hacer ya allí, cogió su sombrero.

—Vamos, querida, que se divierta usted mucho en su viaje; hasta la vista.

Movió ella los ojos, y después, en tono seco, dijo:

—Hasta la vista.

Volvió á pasar por el salón amarillo y por la segunda antesala. En ella se veía sobre una mesa, entre un vaso lleno de tarjetas y un escritorio, un cofrecillo de plata cincelada, ¡era el de la señora de Arnoux! Sintió entonces un estremecimiento y á la vez el escándalo de una profanación. Tentaciones le dieron de poner en él su mano, de abrirlo. Tuvo miedo de que le vieran y se marchó.

Federico fué virtuoso y no volvió más casa de Arnoux.

Envío á su criado para que comprara los dos negros, haciéndole todas las recomendaciones indispensables; y la caja que los contenía salió aquella misma noche para Nogent. Al día siguiente, dirigiéndose hacia casa de Deslauriers, á la vuelta de la calle Vivienne y del bulevar, se encontró cara á cara con la señora de Arnoux.

El primer movimiento de ambos fué hacerse atrás, después la misma sonrisa asomó á sus labios y se reunieron. Durante un minuto, ninguno de los dos habló.

El sol daba en ella, y su figura oval, sus largas pestañas, su chal de encaje negro, moldeando la forma de sus hombros, su traje de seda, de gola de pichón, el ramo de violetas en la punta de su capota, todo le pareció de extraor-

dinario esplendor. Una suavidad infinita exhalaban sus hermosos ojos, y balbuceando las primeras palabras que le ocurrieron, dijo Federico:

—¿Cómo está Arnoux?

—Muchas gracias.

—¿Y sus hijos de usted?

—Están perfectamente.

—¡Ah... ah!... Qué hermoso tiempo tenemos, ¿no es verdad?

—Magnífico, ciertamente.

—¿Va usted de encargos?

—Sí. Y con una lenta inclinación de cabeza, añadió: «Adiós.»

No le había alargado la mano ni le había dirigido una sola frase afectuosa, ni aún le había invitado a ir a su casa; ¡no importa! no hubiera cambiado aquel encuentro por la más grata de sus aventuras; iba saboreando su dulzura por todo el camino.

Deslauriers, sorprendido al verle, disimuló su despecho, porque conservaba por obstinación alguna esperanza por el lado de la señora de Arnoux; y había escrito a Federico que permaneciera en Nogent, para estar más libre en sus maniobras.

Dijo, sin embargo, que se había presentado en casa de ella para saber si su contrato estipulaba la comunidad; entonces hubiera podido recurrirse contra la mujer «y ella ha puesto una

cara singular cuando le he hablado de tu matrimonio.»

Pero ¡qué invención!

—Era preciso para demostrarle que tenía necesidad de tus capitales. Una persona indiferente no hubiera sentido la especie de síncope que sufrió.

—¿De veras? —exclamó Federico.

—¡Ah, amigo mío, caro te vendes! Sé franco, veamos.

Una inmensa cobardía dominó al enamorado de la señora de Arnoux.

—Pues no... te aseguro... mi palabra de honor.

Aquellas blandas negativas acabaron de vencer a Deslauriers, que le cumplimentó, pidiéndole detalles. Federico no los dió, y hasta resistió al deseo de inventarlos.

En cuanto a la hipoteca, le dijo que no hiciera nada y esperase. Deslauriers le manifestó que le parecía mal, y aún fué brutal en sus observaciones.

Además estaba más sombrío, malévolo e irascible que nunca. Si en un año la fortuna no cambiaba, se embarcaría para América ó se levantaría la tapa de los sesos. Se mostraba, en fin, tan furioso contra todo y de un radicalismo tan absoluto, que Federico no pudo menos de decirle:

—Te pareces a Sénecal.

Deslauriers, con este motivo, le manifestó que había salido de Santa Pelagia, porque el sumario no suministró bastantes pruebas, sin duda, para procesarle.

Por la alegría de su libertad, Dussardier quiso «dar un ponche,» y rogó á Federico «que fuese de ellos,» advirtiéndole de todos modos que allí encontraría á Husonnet, que se había mostrado excelente para Sénecal.

Con efecto, *El Bota-fuego* se había hecho órgano de una agencia de negocios, que decía en sus prospectos: «Agencia de viñedos, de publicidad, de cobros y noticias, etc.» Pero el bohemio temía que su industria perjudicara á su concepto literario, y había tomado al matemático para que llevara las cuentas. Aunque la plaza fuera mediana, Sénecal sin ella se hubiera muerto de hambre. Federico no queriendo afligir al bravo dependiente, aceptó su invitación.

Dussardier, con tres días de anticipación, había encerado por sí mismo los ladrillos encarnados de su boardilla, limpiado la butaca y la chimenea, en la que se veía, bajo un globo, un reló de alabastro entre una estalactita y un coco. Como sus dos candeleros y su palmatoria no eran suficientes, había pedido prestadas al conserje dos velas; y aquellas cinco luminarias brillaban sobre la cómoda, cubierta con tres ser-

villetas, para que soportara más decentemente macarrones, bizcochos un *brioche* y doce botellas de cerveza. Enfrente, adosada á la pared empapelada de amarillo, un pequeño armario de caoba contenía las *Fábulas de Lachambeaudie*, los *Misterios de Paris*, el *Napoleón*, de Norvins, y en el centro de la alcoba, sonreía en su marco de palisandro, el rostro de Béranger.

Los convidados eran (además de Deslauriers y Sénecal) un reciente farmacéutico, que no tenía los fondos necesarios para establecerse; un joven de su casa de comercio, un encargado de designar los puestos en mercados y ferias para los vinos, un arquitecto y un señor empleado en los Seguros. Regimbart no había podido ir; y se le echó de menos.

Acogieron á Federico con grandes demostraciones de simpatía, todos conocían por Dussardier su lenguaje en casa del Sr. Dambreuse. Sénecal se contentó con alargarle la mano, con aire digno.

Estaba apoyado en la chimenea. Los demás sentados y con la pipa en los labios, le escuchaban discurrir acerca del sufragio universal, de donde debía resultar el triunfo de la Democracia, la aplicación de los principios del Evangelio. Además, el momento se acercaba; los banquetes reformistas se multiplicaban en las provincias; el Piamonte, Nápoles, la Toscana...

—Eso es verdad,—dijo Deslauriers, cortándole en redondo la palabra,—«esto no puede durar por más tiempo.»

Y se puso á describir el cuadro de la situación.

Habíamos sacrificado á Holanda para obtener de Inglaterra el reconocimiento de Luis Felipe, y aquella famosa alianza inglesa, se había perdido gracias á los matrimonios españoles. En Suiza, Guizot, á remolque del austriaco, sostenía los tratados de 1815. La Prusia, con su Zollverein, no preparaba dificultades. La cuestión de Oriente continuaba pendiente.

—Eso no es una razón para que el gran duque Constantino envíe regalos al de Aumale para fiarse mucho de Rusia. En cuanto al interior, jamás se ha visto mayor coquedad, mayor tontería. La misma mayoría no se sostiene ya. Por todas partes, en fin, eso es, según la conocida frase, nada, nada, nada. Y ante vergüenzas tantas—proseguía el abogado poniendo sus puños en las caderas— «se declaran satisfechos.»

Aquella alusión á un voto célebre provocó aplausos. Dussardier destapó una botella de cerveza: la espuma manchó las cortinas, pero él no se preocupó; alargó las pipas, cató el *brioche*, ofreció, bajó muchas veces para ver si el ponche iba á llegar, y no tardaron en exaltarse todos, pues todos tenían contra el poder igual exaspe-

ración violenta y sin otra causa que el odio á la injusticia, mezclando á las culpas legítimas los más necios reproches.

El farmacéutico gimió acerca del deplorable estado de nuestra flota. El corredor de seguros no toleraba los dos centinelas del mariscal Soult. Deslauriers, denunció á los jesuitas que acababan de instalarse en Lille, públicamente. Sénecal execraba aún más á Cousin; porque el eclecticismo, que enseña á obtener la certidumbre de la razón, desarrolla el egoísmo, destruye la solidaridad; el tratante de vinos, comprendiendo poco aquellas materias, observó muy alto que se olvidaba de muchas infamias.

—El vagón real de la línea del Norte debe costar ochenta mil pesetas.

—¿Quién las pagará?

—Sí, ¿quién las pagará?—replicó el empleado de comercio, furioso como si hubieran sacado aquel dinero de su bolsillo.

Siguieron las recriminaciones contra los lobos terribles de la Bolsa y la corrupción de los funcionarios. Debía elevarse aun más la acusación, según Sénecal, y dirigirse primero contra los príncipes, que resucitaban las costumbres de la Regencia.

—¿No han visto ustedes últimamente á los amigos del duque de Montpensier volver de Vincennes, ébrios indudablemente, y turbar con

sus canciones á los obreros del arrabal de San Antonio.

—Hasta se ha gritado: ¡Abajo los ladrones!—dijo el farmacéutico.—Yo estaba allí y grité también.

—¡Tanto mejor! El pueblo al fin se despierta después del proceso de Teste-Cubières.

—A mí ese proceso me ha dado pena—dijo Dussardier—porque eso deshonra á un antiguo soldado.

—¿Saben ustedes—añadió Sénecal—qué se ha descubierto en casa de la duquesa de Praslin?...

Pero la puerta se abrió de un puntapié, y Hussonnet entró.

—¡Salud, señores míos!—dijo sentándose sobre la cama.

No se hizo alusión alguna á su artículo, que por su parte lamentaba, por haberle zurrado fuerte la Mariscala, á propósito del mismo.

Venía de ver, en el teatro de Dumas el *Caballero de la Casa Roja* y encontraba aquello fastidioso.

Semejante juicio admiró á los demócratas, porque aquel drama por sus tendencias, sus decoraciones más bien, alhagaba las pasiones. Protestaron. Sénecal, para terminar, preguntó si la pieza servía á la Democracia.

—Sí... quizás; pero es de un estilo...

—Pues entonces es buena: ¿qué es el estilo? la idea es lo principal.

Y sin dejar que hablara Federico, añadió:

—Decía yo que en el asunto Praslin... Hussonnet le interrumpió.

—Un achuchón más. ¡Cuanto me fastidia eso!

—Y á otros además.—replicó Deslauriers.—¡Ese negocio ha hecho recoger nada más que cinco periódicos! Escuchen ustedes esta nota.

Y sacando su libro de memorias, leyó:

—Hemos sufrido, desde el establecimiento de la mejor de las repúblicas, mil doscientos veintinueve procesos contra la prensa, de donde ha resultado para los escritores: tres mil ciento cuarenta y un años de prisión, con la ligera suma de siete millones ciento diez mil quinientas pesetas de multa. ¿Es gracioso, eh?

Todos se sonreían amargamente. Federico, tan animado como los demás, repuso:

—*La Democracia pacífica* tiene su proceso contra su folletín, que es una novela titulada *De parte de las mujeres*.

—Vamos bien,—dijo Hussonnet.—¡Si nos prohíben nuestra parte de las mujeres!

—¿Pero qué es lo que no está prohibido?—exclamó Deslauriers.—Está prohibido fumar en el Luxemburgo, prohibido cantar el himno á Pío IX.

—Y se prohíbe el banquete de los tipógrafos!—articuló una voz sorda.

Era la del arquitecto, oculto por la sombra de la alcoba, y hasta aquel momento silencioso. Añadió que en la semana pasada habían condenado por ultrajes al rey á un llamado Rouget.

—Salmonete (Rouget) está frito—dijo Hussonnet.

—Aquella gracia pareció de tal manera inconveniente á Sénecal, que le reprochó por defender «al juglar del Ayuntamiento, al amigo del traidor Dumouriez.»

—¿Yo? al contrario.

El encontraba á Luis Felipe necio, guardia nacional, todo lo que había más de tendero y gorro de algodón. Y poniendo la mano sobre su corazón, el bohemio pronunció las frases sacramentales:—Siempre con nuevo placer...—La nacionalidad polaca no perecerá...—Se continuarán nuestros grandes trabajos...—Dadme dinero para mi modesta familia...—Todos se reían mucho, proclamándole un muchacho delicioso, lleno de ingenio; la alegría redobló ante la vista de ponchera llena que un cafetero llevó.

Las llamas de alcohol y las de las bujías calentaron pronto la habitación, y la luz de la guardilla, atravesando el patio, iluminaba en frente el alero de un tejado, con el tubo de una chimenea que se alzaba recta y negra en la os-

curidad. Hablaban muy alto, todos á la vez; se habían quitado las levitas, tropezaban en los muebles, chocaban los vasos.

Hussonnet gritó:

—Hagan ustedes subir grandes señoras para que esto sea más *Torre de Nesle*, con color local, y *rembranesco*, ¡pardiez!

Y el farmacéutico, que bebía ponche indefinidamente, entonó á plena voz:

«Tengo dos grandes bueyes en mi establo, dos grandes bueyes blancos...»

Sénecal le puso la mano sobre la boca, porque no gustaba del desorden; y los inquilinos se asomaban á las ventanas, sorprendidos por aquel ruido insólito que salía del alojamiento de Dussardier.

El excelente muchacho era feliz, y dijo que aquello le recordaba las modestas sesiones de otro tiempo, en el muelle Napoleón: muchos faltaban sin embargo, como Pellerin...

Podemos pasar sin él—observó Federico.

Y Deslauriers se informó de Martinon.

—¿Qué se hace ese interesante caballero?

Al punto Federico, desahogando la mala voluntad que le tenía, atacó su ingenio, su carácter, su falsa elegancia, el hombre entero. Era todo un tipo de aldeano improvisado señorito, la aristocracia nueva, la burguesía, no valía lo que la antigua, la nobleza. Sostenía aquella, y

los demócratas aprobaban, como si él hubiera formado parte de la una, y hubieran los otros frecuentado la otra. Quedaron encantados de él. El farmacéutico hasta le comparó á d'Alton Shée, que aunque Par de Francia, defendía la causa del pueblo.

La hora de marcharse había llegado. Todos se separaron con grandes apretones de manos; Dussardier, por ternura, acompañó á Federico y Deslauriers. Desde que estuvieron en la calle, el abogado parecía reflexionar, y dijo después de un momento de silencio:

—¿Aborreces mucho, pues, á Pellerin?

Federico no ocultó su rencor.

El pintor había retirado, sin embargo, de la muestra, el famoso cuadro. No debían indisponerse por fruslerías. ¿Para qué hacerse un enemigo?

—Ha cedido á un minuto de mal humor, excusable en un hombre que no tiene un céntimo.

Tú no puedes comprender esto.

Y Deslauriers subió á su casa, pero el dependiente no abandonó á Federico, y hasta le excitó á que comprara el retrato. En efecto, Pellerin, desesperando de intimidarle, les había preparado para que por sus gestiones tomara la tela.

Dussardier volvió á hablar de ella, insistió. Las pretensiones del artista eran razonables.

—Estoy seguro que quizás mediante quinientas pesetas...

—¡Ah... dáselas, tómalas!—dijo Federico.

Aquella misma noche le llevaron el cuadro. Le pareció más abominable aún que la primera vez. Las medias tintas y las sombras se habían aplomado con los retoques demasiado numerosos, y parecían oscurecidos con relación á las luces, que permanecían brillantes á trechos y desentonaban el conjunto.

Federico se vengó de haberlo pagado, denigrándolo amargamente. Deslauriers lo creyó bajo su palabra y aprobó su conducta, porque ambicionaba siempre constituir una falange de la que sería el jefe; ciertos hombres se regocijan de hacer á sus amigos cosas que les son desagradables.

Federico, á pesar de todo, no había vuelto á casa de los Dambreuse. Los capitales le faltaban, y esto daría lugar á infinitas explicaciones; vacilaba en decidirse. ¿Tendría quizás razón? Nada era seguro, ahora, ni el negocio de las hullas ni otro alguno; era preciso abandonar aquella sociedad; por fin, Deslauriers, le separó de la empresa. A fuerza de odio se volvía virtuoso; y además quería más á Federico en la mediantía. De esa manera permanecía su igual y en más íntima comunión con él.

La comisión de la señorita Roque había

sido muy mal ejecutada. Su padre le escribió, suministrándole las más precisas explicaciones, y finalizaba su carta con esta broma: «A riesgo de dar á usted mal de negro.»

Federico no tenía más remedio que volver á casa de Arnoux. Subió al almacén y no vió á nadie. La casa de comercio se hundía, y los empleados imitaban la incuria del principal.

Dejó á un lado el largo armario, cargado de porcelanas, que ocupaba de uno á otro extremo de la habitación; después, llegado al fondo, delante del escritorio, pisó más fuerte para hacerse oír.

El portier se levantó y apareció la señora de Arnoux.

—¡Cómo! ¿Usted aquí, usted?

—Sí—balbuceó ella algo turbada.—Buscaba...

Vió un pañuelo cerca del pupitre, y adivinó que había bajado á la habitación de su marido para darse cuenta, aclarar sin duda alguna inquietud.

—Pero... tendrá usted quizás necesidad de algo,—dijo ella.

—Poca cosa, señora.

—Estos dependientes son intolerables; siempre están ausentes.

No había que condenarles; por el contrario, se felicitaba de la circunstancia.

Ella le miró irónicamente.

—Y bien ¿ese matrimonio?

—¿Qué matrimonio?

—El de usted.

—Yo, jamás en mi vida.

Hizo ella un gesto de incredulidad.

—Y aun cuando eso fuera. Uno se refugia en la medianía, por desesperación de lo hermoso que uno ha soñado.

—No todos los sueños de usted, sin embargo, eran tan... cándidos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Cuando se paseaba usted en las carreras con... ¡personas!

Maldijo á la Mariscala; pero un recuerdo acudió á su mente y dijo:

—Pero usted misma, en otro tiempo, me rogó que la viera, en interés de Arnoux.

Y ella replicó moviendo la cabeza:

—Y usted se aprovechaba de eso para distraerse.

—Olvidemos, por Dios, todas esas tonterías.

—Es justo, puesto que va usted á casarse.

Y retenía un suspiro, mordiéndose los labios.

Entonces él gritó:

—Repito á usted que no. ¿Puede usted creer que yo, con mis necesidades de inteligencia, mis costumbres, vaya á esconderme en provin-

cias para jugar á las cartas, vigilar trabajadores y pasearme en zapatillas? ¿Con qué otro objeto entonces? Le han contado á usted que era rica, ¿no es verdad? ¡Bah, yo me río del dinero! Es que después de haber deseado cuanto hay de más bello, de más tierno, de más encantador, una especie de paraíso en forma humana, y cuando lo he encontrado, por fin, ese ideal, cuando esa visión me oculta las demás...

Y cogiéndola la cabeza con ambas manos, empezó á besarla los párpados, repitiendo:

—No, no, jamás me casaré, jamás, jamás.

Ella aceptaba aquellas caricias absorta por la sorpresa y por el gozo.

La puerta del almacén, de lo alto de la escalera se abrió. Ella dió un salto y permaneció con la mano extendida como para pedirle silencio. Se aproximaron pasos; después alguien dijo desde fuera:

—¿Está ahí la señora?

—Adelante.

La señora de Arnoux tenía el codo sobre el escritorio, y movía una pluma entre los dedos, tranquilamente, cuando el tenedor de libros alzó el portier.

Federico se levantó.

—Señora, tengo el honor de saludar á usted. El servicio estará pronto, ¿no es verdad? ¿puedo contar con ello?

—Ella nada respondió; pero aquella muda complicidad inflamó su rostro de todos los rubores del adulterio.

Al día siguiente volvió casa de ella y fué recibido. Con el fin de perseguir sus ventajas, inmediatamente, sin preámbulo, Federico empezó por justificarse del encuentro en el campo de Marte. Solo la casualidad le había hecho tropezar con aquella mujer. Admitiendo que fuese linda (cosa que no era cierta) ¿cómo podría detenerse en ella su pensamiento, ni aun por un minuto, puesto que amaba á otra?

—Lo sabe usted bien, se lo he dicho á usted.

La señora de Arnoux bajó la cabeza.

—Siento que me lo haya usted dicho.

—¿Por qué?

—Las más elementales conveniencias exigen ahora que yo no vuelva á ver á usted.

—Protestó él de la inocencia de su amor.

El pasado respondía del porvenir: se había prometido no perturbar su existencia, no aturdirla con sus lamentaciones.

—Pero ayer mi corazón se desbordaba.

—No debemos pensar más en aquel momento, amigo mío.

—Sin embargo, ¿qué mal habría en que dos pobres séres confundieran su tristeza?

Y después:

—Porque usted tampoco es feliz. ¡Oh, yo la conozco á usted! no tiene usted á nadie que comprenda la necesidad de afección, de sacrificio, que usted siente. Yo haré todo lo que usted quiera! ¡No la ofenderé á usted... se lo juro.

Y se dejó caer de rodillas, á su pesar, aplinado por un peso interior demasiado pesado.

—Levántese usted—dijo ella—lo quiero.

Y le declaró que si no obedecía no la volvería á ver nunca.

—¡Ah, le desafío á usted!—repuso Federico—Qué es lo que tengo que hacer yo en el mundo? Los demás se esfuerzan por la riqueza, la celebridad, el poder. Yo, no tengo estado, usted es mi ocupación exclusiva; toda mi fortuna, el objeto, el centro de mi existencia, de mis pensamientos. ¡Yo no puedo vivir sin usted como no podría vivir sin el aire del cielo! ¿Es que no siente usted la aspiración de mi alma subir hasta la de usted, y que deben confundirse, y que muero por realizarlo?

La señora de Arnoux se puso á temblar extremadamente.

—Váyase usted, se lo ruego.

La expresión perturbada de su semblante le detuvo. Después adelantó un paso, pero ella se hizo atrás y juntando las dos manos, dijo:

—¡Déjeme usted en nombre del cielo, por gracia!

Y Federico la amaba de tal modo, que salió.

Muy pronto se encolerizó consigo mismo, se reconoció un imbécil, y veinticuatro horas después, volvió.

La señora no estaba. Permaneció sobre la meseta aturrido de furor y de indignación. Arnoux se presentó y le dijo que su mujer, aquella misma mañana, se había marchado para instalarse en una casita de campo que alquilaban en Auteuil, por que ya no poseían la de Saint-Cloud.

—Esta es una más de sus humoradas. En fin, puesto que eso la agrada, y á mi también, ¡tanto mejor! ¿Comeremos juntos esta noche?

Federico alegó un negocio urgente, y enseguida corrió á Auteuil.

La señora de Arnoux dejó escapar un grito de alegría. Entonces todo su rencor desapareció.

No habló de su amor. Para inspirarle mayor confianza, hasta exageró su reserva, y cuando preguntó si podría volver, ella contestó: «Sin duda,» ofreciendo su mano, que casi al punto retiró.

Federico, desde entonces, menudeó sus visitas. Prometía al cochero gruesas propinas. Pero, con frecuencia, la lentitud del caballo le impa-

cientaba y se bajaba, y sin aliento, subía en un ómnibus. ¡Cómo desdeñaba las caras de las gentes sentadas enfrente de él, y que no iban á casa de ella!

Reconocía desde lejos su casa, en una enorme madreselva que cubría por un solo lado las tejas. Era aquella una especie de chalet suizo, pintado de encarnado, con un balcón exterior. Había en el jardín tres viejos castaños, y en el centro, sobre una elevación, un quitasol de paja sostenido por el tronco de un árbol. Bajo la pizarra de los muros, una gruesa parra mal sujeta colgaba por algunos lados, como un cable destrozado. La campanilla de la verja, un poco fuerte, prolongaba su repique, y había que esperar siempre mucho tiempo hasta que venían. Cada vez que esto pasaba, sentía una angustia, un temor indeterminado.

Después oía crujir en la arena las pantuflas de la criada; ó bien la misma señora de Arnoux se presentaba. Un día llegó hasta detrás de ella, que, agachada, sobre el césped, buscaba violetas.

El carácter de su hija la había obligado á meterla en un convento. Su chiquillo pasaba la tarde en una escuela, Arnoux hacía largos almuerzos en Palacio-Real con Regimbart y el amigo Compain. Ningún fastidioso podía sorprenderlos.

Estaba decidido que no debían pertenecerse.

Aquella conveniencia que les garantizaba del peligro, facilitaba sus expansiones.

Contóle ella su existencia de otro tiempo, en Chartres, casa de su madre; su devoción hacia los doce años; después su furor por la música; cuando cantaba hasta la noche, en su cuartito, desde donde se veían las murallas. Contóle él sus melancolías en el colegio, y cómo en su cielo poético resplandecía un rostro de mujer, de tal suerte que al verla por primera vez, la había reconocido.

Aquellos discursos no abrazaban, generalmente, sino los años de su trato. Recordábase él detalles insignificantes, el color de su traje en tal época; qué persona se había presentado tal día; lo que ella había dicho en cierta ocasión, y ella contestaba por completo maravillada:

—Sí, lo recuerdo.

Sus gustos, sus juicios eran los mismos. A menudo el que escuchaba al otro, exclamaba:

—Yo también.

Después venían las quejas interminables contra la Providencia.

—¿Por qué el cielo no lo ha querido? ¡Si nos hubiéramos encontrado!..

—¡Ah, si yo hubiera sido más joven!—suspiraba ella.

—No, yo un poco más viejo.

Y se imaginaba una vida exclusivamente

fecunda para llenar la más vastas soledades, superabundante en todas las alegrías, desafiando todas las miserias, en que las horas hubieran desaparecido en una continuada expansión de sí mismo, y que habría producido algo de resplandeciente y elevado como la palpitación de las estrellas.

Casi siempre, estaban al aire libre en lo alto de la escalera. Las cimas de los árboles amarillentos por el otoño, se alzaban ante ellos, desigualmente, hasta el borde del pálido cielo; ó bien iban al extremo de la avenida, á un pabellón que tenía por único mueble un canapé de lienzo gris. Puntos negros manchaban el espejo; las paredes exalaban olor á húmedo, y allí permanecían hablando de sí propios, de los demás, de no importa qué, encantados. Algunas veces, los rayos del sol, atravesando la celosía, pendían desde el techo hasta las piedras como las cuerdas de una lira; brumas de polvo revoloteaban entre aquellas barras luminosas. Entreteníase ella en apartarlas con su mano; Federico se la cogía suavemente, y contemplaba el enlace de sus venas, los poros de su piel, la forma de sus dedos. Cada uno de los cuales era para él, más que una cosa, casi una persona.

Dábale ella sus guantes, la semana siguiente su pañuelo. Llamábale «Federico,» él la llamaba «María,» adorando aquel nombre, expresamente

hecho, decía, para ser suspirado en éxtasis, y que parecía contener nubes de incienso, de capas de rosas.

Llegaron á fijar de antemano el día de sus visitas, y saliendo como por casualidad, iba á buscarlo al camino.

Ella no hacía nada para excitar su amor, perdida en esa indolencia que caracteriza las grandes dichas. Durante toda la estación, llevó un traje de casa, de seda oscura, adornado con terciopelo del mismo color, vestido ancho que convenía á la suavidad de sus actitudes y de su fisonomía seria. Por otra parte, tocaba en el mes de Agosto de las mujeres, época á la vez de reflexión y ternura, en que la madurez que empieza colora la mirada de una llama más profunda, cuando la fuerza del corazón se mezcla con la experiencia de la vida, y al fin de su desarrollo, el ser completo se desborda de riquezas en la armonía de su belleza. Jamás había tenido mayor dulzura, mayor indulgencia. Segura de no desfallecer, abandonábase á un sentimiento que le parecía un derecho conquistado por sus penas. ¡Aquello era además tan bueno y tan nuevo! ¡Qué abismo entre la grosería de Arnoux y las adoraciones de Federico!

Él temblaba de perder por una palabra todo lo que creía haber ganado, diciéndose que puede llegar una ocasión, pero que no se corrige ja-

más una necesidad. Quería que ella se diera, y no cogiera. La seguridad de su amor le deleitaba como un precedente de la posesión, y después el encanto de su persona le turbaba más el corazón que los sentidos. Era aquella una beatitud indefinida, una tal embriaguez, que hasta se olvidaba de la posibilidad de una dicha absoluta. Lejos de ella, le devoraban furiosas angustias.

Muy pronto hubo en sus diálogos grandes intervalos de silencio. A veces, una especie de pudor sexual les hacía ruborizarse uno ante otro. Todas las precauciones para ocultar su amor lo denunciaba; cuanto mayor se hacía, más reservadas eran sus maneras. Con el ejercicio de tal mentira, se exasperó su sensibilidad. Gozaban deliciosamente del perfume de las hojas húmedas, sufrían el viento Este; sentían irritaciones sin causa, presentimientos fúnebres; un ruido de pasos, el crujido de una madera, les ocasionaba espantos como si hubieran sido culpables; veíanse lanzados á un abismo; una atmósfera tormentosa les envolvía, y cuando se escapaban á Federico lamentaciones, acusábase á sí misma.

—Sí, hago mal ¡parezco una coqueta! No venga usted más.

Entonces repetía él los propios juramentos, que escuchaba ella siempre con placer.

Su regreso á París, y las complicaciones del

día del año nuevo suspendieron un tanto sus entrevistas. Cuando volvió, mostraba en sus maneras algo de más atrevido. Salsa ella á cada paso para dar órdenes, y recibía, á pesar de sus ruegos, á cuantos venían á verla. Entregábanse entonces á conversaciones sobre Leotade, Guizot, el Papa, la insurrección de Palermo y el banquete del duodécimo distrito, que inspiraba inquietudes. Federico se desahogaba declamando contra el Poder; porque deseaba, como Deslauriers, un trastorno universal, tal era por entonces su acritud. La señora de Arnoux, por su parte, se ponía sombría.

Su marido, prodigando las extravagancias, mantenía una obrera de la manufactura, la que llamaban la Bordalesa. La señora de Arnoux lo contó ella misma á Federico. Él quería sacar de allí un argumento «puesto que la traicionaban.»

—¡Oh, no me preocupa eso nada!—dijo ella.

Aquella declaración le pareció afirmar completamente su intimidad. ¿Desconfiaba Arnoux?

—No, ahora no.

Y le contó que una noche los dejó solos, y volvió á escuchar detrás de la puerta, y como ambos hablaban de cosas indiferentes, desde aquel tiempo vivía en completa seguridad.

—Y con razón—dijo amargamente Federico.

—Indudablemente.

Mejor habría hecho no arriesgando semejante frase.

Un día no estaba ella en casa á la hora en que él acostumbraba ir, y lo consideró como una traición.

Enfadóse después de ver las flores que tenía siempre calocadas en un vaso de agua.

—¿Dónde quiere usted que estén?

—Ahí no. Por lo demás, ahí están menos friamente que en su corazón de usted.

Algún tiempo más tarde le reprochó por haber asistido la víspera á los Italianos sin avisarle. Otros la habían visto, admirado, amado quizás; deteniéndose Federico en aquellas sospechas únicamente para atormentarla con sus quejas; porque empezaba á aborrecerla, y lo menos que le correspondía era una parte de sus sufrimientos.

Una tarde (hacia mediados de Febrero) la sorprendió muy conmovida. Eugenio se quejaba de la garganta. El doctor había dicho, sin embargo que aquello no era nada, un fuerte constipado, la *grippe*. Federico se admiró del trastorno del niño. No obstante tranquilizó á su madre, citando el ejemplo de muchos chiquillos de su edad que acababan de pasar semejantes afecciones, y se curaron muy pronto.

—¿De veras?

—Sí, seguramente.

—¡Oh, qué bueno es usted!

Y le cogió la mano; él la estrechó en la suya.

—Déjela usted.

—¿Qué importa si es al consolador á quien usted la ofrece?... Me cree usted en todas estas cosas, y duda usted de mí... cuando le hablo de mi amor.

—No dudo, pobre amigo mío.

—¿Por qué esa desconfianza, como si fuera yo un miserable, capaz de abusar?...

—¡Oh, no!...

—Si yo tuviera siquiera una prueba...

—¿Qué prueba?

—La que se concede al primero que llegase; la que á mí mismo me habeis concedido.

Y le recordó que una vez habían salido juntos, en un crepúsculo de invierno, en tiempo nublado. Todo aquello estaba ahora ya muy lejos. ¿Quién la impedía mostrarse de su brazo delante de todo el mundo, sin temor por su parte, sin segunda intención con la suya, no habiendo nadie á su alrededor para importunarlos?

—Sea,—dijo ella con una valentía que dejó estupefacto á Federico.

Pero repuso vivamente:

—¿Quiere usted que la espere en la esquina de la calle Trouchet y de la calle de la Ferme?

—Dios mío, amigo mío,—balbuceó la señora de Arnoux.

Sin darle tiempo para reflexionar, añadió él.

—El martes próximo, ¿eh?

—¿El martes?

—Sí; entre dos y tres.

—Allí estaré.

Y volvió su rostro, en un movimiento de bochorno. Federico puso los labios en su nuca.

—Oh, eso no está bien hecho!—dijo ella.—No haga usted que me arrepienta.

Separóse él temiendo la movilidad ordinaria de las mujeres. Después, en el dintel, murmuró suavemente, como cosa enteramente convenida:

—Hasta al martes.

Bajó ella los ojos de manera discreta y resignada.

Federico tenía un plan. Esperaba que, merced á la lluvia ó el sol, podría hacerla detenerse en un portal, y que una vez en el portal, entraría en la casa. Lo difícil era encontrar una conveniente.

Empezó sus investigaciones, y hacia el centro de la calle Troughet, leyó de lejos una muestra que decía: *Habitaciones amuebladas.*

El mozo, comprendiendo su intención, le enseñó inmediatamente, en el entresuelo, una sala

y un gabinete con dos salidas. Federico lo tomó por un mes y pagó adelantado.

Después se fué á tres tiendas para comprar la más rara perfumería; adquirió un trozo de guipure de imitación para sustituir el hermoso cubre piés de algodón encarnado, y escogió un par de pantuflas de raso azul; solo el temor de parecer grosero le moderó en sus compras; volvió con ellas, y con mayor devoción que los que levantan altares, cambió los muebles de sitio, arregló el mismo las cortinas, puso leña en la chimenea, violetas sobre la cómoda, y hubiera deseado alfombrar de oro el cuarto. «Mañana es,» se decía, «sí, mañana, no sueño.» Y sentía palpar fuertemente su corazón, ante el delirio de su esperanza; luego, cuando todo estuvo pronto, se metió la llave en el bolsillo, como si la dicha, que allí vagaba, hubiera podido volarse.

Una carta de su madre le aguardaba en su casa.

«¿Por qué tan larga ausencia? Tu conducta empieza á parecer ridícula. Comprendo, que, en cierta medida, vacilarás al principio ante esta unión; ¡sin embargo, reflexiva!»

Y precisaba las cosas; cuarenta y cinco mil libras de renta. Además, «se hablaba de esto,» y el Sr. Roque esperaba una respuesta definitiva.

En cuanto á la joven, su posición era verdaderamente difícil. Te ama mucho.

Federico arrojó la carta sin acabar de leerla y abrió otra de Deslauriers. «Mi antiguo amigo: La *pera* está madura. Según tu promesa, contamos contigo. Nos reunimos mañana al amanecer en la plaza del Panteón. Entra por el café Sonflot. Es preciso que te hable antes de la manifestación.»

—¡Oh! conozco bien sus manifestaciones. Mil gracias, tengo una cita más agradable.

Y al día siguiente, desde las once, Federico salió. Quería dar la última ojeada á los preparativos; después ¿quién sabe? podría ella anticiparse por una circunstancia cualquiera. Al desembocar en la calle Trouchet, oyó detrás de la Magdalena un gran clamoreo, avanzó y vió al fondo de la plaza, á la izquierda, gentes de blusa y de la clase media.

Con efecto, por un manifiesto publicado en los periódicos estaban convocados en aquel sitio todos los suscritores al banquete reformista. El ministerio, casi inmediatamente, había dictado un bando prohibiéndolo. La víspera por la noche la oposición parlamentaria había renunciado á verificarlo; pero los patriotas, que ignoraban aquella resolución de los jefes, habían acudido á la cita, seguidos de gran número de curiosos. Una diputación de las escuelas, había ido antes

á casa de Odillon Barrat. En aquel momento se hallaba en el ministerio de Negocios Extranjeros; y no se sabía si el banquete tendría lugar, si el Gobierno ejecutaría su amenaza, si se presentarían los guardias nacionales. Se aborrecía á los diputados como al Poder. La muchedumbre aumentaba más y más, cuando de repente vibró en los aires el canto de la *Marsellesa*.

Era la columna de los estudiantes que llegaba. Marchaban al paso, en dos filas, con irritado aspecto, desnudas las manos y gritando todos por intervalos.

—¡Viva la reforma! ¡abajo Guizot!

Los amigos de Federico seguramente estaban allí, iban á verle y á arrastrarle. Refugióse vivamente en la calle de la Arcada.

Cuando los estudiantes dieron dos vueltas por la Magdalena, bajaron hacia la plaza de la Concordia, que estaba llena de gente, y la muchedumbre amontonada; parecía, desde lejos, un campo oscilante de piedras negras.

En aquel momento soldados de línea se ordenaron en batalla, á la izquierda de la iglesia.

Los grupos, sin embargo, se detenían. Para acabar, agentes de policía de paisano prendían á los más levantiscos y los llevaban á la prevención, brutalmente. Federico, á pesar de su indignación, permaneció mudo, hubieran podido

prenderle como á los demás y habría faltado á la entrevista con la señora de Arnoux.

Poco tiempo después, aparecieron los cascos de los municipales, y golpeaban á su alrededor con el sable de plano. Un caballo se cayó; corrieron á auxiliarle, y en cuanto el caballero estuvo en la silla, todos huyeron.

Entonces se hizo un gran silencio. La fría lluvia que había mojado el asfalto, ya no caía. Se alejaban las nubes, blandamente heridas por el viento de Oeste.

Federico se puso á recorrer la calle Trouchet, mirando hacia delante y hacia atrás.

Las dos sonaron por fin.

—¡Ah! ahora es, —se dijo— sale de su casa, se acerca. Y un minuto después: «Ya tenía tiempo de haber venido.» Hasta las tres procuró calmarse. «No, aún no tarda; un poco de paciencia.»

Y para entretenerse examinaba las pocas tiendas que se veían: un librero, un sillero, un almacén de objetos de lujo. Pronto conoció los nombres de las obras, todos los arneses, todas las telas. Los comerciantes, en fuerza de verle pasar y repasar continuamente, se admiraron primero, después, asustados, cerraron sus escaparates.

Indudablemente había tenido un impedimento, y sufría por él también. ¡Pero qué ale-

gría en el acto! Porque iba á venir, eso era cierto. «Me lo ha prometido.» Sin embargo, una angustia intolerable le sebrecoja.

Por un movimiento absurdo, entró en el hotel, como si hubiera podido encontrarse allí. En aquel mismo instante llegaría quizás á la calle; y escapó hacia ella. ¿Nadie? y volvió á recorrer la acera.

Se fijaba en las hendiduras de las baldosas, en la boca de las canales, en los candelabros, en los números de encima de las puertas. Los más mínimos objetos se convertían en compañeros suyos, ó más bien en espectadores irónicos; y las fachadas regulares de las casas le parecían inexorables. Sentía frío en los piés; y como si se viera agoviado. La repercusión de sus pasos le golpeaba el cerebro.

Cuando vió que eran las cuatro en su reloj, experimentó un vértigo, un espanto. Intentó repetir versos, calcular cualquier cosa, inventar una historia. Imposible; la imagen de la señora de Arnoux le dominaba. Tenía ganas de correr á su encuentro. ¿Pero qué camino tomaría para no cruzarse?

Llamó á un mozo de esquina, le puso en la mano cinco pesetas y le encargó que fuera á la calle Paradis, en casa de Jacobo Arnoux, para averiguar del portero «si estaba la señora.» Después se plantó en la esquina de la calle de la

Ferme y calle Trouchet, de manera que los pudiese ver simultáneamente. Al fondo de la perspectiva, en el bulevar, se deslizaban confusas masas. A veces distinguía el penacho de un dragón, un sombrero de mujer, y alargaba sus pupilas para reconocerla. Un chiquillo desarra- pado que enseñaba una marmota en una caja, le pidió limosna sonriendo.

El hombre del chaleco de terciopelo volvió. «El portero no la había visto salir.» ¿Quién la retenta? Si estuviera enferma, se lo hubieran dicho. ¿Era una visita? Nada más fácil que no recibiría. So golpeó la frente.

—¡Ah, pero qué bestia soy! Es la agitación popular. Aquella explicación natural le consoló. Luego y de repente: «Pero su barrio está tranquilo.» Y una duda abominable le asaltó. ¿Si no viniera? Si su promesa no fuera más que una palabra para alejarme? No, no. Lo que la sujetaba, sin duda, era una casualidad extraordinaria, uno de esos acontecimientos que destruyen todas las previsiones. En ese caso habría escrito. Y envió al mozo del hotel á su domicilio, calle Runsfort, para saber si había carta.

No habían llevado ninguna. Aquella carencia de noticias le tranquilizó.

Del número de piezas de moneda que cogía á la casualidad en la mano, de la fisonomía de los transeuntes, del color de los caballos, for-

maba presagios, y cuando el augurio era contrario, se esforzaba por no creer en él. En sus accesos de furor contra la señora de Arnoux, la injuriaba á media voz. Luego sentía debilidades, casi desvanecimientos, y de repente movimientos de esperanza. Iba á llegar; estaba allí, detrás de él, se volvía y nada. Una vez vió á treinta pasos próximamente una mujer de la misma estatura, con el mismo traje. Se reunió á ella; pero no era. Las cinco dieron, las cinco y media, las seis. Encendían el gas. La señora de Arnoux no había venido.

Había ella soñado la noche anterior, que estaba en la acera de la calle de Trouchet hacía mucho tiempo. Allí esperaba algo indeterminado, considerable sin embargo, y sin saber por qué, temía ser vista. Pero un maldito perrillo, encarnizado contra ella, mordía el bajo de su vestido, volviéndose contra ella obstinadamente y ladrando cada vez más fuerte. La señora de Arnoux se despertó. El ladrido del perro continuaba; alargó el oído; aquello salía del cuarto de su hijo, al cual se precipitó descalza. Era el niño mismo que tosa. Le abrazaban las manos, la cara roja y la voz singularmente ronca. La dificultad de su respiración aumentaba de minuto en minuto. Ella permaneció hasta el día, inclinada sobre la cama, observándole.

A las ocho, el tambor de la guardia nacional vino á avisar al Sr. Arnoux que lo aguardaban sus camaradas. Vistióse precipitadamente y se marchó, prometiendo pasar inmediatamente por casa de un médico, el Sr. Colot. A las diez no había venido el Sr. Colot, y la señora de Arnoux envió á su doncella. El doctor estaba de viaje, en el campo, y el joven que le reemplazaba andaba visitando.

Eugenio tenía su cabeza de medio lado, sobre la almohada, frunciendo continuamente sus cejas, dilatando sus narices; su pobre figurita se volvía más descolorida que sus sábanas; y de su laringe se escapaba un silbido producido por cada inspiración, cada vez más corta, seca y como metálica. Su tos se parecía al ruido de esas bárbaras mecánicas que hacen ladrar á los perros de cartón.

La señora de Arnoux se sobrecogió de espanto; se arrojó á las campanillas, pidiendo socorro, y gritando:

—Un médico, un médico.

Diez minutos después, llegó un señor viejo de corbata blanca y patillas grises, bien cortadas. Hizo muchas preguntas acerca de las costumbres, la edad y el temperamento del enfermito; luego examinó su garganta, aplicó la cabeza á la espalda y escribió una receta. El aire tranquilo de aquel buen hombre era odioso.

Olfá á bálsamo. Ella hubiera querido pegarle. Dijo que volvería al oscurecer.

Muy pronto comenzaron de nuevo las toses violentas; á veces el niño se levantaba de repente. Sacudíale movimientos convulsivos los músculos del pecho, y en sus aspiraciones, su vientre se ahuecaba como si estuviera sofocado por haber corrido. Luego volvía á caer con la cabeza hacia atrás y la boca enteramente abierta. Con infinitas precauciones, procuraba la señora de Arnoux hacerle tragar el contenido de los frascos, el jarabe de ipecacuana, una pocción kermatizada; pero el niño rechazaba la cuchara; gimiendo con débil voz, parecía que soplabá sus palabras.

De cuándo en cuándo, releía ella la receta; la asustaban las observaciones del formulario; quizás se haya equivocado el farmacéutico. La desesperaba su impotencia. El discípulo del señor Colot llegó.

Era un joven de modestos ademanes, nuevo en el oficio y que no ocultó su impresión. Al principio permaneció indeciso, por temor de comprometerse y al fin prescribió la aplicación de trozos de hielo. Se tardó mucho tiempo en encontrarlo y la vejiga que contenía los pedazos se rompió. Fue preciso mudar la camisa. Todo aquel desarreglo proyocó un nuevo acceso más terrible.

El niño se puso á arrancarse los lienzos de su cuello, como si hubiera querido retirar el obstáculo que le ahogaba, y arañaba la pared, cogía las cortinas de su cama, buscando un punto de apoyo para respirar. Su cara estaba entonces azulada, y todo su cuerpo bañado en un sudor frío, parecía irse adelgazando. Sus ojos huraños se fijaban en su madre con terror; le echó los brazos al cuello, se colgó de él de una manera desesperada, y rechazando sus sollozos, balbuceaba ella palabras tiernas.

—¡Sí, amor mío, ángel mío, mi tesoro!

Luego sobrevenían momentos de calma.

Fué á buscar juguetes, un polichinela, una colección de estampas, y las estendió sobre la cama para distraerle. Hasta intentó cantar. Empezó una canción que en otro tiempo le decía al mecerle, fajándole en aquella misma sillita de tapicería. Pero él se estremeció con todo el largo de su cuerpo, como una onda á un golpe de viento; los globos de sus ojos se saltaban; creyó ella que se iba á morir, y se volvió para no verle.

Un instante después tuvo fuerzas para mirarle; todavía vivía. Las horas se sucedían, pesadas, tristes, interminables, desesperantes, y no contaba sus minutos sino por la progresión de aquella agonía. Las sacudidas de su pecho le arrojaban hácia adelante como para destrozarle; por fin vomitó algo extraño que parecía un

tubo de pergamino. ¿Qué era aquello? Imaginóse ella que había lanzado un pedazo de sus entrañas; pero respiraba amplia y regularmente. Aquella apariencia de bienestar la asustó más que el resto; permanecía como petrificada, con los brazos colgando, los ojos fijos, cuando vino el Sr. Colot. El niño, en su opinión, estaba salvado.

Al principio no lo comprendió y se hizo repetir la frase. ¿No era aquello uno de esos consuelos propios de los médicos? El doctor se marchó con aire tranquilo. Entonces llegó para ella el momento de que las cuerdas que apretaban su corazón se desataran.

—¡Salvado! ¿Es posible?

De repente la idea de Federico se le apareció de una manera neta, inexorable. Era un aviso de la Providencia. Pero el señor, en su misericordia, no había querido castigarla por completo. ¿Qué expiación más tarde si perseveraba en aquel amor! Indudablemente insultarían á su hijo por su causa, y la señora de Arnoux le veía joven, herido en un encuentro, llevado en una camilla, moribundo. De un salto se precipitó sobre la sillita; y con todas sus fuerzas, elevando su alma á las alturas, ofreció á Dios, como holocausto, el sacrificio de su primera pasión, de su única flaqueza.

Federico había vuelto á su casa, y permane-

cía en su butaca, sin tener ni aun fuerzas para maldecirla. Una especie de sueño le sobrecogió, y á través de aquel estado, oía caer la lluvia, creyendo siempre que seguía allí, en la acera.

Al día siguiente, por una última cobardía, envió un mandadero á casa de la señora de Arnoux.

Sea que el saboyano no hiciera la comisión, ó que ella tuviera demasiadas cosas que decir para explicarse con una palabra, le llevaron la misma respuesta. La insolencia era demasiado fuerte. Una cólera orgullosa le dominó, y se picó de no tener ni aun un deseo, y como hoja que arrebatada el huracán desapareció su amor. Sintió un gran consuelo, una estóica alegría, después una necesidad de acciones violentas, y salió por las calles al acaso.

Los hombres del barrio pasaban, armados de fusil, con sables viejos, llevando algunos gorros encarnados, y cantando todos *La Marsellesa* ó los *Girondinos*. De cuándo en cuándo, un guardia nacional se apresuraba para reunirse á su alcaldía. A lo lejos sonaban los tambores; batíanse en la puerta de San Martín; en el aire se sentía algo alegre y belicoso. Federico seguía andando. La agitación de la gran villa le ponía contento.

En las alturas de Francati, divisó las ventanas de la Mariscala; una idea loca le ocurrió,

una reacción de juventud, y atravesó el bulevar.

Cerraban la puerta cochera, y Delfina, la doncella, en tren de escribir encima con carbón «Armas dadas», le dijo vivamente:

—¡Ah, la señora se encuentra en preciosa situación! Ha despedido esta mañana á su groom que la insultaba. Cree que van á robar por todas partes; se muere de miedo, tanto más cuanto el señor se ha marchado.

—¿Qué señor?

—El príncipe.

Federico entró en el tocador y la Mariscala se presentó en enaguas con el cabello tendido, espantada.

—¡Ah, gracias, vienes á salvarme; ya es la segunda vez, y nunca exiges la recompensa!

—Mil perdones,—dijo Federico cogiéndola la cintura con ambas manos.

—¿Cómo? ¿Qué haces? —balbuceó la Mariscala, á la vez sorprendida y alegre por aquellas maneras.

El contestó:

—Sigo la moda, me reformo.

Tendióse ella sobre el diván y continuó riendo con sus besos.

Pasaron la tarde mirando, desde su ventana, al pueblo en la calle. Todo el mundo estaba contento. Circulaban los paseantes, y las lamparillas de cada piso daban una claridad como

en pleno día. Los soldados volvían lentamente á sus cuarteles, fatigados y tristes. Saludábanles gritando: «¡Vivan los de línea!» y ellos seguían sin contestar. En la guardia nacional, por el contrario, los oficiales, rojos de entusiasmo, blandían sus sables vociferando: «¡Viva la reforma!» y aquella frase, cada vez que la oían, hacía reír á los dos amantes. Federico bromeaba; estaba muy alegre.

Por la calle Duphot, alcanzaron los bulevares. Faroles á la veneciana, colgados de las casas, formaban guirnaldas de fuegos. Un hormigueo confuso se agitaba debajo; en medio de esta sombra, en algunos sitios, brillaba la blancura de las bayonetas. Elevóse en esto un gran murmullo. La muchedumbre era demasiado compacta; el regreso directo imposible, y entraban en la calle Caumartin, cuando de repente, se oyó detrás de ellos un ruido semejante al crujido de una inmensa pieza de seda que se desgarrara. Era el fusilamiento del bulevar de Capuchinas.

—¡Ah! Eso es romper á algunos ciudadanos—dijo Federico tranquilamente, porque hay situaciones en que el hombre menos cruel se halla tan desligado de los demás, que vería perecer al género humano sin un solo latido de su corazón.

La Mariscala, colgada de su brazo, crugía

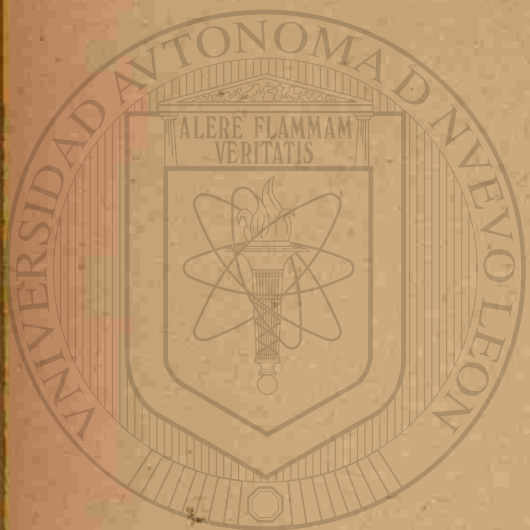
los dientes, declarándose incapaz de dar veinte pasos más. Entonces, por un refinamiento de rencor, para más ultrajar en su alma á la señora de Arnoux, llevola él hasta el hotel de la calle Trouchet, á la habitación preparada para la otra.

Las flores no se habían estropeado; el guipure se había estendido sobre el lecho. Sacó del armario las pantuflas. Rosanette encontró muy delicadas aquellas atenciones.

Hacia la una se despertó por algunos movimientos lejanos, y le vió sollozar, con la cabeza hundida en la almohada.

—¿Qué tienes, amor mío?

—Esto es exceso de felicidad—dijo Federico.—¡Hacía tanto tiempo que te deseaba!



TERCERA PARTE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

EL ruido de un tiroteo le sacó bruscamente de su sueño, y á pesar de las instancias de Rosanette, Federico, á la fuerza, quiso ir á ver lo que pasaba. Bajó los Campos Elíseos, de donde los tiros habían salido. En el ángulo de la calle San Honorato, algunos hombres de blusa le detuvieron gritando:

—¡No, por ahí no, al Palacio Real!

Federico les siguió. Las verjas de la Asunción estaban arrancadas. Más lejos vió tres baldosas en medio de la vía, el principio de una barricada, indudablemente; después cascos de botellas y paquetes de alambre para dificultar el

paso de la caballería. De repente se adelantó de una callejuela un joven alto y pálido, cuyos cabellos negros flotaban sobre su espalda, cubierta con una especie de envoltura ó capa de lunares de color. Llevaba un fusil largo de soldado y corría sobre la punta de sus pantuflas, con todo el aire de un sonámbulo y listo como un tigre. De cuando en cuando se oía una detonación.

La víspera por la noche, el espectáculo del carromato que contenía cinco cadáveres recojidos entre los del bulevar de las Capuchinas había cambiado las disposiciones del pueblo; y mientras que en las Tullerías los ayudantes de campo se reemplazaban, y Molé, en los preliminares de formar nuevo Gabinete, no volvía, y Thiers procuraba constituir otro, y el Rey enredaba, vacilaba y daba luego á Bugeaud el mando general para impedir que se saliera de él, la insurrección como dirigida por un solo brazo, se organizaba formidablemente. Hombres de frenética elocuencia arengaban á la multitud en las esquinas de las calles; otros en las iglesias tocaban á rebato á todo vuelo; se derretía plomo, se hacían cartuchos; los árboles de los bulevares, las vespacianas, los bancos, las verjas, los faroles de gas, todo fué arrancado, destruído; París, por la mañana estaba cubierto de barricadas. La resistencia no duró; por todas partes se interpo-

nía la guardia nacional; de tal suerte que á las ocho, el pueblo, de buen grado ó por fuerza, poseía cinco cuarteles, casi todas las alcaldías, los puntos estratégicos más seguros. Por sí misma, sin sacudidas, la monarquía se fundía en una rápida disolución; en aquellos momentos se atacaba el puesto de Chateau-d'Eau, para libertar cincuenta prisioneros, que no estaban allí.

Federico se detuvo forzosamente á la entrada de la plaza. Llenábanla grupos armados. Algunas compañías de línea ocupaban las calles de Santo Tomás y Fromenteau. Una enorme barricada desembocaba en la calle de Valois. El humo que se balanceaba en sus alturas se entreabrió, asomando algunos hombres que corrían por encima con grandes gesticulaciones y que desaparecieron; después empezó el tiroteo de nuevo. El puesto respondía, sin que en su interior se viera á nadie; sus ventanas, defendidas por los postigos de encima, se hallaban agujereadas de troneras, y el monumento con sus dos pisos, sus dos alas, su fuente en el primero y su puertecilla en medio, empezaba á mostrar manchas blancas bajo el roce de las balas. Su escalera de tres peldaños estaba vacía.

Al lado de Federico un hombre con gorriego, y una cartuchera por encima del chaleco de tricot disputaba con una mujer que llevaba pañuelo á la cabeza, que le decía:

—Pero vente, vente.

—Déjame en paz—contestaba el marido.—
Tú sola puedes cuidar de la portería. Ciudadano, yo te lo pregunto ¿tengo razón? He cumplido con mi deber en todas partes, el 1830, el 32, el 34, el 39. Hoy se baté la gente y es preciso que yo me bata. Vete.

Y la portera acabó por ceder á sus indicaciones y á las de un guardia nacional que estaba cerca de ellos, cuádragenario, cuya fisonomía bondadosa se hallaba adornada por un collar de barba rubia. Cargaba éste tal su arma y tiraba, hablando siempre con Federico, tan tranquilo en medio de la conmoción como un horticultor en su jardín. Un muchacho con una aspillera le engatusaba para que le diera cápsulas, á fin de utilizar su fusil, bonita carabina de caza que le había dado «su señor.»

—Cógelas de mi espalda—dijo el ciudadano—y lárgate, vas á conseguir que te maten.

Los tambores tocaban paso de carga. Agudos gritos, hurras de triunfo se oían. Un continuo remolino hacía oscilar á la muchedumbre. Federico, cogido entre dos masas profundas, no se meneaba, fascinado, además, y extremadamente entretenido. Los heridos que caían, los muertos tendidos, no tenían el aire de verdaderos heridos, de verdaderos muertos. Parecíale asistir á un espectáculo.

En medio de la marejada, por encima de las cabezas, veíase á un anciano de negro, en un caballo blanco con silla de terciopelo. En una mano llevaba una rama verde, en la otra un papel, sacudiéndolos obstinadamente, hasta que desesperando al fin de hacerse entender, desapareció.

La tropa de línea había desaparecido y los municipales solos quedaban guardando el puesto. Una oleada de intrépidos se abalanzó á las gradas; arrojándose contra la puerta, vinieron otros después; la puerta quebrantada á los golpes de las barras de hierro, retumbaba; los municipales no cedían. Pero una calesa atestada de yerba seca y que ardía como gigante antorcha, fué arrastrada hasta los muros; trajéronse de prisa leños, paja y un barril de espíritu de vino. El fuego subía á lo largo de las piedras; el edificio empezó á humear por todas partes como un cráter; y grandes llamas en lo alto, entre los baluastres de la terraza, se escapaban con estridente ruido. El primer piso del palacio real se había llenado de guardias nacionales; de todas las ventanas de la plaza se disparaba; silvaban las balas; el agua de la fuente rota se mezclaba con la sangre, y formaba charcos en el suelo; la gente resbalaba en el fango sobre los trajes, los chacós y las armas; Federico sintió algo blando debajo de sus piés; era la

mano de un sargento con capote gris, echado de cara contra el arroyo. Nuevas bandadas de pueblo llegaban incesantemente empujando á los combatientes contra el puesto. El tiroteo se hacía de más cerca; los comerciantes de vinos tenían abierto; á sus tiendas se iba de cuando en cuando á fumar una pipa, á beber una copa; y después se volvía á batirse. Un perro perdido aullaba, y eso hacía reír.

Federico se sintió movido por el choque de un hombre que, con un balazo en los riñones, cayó sobre su espalda agonizando. Ante aquel golpe, quizás dirigido contra él, se puso furioso, y al ir á precipitarse hacia adelante, un guardia nacional le detuvo.

—Es inútil; el rey se acaba de marchar; si no me cree usted... vaya usted á verlo.

Semejante afirmación calmó á Federico. La plaza de Carrousel presentaba un aspecto tranquilo. El Hotel de Nantes allí se alzaba siempre, como tomando á su cargo toda responsabilidad; y las casas por detrás, la cúpula del Louvre en frente, la larga galería de madera á la derecha, y el terreno baldío que ondulaba hasta las barracas de los efalagistas ó vendedores ambulantes aparecían como anegados en el color gris del aire, donde lejanos murmullos se confundían con la bruma; mientras que al otro extremo de la plaza, una luz cruda, que caía por una grieta

de las nubes sobre la fachada de las Tullerías, recortaba blanquecinamente todas sus ventanas. Cerca del Arco de Triunfo había un caballo tendido muerto. Detrás de las verjas, hablaban grupos de cinco á seis personas. Las puertas del palacio se abrieron, y los criados en el dintel, dejaban entrar á la gente.

Abajo, en una salita, se servían vols de café con leche. Algunos curiosos se sentaron junto á las mesas bromeando; otros permanecían de pié, y entre ellos un cochero de punto, que cojió con ambas manos un bote lleno de azúcar molida, dirigió una mirada inquieta á izquierda y derecha, y luego se puso á comer vorazmente, metiendo la nariz en el gollete. En lo más bajo de la escalera principal, un hombre escribía su nombre en un registro. Federico le reconoció por la espalda.

—¡Calla! ¡Hussonnet!

—Pues sí—respondió el bohemio.—Me introduzco en la corte. Buena broma ¿eh?

—Sí, subiremos.

Y llegaron á la sala de los Mariscales. Los retratos de aquellos ilustres, excepto el de Bugeaud, agujereado en el vientre, estaban todos intactos. Vefanse apoyados en su espada, una cureña de cañón detrás, y en actitudes formidables conformes con las circunstancias. Un relógio grande señalaba la una y veinte minutos.

De repente resonó la *Marsellesa*. Hussonnet y Federico se asomaron á la barandilla. Era el pueblo, que se precipitó por la escalera, sacudiendo, en oleadas vertiginosas, las cabezas desnudas, los cascos, los gorros encarnados, bayonetas y hombros, tan impetuosamente, que las gentes desaparecían en aquella masa hirviente que subía sin cesar, como un río golpeado por una marea de equinocio, con un largo mugido, bajo una impulsión irresistible. Arriba se esparció la gente y cesó el canto.

No se oía más que el pisar de los zapatos, y el cabrilleo del resonar de los gritos. La muchedumbre inofensiva se contentaba con mirar; pero de cuándo en cuándo, un codo que en demasiada estrechura rompía un cristal, ó un vaso, ó una estatua rodaba de una consola al suelo. Las maderas crugían al peso. Todas las caras estaban coloradas, y por ellas corrían gordas gotas de sudor. Hussonnet hizo la siguiente observación:

—Los héroes no huelen bien.

—Es usted provocativo—contestó Federico.

Y empujados á su pesar penetraron en una habitación, donde colgaba del techo un dosel de terciopelo encarnado. Debajo del trono estaba sentado un proletario de barba negra, con la camisa desabrochada, con el aire divertido y estúpido de un mono; algunos más su-

blan las gradas para sentarse en aquel sitio.

—¡Qué mito! —dijo Hussonnet—Vea usted al pueblo soberano.

El sillón fué levantado en brazos y atravesó balanceando toda la sala.

—¡Pardiez, cómo se mueve! La nave del Estado está presa en un mar tempestuoso, y se balancea que es un gusto.

Lo habían acercado á una ventana, y en medio de silbidos lo tiraron.

—¡Pobre viejo! —dijo Hussonnet viéndole caer al jardín, de donde prontamente fué recogido para ser enseguida paseado hasta la Bastilla, y quemado.

Entonces estalló una frenética alegría, como si en sustitución del trono hubiera aparecido un porvenir de ilimitada dicha; y el pueblo, menos por venganza que para afirmar su posesión, rompió, destruyó los espejos y las colgaduras, las lámparas, los candelabros, las mesas, las sillas, los taburetes, todos los muebles, hasta los albums de dibujos, hasta las costas de tapicería. Puesto que eran victoriosos, hacía falta que se divirtieran. La canalla se embozó irónicamente con encajes y cachemiras. Jacobas de oro se arrollaban en las mangas de las blusas; sombreros con plumas de avestruz adornaban la cabeza de los herreros; cintas de la Legión de Honor sirvieron de cinturón á las prostitutas. Cada cual

satisfacía su capricho; unos bailaban, otros bebían. En el cuarto de la reina una mujer daba pomada á su pelo; detrás de un biombo dos aficionados jugaban á los naipes; Hussonnet señaló á Federico un individuo que fumaba su pipa con los codos apoyados en un balcón; y el delirio redoblaba sus ruidos continuos de porcelanas hechas pedazos, trozos de cristal que sonaban, al rebotar, como las tablillas de vidrio de una armónica.

Después el furor se convirtió en sombrero. Una curiosidad obscena hizo rebuscar todos los gabinetes, todos los rincones, abrir todos los cajones. Los galeotes hundieron sus brazos en la cama de las princesas, y se retorcan encima, consolándose de no poder atropellarlas. Otros, de más siniestras fisonomías andaban por allí silenciosamente, intentando robar algo; pero la multitud era demasiado numerosa. Por los huecos de las puertas, solo se veían en la hilera de las habitaciones la oscura masa del pueblo entre los dorados, envuelta en una nube de polvo. Todos los pechos jadeaban, el calor se hacía más y más sofocante; los dos amigos, temiendo ser ahogados, salieron.

En la antesala, de pie sobre un montón de vestidos, estaba una muchacha pública, como estatua de la Libertad, inmóvil, con los grandes ojos abiertos, espantosa.

Habían dado tres pasos fuera, cuando un pelotón de guardias municipales con sus capotes se adelantó hacia ellos, y retirando sus gorras policiacas, dejando al descubierto sus cráneos algo calvos, saludaron al pueblo profundamente. Ante aquel testimonio de respeto, los desarrapados vencedores se inflaron. Hussonnet y Federico no dejaron, tampoco ellos, de experimentar cierto placer.

El ardor les animaba. Volvieron al Palacio Real. Delante de la calle Fromenteau, se veían enterrados en la paja, cadáveres de soldados. Pasaron cerca impassiblemente, sintiéndose hasta orgullosos de verlos con buen aspecto.

El Palacio se hallaba lleno de gente. En el patio interior ardían siete hogueras. Arrojábase por las ventanas pianos, cómodas y relojes. Bombas de incendio lanzaban el agua hasta los tejados. Algunos foragidos trataban de cortar las mangas con sus sables. Federico invitó á un politécnico á que se interpusiera. El politécnico no comprendió, parecía, además, imbécil. Alrededor, en las dos galerías, el populacho, dueño de las bodegas, se entregaba á una horrible borrachera. El vino corría por arroyos, los *boyons* bebían en fondos de botella y vociferaban tambaleándose.

—Salgamos de aquí—dijo Hussonnet—este pueblo me disgusta.

Todo á lo largo de la galería de Orleans, ya-

—cían por el suelo los heridos sobre colchones, sirviéndoles de mantas cortinas de púrpura, y vecinas del barrio les traían caldos, ropa.

—¡No importa!—dijo Federico—yo encuentro al pueblo sublime.

El gran vestíbulo estaba lleno de un torbellino de gentes furiosas; los hombres querían subir á los pisos superiores para acabar de destruirlo todo; los guardias nacionales en las escaleras se esforzaban por contenerlos. El más intrépido era un cazador, con la cabeza desnuda, el pelo de punta, el correaje destrozado. Su camisa se veía entre el pantalón y la levita, y se movía en medio de los demás con encarnizamiento.

Hussonnet, que tenía la vista penetrante, reconoció á Arnoux desde lejos.

Después se fueron al jardín de las Tullerías para respirar con más libertad. Sentáronse sobre un banco, y allí permanecieron algunos minutos con los ojos cerrados, de tal modo aturdidos, que no tenían fuerzas para hablar. Los transeúntes á su alrededor se juntaban. La duquesa de Orleans había sido nombrada regente; todo estaba concluído, y las gentes experimentaban esa especie de bienestar que sigue á los desenlaces rápidos, cuando en cada una de las bohardillas del Palacio aparecieron algunos criados desgarrando sus libreas, que arrojaban

al jardín en señal de abjuración. El pueblo les gritaba y ellos se retiraron.

La atención de Federico y de Hussonnet se distrajo con la vista de un gran mozo que andaba de prisa entre los árboles, con un fusil á la espalda; la cartuchera sujetándole á la cintura su marinera roja. Volvió la cabeza, y era Dussardier que se arrojó en sus brazos:

—¡Ah, qué felicidad, amigos míos!—y no pudo decir otra cosa, tanto era lo que palpitaba de alegría y de cansancio.

Hacia cuarenta y ocho horas que estaba de pié. Había trabajado en las barricadas del barrio Latino, se había batido en la calle Rambuteau, había salvado á tres dragones, había entrado en las Tullerías con la columna Dunoyer, se había trasladado después á la Cámara, y luego al Ayuntamiento.

—De allí vengo, ¡todo va bien, el pueblo triunfal los obreros y la clase media se abrazan. ¡Ah! ¡si supierais lo que he visto! ¡qué gentes más valientes! ¡Qué hermoso es esto!

Y sin apercibirse de que no tenían armas, añadió:

—Muy seguro estaba de encontraros allí. ¡Aquello fué rudo un momento! pero no importa!

Una gota de sangre le corría por las mejillas y á las preguntas de los otros, contestó:

—Nada; el rasguño de una bayoneta.

—Sin embargo, es preciso que se cuide usted.

—¡Bah! yo soy fuerte, ¿qué es esto? La República se ha proclamado; ahora seremos felices. Algunos periodistas que hace poco hablaban delante de mí, decían que se va á libertar la Polonia y la Italia. No más reyes ¿comprenden ustedes? ¡Toda la tierra libre, toda la tierra libre!

Y abrazando todo el horizonte de una sola mirada, separó sus brazos en actitud triunfante. Pero una larga hilería de hombres corrían por la terraza, á orillas del agua.

—Pardiez, se me olvidaba que los fuertes están ocupados. Es preciso que vaya allí, adiós.

Volvióse para gritarles blandiendo su fusil:

—¡Viva la República!

De las chimeneas del Palacio se escapaban enormes torbellinos de humo negro que arrojaban chispas. El repique de las campanas á lo lejos parecía como balidos asustados. A izquierda y derecha, por todas partes, los vencedores descargaban sus armas. Federico, aunque no fuese guerrero, sintió agolparse su sangre gala. El magnetismo de las muchedumbres entusiasmadas le había contagiado. Aspiraba voluptuosamente el aire tormentoso, lleno de los olores de la pólvora; y sin embargo, se estremecía á

los effluvios de un amor inmenso, de una ternura suprema y universal, como si el corazón de la humanidad entera hubiera palpitado en su pecho.

—Ya quizás será tiempo— dijo Hussonnet bostezando— de ir á instruir á las poblaciones.

Federico le siguió á su oficina de correspondencia, plaza de la Bolsa; y se puso á componer para el diario de Troyes una relación de los sucesos en estilo lírico, un verdadero trozo de mérito, que firmó. Después comieron juntos en una taberna. Hussonnet estaba pensativo; las excentricidades de la Revolución excedían las suyas.

Después del café, cuando fueron al Ayuntamiento para saber novedades, su natural truenesco se sobrepuso. Escalaba las barricadas como un gamo, y contestaba á los centinelas con frases patrióticas.

Oyeron, á la luz de las antorchas, proclamar el Gobierno provisional. Por fin, á media noche, Federico, destrozado de fatiga, volvió á su casa.

—Y bien— dijo á su criado mientras le desnudaba— ¿estás contento?

—Sí, señor, sin duda; pero no me satisface este pueblo en danza.

Al despertarse al día siguiente Federico pensó en Deslauriers, y corrió á su casa. El

abogado acababa de marcharse por haber sido nombrado Comisario en provincias. La víspera por la noche había llegado hasta Ledru-Rollin, y estrechándole en nombre de las Escuelas, le había arrancado una plaza, una comisión. Por lo demás, decía el portero, debe escribir en la próxima semana para dar sus señas.

Después de lo cual Federico se fué á ver á la Mariscala. Recibióle ella con acritud porque le supo muy mal su abandono. Su rencor se desvaneció ante reiteradas seguridades de paz. Todo se hallaba ahora tranquilo, ningún motivo de temor; abrazábala él, y ella se declaró por la República, como ya lo había hecho monseñor el arzobispo de París, y como habían de hacerlo con una precipitación de celo maravillosa: la Magistratura, el Consejo de Estado, el Instituto, los Mariscales de Francia, Changarnier, de Jalloux, todos los bonapartistas, todos los legitimistas, y considerable número de orleanistas.

La caída de la Monarquía había sido tan pronta, que pasada la primera estupefacción, hubo entre la clase media como cierta admiración de vivir todavía. La sumaria ejecución de algunos ladrones, fusilados sin juicios, pareció una cosa muy justa. Repitióse durante un mes la frase de Lamartine sobre la bandera roja, «que solo había dado la vuelta al Campo de Marte, mientras que la bandera tricolor» etc., y

todos se agrupaban á su sombra, no queriendo ningún partido ver tres colores sino en la suya, y prometiéndose cada cual desde que se sintiera el más fuerte arrancar los otros dos.

Como los negocios se hallaban en suspenso, la inquietud y la bobería llevaron á todo el mundo fuera de su casa. La sencillez de los trajes atenuaba la deficiencia de los rangos, sociales, el ódio se ocultaba, las esperanzas se desenvolvían, la muchedumbre se sentía llena de dulzura. El orgullo de un derecho conquistado resplandecía en los rostros; notábase una alegría de Carnaval, maneras de vivac; nada era más divertido que el aspecto de París, los primeros días.

Federico cogía del brazo á la Mariscala, y se paseaban juntos por las calles. Ella se divertía con las rosetas que adornaban todos los ojales, los estandartes colgados de todas las ventanas, los anuncios de todos colores pegados á las paredes, y de cuándo en cuándo echaba alguna moneda para los heridos, en el tronco ó bolsa establecido sobre una silla en medio de la vía. Después se detenía ante las caricaturas que representaban á Luis Felipe en tendero, *salimbanco*, en perro, en sanguijuela. Pero los hombres de Caussidière, con su sable y su bandolera le asustaban un poco. Otras veces se trataba de un árbol de la Libertad plantado. Los señores

eclesiásticos concurrían á la ceremonia, bendiciendo á la República, escoltados por sirvientes de galón de oro, y la muchedumbre encontraba aquello muy bien. El espectáculo más frecuente era el de las diputaciones de no importa qué, que iban á reclamar algo al Municipio, porque cada oficio, cada industria, esperaba del Gobierno el fin radical de su miseria.

Algunos, es verdad, iban al Ayuntamiento para aconsejarle, ó felicitarle, ó sencillamente para visitarle y ver funcionar la máquina.

Hacia mediados del mes de Marzo, un día que atravesaba el puente de Arcole, teniendo que hacer un encargo para Rosanette en el barrio Latino, Federico vió adelantar una columna de individuos de sombreros raros y largas barbas. A la cabeza, y batiendo tambor, iba un negro, antiguo modelo de taller, y el hombre que llevaba la bandera en que flotaba al viento la inscripción: «Artistas pintores» era Pellerin.

Hizo señas á Federico de que le esperase, y volvió á los cinco minutos, porque tenía tiempo disponible, atendido á que el Gobierno recibía en aquel momento á los canteros. Él iba con sus colegas á reclamar la creación de un *Forum* del arte, una especie de Bolsa, donde se debatirían los intereses de la estética, y se producirían obras sublimes, puesto que los trabajadores pondrían en común su genio. Muy pronto París

se cubriría de monumentos gigantescos; él los adornaría; hasta había comenzado una figura de la República. Uno de sus camaradas vino á buscarle, porque les empujaba la diputación del comercio de las aves.

—¡Qué necesidad!—gruñó una voz en la muchedumbre.—Siempre las mismas farsas; nada serio.

Era Regimbart, que no saludó á Federico, pero aprovechó la ocasión de desahogar su amargura.

El ciudadano empleaba sus días en vagabundear por las calles, retorciéndose el bigote, moviendo los ojos, aceptando y propagando noticias lúgubres, y sin tener más que dos frases:

«Mucho cuidado; van á arrollarnos,» ó esta otra: «Pardiez; escamotean la República.» Hallábase descontento de todo, y particularmente de que no hubiéramos recobrado nuestras fronteras naturales. El solo nombre de Lamartine le hacía encojarse de hombros. No creía á Ledru-Rollin «suficiente para el problema,» trataba á Dupont (de l'Eure) de viejo zorro; Albert, de idiota; á Luis Blanc, de utopista; á Blanqui, de hombre extremadamente peligroso; y cuando Federico le preguntó lo que hubiera sido preciso hacer, contestó apretándole el brazo hasta pulverizarlo:

—¡Tomar el Rhin, le digo á usted; tomar el Rhin, pardiez!

Y después acusó la reacción. Se desenmascaraba. El saco de los castillos de Neuille y de Suresne, el incendio de las Batiñolas, los disturbios de Lyon, todos los excesos, todas las quejas, se exajeraban entonces, agregando, además, la circular de Ledru-Rollin, el curso forzoso de los billetes de Banco, la renta bajando á 60 pesetas, y en fin como suprema iniquidad, como último golpe, como colmo de horror, el impuesto de los 45 céntimos! Y por encima de todo aquello, todavía había que contar el socialismo. Por más que aquellas teorías, tan nuevas como el juego de la oca, hubieran sido durante cuarenta años suficientemente debatidas para llenar las bibliotecas, asustaron á la clase media como una granizada de aerolitos; y se indignó, en virtud del odio que provoca el advenimiento de toda idea, porque es una idea, exaceración de que más tarde sobreviene su glorificación, y que hace que sus enemigos estén siempre debajo, por mediana que ella sea.

Entonces la Propiedad se elevó en su respeto al nivel de la Religión y se confundió con Dios. Los ataques que se la dirigían parecían sacrilegio, casi antropofagia. A pesar de la legislación, la más humana que jamás hubiera, reapareció el espectro del 93, y el tajo de la

guillotina vibró en todas las sílabas de la palabra República; lo que no impedía que se la despreciara por su debilidad. La Francia, sintiéndose sin amo, se puso á gritar de pavor, como ciego sin palo, como niño que ha perdido su niñera.

De todos los franceses, el que más temblaba era el Sr. Dambreuse. El nuevo estado de cosas amenazaba su fortuna, pero sobre todo se burlaba de su experiencia. ¡Un sistema tan bueno! ¡Un rey tan discreto! ¿Era aquello posible? ¡La tierra iba á hundirse! Desde el día siguiente, despidió tres criados, vendió sus caballos, se compró, para salir á la calle un sombrero flexible, hasta pensó en dejar crecer su barba; y permaneció en su casa postrado, repasando amargamente los diarios más hostiles á sus ideas, y se puso de tal modo sombrío, que las bromas sobre la pipa de Flocon no tenían fuerza bastante para hacerle sonreír.

Como apoyo del último reinado, temía las venganzas del pueblo contra sus propiedades de la Champagne, cuando recordó la lucubración de Federico. Entonces se imaginó que su joven amigo era un personaje influyente y que podría, si no servirle, á lo menos defenderle, de suerte que una mañana, el Sr. Dambreuse se presentó en su casa acompañado de Martinon.

Aquella visita no tenía más objeto, dijo,

que verle y hablar con él un poco. Después de todo, se alegraba de los acontecimientos, y adoptaba de todo corazón «nuestra sublime divisa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, siendo como había sido siempre republicano en el fondo.» Si votaba, bajo el antiguo régimen con el Ministerio, era sencillamente por acelerar una caída inevitable. Hasta se irritó contra Guizot, «que nos ha puesto en un bonito amasijo; conengamos en ello.» En cambio admiraba mucho á Lamartine, que se había mostrado «magnífico, palabra de honor, cuando á propósito de la bandera roja...

—Sí, ya sé—dijo Federico.

Después de lo cual declaró sus simpatías hacia los obreros.

Porque, en último término, más ó menos, todos somos obreros. Y llevaba la imparcialidad hasta reconocer que Prondhon tenía lógica. «¡Oh, mucha lógica, qué diablo!» Luego, en la independencia y soltura de una inteligencia superior, habló de la Exposición de pintura, donde había visto el cuadro de Pellerin; encontrólo original, bien tocado.

Martinon apoyaba todas sus palabras por muestras de aprobación; también él pensaba que era preciso «aliarse francamente á la República» y habló de su padre labrador, se hacía el aldeano, el hombre del pueblo. Muy pronto lle-

garon á las elecciones de la Asamblea nacional, y á los candidatos del distrito de Fortelle. El de la oposición no tenía probabilidades.

—Debía usted ocupar su plaza—dijo el señor Dambreuse.

Federico se sonrió.

—¿Y por qué no? Porque obtendría los sufragios de los ultras, atendidas sus opiniones personales, el de los conservadores, por su familia. Y quizás también—añadió el banquero sonriendo—un poco, gracias á mi influencia.

Federico objetó que no sabría cómo arreglarlo. Nada más fácil, haciéndose recomendar á los patriotas del Aube por un Club de la capital. Se trataba de leer, no una profesión de fé como se veía diariamente, sino una exposición sería de principios.

—Llévemela usted; yo sé lo que conviene á la localidad. Y podrá usted, repito, prestar grandes servicios al país, á todos nosotros, á mí mismo.

En tiempos semejantes, debían auxiliarse mutuamente, y si Federico tenía necesidad de algo él ó sus amigos...

—¡Oh! mil gracias, querido amigo.

—A cuenta de revancha, bien entendido.

El banquero era decididamente un hombre excelente.

Federico no pudo dejar de reflexionar en su

consejo: y muy pronto una especie de vértigo le deslumbró.

Las grandes figuras de la Convención pasaron ante su vista. Parecióle que una aurora magnífica iba á descubrirse. Roma, Viena, Berlín, estaban en insurrección, los austriacos arrojados de Venecia: la Europa entera se agitaba. Aquella era la hora de precipitarse en el movimiento, de acelerarlo quizás; y después le seducía el traje que los diputados decían que llevarían. Ya se veía con el chaleco y faja tricolor; y aquel prurito, aquella alucinación se hizo tan fuerte, que se franqueó con Dussardier.

El entusiasmo del excelente muchacho no flaqueaba.

—Cierto, preséntese usted; seguramente.

Sin embargo, Federico consultó á Deslauriers. La oposición idiota que dificultaba al comisario en su provincia había aumentado su liberalismo. Le envió inmediatamente violentas exhortaciones.

No obstante, Federico tenía necesidad de ver aprobado su proyecto por un mayor número de gentes, y confió la cosa á Rosanette un día que la señorita Vatnaz estaba allí.

Era esta una de esas célibes parisienses que todas las noches, cuando han dado sus lecciones, ó procurado vender sus cuadritos, colocar modestos manuscritos, vuelven á su casa con el

barro en las enaguas, se hacen la comida, se la comen enteramente solas, y después con los pies sobre una estufilla y á la luz de una lámpara sucia, sueñan con el amor, con la familia, el hogar, la fortuna, con todo lo que les falta. También, como muchos otros, había saludado en la revolución el advenimiento de la venganza; y se entregaba á una propaganda socialista desenfrenada.

La emancipación del proletario, según la Vatnaz, no era posible sino por la emancipación de la mujer. Quería su admisibilidad á todos los empleos, la investigación de la paternidad, otro código, la abolición, ó al menos una reglamentación del matrimonio más inteligente. Entonces cada francesa se casaría con un francés ó adoptaría un anciano. Era preciso que las nodrizas y las parteras fueran funcionarios asalariados por el Estado; que hubiese un jurado para examinar las obras de las mujeres, editores especiales para las mujeres, una escuela politécnica para las mujeres, una guardia nacional para las mujeres; todo para las mujeres. Y puesto que el gobierno desconocía sus derechos, deberían vencer á la fuerza con la fuerza. Diez mil ciudadanas, con buenos fusiles, podían hacer temblar al ayuntamiento.

La candidatura de Federico le pareció favorable á sus ideas; y le animó, mostrándole la

gloria en el horizonte. Rosanette se alegró de tener un hombre que hablase en la Cámara.

—Y después te darán, quizás, un buen puesto.

Federico, hombre de todas las debilidades, fue conquistado por la demencia universal. Escribió un discurso y marchó á enseñárselo al señor Dambreuse.

Al ruido de la puerta que se cerraba, se levantó una cortina detrás de la ventana, y apareció una mujer. No tuvo tiempo para conocerla; pero en la antesala le detuvo un cuadro, el cuadro de Pellerin, colocado sobre una silla, provisionalmente, sin duda.

Aquello representaba la República, ó el progreso, ó la civilización, bajo la figura de Jesucristo conduciendo una locomotora que atravesaba una selva virgen. Federico después de un minuto de contemplación exclamó:

—¡Qué bajeza!

—¿No es verdad, eh?—dijo el Sr. Dambreuse, que sobrevino al pronunciar aquella frase, imaginándose que concernía no á la pintura, sino á la doctrina glorificada por el cuadro. Martinon llegó en el mismo momento. Pasaron al gabinete, y Federico sacó un papel de su bolsillo, cuando la señorita Cecilia, entrando repentinamente, articuló con aire de candidez:

—¿Está aquí mi tía?

—Ya sabes que no—replicó el banquero.—

Pero no importa haz como si estuvieras en tu cuarto, señorita.

—Gracias, me voy.

Apenas salió, Martinon parecía buscar su pañuelo.

Lo he olvidado en mi paletó, dispensen ustedes.

—Bien—dijo el Sr. Dambreuse.

Evidentemente no se engañaba en aquella maniobra y aun quizás la favorecía. ¿Por qué? Pero muy pronto volvió Martinon y Federico empezó su discurso. Desde la segunda página, que señalaba como una vergüenza la preponderancia de los intereses pecuniarios, el banquero torció el gesto. Luego, abordando las reformas, Federico pedía la libertad de comercio.

—¡Cómo!... Permítame usted.

El otro no oía y continuaba. Reclamaba el impuesto progresivo, una federación europea, y la instrucción del pueblo, estímulos amplios para las bellas artes.

—Aunque el país suministrara á hombres como Delacroix y Hugo, cien mil pesetas de renta, ¿qué mal habría en ello?

Y concluía con algunos consejos á las clases superiores.

—No economicéis nada, ¡oh, ricos! dad, dad.

Se detuvo y permaneció de pie. Sus dos oyentes sentados no hablaban; Martinon abría

mucho los ojos; el Sr. Dambreuse estaba muy pálido. Por fin, disimulando su emoción, con agria sonrisa dijo:

—Es perfecto el discurso de usted, y elogió la forma bastante por no tener que expresarse respecto del fondo

Aquella virulencia de parte de un joven inofensivo le asustaba, sobre todo como sítoma. Martinon trató de tranquilizarle. El partido conservador, de allí á poco, tomaría su revancha seguramente; en muchas villas habían echado á los comisarios del Gobierno provisional; las elecciones estaban fijadas para el 23 de Abril; había tiempo; en resumen, era preciso que el Sr. Dambreuse mismo se presentara en el Aube, y desde entonces Martinon no le abandonó ya, se convirtió en su secretario y le rodeó de filiales cuidados.

Federico llegó muy contento de su persona á casa de Rosanette. Allí estaba Delmar y le dijo que «definitivamente se presentaba candidato en las elecciones del Sena. En un manifiesto dirigido «al Pueblo», en que le tuteaba, el autor se vanagloriaba de comprenderlo «á él» y de haberse hecho, atendiendo á su bien, «crucificar por el Arte», de tal suerte que era su encarnación, su ideal; creía efectivamente tener sobre las masas una influencia enorme, hasta llegar á proponer más tarde en un despacho mi-

nisterial concluir él solo con una conmoción popular; y en cuanto á los medios que emplearía, contestó únicamente:

—No teman ustedes, les enseñaré mi cabeza.

Federico para mortificarle le notificó su propia candidatura. El cómico de la legua en el momento en que su futuro colega visitara la provincia, se declaró su servidor y ofreció zamparlo en los clubs.

Los visitaron todos, ó casi todos, los rojos y los azules, los furibundos y los tranquilos, los puritanos, los descamisados, los místicos y los calaveras, aquellos en que se decretaba la muerte de los reyes, aquellos en que se denunciaban los fraudes del Comercio; y por todas partes los locatarios maldecían á los propietarios, la blusa al frac, y los ricos conspiraban contra los pobres. Muchos querían indemnizaciones como antiguos mártires de la policía; otros imploraban dinero para poner en marcha inventos, ó se trataba de planes de falansterios, proyectos de bazares cantonales, sistemas de felicidad pública. Y luego, acá y allá, algún relámpago de ingenio en aquellas nubes de necedad, apóstrofes, súbitos como salpicaduras, el derecho formulado en un juramento, y flores de elocuencia en labios de un galopo, que llevaba el tahall de un sable sobre su pecho desnudo y sin camisa. A veces también se veía á un caballero, aristócrata; humilde de

maneras, diciendo cosas plebeyas, y que no se había lavado las manos para aparentar que estaban callosas. Un patriota le reconocía, los más virtuosos le zamaneaban y se iba de allí con la rabia en el alma. Debí se, por afectación de buen sentido, denigrar siempre á los abogados, y lanzar con la mayor frecuencia posible estas locuciones: «apretar su piedra al edificio,—problema social,—taller.»

Delmar no perdía las ocasiones de tomar la palabra; y cuando no encontraba nada que decir, su recurso era ponerse el puño en la cadera, el otro brazo en el chaleco, y se volvía de perfil, bruscamente de modo que se viera bien su cabeza. Entonces estallaban aplausos, los de la señorita Vatnaz en el fondo de la sala.

Federico, á pesar de lo endeble de los oradores, no se atrevía á arriesgarse. Todas aquellas gentes le parecían demasiado incultas ó demasiado hostiles.

Pero Dussardier se puso á buscar, y le anunció que existía en la calle de San Jacobo, un club titulado el *Club de la Inteligencia*. Semejante nombre daba buenas esperanzas. Además llevaría amigos.

Y con efecto, llevó á los que había invitado á su ponche; el tenedor de libros, el corredor de vinos, el arquitecto; hasta fué Pellerin y quizás Hussonet; y en la acera, delante de la puerta, se

hallaba Regimbart con dos individuos, de los cuales el primero era su fiel Compain, hombre un poco rechoncho, señalado de virtuela, con los ojos encarnados; y el segundo una especie de mono negro, extremadamente ca belludo, y que solo conocía por ser «un patriota de Barcelona.»

Pasaron por un corredor, y después fueron introducidos en una gran pieza, de uso de carpintero sin duda, y cuyas paredes, nuevas aún, olían á yeso. Cuatro quinqués colgados paralelamente daban allí una luz desagradable. Sobre un estrado al fondo, había una mesa con una campanilla; más baja otra que servía de tribuna y otras dos á los lados más pequeñas para los secretarios. El auditorio que llenaba los bancos estaba compuesto de antiguos aprendices, peones, literatos inéditos. Entre aquellas hileras de paletos de cuellos grasientos, se veían de cuando en cuando ó la cofia de alguna mujer, ó el *bourgeun* de un obrero.

El fondo de la sala estaba hasta repleto de obreros, que habían ido allí sin duda por ociosidad, ó llevados por los oradores para hacerse aplaudir.

Federico tuvo cuidado de colocarse entre Dussardier y Regimbart, quien, apenas se sentó, puso sus dos manos sobre el bastón, su barba sobre las dos manos y cerró los párpados, mien-

tras que en el otro extremo de la sala, Delmar, de pié, dominaba la asamblea.

En la mesa presidencial apareció Sénecal.

Aquella sorpresa, había pensado el buen dependiente que agradaría á Federico, mas por el contrario le molestó.

La muchedumbre demostró á su presidente una gran deferencia. Era de aquellos que el 25 de Febrero había querido la inmediata organización del trabajo; al día siguiente, en el Prado, se había pronunciado porque se atacará al Ayuntamiento; y como cada personaje se arreglaba entonces por un modelo, el uno copiaba á Saint Just, el otro á Danton, el otro á Marat, él trataba de parecerse á Blanqui, que á su vez imitaba á Robespierre. Sus guantes negros y su pelo cortado al rape le daban un aspecto rígido, extremadamente conveniente.

Abrió la sesión con la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, acta de fé habitual. Después con vigorosa voz entonó *Los Recuerdos del pueblo* de Beranger.

Otras voces se elevaron.

—No, no; eso no.

—*La Casquette*; se pusieron á ahullar, en el fondo los patriotas.

Y cantaron en coro la poesía del día.

*¡Abajo el sombrero ante mi gorra,
De rodillas ante el obrero!*

A una palabra del presidente se calló el auditorio. Uno de los secretarios procedió al extracto de las cartas.

—Algunos jóvenes anuncian que quemarán todas las noches delante del Panteon un número de *La Asamblea Nacional*, y á la vez invitan á todos los patriotas á seguir su ejemplo.

—¡Bravo! ¡aceptado! —contestó la multitud

—El ciudadano Juan Jacobo Langreneux, tipógrafo, calle Dauphine, quisiera que se levantara un monumento á la memoria de los mártires de Termidor.

—Miguel Evaristo Nepomuceno Vincent, profesor, emite el deseo de que la democracia europea adopte la unidad de idioma. Podría utilizarse una lengua muerta, como, por ejemplo, el latín perfeccionado.

—No, nada de latín —exclamó el arquitecto.

—¿Por qué? —preguntó un maestro de estudios.

Y aquellos dos señores entablaron una discusión, á la que se mezclaron otros, lanzando cada cual su frase para deslumbrar, no tardando en convertirse en fastidiosa de tal suerte que muchos se marchaban.

Peró un viejecito, que llevaba en lo más bajo de su frente prodigiosamente alta gafas verdes, pidió la palabra para una comunicacion urgente.

Se trataba de una memoria sobre la distribución de los impuestos. Las cifras corrían en ella, sin vérsese el fin. La impaciencia estalló primeramente por algunos murmullos y conversaciones; pero nada le turbó. Después se pusieron á silbar, llamaban á «Azor», Sénecal respondió al público; el orador continuaba como una máquina. Fué preciso para detenerle tirarle de la manga. El buen hombre pareció salir de un sueño, y dijo quitándose tranquilamente sus gafas:

—Perdon, ciudadanos, perdon. Me retiro, dispensadme.

El fracaso de aquella lectura desconcertó á Federico. Tenía su discurso en el bolsillo, pero hubiera valido más una improvisación.

Por fin el presidente anunció que iban á pasar al asunto importante, á la cuestion electoral. No se disenterían las grandes listas republicanas. Sin embargo, *El Club de la Inteligencia* tenía perfecto derecho, como cualquier otro, para formar una «con perdon de los señores del Ayuntamiento» y los ciudadanos que solicitaran el mandato popular podían exponer sus títulos.

—Ande usted—dijo Dussardier.

Un hombre con sotana, pelo rizado y de fisonomía petulante, había ya levantado la mano. Declaró, tartamudeando, llamarse Ducretot, presbítero y agrónomo, autor de una obra titu-

lada *De los abono*. Le remitieron á un círculo horticultor.

Después un patriota de blusa ocupó la tribuna. Era un plebeyo, ancho de espaldas, de fisonomía gorda y muy dulce, con largos cabellos negros. Recorrió la asamblea con una mirada casi voluptuosa, echó hacia atrás la cabeza, y separando los brazos, dijo:

—Habeis rechazado á Ducretot, hermanos míos, y habeis hecho bien, pero no ha sido por irreligión, porque todos nosotros somos religiosos.

Muchos escuchaban con la boca abierta, con aire de catecumenos y pinturas extáticas.

—No ha sido tampoco porque es sacerdote, porque nosotros también somos sacerdotes. El obrero es sacerdote, como lo era el fundador del socialismo, nuestro maestro Jesucristo.

Había llegado el momento de inaugurar el reinado de Dios. El Evangelio llevaba derechamente al 89. Después de la abolición de la esclavitud, la abolición del proletariado. Se había pasado de la edad del odio y estaba para empezar la edad del amor.

—El cristianismo es la llave de la bóveda y el fundamento del nuevo edificio...

—¿Se burla usted de nosotros?—exclamó el corredor de alcoholes.—¿De dónde ha salido semejante sandio?

Aquella interrupcion causó gran escándalo. Casi todos se subieron en los bancos, y vociferaban con el puño extendido: «Ateo, aristócrata, canalla» mientras que la campanilla del presidente sonaba incesantemente y redoblaban los gritos de «¡al orden! ¡al orden! Pero intrépido, y sostenido además por «tres cafés» tomados antes de venir, se movía en medio de los otros.

—¡Cómo! ¡Yo un aristócrata! ¡Vamos!

Consentido que al fin se explicaría, declaró que jamás se viviera en paz con los sacerdotes, y puesto que se había hablado hacía un momento de economías, sería una famosa la de suprimir las iglesias, las sagradas formas, y finalmente todos los cultos.

Alguien le objetó que iba lejos.

—Sí, voy lejos. Pero cuando un barco se ve sorprendido por la tempestad...

Sin esperar el final de la comparación, otro le contestó:

—Conformes; pero eso es demoler de un solo golpe, como un albañil sin discernimiento.

—Insulta usted á los albañiles—ahulló un ciudadano cubierto de yeso. Y obstinándose en creer que le habían provocado, vomitaba injurias, quería batirse, se montaba en su banco. No fueron demasiados tres hombres para echarle fuera.

Esto no obstante, el obrero continuaba en la tribuna. Los dos secretarios le advirtieron que debía bajar; él protestó contra la violencia que se le hacía.

—No me impedireis gritar: ¡eterno amor á nuestra querida Francia; amor eterno también á la República.

—Ciudadanos — dijo entonces Compain;— ciudadanos.

Y á fuerza de repetir: «ciudadanos» obtuvo algún silencio, apoyó en la tribuna sus dos manos coloradas, que parecían zoquetes, adelantó el cuerpo, entornó los ojos y dijo:

—Creo que era preciso dar mayor extensión á la cabeza de ternero.

Todos callaron, pensando haber oído mal.

—Sí, á la cabeza de ternero.

Trescientas carcajadas estallaron á la vez. El techo tembló. Ante todas aquellas caras trastornadas por la alegría, Compain se echó atrás, y replicó furioso:

—¡Cómo! ¿no conocéis la cabeza de ternero?

Aquello fué un paroxismo, un delirio. Apretaban los costados; algunos hasta se caían al suelo, debajo de los bancos. Compain, no pudiendo continuar, se refugió cerca de Regimbart y quiso llevarsele.

—No; me quedo hasta el final—dijo el ciudadano.

Aquella respuesta decidió á Federico; y como buscase, á izquierda y derecha á sus amigos para sostenerle, vió, delante de él á Pellerin en la tribuna. El artista se dirigía á la multitud.

—Quisiera saber dónde está el candidato del Arte á todo esto. Yo he hecho un cuadro..

—No tenemos que hacer con los cuadros—dijo brutalmente un hombre flaco, que tenía manchas rojas en los pómulos.

Pellerin exclama que le interrumpían.

Peró el otro en tono trágico replicó:

—¿No debía haber abolido ya el Gobierno por un decreto la prostitución y la miseria?

Y aquella frase le valió inmediatamente el favor del pueblo, tronando contra la corrupción de las grandes poblaciones.

—Infamia y vergüenza. Debíamos atrapar á los burgueses al salir de la *Maison d'or* y cruzarles la cara. ¡Si el gobierno no favoreciera, al menos, el escándalo! Pero los empleados de consumos son muy indecentes, con nuestrashijas y nuestras hermanas...

Una voz profirió de lejos:

—Eso es *rigolo*.

—A la puerta.

—Se nos sacan contribuciones para pagar el libertinaje. Así los grandes sueldos de actor...

—A mí—exclamó Delmar.

Saltó á la tribuna, apartó á todo el mundo, tomó su postura, y declarando que despreciaba las triviales acusaciones, se extendió sobre la misión civilizadora del cómico. Puesto que el teatro era el foco de la instrucción nacional, votaba por la reforma del teatro, y en primer término, no más direcciones, no más privilegios.

—Sí, de ninguna manera.

El juego del actor enardecía á la multitud y se cruzaban mociones subversivas.

—¡No más academias! ¡no más institutos!

—¡No más comisiones!

—¡No más bachillerato!

—¡Abajo los grados universitarios!

—¡Conservémosles!—dijo Sénecal—pero que se confieran por sufragio universal, por el pueblo, único juez verdadero.

Lo más útil, por otra parte, no era eso. Se necesitaba en primer lugar pasar el nivel sobre la cabeza de los ricos. Y les presentó atracándose de crímenes bajo sus dorados techos, mientras que los pobres, se retorcan de hambre en sus bohardillas, cultivando todas las virtudes. Los aplausos se hicieron tan fuertes, que se interrumpió. Durante algunos minutos, permaneció con los párpados cerrados, la cabeza atrás y como meciéndose sobre aquella cólera que levantaba.

Después se puso á hablar de una manera

dogmática, con frases imperiosas como leyes. El Estado debía ampararse del Banco y de los Seguros.

Abolirse las herencias; establecerse un fondo social para los trabajadores. Otras medidas serían buenas para el porvenir; aquellas bastaban al presente; y volviendo á las elecciones, añadió:

—Necesitamos ciudadanos puros, hombres enteramente nuevos. ¿Hay alguno que se presente?

Federico se levantó. Hubo un murmullo de aprobación producido por sus amigos. Pero Sénecal, tomando una figura á lo Jouquier-Iniville, se puso á interrogarle acerca de sus nombres, apellidos, antecedentes, vida y costumbres.

Federico le contestaba sumariamente y se mordía los labios. Sénecal preguntó si alguien tenía obstáculo que oponer á aquella candidatura.

—No, no.

Pero él sí lo veía. Todos se inclinaron y alargaron las orejas. El ciudadano protestante no había dado una cierta suma prometida para una fundación democrática, un periódico. Además, el 22 de Febrero, aunque fué suficientemente advertido, había faltado á la cita, en la plaza del Panteón.

—Yo juro que estuvo en las Tullerías—exclamó Dussardier.

—¿Puede usted jurar haberle visto en el Panteón?

Dussardier bajó la cabeza. Federico se callaba; sus amigos escandalizados le miraban con inquietud.

—A lo menos—replicó Sénecal—¿conoce usted un patriota que nos responda de sus principios?

—Yo—dijo Dussardier.

—¡Oh, eso no es bastante, otro.

Federico se volvió hacia Pellerin. El artista le contestó por multitud de gestos que significaban: «Amigo mío, á mí me han rechazado ¿qué diablo quiere usted hacerle?»

Entonces Federico tocó con el codo á Regimbart.

—¡Oh, sí, es verdad, ya es tiempo, voy allá!

Y Regimbart subió la escalera; después indicando al español que le había seguido, añadió:

—Permitidme, ciudadanos, que os presente á un patriota de Barcelona.

El patriota hizo un gran saludo, movió como un autómatas sus ojos de plata, y con la mano sobre el corazón, dijo:

—Ciudadanos: mucho aprecio el honor que me dispensais, y si grande es vuestra bondad, mayor es vuestra atención.

—¡Pido la palabra!—gritó Federico.

—Desde que se proclamó la Constitución de Cádiz, ese pacto fundamental de las libertades españolas, hasta la última revolución, nuestra patria cuenta numerosos y heroicos mártires.

Federico una vez más quiso hacerse oír.

—¡Pero ciudadanos!...

El español continuaba:

—El martes próximo tendrán lugar en la iglesia de la Magdalena unos funerales.

—¡Pero esto es absurdo, nadie comprende!

Aquella observación exasperó á la muchedumbre.

—¡A la calle, á la calle!

—¿Quién, yo?—preguntó Federico.

—Usted mismo—dijo majestuosamente Sénecal.—Salga usted.

Se levantó para marcharse, y la voz del ibero le perseguía.

—Y todos los españoles desearían ver allí reunidas las diputaciones de los clubs y de la milicia nacional. Una oración fúnebre, en honor de la libertad española y del mundo entero, será pronunciada por un miembro del clero de París en la sala Bonne-Nouvelle. Honor al pueblo francés, que llamaría yo el primer pueblo del mundo, si no fuese ciudadano de otra nación.

—¡Aristo!—chilló un quidam enseñando los

puños á Federico, que se lanzó hácia el patio indignado.

Se reprochó su sacrificio sin reflexionar que las acusaciones que le fueron dirigidas eran justas después de todo. ¡Qué fatal idea la de aquella candidatura!

¡Pero qué asnos! ¡qué pillos! Comparábase con aquellos hombres y aliviaba con su necesidad la herida de su orgullo.

Después sintió necesidad de ver á Rosanette. Después de tantas fealdades y tanto énfasis, su gentil persona sería un consuelo. Sobía ella que debía aquella noche presentarse en un club. Sin embargo, cuando entró ni siquiera le hizo una pregunta.

Hallábase cerca del fuego descosiendo el forro de un vestido. Semejante trabajo le sorprendió.

—¡Calla! ¿qué es lo que haces?

—Ya lo ves,—dijo secamente.—Compongo mis trapos. Esto es tu República.

—¿Por qué mi República?

—¿Quizás será la mía?

Y se puso á censurar todo lo que pasaba en Francia desde hacía dos meses, acusándole de haber hecho la revolución, de ser la causa de su ruina, de que las gentes ricas abandonaran á París, y que más tarde ella iría á morir al hospital.

— Tú hablas á tu gusto con tus rentas. Por lo demás, al trote que esto va, no las tendrás mucho tiempo.

— Puede— dijo Federico; —los más decididos son siempre desconocidos; y si uno no tuviera su conciencia, los brutos con quienes uno se compromete le harían aborrecer la abnegación.

Rosanette le miró con ceño.

— ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué abnegación? ¿El señor no ha tenido éxito, á lo que parece? Tanto mejor; eso te enseñará á hacer dones patrióticos. ¡Oh! No mientas. Sé que les has regalado trescientas pesetas, porque tu República se hace mantener. Pues bien, diviértete con ella, buen hombre.

Ante aquella avalancha de necedades, Federico pasó de su otra contrariedad á una decepción más pesada. Se retiró al fondo de la habitación, y ella se le acercó.

—Vamos, razona un poco. En un país como en una casa, se necesita un amo; de otro modo cada cual baila como le place. En primer lugar todo el mundo sabe que Ledru-Rollin se vé lleno de deudas. En cuanto á Lamartine, ¿cómo quieres que un poeta entienda de política? Puedes mover la cabeza y creerte con más talento que los otros, lo que digo es la verdad, sin embargo. Pero tú discutes siempre, no se puede meter baza contigo. Mira, por ejemplo, á Four-

nier-Fontaine, de los almacenes de San Roque, ¿sabes cuánto pierde? ochocientas mil pesetas. Y Gomer, el embalador de enfrente, este es otro republicano, rompía las tenazas en la cabeza de su mujer, y ha bebido tanto ajeno, que van á encerrarle en una casa de salud. Como este son todos los republicanos. Una República á 25 por 100. Ah, sí, jáctate.

Federico se marchó. La ineptitud de aquella chica, presentándose de repente con un lenguaje populachero, le disgustaba, y hasta se sintió de nuevo patriota.

El mal humor de Rosanette fué en aumento. La Vatnaz la irritaba con su entusiasmo. Creyéndose en misión, tenía rabia por perorar, por catequizar, y más fuerte que su amiga en esas materias, la aplastaba con argumentos.

Un día llegó toda indignada contra Hussonnet, que acababa de permitirse bromas en el club de las mujeres. Rosanette aprobó aquella conducta, hasta declarar que usaría traje de hombre para ir á «decirles á todas lo que merecían y pegarlas.» Federico entró en aquel momento: «Tú me acompañarás ¿no es verdad?»

Y á pesar de hallarse él delante, se enzarzaron, haciéndose una la burguesa y filósofa la otra.

Las mujeres, según Rosanette, habían nacido exclusivamente para el amor ó para criar niños

y estar al frente de una casa. Según la Vatnaz, la mujer debía tener su puesto en el Estado. En otro tiempo, las galas legislaban, también las anglosajonas, y las esposas de los Hurons formaban parte del Consejo. La obra civilizadora era común. Se necesitaba el concurso de todos y sustituir por fin el egoísmo con la fraternidad, el individualismo con la asociación, al sistema parcelario el gran cultivo.

—Vaya ¿ahora entiendes tú de cultivo?

—¿Por qué no? Por otra parte se trata de la humanidad, de su porvenir.

—Ocupate del tuyo.

—Eso es cosa mía.

Iban incomodándose y Federico se interpuso. La Vatnaz se acaloraba y hasta llegó a sostener el comunismo.

—¿Qué tontería!—dijo Rosanette.—¿Podrá eso llegar jamás?

La otra citó como prueba á los Esenios, á los Frailes Moravios, á los jesuitas del Paraguay, la familia de los Pingons cerca de Thiers en Auvernia; y como gesticulara mucho, su cadena de reló se enredó con un borreguillo de oro de su colección de dijes.

De repente palideció Rosanette extraordinariamente. La Vatnaz seguía desenredando su dije.

—No te molestes más—expresó Rosanette—ahora conozco tus opiniones políticas.

—¿Qué?—exclamó la Vatnaz, poniéndose tan encarnada como una virgen.

—¡Oh! ya me comprendes.

Federico no comprendía. Había sobrevenido entre ellas evidentemente algo más capital y más íntimo que el socialismo.

—Y aun cuando así fuera—replicó la Vatnaz irguiéndose intrépidamente.—Es un préstamo, querida mía, deuda por deuda.

—¡Pardiez! yo no niego las mías. ¡Qué historia por algunos miles de pesetas! Yo pido prestado, al menos; pero no robo á nadie.

La señorita Vatnaz trató de reír.

—¡Oh! si pondría mi mano al fuego.

—Ten cuidado que está tan seca que puede arder.

La vieja señorita le presentó su mano derecha dejándola levantada á la altura de su rostro diciendo:

—Algunos amigos tuyos la encuentran aceptable.

—¿Cómo castañuelas? Serán andaluces.

—¡Mala mujer!

La Mariscala hizo un gran saludo.

—Ya no hay atractivos.

La Vatnaz no contestó nada. Algunas gotas de sudor brotaron de sus sienas. Sus ojos se fi-

jaban en la alfombra; estaba jadeante. Por fin llegó á la puerta, y haciéndola crugir vigorosamente, dijo:

—Buenas tardes. Tendrá usted noticias mías.

—Adios—dijo Rosanette.

Su violencia la había destrozado. Dejéase caer sobre el diván, toda temblorosa, balbuceando injurias, derramando lágrimas. ¿Era aquella amenaza de la Vatnaz lo que la atormentaba? No. ¡Bastante la importaba! Después de todo, quizás la otra le debiera dinero. Era el borreguillo de oro, un regalo, y en medio de su llanto se le escapó el nombre de Delmar. Luego amaba á aquel botarate.

—Entonces ¿por qué me ha aceptado?—se preguntó Federico.—¿Qué significa eso de que haya vuelto? ¿Quién la obliga á retenerme? ¿Cuál es el sentido de todo esto?

Los pequeños sollozos de Rosanette continuaban; seguía sentada en el borde del diván, echada á un lado, con las mejillas en entrambas manos, y parecía un ser tan delicado, inconsciente y dolorido, que se aproximó á ella y la besó en la frente con dulzura.

Entonces ella le dió mil seguridades de ternura; el príncipe acababa de marcharse y serían libres. Pero en el momento se encontraba... apurada. Tú mismo lo has visto; el otro día, cuando utilizaba mis forros viejos. No más ca-

rruajes ahora. Y no era eso todo; el tapicero amenazaba con llevarse los muebles del cuarto y del gran salon; ella no sabía qué hacer.

Federico tuvo propósito de contestar: «No te inquietes; yo pagaré.» Pero la señora podía mentir. La experiencia le había instruído, y se limitó sencillamente á consolarla.

Los temores de Rosanette no eran vanos; fué preciso entregar los muebles y dejar la bonita habitacion de la calle Drouot. Tomó otra, en el bulevar Poissonnière, piso cuarto. Las curiosidades de su antiguo tocador fueron suficientes para dar á las tres piezas un tipo coquetón. Tuvo estors chinos, una marquesita en la terraza, en el salón un tapiz de lance, todavía nuevo enteramente, con pufs de seda rosa. Federico había contribuído ampliamente á aquellas adquisiciones; experimentaba la alegría de un recién casado que posee por fin una casa suya, una mujer suya; y agradándole aquello mucho, venía á dormir allí casi todas las noches.

Una mañana, al salir de la antesala, apercibió en la escalera hacia el piso tercero el chacó de un guardia nacional que subía. ¿A dónde iba? Federico le esperó. El hombre seguía subiendo con la cabeza un poco baja: levantó los ojos. Era el Sr. Arnoux. La situacion aparecía clara; se ruborizaron al mismo tiempo, igualmente contrariados.

Arnoux encontró primero el medio de salir de él.

—¿Está mejor? ¿no es verdad? Como si Rosanette estuviera enferma y él fuera á buscar noticias.

Federico se aprovechó de aquel expediente. Sí por cierto; su criada me lo ha dicho al menos; dando á entender que no le habían recibido.

Después permanecieron frente á frente, ambos irresolutos y observándose, pensando cada cuál quién no se iría. Arnoux una vez más resolvió la cuestión.

—¡Ah! Ya volveré más tarde. ¿Dónde quiere usted ir? Le acompaño á usted.

Y cuando estuvieron en la calle, se puso á hablar con la naturalidad de costumbre. Indudablemente ó no tenía el carácter celoso, ó era demasiado bonachon para enfadarse.

Por otra parte la patria le preocupaba. Al presente no abandonaba el uniforme. El 29 de Marzo había defendido las oficinas de *La Prensa*. Cuando se aclamó la Cámara, señalóse por su valor, y fué de los del banquete ofrecido á la guardia nacional de Amiens.

Hussonet, siempre de servicio con él, se aprovechaba más que nadie de su frasco y de sus cigarros; pero irreverente por naturaleza, se complacía en contradecirle, denigrando el

estilo poco correcto de los decretos, las conferencias del Luxemburgo, las vesuvianas, las tiroleras, todo, hasta el carro de la Agricultura, arrastrado por caballos en vez de bueyes y escoltados por jóvenes feas. Arnoux por el contrario, defendía al Poder, y soñaba con la pasión de los partidos. Sin embargo, sus negocios tomaban mal aspecto, inquietándole medianamente.

Las relaciones de Federico y la Mariscala no le habían entristecido, porque aquel descubrimiento le autorizó (en su conciencia) á suprimir la pensión que había vuelto á señalarle desde la marcha del príncipe; alegando la dificultad de las circunstancias, gimiendo mucho, y Rosanette fué generosa. Entonces Arnoux se consideró como el amante del corazón; cosa que le elevaba en su propia estimación, rejuveneciéndole. No dudando que Federico pagaría á la Mariscala, se imaginaba «dar una buena broma» llegando hasta á ocultarse, y dejarle el campo libre cuando se encontraban.

Esta comunidad hería á Federico; y las cortesías de su rival le parecían una burla de mal género, demasiado prolongada. Pero enfadándose, se hubiera quitado toda probabilidad de volver á la otra, siendo, además, el único medio de oír hablar de ella. El comerciante de porcelanas, según costumbre, ó, quizás por malicia, la

recordaba gustosamente en su conversación, y hasta le preguntaba por qué no iba ya á verla.

Federico, habiendo agotado todos los pretextos, aseguró que había estado en casa de la señora muchas veces inútilmente. Arnoux quedó convencido de esto, porque frecuentemente se extasiaba delante de ella acerca de la ausencia de su amigo, y ella respondía siempre que no estaba cuando vino á visitarla; de suerte que aquellas dos mentiras, en vez de contrariarse se corroboraban.

La dulzura del joven y la alegría de tenerle por juguete hacían que Arnoux le quisiera más. Llevaba su familiaridad hasta los últimos límites, no por desdén, sino por confianza. Un día le escribió que un negocio urgente le llamaba á provincias, por veinticuatro horas, y le rogaba hiciera la guardia por él. Federico no se atrevió á rehusar, y se presentó en el puesto del Carousel.

Tuvo que sufrir la sociedad de los guardias nacionales, y salvo un purificador, hombre chistoso que bebía de una manera exorbitante, todos le parecieron más brutos que sus cartucheras. La conversación capital fué acerca de la sustitución de las correas por el cinturón. Otros trinaban contra los talleres nacionales. Decían: «¿A dónde vamos?» El que había recibido el apóstrofe contestaba abriendo los ojos, como al

borde de un abismo: «Esto no puede durar; es preciso concluir.» Y repitiéndose los mismos discursos hasta la noche, Federico se fastidió mortalmente.

Grande fué su sorpresa, cuando á las once, vió aparecer á Arnoux, quien seguidamente dijo que corría á libertarle, estando ya concluido su negocio. Este negocio no había existido; era una invención para pasar veinticuatro horas, solo, con Rosanette. Pero el excelente Arnoux había contado demasiado consigo mismo, de tal suerte que en su laxitud, le entró remordimiento. Vino á dar las gracias á Federico y le invitó á cenar.

—Mil gracias; no tengo hambre, solo deseo mi cama.

—Razón de más para desayunarnos juntos, pronto. ¡Qué blando es usted! Esta no es hora de ir á casa, es demasiado tarde; sería peligroso!

Federico cedió una vez más. Arnoux, á quien no esperaban, fué bien acogido por sus hermanos de armas, principalmente por el purificador.

Todos lo amaban; y él era tan buen muchacho que sintió la presencia de Hussonet. Pero tenía necesidad de dormir un minuto, nada más.

—Póngase usted cerca de mí—dijo á Federico— extendiéndose sobre su cama de campaña,

sin quitarse el correaje. Por temor de un alerta, contra reglamento, conservó su fusil; después balbuceó algunas frases: «querida mía, angel mío,» y no tardó en dormirse.

Los que hablaban se callaron; y poco á poco se hizo un gran silencio en el puesto. Federico atormentado por las pulgas, miraba á su alrededor. La pared, pintada de amarillo, tenía á mitad de altura una larga plancha donde los sacos formaban una serie de pequeñas jorobas, mientras debajo, los fusiles color de plomo estaban alineados unos junto á otros. Oíanse ronquidos producidos por los guardias nacionales, cuyos vientres se dibujaban de una manera confusa en la sombra.

Una botella vacía y algunos platos ocupaban la estufa. Tres sillas de paja rodeaban la mesa en que se veía un juego de cartas. De un tambor en el centro del banco colgaban las correas.

El aire caliente entraba por la puerta y hacía que el quinqué diese humo. Arnoux dormía con los brazos abiertos, y como su fusil estaba colocado con la culata hacia abajo un poco oblicuamente, la boca del cañón le llegaba á la axila.

Federico que lo notó se asustó.

—Pero no; no hay cuidado, ni qué temer. Sin embargo si muriese...

Y seguidamente se desarrollaron infinitos cuadros.

Vióse con ella de noche, en una silla de posta; después á la orilla de un río en una tarde de verano, y al reflejo de una lámpara, en su casa.

Hasta se detenía en cálculos de menaje, en disposiciones domésticas, contemplando, palpando ya su dicha; y para realizarla, bastaría solamente que el gatillo del fusil se levantara. Podía tocarle con la punta del pie; el tiro saldría, sería una casualidad y nada más.

Federico se extendió sobre aquella idea, como un dramaturgo que compone. De repente le pareció que no estaba distante de resolverse su acción, y que iba por su parte á contribuir como era su deseo; sobrecogióle un gran miedo.

En medio de aquella angustia, experimentaba un placer, penetrando más y más en él, sintiendo con horror que desaparecían sus escrúpulos; en el furor de su sueño, se borraba el resto del mundo, y no tenía conciencia de sí mismo sino por una intolerable opresión del pecho.

—¿Tomamos las once?—dijo el purificador que se despertaba.

Arnoux se echó al suelo, y tomadas las copas quiso hacer la centinela de Federico.

Después se lo llevó á almorzar calle de Chartres, casa de Parly; y como necesitaba reponerse, pidió dos platos de carne, una langosta, una tortillá al ron, una ensalada, etc., todo regado con Sauterne de 1819, sin contar el champagne para los postres y los licores.

Federico no le contrarió. Se hallaba cohibido como si el otro hubiera podido descubrir, en su cara, las huellas de su pensamiento.

Con ambos codos sobre el borde de la mesa, y muy inclinado, Arnoux, fatigándole con su mirada, le confiaba sus sueños.

Tenía deseo de tomar en arrendamiento todos los terraplenes de la línea del Norte para sembrar en ellos patatas, ó bien organizar en los bulevares una cabalgata monstruo, en que figuraban las «celebridades de la época.» Alquilaría todas las ventanas, que á razón de tres pesetas, término medio, produciría un bonito provecho. En resumen soñaba con un gran golpe de fortuna por un acaparamiento. Sin embargo era moral, condenaba los excesos, el desarreglo, hablaba de su «pobre padre,» y todas las noches, decía, hacía su examen de conciencia, antes de ofrecer su alma á Dios.

—Un poco de curazao ¿eh?

—Como usted guste.

En cuanto á la República, las cosas se arreglarían; en fin, que se encontraba el hombre más

feliz de la tierra; y olvidándose, elogió las cualidades de Rosanette, y hasta la comparó á su mujer. Era otra cosa, claro. No pueden imaginarse más bonitas piernas.

—¡A la salud de usted!

Federico bebió. Por complacencia lo había hecho con algún exceso; además le molestaba la luz del sol; y cuando subieron juntos la calle Vivienne se tocaban fraternalmente las hombrecitas de ambos.

Cuando entró en su casa Federico durmió hasta las siete; en seguida se fué casa de la Mariscalá. Había salido con alguno; quizás con Arnoux. No sabiendo qué hacer continuó su paseo por el bulevar, pero no pudo pasar de la Puerta San Martín: tanta era la gente.

La miseria abandonaba á sí propios á un considerable número de obreros; y venían todas las noches á pasarse revista sin duda y esperar la señal. A pesar de la ley contra los grupos, aquellos clubs de la desesperación aumentaban de una manera terrible; y muchos burgueses se reunían allí cuotidianamente por bravata, por moda.

De repente, Federico vió á tres pasos de distancia al Sr. Dambreuse con Martínou; volvió la cabeza porque guardaba rencor al señor Dambreuse que se había hecho nombrar representante; pero el capitalista le detuvo.

—Una palabra, querido señor. Debo dar á usted explicaciones.

—No las pido.

—Por favor, escúcheme usted.

El no había tenido culpa ninguna. Le habían rogado, obligado en cierto modo. Martinon, seguidamente, apoyó sus palabras; los de Nogent, le habían enviado una diputación.

—Además, he creído hallarme en libertad, desde el momento...

Una avalancha de gente contra la acera hizo al Sr. Dambreuse separarse. Un minuto después, volvió diciendo á Martinon:

—Este es un verdadero servicio. No tendrá usted que arrepentirse.

Los tres se pegaron á una tienda para hablar más á gusto.

De cuándo en cuándo se gritaba: «¡Viva Napoleón!» «¡Viva Barbés!» «¡Abajo Marié!» La inmensa muchedumbre hablaba muy alto; y todas aquellas voces, que las casas repercutían, hacían un ruido semejante al de las olas de un puerto.

En determinados momentos se callaban; entonces se oía *la Marsellesa*. Bajo las puertas cocheras, algunos hombres de maneras misteriosas ofrecían bastones con estoque. A veces dos individuos pasaban uno delante del otro, se guiñaban el ojo y se alejaban prontamente.

Grupos de majaderos ocupaban las aceras; una muchedumbre compacta se agitaba en el empedrado. Bandas enteras de gentes de policía salían de las callejuelas y desaparecían apenas se dejaban ver. Banderitas de paño rojo, acá y allá llameaban; los cocheros, de lo alto de su asiento, gesticulaban y se volvían. Aquello era un movimiento, un espectáculo de los más singulares.

—Cómo hubiera divertido todo esto—dijo Martinon—á la señorita Cecilia.

—Mi mujer, ya lo sabe usted, no gusta de que mi sobrina, venga con nosotros—contestó sonriendo el Sr. Dambreuse.

No se le hubiera reconocido. Desde hasta tres meses gritaba: «¡Viva la República!» y hasta había votado el destierro de los Orléans. Pero las concesiones debían concluir; y se manifestaba furioso hasta llevar un rompe-cabezas en el bolsillo.

También Martinon tenía uno. No siendo ya inamovible la magistratura se había retirado de Estrados, y sobrepujaba la violencia al señor Dambreuse.

El banquero aborrecía especialmente á Lamartine (por haber sostenido á Ledru-Rollin), y además á Pedro Leroux, Proudhon, Considérant Lamennais, á todos los cerebros calientes, á todos los socialistas.

—Porque en fin, ¿qué quieren? Se ha suprimido el impuesto sobre la carne y el apremio contra la persona; ahora se estudia el proyecto de un Banco hipotecario; el otro día era un Banco nacional; y á todo esto cinco millones de presupuesto para los obreros. Pero felizmente ello se acaba gracias á de Falloux. Buen viaje, que se marchen.

En efecto, no sabiendo cómo alimentar los ciento treinta mil hombres de los talleres nacionales, el ministro de Trabajos Públicos, aquel mismo día había firmado un decreto invitando á todos los ciudadanos de 18 á 20 años á entrar en el servicio como soldados, ó á salir para las provincias para trabajar la tierra.

Aquella alternativa les indignó, persuadidos de que se quería destruir la República. La existencia lejos de la capital les afligía como un destierro; veíanse moribundos por las fiebres, en regiones feroces. Para muchos, además, acostumbrados á trabajos delicados, la agricultura les parecía un envilecimiento; era una añagaza, en fin, una irrisión, la negación formal de todas las promesas. Si resistían se emplearía la fuerza; no dudaban de esto y se disponían á prevenirla.

Hacia las nueve, los grupos formados en la Bastilla y en el Chatelet refluieron al boulevard.

De la puerta Saint-Denis á la puerta Saint-Martin, constituía aquello una enorme ebullición, una sola masa de azul oscuro, casi negro. Los hombres que se entreveían tenían todos las pupilas ardientes, la tez pálida, fisonomías enflaquecidas por el hambre, exaltados por la injusticia. Sin embargo, las nubes se amontonaban; el cielo tormentoso calentaba la electricidad de la muchedumbre que se arremolinaba sobre sí misma, indecisa, con amplio impulso de oleaje; y se sentía en sus profundidades una fuerza incalculable, y como la energía de un elemento.

Después todos se pusieron á gritar. «¡Faroles! ¡Faroles!» Muchas ventanas no se iluminaban; y arrojaron piedras contra sus cristales.

El Sr. Dambreuse juzgó prudente retirarse. Los dos jóvenes le acompañaron.

Preveía él grandes desastres. El pueblo podía una vez más asaltar la Cámara; y á este propósito, contó cómo habría muerto el 15 de Mayo, sin el sacrificio de un guardia nacional.

—¡Pero se me olvidaba! Era su amigo de usted, el fabricante de porcelanas, Jacobo Arnoux.

Las gentes del motín le ahogaban, aquel bravo ciudadano le había cogido á él en sus brazos y depositado lejos.

Así, desde entonces, se había formado una especie de lazo entre ellos. «Será preciso comer juntos uno de estos días, y puesto que usted le ve con frecuencia, asegúrele que le quiero mucho. Es un hombre excelente, calumniado, según mi opinión, y tiene talento el pícaro. Saludo á usted nuevamente. Buenas noches.

Cuando Federico dejó al Sr. Dambreuse volvió á casa de la Mariscala, y con aire sombrío le dijo que debía optar entre Arnoux y él.

Respondióle con dulzura que no entendía nada de «semejantes gruñidos», no amaba á Arnoux y no tenía que ver con él. Federico estaba sediento de abandonar á París. No rechazó ella aquella fantasía y salieron al día siguiente para Fontainebleau.

El hotel donde se alojaron se distinguía de los demás por un salto de agua instalado en medio de su patio. Las puertas de las habitaciones daban á un corredor, como en los monasterios. La que les facilitaron era grande, bien amueblada, tapizada de indiana, y silenciosa, por falta de viajeros. A lo largo de las casas, paseaban vecinos desocupados; cuando cayó la luz del día, por debajo de sus ventanas jugaron á la barra los chiquillos de la calle; y aquella tranquilidad, sucediéndose al tumulto de París, les causaba sorpresa y tranquilidad.

Por la mañana temprano fueron á visitar el castillo. Como entraron por la verja, vieron su fachada entera, con los cinco pabellones de tejados puntiagudos y su escalera de herradura desplegándose al fondo del patio, que cortan á izquierda y derecha dos cuerpos de edificio más bajos. Los líquenes del piso se mezclan á lo lejos con el tono jaspeado de las baldosas y el conjunto del palacio, enmohecido de color, como vieja armadura, tenía algo de realmente imposable, una especie de grandeza militar y triste.

Por fin un criado se presentó con un manajo de llaves. Le enseñó primero las habitaciones de las reinas, el oratorio del Papa, la galería de Francisco I, la mesita de caoba en que el emperador firmó su abdicación, y en una de las piezas que dividían la antigua galería de los Ciervos, el sitio en que Cristina hizo asesinar á Monaldeschi. Rosanette escuchó aquella historia atentamente, y después, volviéndose á Federico, preguntó:

—Sería sin duda por celos; ten cuidado.

Enseguida atravesaron la sala del Consejo, la sala de Guardias, el salón del Trono, el de Luis XIII. Las altas ventanas, sin cortinas, derramaban una luz blanca; el polvo cubría ligeramente los puños de las fallebas, las patas de cobre de las consolas; fundas de telas gruesas

tapaban todos los sillones; veíanse encima de las puertas cacerías Luis XV, y en algunos sitios tapicerías que representaban á los dioses del Olimpo, Psychis ó las batallas de Alejandro.

Cuando Rosanette pasaba por delante de los espejos se detenía un minuto para alisarse el cabello.

Después del patio de la torrecilla y la capilla de San Saturnino, llegaron á la sala de las fiestas.

Quedaron asombrados por el esplendor del techo, dividido en compartimientos octógonos, adornado de oro y plata, más cincelado que una alhaja, y por la abundancia de las pinturas que cubren las paredes desde la gigantesca chimenea donde las armas de Francia están rodeadas por carcax y media luna, hasta la tribuna para los músicos, construída al otro extremo, en toda la amplitud de la sala. Las diez ventanas en arcadas estaban abiertas enteramente; el sol hacía brillar las pinturas, el cielo azul hacía confundirse indefinidamente el azul ultramar de las cimbras; y del fondo de los bosques, cuyas vaporosas cimas llenaban el horizonte, parecía venir un eco de los aullidos lanzados por las trompas de marfil, y de las danzas mitológicas que reúnan bajo el follaje á princesas y señores convertidos en ninfas y silvanos; época de ciencia ingénua, de pasiones violentas y arte suntuoso,

so, cuando el ideal era arrastrar al mundo hacia un sueño de las Hespérides, y las amantes de los reyes se confundían con los astros. La más bella entre las famosas se había hecho pintar, á la derecha, en figura de Diana Cazadora, y hasta de Diana Infernal, sin duda para demostrar su poderío hasta más allá de la tumba. Todos aquellos símbolos confirman su gloria; y algo queda allí de ella, una voz indistinta, un rayo que se prolonga.

Federico sintió una concupiscencia retrospectiva inexplicable. Para distraer su deseo, se puso á considerar tiernamente á Rosanette, preguntándole si no hubiera querido ser aquella mujer.

—¿Qué mujer?

—Diana de Poitiers. Y añadió: Diana de Poitiers, amante de Enrique II.

Ella dijo sencillamente: «¡Ah!», y eso fué todo.

Su mutismo probaba claramente que nada sabía, no comprendía, y Federico, por complacencia le preguntó:

—¿Te aburres, quizás?

—No; no, al contrario.

Y con la barba levantada, paseando alrededor una mirada de las más vagas, Rosanette dejó caer esta frase:

—Esto llama recuerdos.

Vefase, no obstante, en su cara un esfuerzo, una intención de respeto; y como aqu-l aire sé-rio la ponfa más linda, Federico la perdonó.

Más la divirtió el estanque de las Carpas. Durante un cuarto de hora, echó pedazos de pan al agua, para ver salir los peces.

Hallábase sentado Federico junto á ella, bajo los tilos. Pensaba en todos los personajes que habían visitado aquellas paredes, Carlos V, los Valois, Enrique IV, Pedro el Grande, Juan Jacobo Rousseau, las lindas plañideras de los palcos principales, Voltaire, Napoleón, Pío VII, Luis Felipe; y sentíase rodeado, codeado por aquellos muertos tumultuosos. Tal confusión de imágenes le aturdió, aunque en ella encontrara encanto.

Por fin bajaron al parterre, que es un vasto rectángulo, que al primer golpe de vista permite fijarse en sus largas alamedas amarillas, sus cuadros de césped, las cintas de box, sus tejos piramidales, sus bajas verduras y sus estrechas acirates, donde las flores, sembradas á trechos, forman como manchas sobre la tierra gris. Al extremo del jardín empieza un parque, atravesado en toda su extensión por un largo canal.

Las residencias reales tienen en sí una melancolía particular, que depende sin duda de las dimensiones demasiado considerables para el pequeño número de sus habitantes, del silencio

que con sorpresa se nota en medio de tanto sonido, de su lujo inmóvil que prueba con su vejez lo fugaz de las dinastías, la eterna miseria de todo. Y aquella exhalación de los siglos, abrumadora y fúnebre como perfume de momia, se deja sentir hasta en las cabezas cándidas. Rosanette bostezaba desmesuradamente, y volvióse al hotel.

Después de su almuerzo, les trajeron un carruaje descubierto. Salieron de Fontainebleau por una ancha plaza, después subieron al paso por un camino enarenado hasta un bosque de pequeños pinos. Los árboles se hicieron más grandes, y el cochero de cuando en cuando decía:

«Estos son los Hermanos Siameses, el Faramundo, el Ramillete del Rey...» no olvidando ninguno de los sitios célebres, hasta deteniéndose algunas veces para hacer que los admirasen.

Entraron en el arbolado de Franchard. El coche se deslizaba como un trineo sobre el césped; pichones que no se veían se arrullaban, de repente se presentó un mozo de café, y bajaron delante de una empalizada de un jardín, donde había mesas redondas. Luego, dejando á la izquierda los muros de una abadía ruinoso, anduvieron por grandes rocas y llegaron pronto al fondo de la garganta.

Está cubierta por un lado de grandes mezclas de asperones, mientras que por el otro, el terreno, casi pelado, se inclina hacia lo hondo del valle, donde, en medio del color de los brezos, un sendero forma pálida línea. A lo lejos se percibe una cima en cono marcado, que soporta la torre de un telégrafo en la parte de detrás.

Media hora más tarde, bajaron otra vez para alcanzar las alturas de Aspremont.

El camino hace zigzags entre los rechonchos pinos, bajo rocas de angulosos perfiles. Todo ese rincón de la floresta, tiene algo de ahogado, de salvaje y recogido. Se piensa en los ermitaños (compañeros de los grandes ciervos que llevan una cruz de fuego en medio de sus cuernos), y que recibían con sonrisas paternales á los buenos reyes de Francia arrodillados delante de sus grutas.

Un olor resinoso llenaba el aire templado, las raíces por la tierra se cruzaban como venas.

Rosanette se tambaleaba, por allí estaba desesperada, tenía ganas de llorar.

Pero, en todo lo alto, la alegría le volvió, hallando, bajo un techo de ramaje, una especie de taberna, donde venden maderas talladas.

Tomó una botella de limonada, se compró un palo de acebo, y sin una sola mirada al paisaje

que se descubre desde la meseta, entró en la Caverna de los ladrones, precedida de un pillete que llevaba una antorcha.

Su carruaje les esperaba en el Bas-Bréau.

Un pintor, de blusa azul, trabajaba al pie de una encina, con su caja de colores sobre las rodillas. Levantó la cabeza y les vió pasar.

En medio de la cuesta de Chailly, una nube, abriéndose de repente, les obligó á bajar la capota.

Casi al punto cesó la lluvia, y los pisos de las calles brillaban bajo el sol cuando entraban en el pueblo.

Algunos viajeros que acababan de llegar, les contaron que una espantosa batalla ensangrentaba á París. Rosanette y su amante no se sorprendieron. Después todo el mundo se fué, el hotel volvió á su tranquilidad, el gas se apagó, y se durmieron al murmullo del saltador del patio.

Al día siguiente, fueron á ver la garganta del Lobo, la Balsa de las Hadas, la Roca larga, la Mariota; al otro día, comenzaron su excursión, al azar, como quería su cochero, sin preguntar dónde estaban, y hasta desdeñando en ocasiones los sitios famosos.

¡Se hallaban tan bien en su viejo landó, bajo como un sofá y cubierto de tela á rayas desteñidas!

Las zanjas llenas de malezas desfilaban ante su vista, con movimiento suave y continuo.

Algunos rayos blancos atravesaban como flechas los altos helechos; á veces un camino que ya no se utilizaba, se ofrecía á sus ojos, en línea recta, y las yerbas crecían acá y allá, blandamente.

En el centro de las encrucijadas, una cruz extendía sus cuatro brazos; en otros puntos, los postes se inclinaban como árboles muertos, y algunos senderillos curvos, perdiéndose bajo las hojas, daban gana de seguirlos; en el mismo momento, volvía el caballo, entraban y se hundían en el barro; más lejos era el musgo que brotaba al borde de profundos pantanos.

Creíanse lejos de los demás, bien solos. Pero de repente pasaba un guardabosque con su fusil y una banda de mujeres en harapos, llevando á la espalda pesadas cargas.

Cuando se paraba el coche, se producía un silencio universal; únicamente se oía el aliento del caballo en las varas, ó algún grito de pájaro muy débil repetido.

La luz, en ciertos sitios, iluminaba el lindero del bosque y dejaba los fondos en la sombra; ó bien atenuada en los primeros planos por una especie de crepúsculo, esparcía en los lejos vapores violáceos, una blanca claridad. En el

centro del día, el sol, cayendo aplomado sobre los anchos verdores, los festoneaba, suspendía gotas argentinas en la punta de las ramas, rayaba el césped de líneas esmeraldas, arrojaba manchas de oro sobre las capas de hojas muertas; echando atrás la cabeza, se percibía el cielo por entre las cimas de los árboles. Algunos, de desmesurada altura, tenían aire de patriarcas y emperadores; tocándose por los extremos, formaban con sus largos ástiles como arcos de triunfo; otros que subían desde la raíz, oblicuamente, parecían columnas cayéndose.

Aquella multitud de gruesas líneas verticales se entreabrían, y entonces enormes grupos verdes se desarrollaban en desiguales sinuosidades hasta la superficie de los valles, en que avanzaba la cumbre de otras colinas dominando llanuras rubicundas, que acababan por perderse en indecisa palidez.

De pié, uno junto á otro, sobre cualquier eminencia del terrono, sentían, al husmear el aire, que penetraba en su alma, como el orgullo de una vida más libre, con una superabundancia de fuerzas y una alegría sin causa.

La diversidad de los árboles producía un espectáculo cambiante. Las hayas, de corteza blanca y lisa, mezclaban sus coronas; algunos fresnos encorvaban suavemente sus verdosos ramajes; en los cepellones de ojavano, se en-

derezaban los acebos semejantes al bronce; luego venían una fila de delgados abedules, inclinados en actitudes elegíacas, y los pinos, simétricos como cañones de órgano, balanceándose continuamente, parecía que cantaban. Había allí encinas rugosas, enormes, que se meneaban convulsivamente, se levantaban del suelo, se apretaban unas con otras, y firmes sobre sus troncos, como torsos, y se lanzaban con sus brazos desnudos provocaciones de desesperación, furibundas amenazas, como un grupo de titanes inmovilizados en su cólera. Algo más pesado, una febril languidez cerníase sobre los pantanos, cortando la superficie de sus aguas entre matorrales de espigas; los líquenes, en su ribazo donde vienen a beber los lobos, son color de azufre, quemados como por el paso de hechiceros, y el incesante canto de las ranas responde al grito de los conejos que por allí giran.

Enseguida, atravesaron monótonos rasos, plantados á trechos de algún resalvo. Un ruido, como de hierro, golpes frecuentes y numerosos sonaban: era, en el flanco de una colina, una cuadrilla de canteros que trabajaban las rocas.

Multiplicábanse éstas cada vez más, y acababan por llenar todo el paisaje, cúbicas como casas, planas como baldosas, apuntándose, pi-

sándose, confundiéndose como las ruinas desfiguradas y monstruosas de alguna ciudad desaparecida. Pero la furia misma de aquel caos, hace que se sueñe en volcanes, en diluvios, en grandes cataclismos ignorados. Federico decía que estaban allí desde el principio del mundo, y así permanecerían hasta el fin. Rosanette apartaba la cabeza afirmando que «aquello la volvía loca», y se iba á coger flores de brezo. Las pequeñas flores violáceas, estaban apiladas unas cerca de otras, de formas desiguales, y la tierra que caía de debajo ponía como franjas negras en el borde de las arenas tachonada de mica.

Un día llegaron hasta la mitad de una colina toda de arena. Su superficie, virgen de paso humano, se hallaba rayada por simétricas ondulaciones; á trechos, á modo de promontorios sobre lecho desecado de un océano, se veían algunas rocas que tenían vagas formas de animales, tortugas que sacaron la cabeza, focas que se arrastraron, hipopótamos y osos. Nadie. Ningún ruido. Las arenas deslumbraban al reflejar los rayos del sol; y de repente, en aquella vibración de la luz, parecía que las bestias se movían. Regresaron ellos deprisa, huyendo del vértigo, casi asustados.

La seriedad de la selva les dominaba, y había horas de silencio en que abandonándose al balanceo de los muelles, permanecían como

atontados en tranquila embriaguez. El brazo por la cintura, oíala hablar él, mientras que los pájaros gorjeaban; hasta contemplaba en una misma ojeada los negros racimos de su capota y las bayas de los enebros, los dobleces de su velo y las volutas de las nubes; y cuando se inclinaba hacia ella, la frescura de su piel se mezclaba á los grandes perfumes de los bosques. Se divertían con todo y se enseñaban como una curiosidad, los agujeros llenos de agua en medio de las piedras, una ardilla en las ramas, el vuelo de dos mariposas que les seguían; ó bien, á veinte pasos de ellos, bajo los árboles, una cierva que andaba tranquilamente, con aire noble y dulce, con su cervatillo al lado. Rosanette hubiera querido correr detrás para abrazarlo.

En cierta ocasión tuvo mucho miedo, porque un hombre se les presentó de repente, enseñándoles tres víboras en una caja. Se acercó apresuradamente á Federico; sintiéndose él contento de verla débil y él bastante fuerte para defenderla.

Aquella tarde comieron en una posada á la orilla del Sena. La mesa estaba cerca de la ventana; Rosanette enfrente de él, que contemplaba su pequeña nariz fría y blanca, sus labios entreabiertos, sus ojos claros, sus cabellos castaños levantados, su linda cara oval. Su traje de fular crudo dibujaba los hombros algo caídos,

y saliendo de las mangas muy estrechas, sus dos manos resaltaban, sirviendo de beber, y avanzando sobre el mantel. Les trajeron un pollo con los cuatro remos estirados, anguilas á la marinera, en una compotera de barro de pipas, vino torcido, pan demasiado duro, cuchillos mellados. Todo aquello aumentaba el placer, la ilusión. Crefanse casi enmediode un viaje á Italia, en su luna de miel.

Antes de marcharse, fueron á pasear á lo largo del ribazo.

El cielo, de azul suave, tomaba la forma de una media naranja, al vérsese por encima de los bosques apoyarse en el horizonte. En frente, al extremo de la pradera, se divisaba el campanario de una aldea; y aún más lejos, á la izquierda, el tejado de una casa parecía mancha roja sobre el río, que permanecía á la vida inmóvil en toda la longitud de su sinuosidad. Los juncos se cimbreaban, sin embargo, y el agua sacudía ligeramente las estacas plantadas á la orilla para sostener las redes; una nasa de mimbre y dos ó tres lanchas viejas se encontraban por allí. Cerca de la posada, una chica con sombrero de paja sacaba cubos de un pozo; cada vez que estos subían, Federico escuchaba con inapreciable goce el rechinar de la cadena.

No dudaba que sería feliz por el resto de sus días, tan natural le parecía su dicha, inhe-

rente á su vida y á la persona de aquella mujer, á la que sentía necesidad de decir ternezas. Contestaba ella con palabras agradables, golpecitos en el hombro, dulzuras cuya sorpresa le encantaba. Descubrió él en ella, en fin, una belleza enteramente nueva, que no era quizás sino el reflejo de las cosas ambientes, á menos que sus virtualidades secretas no la hubieran hecho brotar.

Quando descansaban en medio del campo, ponía él su cabeza sobre sus rodillas, al abrigo de su sombrilla; ó se echaban en la yerba uno frente á otro, mirándose fijamente sus alteradas pupilas, saciándose, hasta que cerraban los párpados á medias, sin hablarse.

Oían á veces, allá muy lejos lejos, redobles de tambor. Era el toque de generala de los pueblos para ir á defender á París.

—¡Ah! calla, el motín!—decía Federico con desdeñosa piedad, juzgando miserable toda aquella agitación al lado de su amor y de la perpetua naturaleza.

Y hablaban de cualquier cosa, de lo que sabían perfectamente, de personas que no les interesaban, de mil tonterías; ella, por ejemplo, de su doncella y su peluquero. Un día se le escapó su edad: veintinueve años; ya se hacía vieja.

En muchas ocasiones, sin querer, le refería detalles de ella misma. Había sido «señorita de

almacén,» había hecho un viaje á Inglaterra; empezado sus estudios para ser actriz; todo aquello sin transiciones, sin que se pudiera reconstruir un conjunto. Contó aún más, cierto día en que se hallaban sentados debajo de un plátano, á la vuelta de un prado. Abajo, á la orilla del camino, una chiquilla descalza en el polvo, apacentaba una vaca. Desde que los vió, vino á pedirles limosna; y sujetando con una mano su destrozada falda, arañaba con la otra sus cabellos negros, que rodeaban, como peluca á lo Luis XIV, toda su cabeza morena, dominada por unos ojos espléndidos.

—Será muy linda más adelante—dijo Federico.

—¡Qué suerte para ella si no tiene madre!—expuso Rosanette.

—¿Eh? ¿Cómo?

—Sí; yo, sin la mía...

Suspiró y se puso á hablar de su infancia.

Sus padres eran obreros de la seda en las fábricas de Lyon, de la Cruz Roja.

Servía á su padre de aprendiza. El pobre hombre ya podía extenuarse, que su mujer lo insultaba y se lo vendía todo para emborracharse. Rosanette recordaba su cuarto, con los telares alineados á lo largo de las ventanas; con el puchero sobre la estufa, la cama imitando caoba, un armario al frente, y el camaranchón oscuro en que

había dormido hasta los quince años. En fin, que un caballero vino, hombre grueso, cara del color del box, maneras de devoto, vestido de negro. Su madre y él tuvieron una conversación, de la que tres días después... Rosanette se detuvo y con una mirada llena de impudor y de amargura, añadió:

—Quedó hecho.

Luego, contestando al gesto de Federico, agregó:

—Como era casado, (tendría miedo de comprometerse en su casa) me llevaron a un gabinete de restaurant, y me dijeron que sería feliz y que recibiría un buen regalo. Desde la puerta, la primera cosa que me chocó fué un candelabro de plata sobredorada, encima de una mesa donde había dos cubiertos. Un espejo en el techo los reflejaba, y las telas de las paredes, de seda azul, daban á la habitación el aspecto de una alcoba. La sorpresa me dominó. Ya comprendes, un pobre sér que jamás ha visto nada! A pesar de mi fascinación tuve miedo; deseabairme, sin embargo, me quedé. El único asiento que había allí era un diván junto á la mesa, que cedió á mi peso suavemente; la rejilla del calorífero en el tapiz me enviaba aliento templado; permanecía sin tomar nada. El mozo que estaba de pié me invitó á comer; me sirvió inmediatamente un gran vaso de vino; la cabeza me daba

vuelatas; quise abrir la ventana y me dijo: «No, señorita, eso está prohibido» y me dejó. La mesa estaba cubierta de un montón de cosas que yo no conocía; nada me pareció bien. Entonces me dediqué á un tarro de dulce, esperando siempre. Yo no sé qué le impedía venir; era muy tarde, lo menos media noche, y ya no podía más de cansancio; al quitar uno de los almohadones para extenderme mejor, encontró mi mano una especie de álbum, un cuaderno con imágenes obscenas... Encima dormía cuando él entró.

Bajó la cabeza y se quedó pensativa.

Susurraban las hojas á su alrededor, una gran campanilla se balanceaba entre un grupo de yerbas, la luz corría sobre el césped, como una onda, y el silencio se interrumpía á intervalos rápidos por el ramoneo de la vaca que ya no se veía.

Rosanette contemplaba un punto de la tierra, á tres pasos de ella, fijamente, con las narices movidas, absorbida. Federico le cogió la mano.

—¡Cuánto has sufrido, pobrecilla mía!

—¡Oh! sí—dijo ella—más de lo que crees... ¡Hasta querer acabar conmigo!... me volvieron á pescar.

—¿Cómo?

—No pensemos más en ello. Te amo, soy feliz; abrázame.—Y se puso á quitarse una á una

las ramitas de cardo pegadas al bajo de su vestido.

Federico pensaba principalmente en lo que se había callado. ¿Por qué grados pudo salir de la miseria? ¿A qué amante debía su educación? ¿Qué había pasado en su vida hasta el día en que él visitó su casa por primera vez? Su última confesión impedía las preguntas; sólo le hizo una: ¿cómo había conocido á Arnoux?

—Por la Vatnaz.

—¿No eras tú la que vi una vez en Palais-Royal, con ellos dos? Y cito la fecha precisa. Rosanette hizo un esfuerzo.

—Sí, es verdad.... No estaba yo muy contenta en aquel tiempo.

Pero Arnoux se había manifestado excelente. Federico no lo dudaba. Sin embargo, su amigo era un hombre singular, lleno de defectos; y tuvo buen cuidado de recordarlos. Ella convino con Federico.

—Pero no importa.... Así y todo se le quiere á ese camello.

—¿Ahora también?—dijo Federico.

Ella se ruborizó, medio riendo, medio enfadada.

—No; esto es una historia antigua. No te ocultó nada. Y aun cuando eso fuera, hay gran diferencia! Por lo demás no te encuentro muy benévolo con tu víctima.

—¿Mi víctima?

Rosanette le cogió la barba.

—Sin duda.

Y ceceando, á la manera de las nodrizas, añadió:

—No hemos sido siempre formales; hemos hecho ro-ro á su mujer.

—¡Yo! Jamás; en mi vida.

Rosanette se sonrió, y él se sintió mortificado con la sonrisa, prueba de indiferencia, según creía. Pero ella preguntó dulcemente y con una de esas miradas que imploran la mentira:

—¿De veras?

—De veras.

Federico juró bajo palabra de honor que nunca había pensado en la señora de Arnoux, estando, como estaba, muy enamorado de otra.

—¿De quién, pues?

—De usted, hermosa mía.

—¡Ah! No te burles de mí. Me irritas.

Juzgó él prudente inventar una historia, una pasión, con detalles circunstanciados. Aquella persona, por lo demás, le había hecho muy desgraciado.

—Decididamente no tienes suerte—dijo Rosanette.

—¡Oh, oh! quizás, queriendo dar á entender con estas exclamaciones muchas buenas futuras, para dar de él mejor opinión; del mismo modo

que Rosanette no confesaba todos sus amantes para que él la estimase más; porque en medio de las más íntimas confidencias, hay siempre restricciones, por falsa vergüenza, delicadeza, piedad. Descríbrense en otro ó en uno mismo precipicios ó fangos que impiden continuar; se siente, además, temor de no ser comprendidos; es difícil expresar exactamente lo que sea; por eso son raras las uniones completas.

La pobre Mariscala jamás había conocido ninguna mejor. Muchas veces, cuando contemplaba á Federico, acudían á sus ojos las lágrimas, después los alzaba, ó los fijaba en el horizonte, como si percibiera alguna gran aurora, perspectivas de felicidad sin límites. Por último, cierto día confesó que deseaba que dijeran una misa «para que sea dichoso nuestro amor.»

¿De qué procedía el que le hubiera resistido tanto tiempo? Ella misma no lo sabía. Renovó él la pregunta muchas veces, y contestaba estrechándole en sus brazos:

—Tenía miedo de amarte demasiado, querido mío.

El domingo por la mañana, Federico leyó en un periódico, en una lista de heridos, el nombre de Dussardier. Dió un grito, y enseñando el papel á Rosanette, declaró que iba á marcharse inmediatamente.

—¿Para qué?

—Pues para verle, para cuidarle.

—Supongo que no irás á dejarme sola.

--Ven conmigo.

—¡Ah! que vaya á metermè en semejante sartracina; muchas gracias.

—Sin embargo; yo no puedo...

—Ta, ta; como si faltaran enfermeros en los hospitales. Y, después de todo, ¿para qué se mete en esas cosas? Cada uno para sí.

Indignose de aquel egoísmo, reprochándose de no hallarse con los otros. Tanta indiferencia hácia las desgracias de la patria tenía algo de mezquino y burgués. Su amor le pesó de repente como un crimen. Durante una hora estuvieron riñendo. Luego suplicó ella que esperase, que no se expusiera.

—¡Si por casualidad te matan!

—No haré sino cumplir con mi deber.

Rosanette dió un salto. En primer lugar, su deber era amarla. Es que ya no la quería, indudablemente. Eso carece de sentido común. ¡Qué idea, Dios mío!

Federico llamó para pedir la cuenta. Pero no era fácil volverse á París. El coche de las mensajerías Leloir acababa de salir; las berlinas Lecomte no marcharían, la diligencia del Bourbonnais pasaría tarde por la noche, y quizás vendría llena; no sabían. Cuando hubo perdido mucho tiempo en aquellas reflexiones, se le ocu-

rió á tomar la posta. El dueño rehusó facilitarle caballos, no teniendo Federico pasaporte. Por fin alquiló una calesa (la misma que les había paseado) y llegaron al hotel del Comercio, en Melun, hacia las cinco.

La plaza del Mercado se hallaba cubierta de grupos de armas. El gobernador había prohibido á los guardias nacionales el ir á París. Los que no eran de su departamento querían continuar su camino. Se gritaba, y la posada estaba llena de tumulto.

Rosanette, sobrecogida de miedo, declaró que no iría más lejos, y aun le suplicó que se quedara.

El posadero y su mujer se unían á sus ruegos. Un hombre excelente que comía, se mezcló en el asunto, afirmando que la batalla terminaría á poco; además, era preciso cumplir con el deber.

Entonces la Mariscala redobló sus sollozos. Federico estaba exasperado; le dió el bolsillo, la abrazó vivamente y desapareció.

Al llegar á Corbeil, en la estación le dijeron que los insurrectos habían cortado los rails en algunos sitios, y el cochero rehusó llevarle más lejos, porque, porque sus caballos, según decía, estaban «rendidos».

Sin embargo, mediante su protección, obtuvo Federico un malísimo cabriolé que, por la

suma de sesenta pesetas, sin contar la propina, consintió en llevarle hasta la barrera de Italia. Pero á cien pasos de la barrera su conductor hizo que se bajara y se volvió. Federico iba por el camino, cuando de repente un centinela cruzó la bayoneta. Cuatro hombres le sujetaron, vociferando:

—¡Uno más! ¡Cuidado! ¡Regístradle! ¡Bandido! ¡Canalla!

Y su estupefacción fué tan profunda, que se dejó arrastrar hasta el puesto de la barrera, en el punto mismo donde convergen los boulevares de los Gobelinos y del Hospital, y las calles Godefroy y Mouffetard.

Cuatro barricadas formaban al extremo de las cuatro vías enormes taludes de piedras; algunas antorchas chirreaban; á pesar del polvo que se levantaba, distinguió soldados de línea y guardias nacionales con la cara negra, despechugados, hoscos. Acababan de tomar la plaza y habían fusilado muchos hombres; su cólera duraba todavía. Federico dijo que llegaba de Fontainebleau á socorrer á un camarada herido que vivía en la calle Bellefond; nadie quiso creerle al principio; se examinaron sus manos, hasta se le acercaron para asegurarse de que no olía á pólvora.

Sin embargo, á fuerza de repetir la misma cosa, acabó por convencer á un capitán, que

mandó á dos fusileros que le llevaran al puesto del Jardín de Plantas.

Bajaron el bulevar del Hospital. Soplaban una fuerte brisa, que le reanimó. Volvieron después por la calle del Mercado de Caballos. El Jardín de Plantas, á la derecha, formaba una gran masa negra, mientras que á la izquierda, la fachada entera de la Piedad, iluminada en todas sus ventanas, flameaba como un incendio, y por detrás de sus cristales pasaban sombras.

Los dos hombres de Federico se marcharon; otro lo acompañó hasta la Escuela Politécnica.

La calle de San Victor estaba muy oscura, sin un farol de gas ni una luz en las casas. De diez en diez minutos se oía:

—¡Centinela alerta! Y este grito lanzado en aquel silencio se prolongaba como la repercusión de una piedra que cae al abismo.

Algunas veces se aproximaba el son de los pesados pasos de una patrulla de cien hombres lo menos; chicheos y choques vagos de hierro se escapaban de aquella masa confusa, que, alejándose con rítmico balanceo, se confundía con la oscuridad.

En medio de las encrucijadas había un dragón á caballo, inmóvil. De cuando en cuando, pasaba un correo á escape y luego volvía el silencio. El rodar de los cañones sobre las piedras, y á lo lejos, resultaba sordo y formidable;

el corazón se estremecía de aquellos ruidos tan diferentes de todos los ruidos ordinarios; hasta parecía que contribuían á prolongar el silencio, profundo, absoluto, silencio negro. Algunos hombres de blusa blanca se acercaban á los soldados, les decían una palabra, y se desvanecían como fantasmas.

El puesto de la Escuela politécnica estaba atestado de gente. Algunas mujeres ocupaban el dintel, pidiendo ver á sus hijos ó á su marido. Enviábanlas al Panteón transformado en depósito de cadáveres. Y nadie escuchaba á Federico, que se obstinaba, jurando que su amigo Dusardier le esperaba, que iba á morir. Al fin le asignaron un cabo para conducirlo á la calle de San Jacobo, en la alcaldía del 12.º distrito.

La plaza del Panteón estaba repleta de soldados acostados sobre paja; amanecía y los fuegos del vivac se apagaban.

La insurrección había dejado en este barrio formidables huellas. El piso de las calles se encontraba de uno á otro extremo lleno de hoyos desiguales. Sobre las arruinadas barricadas quedaban todavía ómnibus, cañerías de gas, ruedas de carretas; algunos charcos negros en ciertos sitios, debían ser de sangre. Las casas se veían acribilladas de proyectiles, y su armazón se descubría por los desconchones del yeso. Algunas persianas, sujetas de un solo clavo, colgaban

como gironés, como las escaleras se habían hundido, las puertas se abrían al aire. Se percibía el interior de las habitaciones con sus papeles en pedazos; cosas delicadas resultaban á veces conservadas intactas. Federico tuvo ocasión de ver un reloj, el palo de un papagayo, grabados...

Cuando entró en la Alcaldía, los guardias nacionales charlaban sin parar de los muertos de Brea y de Negrier, del representante Charbonnel y del arzobispo de París. Decíase que el duque de Aumale había desembarcado en Boloña, Barbés, huido de Vincennes, que la artillería llegaba de Bourges, y que aflúan los socorros de las provincias. Hacia las tres, alguien trajo buenas noticias; parlamentarios del motín estaban en casa del Presidente de la Asamblea.

Entonces la gente se alegró, y como Federico tenía aún doce francos hizo traer doce botellas de vino, esperando de ese modo apresurar su libertad. De repente se creyó oír un tiroteo; miraron al desconocido con ojos desconfiados; podría ser Enrique V.

Para no contraer responsabilidad alguna, lo trasportaron á la Alcaldía del 11.º distrito, de donde no le permitieron salir antes de las nueve de la mañana.

Fué corriendo hasta el muelle Voltaire. En una ventana abierta, un viejo, en mangas de camisa, lloraba con los ojos hacia lo alto. El Sena

seguía su curso apaciblemente; el cielo se veía enteramente azul; los pájaros cantaban en los árboles de las Tullerías.

Federico atravesaba el Carrousel cuando pasaron unas angarillas. La guardia presentó las armas inmediatamente, y el oficial dijo llevando la mano á su chacó: «Honor al valor desgraciado.» Esta frase se había hecho casi obligatoria; el que la pronunciaba parecía siempre solemnemente conmovido. Un grupo de gentes furiosas que escoltaba las angarillas, gritaba:

—¡Nos vengaremos! ¡nos vengaremos!

Los coches circulaban por el bulevar; las mujeres delante de las puertas hacían hilas. Sin embargo, el motín estaba vencido ó faltaba muy poco; una proclama de Cavaignac, fijada hacia un instante, así lo anunciaba. En lo alto de la calle Vivienne, apareció un pelotón de móviles. Entonces los vecinos lanzaron gritos de entusiasmo; se quitaban los sombreros, aplaudían, bailaban, querían abrazarles, ofrecerles de beber, y las señoras de los balcones arrojaban flores.

Por fin, á las diez, en el momento en que gruñía el cañón, para tomar el barrio de San Antonio, llegó Federico á casa de Dussardier, encontrándole en su bohardilla, acostado de espaldas y durmiendo. De la pieza próxima salió una mujer andando sin hacer ruido; era la señorita Vatnaz.

Llevó á Federico á un rincón y le contó cómo había recibido su herida Dussardier.

El sábado, encima de una barricada, en la calle Lafayette, un pilluelo cubierto con una bandera tricolor, gritaba á los guardias nacionales: «Vais á tirar contra vuestros hermanos?» Al acercarse, Dussardier bajó su fusil, apartó á los demás, saltó sobre la barricada, y de un zapatazo derribó al insurrecto, arrancándole la bandera. Halláronle en los escombros con el muslo agujereado por un lingote de cobre; había sido preciso extraer de la llaga el proyectil.

La Vatnaz había venido aquella misma noche y desde entonces no le abandonaba. Preparaba con inteligencia todo cuanto se necesitaba para curar la herida, le ayudaba á beber, adivinaba sus menores deseos, iba y venía más ligera que una mosca y le contemplaba con tiernos ojos.

Federico, durante dos semanas, no dejó de venir todas las mañanas. Un día que hablaba del sacrificio de la Vatnaz, Dussardier se encogió de hombros.

—¡Ah! no; es por su interés.

—¿Crees tú?—Y él contestó:—Estoy seguro—sin querer explicarse más.

Colmábale ella de atenciones, hasta traerle los periódicos, en que se exaltaba su hermosa acción; aquellos homenajes parecían importunar-

le, y aún confesó á Federico la turbación de su conciencia.

Quizás habría debido colocarse del otro lado, con las blusas; porque al fin les habían prometido un montón de cosas que no habían cumplido. Los vencedores detestaban la República, y después habían estado muy duros con ellos. No tenían razón, indudablemente, pero no les faltaba en absoluto, sin embargo; y el excelente muchacho se veía torturado por la idea de que podía haber combatido contra la justicia.

Sénécal, encerrado en las Tullerías, bajo la terraza de orillas del agua, no sentía ninguna de aquellas angustias.

Estaban allí novecientos hombres, amontonados en la inmundicia, mezclados, negros de pólvora y sangre coagulada, sufriendo la fiebre, gritando de rabia, y ni aún retiraban á los que se morían allí entre los demás. A veces, al súbito ruido de una detonación, creían que iban á ser todos fusilados; entonces se precipitaban contra las paredes, caían en sus sitios luego, de tal modo atontados por el dolor, que les parecía vivir en una pesadilla, una fúnebre alucinación. La lámpara colgada de la bóveda tenía el aspecto de una mancha de sangre, y producidas por las emanaciones de la cueva, revoloteaban llamas pequeñas amarillas y verdes. Ante el temor de las epidemias, se nombró una comisión. Des-

de los primeros escalones, el presidente se hizo atrás espantado por el olor de los excrementos y de los cadáveres. Cuando los prisioneros se aproximaban á la lumbrera, los guardias nacionales, que estaban de guardia, para impedirles que rompieran las rejas, daban bayonetazos, al azar, al montón.

Fueron crueles, en general. Los que no se habían batido querían señalarse; era el desbordamiento del miedo. Vengábanse al mismo tiempo de los periódicos, de los clubs, de los corrillos, de las doctrinas, de todo lo que exasperaba hacía tres meses; y á despecho de la victoria, la igualdad (como para castigo de sus defensores y la irrisión de sus enemigos) se manifestaba triunfalmente, una igualdad de brutos, un mismo nivel de sangrientas infamias; porque el fanatismo de los intereses equilibró los delirios de la necesidad, la aristocracia experimentó los furores de la crápula, y el gorro de algodón no se manifestó menos repugnante que el gorro encarnado. La razón pública se hallaba perturbada, como después de los grandes cataclismos de la naturaleza. Gentes de talento se quedaron idiotas para toda su vida.

El tío Roque se había hecho muy bravo, casi temerario. Llegó á París el 26 con los de Nogent y en vez de volverse con ellos, había ido á reunirse á la guardia nacional que acampaba en

las Tullerías, dándose por muy contento con que le colocaran de centinela delante de la terraza de orillas del agua. A lo menos, allí, los tenía en su poder, á aquellos bandidos. Gozaba con su destrucción, con su abyección, y no podía prescindir de insultarles.

Uno de ellos, adolescente, de largos cabellos rubios, acercó su cara á los barrotes pidiendo pan. El Sr. Roque le mandó que se callara; pero el joven repetía con voz lastimera:

—¡Pan!

—¿Lo tengo yo acaso?

Otros prisioneros se presentaron en la lumbrera, con sus barbas herizadas, sus pupilas echando fuego, empujándose todos y abullando.

—¡Pan!

El tío Roque se indignó al ver su autoridad desconocida. Para asustarles les apuntó, y arrastrado hasta la bóveda por la oleada que le ahogaba, el joven, con la cabeza echada atrás, gritó una vez más:

—¡Pan!

—Toma; ahí lo llevas.—Dijo el tío Roque disparando su fusil.

Sintióse un ahullido enorme, después, nada. En la punta de la baqueta se había quedado algo blanco.

Después de lo cual, el Sr. Roque se fué á su casa; porque poseía en la calle de San Martín

una casa en que se había reservado un apeadero, y los desperfectos causados por el motín en la fachada de su inmueble, no era lo que menos había contribuido á ponerle furioso. Al volverla á ver le pareció que había exajerado el daño; porque su acción de antes le apaciguaba como una indemnización.

Su hija misma le abrió la puerta, diciéndole seguidamente que su ausencia, excesivamente larga la había inquietado, temiendo una desgracia, una herida.

Aquella muestra de amor filial enterneció al Sr. Roque.

Le extrañó que se hubiera puesto en camino sin Catalina.

—La he enviado á un encargo —contestó Luisa.

Y se informó de su salud y de unas cosas y otras; después, con tono indiferente, le preguntó si por casualidad había encontrado á Federico.

—No, por cierto.

Por él solamente hizo ella el viaje.

Alguien andaba por el corredor.

—¡Ah! perdón... Y desapareció.

Catalina no halló á Federico, ausente hacía muchos días, y su íntimo amigo el Sr. Deslauriers estaba por entonces en provincias.

Luisa volvió toda trémula, sin poder hablar y apoyándose en los muebles.

—¿Qué tienes? ¿qué es lo que tienes?— exclamó su padre.

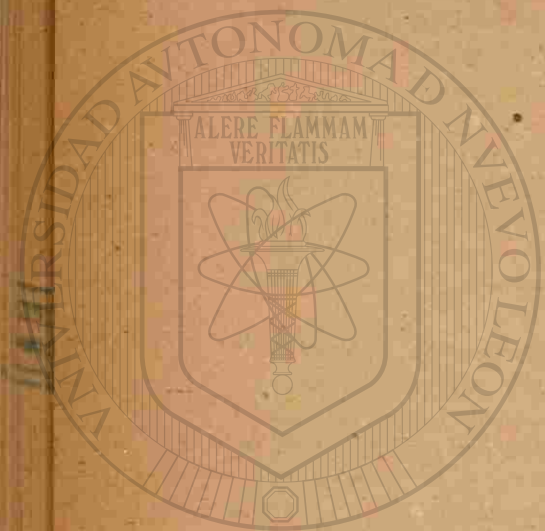
Hizo ella señas de que no era nada, y por un gran esfuerzo de voluntad se repuso.

El del restaurant de enfrente trajo la sopa. Pero el tío Roque había sufrido una emoción demasiado violenta. «Aquello no podía pasar, y á los postres tuvo una especie de desfallecimiento. Fueron á buscar inmediatamente un médico, que prescribió una poción. Después, cuando estuvo en la cama, el Sr. Roque exigió el mayor número de cobertores posible para sudar. Y suspiró y gimió.

—Gracias, mi buena Catalina. Besa á tu pobre padre, pichón mío. ¡Ah! estas revoluciones!

Y como su hija le reñía por haberse puesto malo, atormentándose por causa de ella, replicó:

—Sí, tienes razón; pero esto es más fuerte que yo. Soy demasiado sensible.



II

LA señora de Dambreuse, en su tocador, entre su sobrina y miss John, oía hablar al Sr. Roque de sus fatigas militares.

Mordíase ella los labios y parecía sufrir.

—¡Oh! Esto no es nada, se pasará.

Y con aire agradable, añadió:

—Tendremos á comer á uno de los conocidos de usted, al Sr. Moreau.

Luisa se estremeció:

—Algunos íntimos más; Alfredo de Cisy, entre ellos.

Y elogió sus maneras, su figura, y principalmente sus costumbres.

La señora de Dambreuse mentía menos de lo que creía; porque el vizconde soñaba con el matrimonio. Lo había dicho á Martinon, agregando que estaba seguro de agradar á la señorita Cecilia, y que sus parientes le aceptarían.

Para arriesgar tal confidencia, debía tener acerca de la dote favorables noticias. Ahora bien; Martinon sospechaba que Cecilia era hija natural del Sr. Dambreuse; y habría sido, probablemente, muy fuerte el pedir su mano á todo evento. Aquella audacia ofrecía sus peligros; por lo cual Martinon, hasta el presente, se había conducido de manera que no le comprometiese; además, no había cómo desembarazarse de la tía. Las frases de Cisy le decidieron; hizo su demanda al banquero, el cual, no viendo en ello obstáculo, acababa de prevenir á la señora de Dambreuse.

Cisy llegó. Levantóse ella y dijo:

—Nos tiene usted olvidados... Cecilia *shake hands*.

En aquel mismo momento entró Federico.

—¡Ah! Por fin le encuentro á usted.—exclamó el tío Roque. Tres veces he estado en su casa Luisa esta semana.

Federico les había evitado cuidadosamente; alegó que pasaba todos los días junto á un camarada herido. Además, desde hacía mucho tiempo había tenido un montón de cosas que

hacer, y buscaba historias. Felizmente llegaron los convidados: primero el Sr. de Grémonville, el diplomático visto apenas en el baile; luego Fumichon, aquel industrial, cuyo apasionamiento conservador le había escandalizado una noche; la vieja duquesa de Montreuil Nantua les seguía.

Pero dos veces se oyeron en la antesala.

—Estoy segura—decía una.

—Querida señora, simpática señora mía—contestaba la otra; por favor, tranquilícese usted.

Era el Sr. de Nonancourt, viejo verde, con aire momificado en cold-cream, y la señora de Larsillois, esposa de un gobernador de Luis Felipe.

Temblaba ésta extremadamente, porque había oído, hacía un instante, en un órgano, una polka que era una señal entre los insurrectos. Muchos burgueses tenían preocupaciones semejantes; creían que algunos hombres, en las Catacumbas, iban á destruir el barrio de Saint-Germain; escapábanse ciertos rumores de las cuevas; pasaban en las ventanas cosas sospechosas.

Todo el mundo se apresuró, sin embargo, á tranquilizar á la señora á Larsillois. El orden quedó restablecido; nada había que temer. «Cauaignac nos ha salvado.» Como si los horrores de la insurrección no hubiesen sido suficientemente numerosos,

se les exageraba. Había habido veintitresmil presidiarios del lado de los socialistas; ni uno menos.

No se dudaba de manera alguna, en cuanto a los víveres envenenados, los *móviles* aserrados entre dos tablas y las banderas con letreros pidiendo el incendio y el pillaje.

—Y algo más—añadió la exgobernadora.

—¡Ah, querida amiga!—dijo pudorosamente la señora de Dambreuse, designando con la vista a las tres señoritas.

El Sr. Dambreuse salió de su gabinete con Martinon y ella volvió la cabeza contestando al saludo de Pellerin que adelantaba. El artista miraba inquieto las paredes. El banquero lo llamó aparte y le hizo comprender que había debido, por el momento, esconder su lienzo revolucionario.

—Indudablemente—dijo Pellerin, que por su fracaso en el Club de la Inteligencia modificó sus opiniones.

El Sr. Dambreuse deslizó delicadamente que le encargaría otros trabajos.

—Pero, perdone usted... ¡Ah, querido amigo, qué suerte!

Arnoux y su señora se hallaban delante de Federico.

Pasó por él un vértigo. Rosanette con su admiración por los soldados, le había mortificado

toda la tarde y su antiguo amor despertó.

El jefe de comedor anunció que la señora estaba servida. Con una mirada ordenó al vizconde que tomara el brazo de Cecilia, dijo a Martinon muy por lo bajo: «¡Miserable!» y entraron en el comedor.

Debajo de las hojas verdes de una piña, en el centro del mantel, se extendía una dorada, con la boca dirigida hacia un cuarto de corzo, y tocando con su cola un montón de cangrejos. Higos, enormes cerezas, peras y uvas (primores del cultivo parisien) formaban pirámides en vasos de viejo Sajonia; un ramo de flores, á trechos, se mezclaba con la limpia plata; los estores de blanca seda echados, cubriendo las ventanas, daban á la habitación el tono de una suave claridad, refrescada por dos fuentes en que había trozos de hielo. Grandes criados de calzón corto servían la mesa. Todo aquello parecía mejor, después de la emoción de los pasados días. Entraban en el goce de las cosas que se temió perder, y Nonancourt expuso el sentimiento general diciendo:

—Esperamos que los señores republicanos nos permitieran comer. ®

—A pesar de su fraternidad—añadió irónicamente el tío Roque.

Aquellas dos respetables personas estaban á la derecha y á la izquierda de la señora de Dam-

breuse, que tenía enfrente á su marido, entre la señora Larsillois, al lado de la que seguían el diplomático y la vieja duquesa, codeándose con Fumichon. Después, el pintor, el comerciante de porcelanas, la señorita Luisa, y gracias á Martinon que le había quitado su sitio para ponerse cerca de Cecilia, Federico se encontraba al lado de la señora de Arnoux.

Llevaba un traje de *bareg* negro, un anillo de oro en la muñeca, y como el primer día en que Federico había comido en su casa, algo encarnado en el pelo, una rama de fúscia retorció la en el moño. No pudo menos de decirle:

—Mucho tiempo hace que no nos vemos.

—¡Ah!—contestó ella con frialdad.

Él repuso con una dulzura de voz que atenuaba la impertinencia de la pregunta:

—¿Ha pensado usted alguna vez en mí?

—¿Por qué había de pensar?

Federico se sintió herido por aquella frase.

—Quizás tenga usted razón después de todo.

Pero arrepintiéndose en el acto, juró que ni un solo día había vivido sin hallarse dominado por su recuerdo.

—No creo absolutamente nada de eso, caballero.

—Sin embargo, usted sabe que la amo.

La señora de Arnoux no respondió.

—Sabe usted que yo la amo.

Ella seguía callando.

—Vete á paseo—se dijo Federico.

Y alzando los ojos vió al otro extremo de la mesa á la señorita Roque, que había creído de buen gusto vestirse todo verde, color que groseramente rechazaba el tono de sus cabellos rojos. La hebilla de su cinturón era demasiado alta, su collar la molestaba; aquella falta de elegancia había contribuido indudablemente á la fría acogida de Federico. Observábale ella desde lejos con curiosidad, y Arnoux, junto á ella prodigaba las galansterías sin conseguir sacarle tres palabras hasta tal punto, que, rehusando agrandar escuchó la conversación, que rodaba por entonces sobre los puvés de püna del Luxemburgo.

Luis Blanc, según Fumichon, poseía un hotel en la calle de Santo Domingo y rehusaba alquilar á los obreros.

—Lo que yo encuentro singular—dijo Nancourt—es que Ledru-Rollín cace en los dominios de la Corona.

—Debe veinte mil pesetas á un platero—añadió Cisy—y hasta se dice...

La señora de Dambreuse le detuvo.

—¡Qué feo es eso de sofocarse por la política. Un joven ¡ah! ocúpese usted mejor de su vecina.

En seguida la gente seria atacó los periódicos.

cos. Arnoux tomó su defensa, Federico intervino llamando a las casas de comercio semejantes a las demás. Los escritores generalmente, eran imbéciles ó farsantes; manifestó que los conocía y combatió con sarcasmos los sentimientos generosos de su amigo. La señora de Arnoux no veía que era una venganza contra ella.

A todo esto, el vizconde se torturaba en entendimiento para conquistar á la señorita Cecilia. En primer lugar demostró gustos de artista censurando la forma de los garrafones y el grabado de los cuchillos. Después habló de su cuádra, de su sastré y de su camisero, y por fin abordó el capítulo de la religión y encontró modo de hacer entender que se cumplan todos sus deberes.

Martinon lo hacía mejor. Con monotonía, y mirándola continuamente, elogiaba su perfil de pájaro, su desmañada cabellera rubia, sus manos demasiado cortas. La fea joven se deleitaba con aquella avalancha de dulzuras.

Nada podía oírse por hablar todos muy alto.

El Sr. Roque quería para gobernar la Francia «un brazo de hierro». Nonancourt hasta se lamentó de que se hubiera abolido el cadalso político; debieran haber matado en masa á todos aquellos tunantes.

—Son hasta cobardes—dijo Fumichon.—No

veo la valentía de colocarse detrás de las barricadas.

—A propósito; hablemos usted de Dussardier, exclamó el Sr. Dambreuse volviéndose hácia Federico.

El bravo dependiente era entonces un héroe, como Sallesse, los hermanos Jenson, la mujer Péquillet, etc.

Federico, sin hacerse de rogar, contó la historia de su amigo, de la que él obtuvo una especie de aureola.

Se llegó, muy naturalmente, á referir diversos rasgos de valor. Según el diplomático, no era difícil afrontar la muerte, como lo prueba los que se baten en duelo.

—Puede preguntarse al vizconde sobre eso—dijo Martinon.

El vizconde se puso rojo.

Los convidados le miraban, y Luisa, más asombrada que los demás, murmuró: «¿De qué se trata?»

—Que *arrió* ante Federico—contestó por lo bajo Arnoux.

—¿Sabe usted algo, señorita?—preguntó al punto Nonancourt, y transmitió su respuesta á la señora de Dambreuse, que, inclinándose, un poco, se puso á mirar á Federico.

Martinon no esperó las preguntas de Cecilia; manifestándole que aquel asunto concernía á

una persona incalificable. La joven se hizo atrás en su asiento, como para huir del contacto de aquel libertino.

La concurrencia tomó de nuevo calor. Los grandes vinos de Burdeos circulaban, animábase la gente; Pellerin miraba con malos ojos á la revolución á causa del museo español definitivamente perdido. Eso era lo que más le afligía como pintor. A esa frase el Sr. Roque le interpeló:

—¿Sería usted el autor de un cuadro muy notable?...

—Quizás. ¿Cuál?

—Uno que representa á una señora en traje... á fé mía... un poco... ligero, con una bolsa y un pavo real detrás.

Federico á su vez se puso de color de púrpura.

Pellerin hacía como que no entendía.

—Con todo, es de usted seguramente; porque se vé escrito debajo el nombre de usted, y una línea en el marco declarando que es de la propiedad del Sr. Moreau.

Cierto día que el tío Roque y su hija le esperaban en su casa, habían visto el retrato de la Mariscala.

El buen hombre hasta lo tomó por «un cuadro gótico.»

—No—dijo Pellerin brutalmente,— es un retrato de mujer.

Martinon añadió:

—De una mujer muy viva. ¿No es verdad, Cisy?

—No sé nada de eso.

—Yo creía que usted la conocía; pero desde el momento en que esto le molesta á usted, perdone.

Cisy bajó los ojos, demostrando por su confusión que había debido jugar un papel desagradable con ocasión de aquel retrato. En cuanto á Federico, el modelo era necesariamente su amante. Convicción que se forró inmediatamente y así lo manifestaban claramente las figuras de la asamblea.

—¡Cómo me mentía!—se dijo la señora de Arnoux.

—¡Por ella me ha abandonado!—pensó Luisa.

Federico se imaginó que aquellas dos historias podían comprometerle, y cuando se fueron al jardín dirigió sus reproches á Martinon.

El enamorado de la señorita Cecilia se le rió en las narices.

—Al contrario; eso te servirá; adelante.

¿Qué quería decir? Además, ¿por qué aquella benevolencia tan opuesta á su manera de ser acostumbrada? Sin explicarse nada, se fué hacia

el fondo donde las señoras se hallaban sentadas.

Los hombres de pie, y Pellerin en el centro, emitiendo sus ideas. Lo mas favorable á las artes era una monarquía bien entendida. Los tiempos modernos le desagradaban «aunque no fuera más que por la guardia nacional»; echaba de menos la Edad Media; Luis XIV; el Sr. Roque le felicitó por sus opiniones, hasta confesando que detenían sus prejuicios contra los artistas.

Pero al momento se alejó de allí, atraído por la voz de Fumichon. Arnoux trataba de demostrar que hay dos clases de socialismo, uno bueno y otro malo. El industrial no veía esas diferencias, perdiendo la cabeza de cólera á la palabra propiedad.

—Es un derecho escrito en la naturaleza. Los niños defienden sus juguetes; todos los pueblos son de mi opinión, todos los animales; el león mismo, si pudiera hablar, se declararía propietario. Así, á mí, señores, que he empezado con 15.000 pesetas de capital, durante treinta años levantándome regularmente á las cuatro de la mañana; que he tenido dificultades de quinientos mil diablos para hacer mi fortuna, ¿me vendrán á sostener que no soy su dueño, que mi dinero no es mi dinero, que la propiedad, en fin, es un robo?

—Pero Proudhon..

—¡Déjeme usted en paz con su Proudhon! Si estuviera aquí, creo que lo extrangularía.

Y lo hubiera extrangulado; después de tomar los licores, sobre todo Fumichon no se conocía ya, y su rostro apoplético estaba próximo á estallar como un obús.

—Buenas tardes, Arnoux—dijo Hussonet que pasó deprisa por el césped.

Traía al Sr. Dambreuse la primera hoja de un folleto titulado *La Hidra*, en que el bohemio defendía los intereses de un círculo reaccionario, y como tal le presentó el banquero á sus copedes.

Hussonet les entretuvo sosteniendo, en primer lugar, que los comerciantes de sebo pagaban 392 pilletes para que gritaran todas las noches «luces, luces» después, bromeando con los principios del 89, la emancipación de los negros, los oradores de la izquierda; hasta se lanzó á hacer *Prudhomme sobre una barricada*, quizás por efecto de una sucia envidia contra aquellos burgueses que habfan comido bien. El ataque agradó medianamente; sus caras se alargaron.

No era aquel momento de bromear, además; Nonancourt lo dijo, recordando la muerte de monseñor Affre y del general de Bréa. Sin cesar se traían á cuento, haciendo comentarios. El señor Roque declaró que la del arzobispo «era

de lo más sublime que podía darse; Fumichon atribuía la palma al militar; y en vez de deplorar ambas muertes sencillamente, discutióse para saber cuál de las dos debía excitar la más fuerte indignación. Vino luego un segundo paralelo, el de Lamoricière y Cavaignac, exaltando á Cavaignac el Sr. Dambreuse, y Nonancourt á Lamoricière. Nadie en aquella reunión, excepto Arnoux, les había podido ver en acción; pero todos, á pesar de esto, formularon juicio irrevocable acerca de sus operaciones. Federico se recusó, confesando que no había tomado las armas.

El diplomático y el Sr. Dambreuse aprobaron con la cabeza. Con efecto, haber combatido el motín, era haber defendido la República.

El resultado, aunque favorable, la consolidaba, y desembarazados de los vencidos, se deseaba ahora desembarazarse de los vencedores.

Apenas estuvieron en el jardín, la señora de Dambreuse, llevándose á Cisy, le había reñido por su torpeza; cuando vió á Martinon le despidió, y quiso luego saber de su futuro sobrino, la causa de sus bromas contra el vizconde.

—No lo son.

—Y todo en favor y gloria del Sr. Moreau ¿con qué objeto?

—Con ninguno. Federico es un muchacho encantador. Le quiero mucho.

—Y yo también. Que venga. Vaya usted á buscarle.

Después de dos ó tres frases banales, empezó por desdeñar ligeramente á sus convidados, lo que equivalía á colocarle por encima de ellos. No dejó él de denigrar un poco á las demás mujeres, manera habil de dirigirla cumplimientos. Pero ella de cuando en cuando le abandonaba; como era noche de recepción, llegaban las señoras; después volvía á su sitio y la colocación enteramente fortuita de las sillas, permitía que no les oyeran.

Manifestóse ella jovial y seria, melancólica y razonable. Las preocupaciones del día le interesaban poco; existía un orden de sentimientos menos transitorios. Lamentábase de los poetas que desnaturalizan la verdad, luego alzaba los ojos al cielo, preguntándole el nombre de una estrella.

Habían puesto en los árboles dos ó tres faroles chinos; agitábalos el aire y rayos de colores se balanceaban sobre su blanco vestido. Estaba, como de costumbre, algo recostada en su butaca, con un taburete delante; veíase la punta de un zapato de raso negro, y la señora de Dambreuse, á intervalos decía una palabra más alta y á veces hasta se reía.

Aquellas coqueterías no afectaban á Martignon, ocupado de Cecilia, pero iban derechas á la pequeña Roque que hablaba con la señora de Arnoux. Era la única entre aquellas mujeres, cuyas maneras no le parecían desdeñosas. Había, pues, venido á sentarse á su lado; y cediendo á una necesidad de expansión, le dijo:

—¿No es verdad que habla bien Federico Moreau?

—Le conoce usted?

—Sí, mucho. Somos vecinos y jugaba conmigo cuando yo era pequeña.

La señora de Arnoux le dirigió una mirada sostenida, que significaba: «Supongo que no le amará usted.»

La de la joven contestaba sin turbación: «Sí.»

—¿Le verá usted entonces con frecuencia?

—¡Oh, no! solo cuando va á casa de su madre. Ya hace diez meses que no ha ido; y eso que había prometido ser más exacto.

—No hay que creer demasiado en las promesas de los hombres, hija mía.

—Pero á mí no me ha engañado.

—Como á otras.

Luisa se estremeció: ¿Le habría prometido, quizás, á ella algo? y su fisonomía se crispó de desconfianza y de odio.

La señora de Arnoux casi tuvo miedo; hu-

biera deseado recoger su frase. Después ambas se callaron.

Como Federico se hallaba en frente, en una silla de tijera, le contemplaban ellas, la una con decoro, con el rabillo del ojo, la otra francamente, con la boca abierta, tanto, que la señora de Dambreuse le dijo:

—Vuélvase usted para que ella le vea.

—¿Quién?

—Pues la hija del Sr. Roque.

Y bromeó acerca del amor de aquella joven provinciana; defendíase él procurando reirse.

—¿Pero lo cree usted? ¡Semejante fealdad!

Sin embargo, sentía un placer de inmensa vanidad. Recordaba la otra noche, aquella en que había salido con el corazón lleno de humillaciones; y respiraba ampliamente, viéndose en su verdadero centro, casi en sus dominios, como si todo aquello, incluso el hotel Dambreuse le perteneciera. Las señoras formaban semicírculo oyéndole, y para brillar, pronuncióse por el restablecimiento del divorcio, que debiera facilitarse hasta poder separarse y reunirse, cuando se quisiera. Ellas hacían exclamaciones, otras cuchicheaban; se oían algunas voces en la sombra, al pie del muro, cubierto de aristologuías; parecía aquello como una charla de pollas alegres; y seguía él desenvolviendo su teo-

ría, con ese aplomo que procura la conciencia del éxito. Un criado trajo al pabellón una bandeja con helados. Los señores se acercaron; hablaban de las detenciones.

Entonces, Federico se vengó del vizconde, haciéndole creer que quizás irían á perseguirle por legitimista. El otro objetaba que no había salido de su cuarto; su adversario acumulaba las circunstancias desfavorables; los mismos señores Dambreuse y de Grémonville se divertían.

Luego cumplimentaron á Federico, lamentándose de que no empleara sus facultades en defensa del orden, y le apretaron cordialmente la mano; podía en lo sucesivo contar con ellos.

Por fin, al marcharse todo el mundo, el vizconde se inclinó profundamente delante de Cecilia, diciendo:

—Señorita, tengo el honor de dar á usted las buenas noches.

Contestó ella secamente: «Buenas noches,» pero enviando una sonrisa á Martinon.

El tío Roque, para continuar su discusión con Arnoux, le ofreció acompañarle, como á la señora, puesto que su camino era el mismo. Luisa y Federico iban delante. Cogióle de su brazo, y cuando se encontró un poco lejos de los demás, le dijo:

—Por fin; ¡cuánto he sufrido durante toda la noche! ¡Qué malévolas son aquellas mujeres! ¡Qué aire más altanero!

Quiso él defenderlas.

—En primer lugar, podías muy bien hablarme, al entrar, después de un año de no vernos.

—No hace un año—dijo Federico contento de poder discutir aquel detalle para esquivar los demás.

—Sea. El tiempo me ha parecido largo; eso es todo. Pero, durante aquella abominable comida, parecía como que te daba vergüenza de mí. ¡Ah, comprendo que no tengo, como ellas, lo que se necesita para agradar!

—Te equivocas—dijo Federico.

—¿De veras? júrame que no amas á ninguna.

Juró.

—¿Y me amas á mí sola?

—¡Pardiez!

Aquella seguridad la puso alegre. Hubiera querido perderse en las calles, para pasearse juntos toda la noche.

—Me he sentido tan atormentada allá. ¡No se hablaba más que de barricadas! ¡Te veía caer de espaldas, cubierto de sangre! Tu madre estaba en cama con su reuma, y no sabía nada; era preciso callar; no podía ya contenerme y he arrastrado á Catalina.

Y le contó su partida, todo su camino, y la mentira que contó á su padre.

—Me lleva dentro de dos días. Ven mañana por la noche, como por casualidad, y aprovecha la ocasión para pedirme en matrimonio.

Jamás Federico se había encontrado más lejos del matrimonio. Además, la señorita Roque le parecía una personita bastante ridícula. ¡Qué diferencia entre ella y una mujer como la señora de Dambreuse! Muy otro porvenir le estaba reservado. Hoy tenía la certidumbre; así que no era el momento de comprometerse, por una coazonada, en determinación de tal importancia.

Era preciso ahora ser positivo; y después había vuelto á ver á la señora de Arnoux. Sin embargo, la franqueza de Luisa le llenaba de confusiones, y replicó:

—¿Has reflexionado bastante en ese paso?

—¡Cómo!—exclamó ella helada de sorpresa y de indignación.

Él dijo que casarse entonces sería una locura.

—¿De modo que tú no me quieres?

—Pero, no me comprendes.

Y se lanzó á una embrollada charla, para hacerla entender que se veía detenido por mayores consideraciones, que tenía negocios para no concluir nunca, que hasta su fortuna estaba

comprometida (Luisa contaba todo con una palabra), en fin, que las circunstancias políticas se oponían. Por consecuencia, lo más razonable era tener paciencia por algún tiempo. Las cosas se arreglarían, sin duda; á lo menos así lo esperaba; y como no encontrase ya razones, fingió recordar de pronto que debía estar hacia ya dos horas en casa de Dussardier.

Luego, saludando á los demás, se metió por la calle Hauteville, lió la vuelta al Gimnasio, entró de nuevo en el bulevar y subió corriendo los cuatro pisos de Rosanette.

Los señores de Arnoux dejaron al tío Roque y su hija á la entrada de la calle de Saint-Denis.

Se volvían sin decirse nada; él, no pudiendo más con lo que había charlado, y ella, sintiendo una gran laxitud, y hasta apoyándose en su hombro.

Era el único hombre que manifestó durante la noche sentimientos nobles. Experimentó hacia él una gran indulgencia. Con todo, Arnoux guardaba á Federico un tanto de rencor.

—¿Has visto su cara cuando se habló del retrato? ¿No te decía yo que era su amante? Tú no querías creerme.

—Sí; no tenía yo razón.

Arnoux, contento por su triunfo, insistió.

—Hasta apuesto que nos ha dejado, hace un

momento, para ir á reunirse con ella. Ahora está en su casa. Allí pasa la noche.

La señora de Arnoux se bajó mucho su toquilla.

—¡Pero tiemblas!

—Es que tengo frío—contestó.

Cuando su padre se durmió, entró Luisa en el cuarto de Catalina y sacudiéndola, le dijo:

—Levántate... pronto; más pronto, y ve á buscarme un coche.

Catalina le contestó que no los había á aquella hora.

—Vas á acompañarme entonces.

—¿Adónde?

—En casa de Federico.

—No es posible; ¿con qué motivo?

Para hablarle; no podía esperar; quería verle enseguida.

—¿Pero piensas en eso? ¡Presentarte así en su casa á media noche! Además, ahora duerme.

—Le despertaré.

—Eso no me parece conveniente tratándose de una señorita.

—Yo no soy una señorita; soy su mujer; le amo; vamos; ponte el chal.

Catalina, de pie en el borde de la cama, reflexionaba, y acabó por decir:

—No, no quiero.

—Bueno, quédate; yo me voy.

Luisa se deslizó como una culebra por la escalera. Catalina se lanzó detrás y se reunió con ella en la acera. Sus observaciones fueron inútiles, y la siguió acabando de vestirse. El camino le pareció muy largo, quejándose de sus piernas ya viejas.

—Después de todo, yo no tengo que ver con lo que te arrastra.

Luego se estremeció, y dijo:

—Pobre corazón; no hay para tí más que tu Catalina ¿ves?

De cuándo en cuándo volvían sus escrúpulos.

—¡Ah, bonita cosa me obligas á hacer! Si tu padre se despertara. ¡Señor Dios! ¡Con tal que no ocurra una desgracia!

Delante del teatro de Variedades, las detuvo una patrulla de guardias nacionales. Luisa dijo inmediatamente que iba con su criada á buscar un médico, y las dejaron pasar.

En la esquina de la Magdalena encontraron una segunda patrulla, y Luisa dió la misma explicación, contestándole uno de los ciudadanos:

—¿Es para una enfermedad de nueve meses, gatita mía?

—Gongibaud!—gritó el capitán—nada de desvergüenzas en las filas. Señoras, adelante.

A pesar de la amonestación, los rasgos de ingenio continuaron:

—Gran placer.

—Mis respetos al doctor.

—Cuidado con el lobo.

—Les gusta la broma,—observó en alta voz Catalina.—¡Juventud!

Por fin llegaron á casa de Federico. Luisa tiró de la campanilla con fuerza muchas veces; la puerta se entreabrió y el conserje contestó á su pregunta: «No.»

—¡Si debe estar acostado!

—Le digo á usted que no. Hace mas de tres meses que no se acuesta en su casa.

Y el ventanillo de la garita cayó de golpe como una guillotina. Pero permanecían en la oscuridad, bajo la bóveda, cuando una voz furiosa las gritó:

—¡Salgan ustedes!

La puerta se abrió de nuevo, y salieron.

Luisa tuvo precisión de sentarse en una piedra, y lloró con la cabeza entre las manos, copiosamente, con todo su corazón. Amanecía; pasaban algunas carretas.

Catalina la condujo sosteniéndola, besándola, diciéndole toda clase de cosas bondadosas sacadas de su experiencia. No debía tomarse tanta pena por los enamorados. Si aquel faltaba, otros encontraría.



III

CUANDO se hubo calmado el entusiasmo de Rosanette hacia los guardias móviles, volvió á ser encantadora como nunca, y Federico tomó la costumbre insensiblemente de vivir en casa de ella.

Lo mejor del día era la mañana en su terraza. En bata de batista y los pies desnudos en sus pantuflas, iba y venía alrededor de Federico, limpiaba la jaula de sus canarios, mudaba el agua á sus peces encarnados, y jardineaba con una paleta en la caja llena de tierra, en que crecía una enredadera de capuchinas, que adornaba la pared. Luego apoyados de codos

—Gran placer.

—Mis respetos al doctor.

—Cuidado con el lobo.

—Les gusta la broma,—observó en alta voz Catalina.—¡Juventud!

Por fin llegaron á casa de Federico. Luisa tiró de la campanilla con fuerza muchas veces; la puerta se entreabrió y el conserje contestó á su pregunta: «No.»

—¡Si debe estar acostado!

—Le digo á usted que no. Hace mas de tres meses que no se acuesta en su casa.

Y el ventanillo de la garita cayó de golpe como una guillotina. Pero permanecían en la oscuridad, bajo la bóveda, cuando una voz furiosa las gritó:

—¡Salgan ustedes!

La puerta se abrió de nuevo, y salieron.

Luisa tuvo precisión de sentarse en una piedra, y lloró con la cabeza entre las manos, copiosamente, con todo su corazón. Amanecía; pasaban algunas carretas.

Catalina la condujo sosteniéndola, besándola, diciéndole toda clase de cosas bondadosas sacadas de su experiencia. No debía tomarse tanta pena por los enamorados. Si aquel faltaba, otros encontraría.



III

CUANDO se hubo calmado el entusiasmo de Rosanette hacia los guardias móviles, volvió á ser encantadora como nunca, y Federico tomó la costumbre insensiblemente de vivir en casa de ella.

Lo mejor del día era la mañana en su terraza. En bata de batista y los pies desnudos en sus pantuflas, iba y venía alrededor de Federico, limpiaba la jaula de sus canarios, mudaba el agua á sus peces encarnados, y jardineaba con una paleta en la caja llena de tierra, en que crecía una enredadera de capuchinas, que adornaba la pared. Luego apoyados de codos

en su balcón, miraban juntos los coches, los transeuntes, y se calentaban al sol, y formaban proyectos para la noche. Ausentábase él durante dos horas lo más; enseguida se iban á un teatro cualquiera, á los proscenios, y Rosanette, con un gran ramo de flores en la mano, escuchaba la orquesta, mientras Federico, pegado á su oído, le contaba cosas joviales ó galantes. Otras veces, tomaban una calesa que les llevaba al bosque de Boulogne, y se paseaban por él tarde hasta la media noche. Por fin se volvían por el Arco de Triunfo y la gran Avenida, respirando el aire, con las estroallas sobre sus cabezas, viendo el fondo de la perspectiva, todos los faroles de gas alineados como doble cordón de perlas luminosas.

Federico la esperaba siempre cuando tenían que salir; tardaba mucho en arreglar debajo de la barba las dos cintas de su capota; y se sonreía á sí misma delante de su armario de espejo.

Después cogía su brazo y le obligaba á mirarse al lado de ella.

—¡Qué bien estamos así los dos juntos! ¡Amor mío, te comería!

El era ahora su casa, su propiedad. De este pensamiento se veía en su rostro un rayo perpetuo, y al mismo tiempo parecía más lánguida en sus maneras, más redondeada de formas;

sin poder decir en qué, encontrábala él cambiada, sin embargo.

Un día le contó como noticia muy importante que el Sr. Arnoux acababa de montar un almacén de blanco á una antigua obrera de su fábrica; allí acudía todas las noches, «gastaba mucho»; la semana pasada, sin ir más lejos, la había regalado un mobiliario de palisandro.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Federico.

—Estoy segura.

Delfina, cumpliendo órdenes suyas, había tomado informes. Mucho debía querer á Arnoux, para ocuparse de él con tal interés! Pero se contentó con responder:

—¿Qué te importa todo eso?

Rosanette se mostró sorprendida de aquella pregunta.

—El canalla me debe dinero ¿No es abominable verle manteniendo mendigas?

Y con expresión de odio triunfante, añadió:

—¡Pero se burla de él lindamente! Ella cuenta con otros tres individuos ¡Tanto mejor! Y que le coma hasta el último céntimo; me alegraré.

Arnoux, con efecto, se dejaba explotar por la Bordelesa, con la indulgencia de los amores serviles.

Su fábrica no marchaba ya, el conjunto de sus negocios era deplorable, tanto que para po-

nerlos de nuevo á flote, pensó primero establecer un café cantante, donde solo se cantarían obras patrióticas, si el ministro le concedía una subvención, aquel establecimiento se convertiría á la vez en foco de propaganda y en mantial de beneficios. Pero la dirección del Poder había cambiado y era ya cosa imposible.

Ahora soñaba con una gran sombrerería militar. Los fondos le faltaban para empezar.

No era más feliz en su interior doméstico. La señora se mostraba menos dulce con él y á veces hasta ruda. Berta se ponía siempre de parte de su padre, con lo que el desacuerdo aumentaba y la casa se hacía intolerable. Con frecuencia salía de ella desde por la mañana, pasaba el día en largos paseos, para aturdirse, luego comía en un restaurant del campo, abandonándose á sus reflexiones.

La prolongada ausencia de Federico perturbaba sus costumbres; por lo que se le presentó una tarde, suplicándole que fuera á verla como en otro tiempo, y obtuvo su promesa.

Federico no se atrevía á volver en casa de la señora de Arnoux; le parecía haberle hecho traición; pero aquella conducta era muy cobarde. Faltaban excusas. Sería preciso acabar por ir, y una noche se puso en marcha.

Como llovía, acababa de entrar en el pasaje Joffroy cuando á la luz de los escaparates, un

hombrecillo gordo de gorra se les reunió. A Federico no le costó trabajo reconocer á Compain, aquel orador cuya proposición había causado tantas risas en el club. Apoyábase en un individuo disfrazado con un gorro colorado de zuavo, con el labio superior muy caído, la tez amarilla como una naranja, con las mandíbulas cubiertas de una ancha perilla, y que le contemplaba con ojos abiertos humedecidos de admiración.

Compain, indudablemente, estaba orgulloso de él, puesto que dijo:

—Le presento á usted á este valiente, que es amigo mío, zapatero, y un patriota. ¿Tomamos algo?

Federico le dió las gracias, y entonces empezó á tronar inmediatamente contra la proposición Rateau, una maniobra de los aristócratas. Para concluir con ellos, era preciso volver al 93. Después se informó de Regimbart y de algunos otros, tan famosos como Masselin, Sanson, Lecornu, Maréchal, y un tal Deslauriers, comprometido en el negocio de las carabinas interceptadas recientemente en Troyes.

Todo aquello era nuevo para Federico. Compain no sabía más; y le dejó diciendo.

—Hasta la vista, ¿no es verdad, por que usted es de ellos?

—¿De qué?

—De la cabeza de vaca.

—¿Qué cabeza de vaca?

—¡Ah burlón!—contestó Compain, dándole un golpecito en el vientre.

Y los dos terroristas se metieron en un café.

Diez minutos después, Federico ya no pensaba en Deslauriers. Se encontraba en la acera de la calle Paradis, delante de una casa; y miraba al piso segundo, detrás de las cortinas, la luz de una lámpara.

Por fin subió la escalera.

—¿Está Arnoux?

La doncella contestó;

—No; pero pase usted sin embargo.

Y abriendo bruscamente la puerta, dijo:

—Señora, es el Sr. Moreau.

Levantóse ella más pálida que su gargantilla.

Temblaba.

—¿Qué me proporciona el honor de una visita... tan imprevista?

—Nada. El placer de volver á ver antiguos amigos.

Y sentándose, agregó:

—¿Cómo está ese bueno de Arnoux?

—Perfectamente. Ha salido.

—Sí, ya comprendo. Siempre sus antiguas costumbres de las noches; un poco de distracción.

—¿Por qué no? Después de un día de cálculos, la cabeza tiene necesidad de descanso.

Hasta elogió á su marido, como trabajador. Aquel elogio irritó á Federico, y designando sobre sus rodillas un pedazo de paño negro, con trencillas azules, preguntó:

—¿Qué está usted haciendo?

—Un cuerpo que arreglo para mi hija.

—A propósito; no la veo por aquí ¿dónde está?

—En una pensión—contestó la señora de Arnoux.

Y las lágrimas acudieron á sus ojos; procuraba contenerlas moviendo su aguja rápidamente. El había cogido, para disimular, un número de la *Ilustración*, de sobre la mesa, cerca de ella.

—Estas caricaturas de Cham, son muy graciosas, ¿no es verdad?

—Sí.

En seguida ambos callaron.

Una ráfaga movió de repente los cristales.

—¿Qué tiempo!—dijo Federico.

—Con efecto, es muy amable de parte de usted haber venido con esta lluvia horrible.

—A mí nada me importa. No soy de aquellos á quienes impide, sin duda, acudir á sus citas.

—¿Qué citas?—preguntó ella candidamente.

—¿No se acuerda usted?

Y le colocó suavemente la mano sobre el brazo.

—Aseguro á usted que me hizo sufrir mucho.

—Tenía miedo por mi hijo.

Y le contó la enfermedad del pequeño Eugenio, y todas las angustias de aquella tarde.

—Gracias, gracias. Ya no dudo, y la amo á usted como siempre.

—¡Ah! Eso no es verdad.

—¿Por qué?

Ella le miró friamente.

—Se olvida usted de la otra. La que paseaba usted por las carreras. La mujer cuyo retrato tiene usted. Su amante.

—Pues bien, sí;—exclamó Federico—no niego nada. Soy un miserable; escúcheme usted. Si la había conquistado, era por desesperación, como un suicidio. Por lo demás, la había hecho muy desgraciada, vengándose en ella de su propia vergüenza. ¡Qué suplicio! ¿No lo comprende usted?

La señora de Arnoux volvió su hermoso rostro, tendiéndole la mano; y cerraron los ojos, absorbidos en una embriaguez que era como mecerse en una dulzura infinita. Después permanecieron contemplándose cara á cara, el uno junto al otro.

—¿Es que podía usted creer que no la amaba ya?

Ella contestó en voz baja, llena de caricias:

—No; á despecho de todo, sentía en el fondo de mi corazón que eso era imposible y que llegaría un día en que se desvanecería el obstáculo entre nosotros dos.

—Y yo también, y experimentaba necesidad de volver á ver á usted hasta morir.

—Una vez—repuso ella—en el Palais-Royal he pasado al lado de usted.

—¿De veras?

Y él le manifestó la dicha que había tenido encontrándola en casa de los Dambreuse.

—¡Pero cómo la detestaba á usted por la noche, al salir de allí!

—¡Pobre muchacho!

—¡Es tan triste mi vida!

—¿Y la mía? Si no hubiera más que las penas, las inquietudes, las humillaciones, todo lo que sufre como esposa y como madre, puesto que hemos de morir, no me quejaría; lo terrible, es mi soledad, sin nadie...

—¡Pero yo estoy aquí, yo!

—¡Oh, sí!

Un sollozo de ternura la había levantado. Sus brazos se abrieron y se estrecharon de pie en un prolongado beso.

Se oyó crujir el piso. Una mujer estaba junto á ellos; Rosanette. La señora de Arnoux la había reconocido; sus ojos desmesuradamen-

te abiertos, la examinaban, enteramente llenos de sorpresa y de indignación. Por fin Rosanette dijo:

—Vengo á hablar de negocios al Sr. Arnoux.

—No está aquí; ya lo ve usted.

—Es verdad—contestó Rosanette—su criada de usted tenía razón; perdone usted.

Y volviéndose á Federico, añadió:

—¿Estás aquí tú?

Aquel tuteo, delante de ella, ruborizó á la señora de Arnoux, como un bofetón en plena cara.

—No está aquí, le repito á usted.

Entonces la Mariscala, que miraba á uno y otro lado, dijo tranquilamente:

—¿Vamos? Tengo un coche abajo.

Él hacía como que no oía.

—Vamos, ven.

—¡Ah! sí, es buena ocasión; vaya usted, vaya usted—dijo la señora de Arnoux.

Salieron. Inclínose ella por la barandilla para verlos aún, y una risa aguda, desgarradora, cayó sobre ellos desde lo alto de la escalera. Federico empujó á Rosanette dentro del coche, se puso enfrente de ella, y durante todo el camino no pronunció palabra.

La infamia, cuya salpicadura le ultrajaba, estaba causada por él mismo. Experimentaba á la

vez la venganza de una humillación abrumadora y el pesar de su felicidad; cuando al fin iba á recogerla, se había hecho irrevocablemente imposible. Y por culpa de aquella, de aquella muchacha, de aquella perdida. Hubiera querido estrangularla; se ahogaba. Cuando entraron en su casa, tiró su sombrero sobre un mueble y arrancó su corbata.

—Acabas de hacer una cosa decente; confíesalo.

Ella se puso arrogantemente delante de él.

—¿Y bien? ¿qué más? ¿En qué está el mal?

—¡Cómo! ¿me espías?

—¿Es culpa mía? ¿Por qué vas á divertirte á casa de las mujeres honradas?

—No te importa. ¡No quiero que las insultes!

—¿En qué la he insultado yo?

Él no tuvo qué contestar, y con acento aún más rencoroso, dijo:

—Pues la otra vez, en el campo de Marte...

—¡Ya me fastidias con tus viejas!

—¡Miserable! —y levantó el puño.

—No me mates. Estoy en cinta.

Federico retrocedió.

—¡Mientes!

—Mírame.—Y cogió una luz enseñándole su cara.—¿Lo conoces?

Pequeñas manchas amarillas pintaban su piel, que estaba singularmente hinchada. Fede-

rico no negó la evidencia. Fué á abrir una ventana, dió algunos pasos á lo largo y á lo ancho, y se dejó caer en una butaca.

Aquel acontecimiento era una calamidad, que en primer lugar suspendía su ruptura, y después destruía todos sus proyectos. La idea de ser padre, además, le parecía grotesca, inadmisibles. ¿Pero por qué? Si en vez de la Mariscal... y su ensimismamiento se hizo tan profundo, que tuvo una especie de alucinación. Veía allí, sobre la alfombra, delante de la chimenea, una niña. Se parecía á la señora de Arnoux y á él mismo un poco; pelinegra y blanca, con ojos negros, grandes cejas, y con una cinta rosa en sus cabellos rizados. (¡Oh, cómo la habría amado!) Creía oír su voz: «¡Papá, papá!»

Rosanette, que acababa de desnudarse, se acercó á él, vió una lágrima en sus párpados y le besó gravemente en la frente. Él se levantó diciendo:

—¡Pardiez! ¡no se ha de matar á esa marmota!

Entonces ella charló mucho. Sería un niño, seguramente. Se llamaría Federico. Era preciso empezar su canastilla; y viéndola tan feliz, sintió piedad hacia ella. Como en aquel momento no sentía cólera alguna, quiso saber la razón del acto de antes.

Era que la Vatnaz le había enviado aquel

mismo día un pagaré, protestado hacía ya mucho tiempo, y había corrido á casa de Arnoux para tener dinero.

—Yo te lo hubiera dado—dijo Federico.

—Más sencillo era tomar allí lo que me pertenece y devolver á la otra sus mil francos.

—¿Es eso, á lo menos, todo lo que tu le debes?

Ella contestó:

—Ciertamente.

Al día siguiente, á las nueve de la noche (hora indicada por el portero), fué á casa de la Vatnaz.

Tropezó en la antesala con los muebles amontonados; pero un ruido de voz y de música le guiaba; abrió una puerta y cayó en medio de una selecta reunión. De pié, delante del piano, que tocaba una señorita de gafas, Delmar, sério como un pontífice, declamaba una poesía humanitaria sobre la prostitución; y su cavernosa voz rodaba, acompañada por los acordes golpeados. Una fila de mujeres ocupaba la pared, en general vestidas de colores oscuros, sin cuellos de camisa ni puños. Cinco ó seis hombres, todos pensadores, acá y allá, en sillas. En una butaca, un antiguo fabulista, una ruina; y el acre olor de dos lámparas se mezclaba con el aroma del chocolate que llenaba los bols sobre la mesa de juego.

La Srta. Vatnaz, con una banda oriental al redor de los riñones, se hallaba en un rincón de la chimenea; Dussardier al otro, enfrente; parecía un tanto cohibido por su posición; además, aquel centro artístico le intimidaba.

—Había concluído la Vatnaz con Delmar? quizás no. Sin embargo, se manifestaba celosa del excelente dependiente Federico reclamó de ella un momento de conversación, y le hizo señas de pasar con ellos á su cuarto. Cuando los mil francos estuvieron alineados, pidió ella los intereses.

—Eso no merece la pena—dijo Dussardier.

—Callate tú.

Aquella debilidad de un hombre tan valiente agradó á Federico como en justificación de la suya. Se llevó el pagaré, y no volvió jamás á hablar del escándalo de casa de la señora de Arnoux. Pero desde entonces todos los defectos de la Mariscalá se le presentaron.

Tenía un mal gusto irremediable, una incomprendible pereza, una ignorancia de salvaje, hasta considerar como muy célebre al doctor Desrogis, mostrándose orgullosa con recibirle y á su esposa, porque eran «personas casadas.» Se la echaba de maestra, con aire pedantesco, sobre las cosas de la vida, con la señorita Irma, pobre criaturita dotada de una voz también menudita, que tenía por protector á un señor muy

aceptable, expleado de Aduanas, y fuerte en los juegos de cartas, á quien Rosanette llamaba «mi gran *lulú*.» Federico no podía sufrir tampoco la repetición de palabras necias, tales como millares de insulsas muletillas; y se obstinaba además, en quitar el polvo por las mañanas á sus cacharros con un par de guantes blancos viejos. Pero lo que más le exasperaba era sus maneras con la criada, cuyo salario estaba incesantemente atrasado, y que hasta la prestaba dinero. Los días que arreglaban sus cuentas, se insultaban como dos pescaderas, y luego se reconciliaban abrazándose. Su intimidación se hacía triste; así que fué un consuelo para él cuando empezaron de nuevo las reuniones de la señora de Dambreuse.

Aquella le divertía, á lo menos. Sabía las intrigas del mundo, los cambios de embajadores, el personal de las costureras; y si se le escapaban lugares comunes, era bajo una fórmula talmente convenida, que su frase podía pasar por una deferencia ó por una ironía. Era preciso verla entre veinte personas que hablaban, sin olvidarse de ninguna, consiguiendo las respuestas que quería, evitando las peligrosas. Cosas muy sencillas, contadas por ella, parecían confidencias; la menor de sus sonrisas hacía soñar; su encanto, por fin, como el exquisito perfume que llevaba ordinariamente, eran indefinibles y com-

plejos. Federico sentía cada vez que se veía á su lado el placer de una novedad, y sin embargo, siempre la encontraba con su misma serenidad, parecida al cristal de las aguas límpidas. Pero por qué sus maneras con la sobrina acusaban tanta frialdad? En ocasiones hasta la lanzaba miradas singulares.

Desde que se trató de casamiento, había objetado al Sr. Dambreuse con la salud de «la querida niña,» y se la llevó inmediatamente á los baños de Balaruc. A su regreso, surjieron nuevos pretextos: el joven carecía de posición, aquel gran amor no parecía serio, nada se arriesgaba con esperar. Martinon contestó que aguardaría. Su conducta fué sublime; predicó á Federico, hizo más: le indicó los medios de agradar á la señora de Dambreuse, hasta dejando entrever que conocía, por la sobrina, los sentimientos de la tía.

En cuanto al Sr. Dambreuse, lejos de mostrarse celoso, rodeó de consideraciones á su joven amigo, le consultaba sobre diferentes cosas, hasta se inquietaba de su porvenir, tanto, que un día que se hablaba del tío Roque, le dijo al oído con aire astuto:

—Ha hecho usted bien.

Y Cecilia, miss John, los criados, el portero, ni uno solo que no fuera con él agradable en aquella casa. A ella venía todas las noches, aban-

donando á Rosanette. Su futura maternidad la parecía más seria; hasta un poco triste, como si la atormentaran inquietudes. A todas las preguntas, contestaba:

—Te equivocas; estoy bien.

Eran cinco los pagarés que había suscrito en otro tiempo, y no atreviéndose á decirlo á Federico, después del pago del primero, había vuelto á casa de Arnoux, quien le prometió, por escrito, la tercera parte de sus beneficios en el alumbrado por gas de los pueblos del Languedoc (una empresa maravillosa), recomendándola que no utilizara aquella carta antes de la junta de los accionistas, junta que se aplazaba de semana en semana.

Sin embargo, la Mariscala tenía necesidad de dinero, y se habría muerto antes que pedirlo á Federico; no lo quería de él, porque esto hubiera perjudicado á su amor. Él subvenía con desahogo á los gastos de la casa; pero un carrujito alquilado por unos y otros sacrificios indispensables desde que frecuentaba la casa de los Dambreuse, le impedían hacer más por su amante. Dos ó tres veces, que había venido á horas desacostumbradas, creyó ver espaldas masculinas escapar por las puertas, y Rosanette salía á menudo sin querer decir adonde iba. Federico no intentó ahondar las cosas; uno de aquellos días tomaría su partido definitivo. Soñaba con

otra vida, que sería más divertida y más noble. Semejante ideal le hacía indulgente con el hotel Dambreuse.

Era aquella una sucursal íntima de la calle Poitiers. Allí encontró de nuevo al gran Sr. A., al ilustre B., al profundo C., al elocuente Z., al inmenso Y., á los viejos tenores del centro izquierda, á los paladines de la derecha, á los burgraves del justo medio, á los eternos buenos hombres de la comedia. Estupefacto se quedaba con su execrable lenguaje, sus pequeñeces, sus rencores, su mala fé, todos aquellos que habían votado la Constitución se esforzaban en destruirla, y se agitaban mucho, lanzaban manifiestos, folletos, biografías; la de Fumichon, por Hussonnet, fué una obra maestra. Nonancourt se ocupaba de la propaganda en los campos; el señor de Grémonville trabajaba el clero; Martinon reunía jóvenes burgueses. Cada cual, según sus medios, se empleaba, hasta el mismo Cisy. Pensando ahora en las cosas serias, todo el día, hacía encargos en coche, para el partido.

El Sr. Dambreuse, como un barómetro, expresaba constantemente la última variación. No se hablaba de Lamartine sin que citara esta frase de un hombre del pueblo: «¡Basta de liral!» Cavaignac no era ya, á sus ojos, sino un traidor. El presidente, á quien había admirado durante tres meses, comenzaba á caer en su estimación

(no encontrándole «con la energía necesaria;») y como necesitaba siempre un salvador, su reconocimiento, desde el asunto del Conservatorio, pertenecía á Chaugarnier: «A Dios gracias, Chaugarnier... Esperemos que Chaugarnier... No hay nada que temer mientras Chaugarnier...»

Sobre todos exaltaban á Thiers, por su libro contra el socialismo, en que se mostraba tan pensador como escritor. Se reían enormemente de Pedro Leroux, que citaba en la Cámara pasajes de los filósofos. Se decían gracias acerca de la fila falansteriana. Iban á aplaudir la *Feria de las Ideas*; y comparaban á los autores con Aristóteles. Federico acudió con los demás.

La verbosidad política y la buena mesa, adormecían su moralidad. Por medianos que le parecieran aquellos personajes, estaba orgulloso de conocerlos, y deseaba interiormente la consideración burguesa. Una amante como la señora de Dambreuse le lanzaría.

Y se puso á hacer cuanto era preciso.

Hallábase á su encuentro en el paseo, no dejaba de ir á saludarla en su palco del teatro; y sabiendo las horas en que iba á la iglesia, se colocaba detrás de una columna en actitud melancólica. Para indicaciones de curiosidades, noticias de un concierto, préstamo de libros ó revistas, cambiaban billetitos continuamente. Además de su visita de la noche, á veces le ha-

cía otra por la tarde; y sentía una gradación de alegría pasando sucesivamente por la puerta principal, por el patio, por la antesala, por los dos salones; llegaba por fin á su gabinete, discreto como una tumba, templado como una alcoba, donde era difícil sortear el mullido de los muebles, tantos eran los objetos acá y allá colocados: telas, pantallas, copas y platos de laca, de concha, de marfil, de malaquita, lujosas bagatelas, renovadas con frecuencia. Las había muy sencillas: tres piedras de Etretat para prensa-papeles; una gorra de Frisonne colgada de un biombo chino; todas aquellas cosas se armonizaban, sin embargo; y hasta admiraba la nobleza del conjunto, cosa que quizás consistiera de la altura del techo, de la opulencia de las cortinas y de los largos volantes de seda que flotaban en los dorados palos de los taburetes.

Casi siempre estaba ella en un pequeño confidente cerca de la jardinera que guarnecía el hueco de la ventana. Sentado al borde de un gran *puf* con ruedas, le dirigía él los más justos cumplimientos, y ella le miraba con la cabeza algo de lado y sonriente.

Leía él páginas de poesía, poniendo allí toda su alma, para conmoverla y hacerse admirar; deteníale ella por una observación denigrante ó una advertencia práctica, y su conversación re- caía sin cesar en la eterna cuestión del amor.

Preguntábase lo que lo engendraba, si las mujeres lo sentían mejor que los hombres, y cuáles eran sobre esto las diferencias. Federico procuraba emitir su opinión, evitando á la vez la grosería y la insulsez. Aquello se convertía en una especie de lucha agradable en algunos momentos, en otros fastidiosa.

No sentía Federico á su lado aquel encanto de todo su ser que le arrastraba hacia la señora de Arnoux, ni el alegre desorden en que al principio le puso Rosanette. Pero la deseaba como una cosa anormal y difícil, porque era noble, porque era rica, porque era devota; figurándose que tenía delicadeza de sentimiento, rara como sus encajes, con amuletos sobre la piel y pudores en la depravación.

Utilizó su antiguo amor; la contó, como inspirado por ella, todo lo que la señora de Arnoux le había hecho sentir en otro tiempo, sus languideces, sus aprensiones, sus sueños. Ella recibía aquello como persona acostumbrada á esas cosas y sin rechazarle formalmente, á nada cedía, y no llegaba á seducirla más que Martinon á casarse. Para concluir con el enamorado de su sobrina, le acusó de mirar al dinero, y hasta rogó á su marido que hiciera la prueba. El Sr. Dambreuse declaró, en consecuencia, al joven, que siendo huérfana Cecilia, de padres pobres, no tenía «ninguna esperanza,» ni dote.

Martinon, no creyendo que aquello fuese verdad, ó demasiado adelantado para desdecirse, ó por una de esas terquedades de idiota, que son actos de genio, contestó que su patrimonio, quin- ce mil pesetas de renta, les bastaría. Aquel des- interés imprevisto conmovió al banquero, que le prometió fianza para una plaza de recaudador que se obligaba á conseguirle, y en el mes de Mayo de 1850, Martinon se casó con Cecilia. No hubo baile. Los jóvenes salieron aquella misma noche para Italia. Federico vino al día siguiente á visitar á la señora de Dambreuse, que le pareció más pálida que de costumbre; y le contradijo ágramente en dos ó tres asuntos in- significantes. Por lo demás, todos los hombres eran egoistas.

Los había, sin embargo, adictos, aunque solo fuera él.

—¡Ah, bah! Como los demás.

Sus párpados estaban rojos, lloraba. Des- pués, esforzándose por sonreír, añadió:

—Perdone usted, no tengo razón. Es una idea triste que me ha ocurrido.

Federico no comprendía nada de aquello.

—No importa; es menos fuerte de lo que yo creía—pensó.

Llamó ella para tomar un vaso de agua, be- bió un sorbo, lo devolvió y se lamentó de que le servían horriblemente. Para distraerla, se

ofreció como criado juzgándose capaz de pre- sentar los platos, limpiar los muebles, anunciar la gente, y de ser, en fin, un ayuda de cámara, ó mejor un cazador, aunque la moda hubiera pasado. Desearía ir detrás de un coche con un sombrero de plumas de gallo.

—¡Y cómo le seguiría á usted á pie, majestuo- samente, llevando en brazos un perrito!

—Es usted alegre—dijo la señora de Dam- breuse.

—¿No es una locura, repuso él, considerarlo todo por el lado serio? Había bastantes miserias sin necesidad de forjárselas. Nada merecía la pena de un dolor. La señora de Dambreuse le- vantó las cejas, á modo de vaga aprobación.

Aquella paridad de sentimientos estimuló á Federico á mayor atrevimiento. Sus desengaños de otras veces le servían ahora de clarividencia. Siguió:

—Nuestros abuelos vivían mejor. ¿Por qué no obedecer el impulso que nos mueve? El amor, después de todo, no era en sí mismo una cosa tan importante.

—Pero eso que usted dice es inmoral.

Había vuelto á colocarse en el confidente; él se sentó al borde, junto á los pies.

—¿No ve usted que miento? Porque para agra- dar á las mujeres, es preciso manifestar una in- sulsez de bufón ó furors de tragedia. Se bur-

lan de nosotros cuando se las dice que se las ama sencillamente. Yo encuentro esas hipérbolas que las divierten una profanación del verdadero amor; tanto que no se sabe ya cómo expresarlo delante de las que... tienen... mucho ingenio.

Considerábale ella con las pestañas entreabiertas; bajaba él la voz, inclinándose hacia su rostro.

—Sí; me da usted miedo. ¿La ofendo á usted quizás?... Perdón... Yo no quería decir todo esto. No es culpa mía. ¿Es usted tan linda!

La señora de Dambreuse cerró los ojos y se sorprendió él con la facilidad de su victoria. Los grandes árboles del jardín que se movían suavemente, se detuvieron. Algunas nubes fijas rayaban el sol con líneas rojas y hubo como una suspensión universal de las cosas. Entonces, noches semejantes, con parecidos silencios se presentan á su espíritu confusamente. ¿Dónde era eso? ..

Púsose él de rodillas, cogió su mano, y le juró amor eterno. Después, al marcharse, le llamó ella con una seña y le dijo muy bajo:

—Vuelva usted á comer; estaremos solos.

Parecíale á Federico, mientras iba bajando la escalera, que se había convertido en otro hombre, que la temperatara embalsamada de las calientes estufas le rodeaba, que entraba

definitivamente en el mundo superior de los adulterios patricios y de las altas intrigas. Para ocupar en ellos la primera plaza, bastaba una mujer como aquella. Avida, sin duda, de poder y de acción, y casada con un hombre mediano á quien había servido prodigiosamente ¿deseaba á alguno fuerte para conducirla? Nada había imposible ahora; sentase capaz de hacer doscientas leguas á caballo, de trabajar muchas noches seguidas, sin cansarse; su corazón desbordaba de orgullo.

En la acera, delante de él, pasaba un hombre con un viejo paletó y la cabeza baja y con tal aire de fatiga, que Federico se volvió para verle. El otro levantó la cara; era Deslauriers, que vacilaba. Federico le abrazó.

—¡Ah, pobre amigo! ¿Cómo, eres tú?

Y le arrastró á su casa, haciéndole muchas preguntas á la vez.

El excomisario de Ledru-Rollin contó, primero, los tormentos que había sufrido. Como predicaba la fraternidad á los conservadores y el respeto de las leyes á los socialistas, los unos le habían disparado con sus fusiles y los otros le habían traído una cuerda para colgarle. Después de Junio, le destituyeron brutalmente; se le había metido en un complot, el de las armas cogidas en Troyes. Le soltaron por falta de pruebas. Luego el comité de acción le envió á

Londres, donde anduvo á bofetones con sus hermanos en un banquete. De vuelta á París...

—¿Por qué no has venido á mi casa?

—Tú estabas siempre ausente. Tu suizo tenía actitudes misteriosas; yo no sabía qué pensar; y luego, no quería reaparecer como vencido.

Había llamado á las puertas de la Democracia, ofreciéndose á servirla con su pluma, con su palabra, con sus actos; por todas partes le habían rechazado; desconfiaban de él, y había vendido su reloj, su biblioteca, su ropa.

—¡Más valiera reventar en los frontones de Belle-Isle, con Sénécal!

Federico, que se quitaba entonces la corbata, no pareció muy conmovido al oír aquella noticia.

—¡Ah! ¿Está deportado ese bueno de Sénécal?

Deslauriers replicó recorriendo las paredes con aire envidioso:

—Todo el mundo no tiene tu suerte.

—Perdóname,—dijo Federico sin fijarse en la alusión—pero como fuera. Van á servirte; pide lo que quieras. Toma hasta mi cama.

Ante una cordialidad tan completa, desapareció la amargura de Deslauriers.

—¿Tu cama? Pero... eso te molestará.

—¡Eh! no; tengo otras.

—Ya; muy bien—dijo riendo el abogado.—¿Dónde comes, pues?

—En casa de la señora de Dambreuse.

—¿Sería esa quizás?...

—Eres demasiado curioso —dijo Federico con una sonrisa que confirmaba la suposición.

Después, miró el reloj y se sentó.

—Pues eso es; ¡no hay que desesperar, antiguo defensor del pueblo!

—¡Misericordia! Que otros se ocupen de eso.

El abogado detestaba á los obreros por lo que había sufrido con ellos en su provincia, país de hulla. Cada pozo de extracción había nombrado un Gobierno provisional intimidándole sus órdenes.

—¡Su conducta, además, ha sido encantadora en todas partes: en Lyon, en Lille, en el Havre, en París! Porque siguiendo el ejemplo de los comerciantes que quisieran excluir los productos del extranjero, aquellos señores piden que se destierren los trabajadores ingleses, alemanes, belgas y saboyanos. En cuanto á su inteligencia, ¿de qué ha servido, bajo la Restauración, su famosa junta de oficiales? En 1830 entraron en la guardia nacional, sin tener siquiera el buen sentido de dominarla. ¿No han reaparecido desde el día siguiente del 48, los gremios con sus estándares? Hasta pedían representantes del pueblo suyos, que no hubieran hablado sino para ellos. Todo como los diputados de la remolacha que no se inquietaban más que de la remo-

lacha. Ya tengo bastante pasado con esos cocos, que se prosternan sucesivamente delante del cadalso de Robespierre, las botas del Emperador, el paraguas de Luis Felipe, chusma eternamente adicta al que le arroja pan en la boca. Se grita siempre contra la venalidad de Talleyrand y de Mirabeau; pero el mandadero de la esquina vendería la patria por cincuenta céntimos, si le prometieran tarifar cada recado en tres pesetas. ¡Ah, qué falta! Hubiéramos debido poner fuego á los cuatro extremos de Europa.

Federico le contestó:

—¡Faltaba la chispa! Erais sencillamente pequeños burgueses, y los mejores de entre vosotros, galopines. En cuanto á los obreros, pueden quejarse; porque, si se exceptúa un millón sustraído á la lista civil, y que vosotros les habeis concedido con la más baja adulación, no habeis hecho por ellos más que frases. La libreta permanece en manos del patrón, y el asalariado (aun para la justicia misma) sigue siendo el inferior de su amo, puesto que su palabra no es creída. Por fin, la República me parece vieja. ¿Quién sabe? Quizás el progreso no sea realizable sino por una aristocracia ó por un hombre. La iniciativa viene siempre de lo alto. El pueblo es menor de edad, por más que se diga.

—Tal vez sea eso verdad—dijo Deslauriers.

Según Federico, la gran masa de los ciudadanos no aspiraba más que al descanso (había aprovechado en el hotel Dambreuse), y todas las probabilidades estaban por los conservadores. Ese partido, sin embargo, carecía de hombres nuevos.

—Si te presentaras, estoy seguro...

No concluyó. Deslauriers comprendió, se pasó las dos manos por la frente, y luego de repente añadió:

—¿Y tú? Nada te lo impide. ¿Por qué no has de ser diputado? Por consecuencia de una elección doble, había en el Aube una candidatura vacante. El Sr. Dambreuse, reelegido en la Legislatura, pertenecía á otro distrito. «¿Quieres que me ocupe de eso?» Conocía muchos taberneros, maestros, médicos, pasantes de abogados y á sus principales. «Además, se hace creer á los aldeanos todo lo que se quiere.»

Federico sentía renacer su ambición.

Deslauriers añadió:

—Tú deberías buscarme una plaza en París.

—No creo que será difícil por el Sr. Dambreuse.

—Puesto que hablábamos de hullas—dijo el abogado, ¿qué es de su gran sociedad? Una ocupación de ese género es la que yo necesitaría. Y les sería útil, conservando, por supuesto, mi independencia.

Federico prometió llevarle casa del banco antes de tres días.

La comida, frente á frente con la señora de Dambreuse, fué cosa exquisita. Sonreía ella frente á él, al otro extremo de la mesa, por cima de un cesto de flores, á la luz de la lámpara suspendida; y como la ventana estaba abierta, veíanse las estrellas. Hablaron muy poco, desconfiando de sí mismos, sin duda; pero en cuanto los criados volvían la espalda, se enviaban un beso con los labios. Contó él su idea de candidatura; aprobóla ella, comprometiéndose á hacer que el Sr. Dambreuse trabajara en ella.

Por la noche, algunos amigos se presentaron para felicitarla y para compadecerla; ¡debía sentir tanta pena por no tener ya á su sobrina! Era bien, además, que los recién casados viajaran; más tarde sobrevienen las dificultades, los niños. Pero la Italia no correspondía á la idea que se tenía formada de ella; mas estaban en la edad de las ilusiones, y luego, que la luna de miel todo lo embellece. Los dos últimos que se quedaron fueron el Sr. de Grémonville y Federico. El diplomático no quería irse. Por fin, á media noche se levantó. La señora de Dambreuse hizo señas á Federico para que se marchara con él, y le agradeció su obediencia con una presión de mano más suave que todo lo demás.

La Mariscala lanzó un grito de alegría al

volverle á ver. Le esperaba desde las cinco; él se excusó con una gestión indispensable en favor de Deslauriers. Su cara tenía un aire de triunfo, una aureola, que deslumbró á Rosanette.

—Quizás sea por tu frac negro que te sienta bien; pero jamás te he encontrado tan guapo. ¡Qué guapo eres!

En un transporte de su ternura, juróse interiormente de no pertenecer á otros, sucediera lo que quisiera, aun cuando debiera perecer de miseria.

Sus lindos ojos, húmedos, chispeaban por tan poderosa pasión, que Federico la atrajo sobre sus rodillas y se dijo: «¡Qué canalla soy!» aplaudiéndose su perversidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IV

EL Sr. Dambreuse, cuando Deslauriers se presentó en su casa, pensaba en reavivar su gran negocio de hullas. Pero aquella fusión de todas las compañías en una sola era mal vista; llamábanla monopolio, como si no se necesitaran, para tales explotaciones, inmensos capitales.

Deslauriers, que acababa de leer expreso la obra de Gobet y los artículos de Chappe en el *Diario de Minas*, conocía la cuestión perfectamente. Demostró que la ley de 1810 establecía en provecho del concesionario un derecho impermutable. Además, podría darse á la empresa un color democrático; impedir las reunio-

nes hulleras era un atentado contra el derecho mismo de asociación.

El Sr. Dambreuse le confió notas para redactar una memoria. En cuanto á la manera de pagar su trabajo, tanto mejores cuanto que no eran precisas.

Deslauriers volvió á casa de Federico desde allí y le refirió la conferencia. Había visto también á la señora de Dambreuse al salir al pie de la escalera.

—Mi enhorabuena por ella, ¡pardiez!

Después hablaron de la elección. Había que inventar algo.

Tres días después, Deslauriers trajo una hoja escrita para los periódicos, que era una carta familiar, en que el Sr. Dambreuse aprobaba la candidatura de su amigo. Sostenida por un conservador y elogiada por un rojo, debía triunfar.

¿Cómo el capitalista firmaba semejante lucubración? El abogado, sin el menor inconveniente, había estado por su propia cuenta á enseñársela á la señora de Dambreuse, que, encontrándola muy bien, se encargó de lo demás.

Aquel paso sorprendió á Federico; sin embargo, lo aprobó. Luego, como Deslauriers tenía que entenderse con el Sr. Roque, le contó su posición respecto á Luisa.

—Diles cuanto quieras; que mis negocios es-

tán turbios; que los arreglaré; que es bastante joven para esperar.

Deslauriers se marchó y Federico se consideró como hombre muy fuerte. Experimentaba además, una profunda satisfacción. Su alegría por la conquista de una mujer rica no se hallaba contrariada por oposición alguna; el sentimiento se armonizaba con el medio; su vida, ahora, se componía de dulzuras por todas partes.

La más exquisita, quizás, era contemplar á la señora de Dambreuse, entre muchas personas, en su salón. La conveniencia de sus maneras le hacía soñar en otras actitudes; mientras que hablaba ella en tono de frialdad, recordaba sus balbucientes palabras de amor; todos los respetos hacia su virtud le deleitaban como homenaje que reflúa en él, y muchas veces le daba deseo de gritar: «Yo la conozco mejor que vosotros. Es mía.»

Su intimidad no tardó en ser cosa convenida, aceptada. La señora de Dambreuse, durante todo el invierno, llevó á Federico á sociedad.

Llegaba él casi siempre antes que ella; la veía entrar con los brazos desnudos, el abanico en la mano, perlas en los cabellos. Se detenía en el dintel, que la rodeaba como un marco, y manifestaba un ligero movimiento de indecisión, cerrando los párpados, para descubrir si él estaba

allí. Le llevaba en su coche; la lluvia azotaba las ventanillas; los transeuntes se agitaban como sombras en el lodo, y apretados uno con otro veían todo aquello, confusamente, con tranquilo desdén. Bajo diferentes pretextos, permanecía aún una hora larga en su cuarto.

Por aburrimiento, principalmente, había cedido la señora de Dambreuse. Pero aquella última prueba no debía ser perdida; quería un gran amor, y le colmó de adalaciones y caricias. Le enviaba flores, le bordó una silla, le regaló una petaca, un escritorio, mil cosillas de uso diario, para que no hubiera acto suyo independiente de su recuerdo. Estas atenciones le encantaron al principio, y muy pronto le parecían perfectamente simples.

Alquilaba ella un coche, lo despedía á la entrada de un paraje, salía por el otro lado; luego deslizándose á lo largo de las paredes, con doble velo para ocultar su rostro, llegaba á la calle en que Federico, de centinela, la cogía del brazo apresuradamente para llevarla á su casa. Sus dos criados se paseaban, el portero hacía encargos; miraba ella á su alrededor, y no había nada que temer; exhalando un suspiro, como de desterrado que vuelve á ver su patria. La suerte les hacía atrevidos. Sus citas se multiplicaron; una noche hasta se presentó de repente en gran *toilette* de baile. Aquellas sorpresas podían ser

peligrosas, y le riñó por su imprudencia; además, no le agradó, porque su escote descubría demasiado su flaco pecho.

Y entonces conoció lo que se había ocultado: la desilusión de sus sentidos; no por eso dejaba de fingir grandes ardimientos; pero para sentirlos necesitaba evocar la imagen de Rosanette ó de la señora de Arnoux.

Aquella atrofia sentimental le dejaba la cabeza completamente libre, y más que nunca ambicionaba una alta posición en el mundo. Puesto que tenía un alzapicé semejante, lo menos que podía hacer era servirse de él.

Hacia mediados de Enero, una mañana, Sénecal entró en su gabinete, y ante su exclamación de sorpresa, contestó que era secretario de Deslauriers, y hasta le llevaba una carta, que contenía buenas noticias y le reñía, sin embargo, por su negligencia; era preciso ir por allí. El futuro diputado dijo que se pondría en camino al día siguiente.

Sénecal no expresó opinión sobre aquella candidatura; habló de su persona y de los asuntos del país. Por lamentables que fueran, le alegraban, porque se iba al comunismo. En primer lugar la administración llevaba las cosas hacia su fin, después, cada día había más cosas regidas por el Gobierno. En cuanto á la propiedad, la Constitución del 48, á pesar de sus debilidades, no

la había tratado bien; en nombre de la utilidad pública, el Estado podía tomar en lo sucesivo lo que juzgara convenirle. Sénecal se declaró por la autoridad, y Federico observó en sus discursos la exajeración de sus propias palabras á Deslauriers. El republicano hasta tronó contra la insuficiencia de las masas.

—Robespierre, al defender el derecho del menor número, llevó á Luis XVI ante la Convención nacional, y salvó al pueblo. El fin legitima los medios. La dictadura es algunas veces indispensable. Viva la tiranía, siempre que el tirano haga el bien.

Su discusión duró mucho tiempo, y al marcharse, Sénecal confesó (quizás era aquel el objeto de su visita) que Deslauriers se impacientaba mucho del silencio del Sr. Dambreuse.

Pero el Sr. Dambreuse estaba enfermo. Federico le veía diariamente, en su cualidad de íntimo, era admitido hasta donde se hallaba.

La destitución del general Changarnier, había conmovido extraordinariamente al capitánlista.

Aquella misma noche sintió un gran calor en el pecho, con una opresión que no le consentía estar acostado. Algunas sanguijuelas le proporcionaron inmediato alivio. Desapareció la tos seca, se hizo más tranquila la respiración, y ocho días después, dijo bebiendo un caldo:

—¡Ah! esto va mejor; pero he estado expuesto á hacer el último viaje.

—No sin mí—exclamó la señora de Dambreuse, significando con aquella frase que no habría podido sobrevivirle.

En vez de contestar, dirigió á ella y á su amante una singular sonrisa, en que á la vez había resignación, indulgencia, ironía, y algo como una chispa, una segunda intención casi alegre.

Federico quiso ir á Nogent, la señora de Dambreuse se opuso, y hacía y deshacía su maleta, según las alternativas de la enfermedad.

De improviso, el Sr. Dambreuse escupió sangre en abundancia. Consultados los «príncipes de la ciencia,» no vieron nada nuevo. Sus piernas se hinchaban y aumentaba la debilidad. Había manifestado muchas veces deseos de ver á Cecilia que estaba al otro extremo de Francia con su marido, nombrado recaudador hacía un mes; hasta ordenó expresamente que la llamaran.

La señora de Dambreuse escribió tres cartas y se las enseñó.

Sin fiarse ni aún de la religiosa, no le abandonaba un segundo, no se acostaba ya. Las personas que se apuntaban en la lista de la portería, se enteraban de ella con admiración, y los transeuntes se mostraban llenos de respeto ante

la cantidad de paja que había en la calle, debajo de las ventanas.

El 12 de Febrero, á las cinco, se declaró una espantosa hemotisis; el médico de cabecera avisó el peligro, y corrieron á buscar un sacerdote. Durante la confesión del Sr. Dambreuse, la señora le miraba de lejos curiosamente; después de ella, el joven doctor puso un vegigatorio y esperó.

La luz de la lámpara, semiculta por muebles, alumbraba la habitación desigualmente. Federico y la señora de Dambreuse, al pié de la cama, observaban al moribundo. En el hueco de una ventana, el sacerdote y el médico hablaban á media voz; la buena hermana, de rodillas, rezaba sus oraciones.

Por fin se oyó un estertor; se enfriaron las manos, empezó á palidecer el rostro. A veces respiraba de repente enormemente; poco á poco con menor frecuencia, se le escaparon dos ó tres palabras confusas; exaló un débil suspiro al mismo tiempo que sus ojos se volvían, y la cabeza cayó á un lado de la almohada.

Todos, durante un minuto, permanecieron inmóviles. La señora de Dambreuse se aproximó y sin esfuerzo, con la sencillez del deber le cerró los ojos. Después abrió los brazos, retorciéndose como en el espasmo de una desesperación contenida, y salió apoyada en el médico y en la

religiosa. Un cuarto de hora después Federico subió á su habitación.

Sentíase en ella olor indefinible, emanación de cosas delicadas que la llenaban. Encima de la cama, extendíase un traje negro, que interrumpía el color rosa del cubre pies.

La señora de Dambreuse se hallaba al lado de la chimenea, de pie. Sin suponerla violento pesar, creía él que estaría algo triste, y la dijo con voz doliente:

—¿Sufres?

—¿Yo? no; nada.

Al volverse, vió el traje y lo examinó, diciéndole á seguida que no se molestase.

—Fuma si quieres. Estás en mi casa.

Y con un gran suspiro, añadió:

—¡Ah! Virgen santa ¡qué libertad!

Federico, admirado de la exclamación, contestó besándola la mano:

—Con todo; bien libres éramos.

Aquella alusión á la facilidad de sus amores pareció ofender á la señora de Dambreuse.

—Tú no sabes los servicios que yo le prestaba, ni en medio de qué angustias he vivido.

—¿Cómo?

—Pues sí. Era una seguridad tener siempre á mi lado aquella bastarda hija, introducida en la casa á los cinco años de matrimonio, y que sin mí, seguramente, le hubiera empujado á alguna tontería.

Entonces explicó sus negocios. Se había casado bajo el régimen de la separación de bienes. Su patrimonio eran 300 mil pesetas. El señor Dambreuse, por su contrato, le había asegurado, en caso de supervivencia, 15.000 pesetas de renta con la propiedad del hotel. Pero poco tiempo después, hizo un testamento por el cual le daba toda su fortuna, que evaluaba en más de tres millones.

Federico abrió los ojos desmesuradamente.

—Eso valía la pena, ¿no es verdad? Por lo demás, yo he contribuido á ese resultado. Era, pues, mis bienes lo que defendía; Cecilia me hubiera despojado injustamente.

—¿Por qué no ha venido á ver á su padre?— dijo Federico.

A aquella pregunta, le miró la señora de Dambreuse, y contestó á seguida secamente:

—No lo sé; falta de corazón, indudablemente. ¡Oh! la conozco; así que no tendrá de mí un céntimo.

—No molestaba mucho, al menos después de su matrimonio.

—¡Ah! su matrimonio—dijo sonriendo la señora de Dambreuse. Y se lamentaba de haber tratado demasiado bien á aquella pécora, que era celosa, interesada, hipócrita. «Todos los defectos de su padre» y le denigraba más y más. Nadie de una falsedad tan profunda, además

cruel, duro como una piedra «un mal hombre, un mal hombre.»

Hasta á los más discretos se escapan faltas. La señora de Dambreuse acababa de cometer una con aquel descubrimiento de ódio. Federico, enfrente de ella, en una mecedora, reflexionaba escandalizado.

Levantóse ella y se colocó suavemente sobre sus rodillas.

—Tú solo eres bueno; solo á tí te amo.

Mirándole, su corazón se enterneció y una reacción nerviosa le arranco lágrimas, murmurando:

—¿Quieres casarte conmigo?

Creyó él al punto no haber comprendido; aquella riqueza le aturdió. Ella repitió más alto:

—¿Quieres casarte conmigo?

Por fin contestó él sonriendo:

—¿Lo dudas?

Pero el pudor le dominó enseguida y para dar al difunto una especie de reparación, se ofreció á velarle personalmente; pero como le avergonzaba aquel sentimiento piadoso, añadió en tono ligero:

—Sería quizás lo más conveniente.

—Sí, tal vez—dijo ella—por los criados.

Habían sacado la cama enteramente fuera de la alcoba. La religiosa estaba al pie, y á la

cabecera un sacerdote, y otro, hombre alto y flaco, aire español y fanático. Sobre la mesa de noche, cubierta con un paño blanco, ardían tres candeleros.

Federico cogió una silla y miró al muerto.

Su rostro estaba amarillo como la paja; un poco de espuma sanguinolenta señalaba los extremos de la boca. Tenía un pañuelo atado á la cabeza, una chaqueta de punto y un crucifijo de plata sobre el pecho, entre sus brazos cruzados.

¡Había concluido aquella existencia llena de agitaciones! ¡Cuántas visitas á las oficinas, cuántas cifras alineadas, cuántos negocios manejados, cuántas memorias oídas! ¡Cuántas charlatanerías, qué de sonrisas, qué de genuflexiones! Porque había aclamado á Napoleón, á los cosacos, á Luis XVIII, al 1830, á los obreros, á todos los regímenes, acariciando al Poder con tal amor, que hubiera pagado por venderse.

Pero dejaba la propiedad de la Fortelle, tres manufacturas en Picardía; el bosque de Crancé en el Yona, una finca cerca de Orleans, valores mobiliarios considerables.

Federico hizo de ese modo la recapitulación de su fortuna; ¡y todo aquello iba á pertenecerle! Pensó primero en «lo que dirían», en un regalo para su madre, en sus carruajes futuros, en un antiguo cochero de su familia, que quería hacer su conserje. La librea no sería la misma

naturalmente. Tomaría el gran salón como gabinete de trabajo; nada impediría derribar tres paredes, y formar en el piso segundo una galería de cuadros; quizás habría medio de organizar abajo una sala de baños turcos. En cuanto al despacho del Sr. Dambreuse, parecía desagradable; para qué podía servir?

El sacerdote que se sonaba, á la buena hermana arreglando el fuego, interrumpían brutalmente aquellas fantasías. Pero la realidad las confirmaba; el cadáver estaba siempre allí. Sus párpados se habían vuelto á abrir, y las pupilas, aunque anegadas en viscosas tinieblas, tenían una expresión enigmática, intolerable. Federico creía ver en ellas como una especie de juicio sobre él y casi sentía remordimientos, porque jamás tuvo que quejarse de aquel hombre, que, al contrario... «Vamos, un viejo miserable», y lo miraba de más cerca, para fortalecerse, gritándole mentalmente.

—¿Y qué, te he matado yo?

A todo esto el sacerdote leía su breviario; la religiosa, inmóvil, dormitaba; las torcidas de las hachas se alargaban.

Durante dos horas se oyó el sordo rodar de las carretas que desfilaban hacia los mercados. Blanquearon los cristales, pasó un coche, después un grupo de burras que trotaban por la calle, y golpes en los picaportes, gritos de vende-

dores ambulantes, ruido de trompetas; todo se confundía ya en la gran voz de París que se despertaba.

Federico se dedicó á los encargos. Fue primero á la alcaldía para hacer la declaración; después, cuando el médico de los difuntos dió su certificado, volvió á la alcaldía á decir el cementerio que escogía la familia, y á entenderse con la agencia funeraria.

El empleado exhibió un dibujo y un programa, indicando el uno las diversas clases de entierros y el otro el completo detalle del decorado. ¿Se quería un carro con galería ó un carro con penachos, caballos trenzados, lacayos con plumero, iniciales ó un blasón, lámparas fúnebres, un hombre para llevar los honores, y cuántos coches? Federico tiró de largo; la señora de Dambreuse deseaba que no se economizara nada.

Después fué á la iglesia. El vicario de los cortejos empezó por censurar la explotación de las pompas fúnebres, así que el oficial para los objetos de honor, era verdaderamente inútil; muchos cirios valían más. Se convino en una misa con música. Federico firmó lo convenido, con obligación solidaria de pagar todos los gastos.

Se dirigió enseguida al Ayuntamiento para a compra del terreno. Una concesión de dos

metros de largo por uno de ancho costaba 500 pesetas. ¿Era una concesión por 50 años ó perpetua?

—¡Oh! perpetua, dijo Federico.

Tomaba la cosa por lo serio, se molestaba. En el patio del hotel, le esperaba un marmolista para enseñarle cuentas y planos de tumbas griegas, egipcias, árabes, pero el arquitecto de la casa había ya conferenciado con la señora sobre esto; y en la mesa del vestíbulo se hallaban toda clase de prospectos relativos á la limpieza de los colchones, á la desinfección de las habitaciones, á diversos procedimientos de embalsamamiento.

Después de su comida, volvió á casa del sastre para el luto de los criados, y tuvo que hacer un último encargo, porque había pedido guantes de castor y eran guantes de seda los que procedían.

Cuando llegó al día siguiente á las diez, el gran salón se llenaba de gente, y casi todos decían hablándose en tono melancólico:

—¡Yo le he visto aún no hace un mes! ¡Dios mío, esta es la suerte de todos!

—Sí; pero procuremos que sea lo más tarde posible.

Entonces se lanzaba una risita de satisfacción, y hasta se entablaban diálogos perfectamente extraños á las circunstancias. Por fin el

maestro de ceremonias, de frac negro á la francesa y calzón corto, con capa, con su banda, espadón al costado y tricornio debajo del brazo, articuló, saludando, la frase de costumbre:

—Señores, cuando ustedes gusten.—Y marcharon.

Era día de mercado de flores en la plaza de la Magdalena; hacía un tiempo claro y suave, y la brisa que movía un poco las barracas de lienzo, hinchaba, en las orillas, el inmenso paño negro colgado de la puerta principal. El escudo del Sr. Dambreuse ocupaba un cuadro de terciopelo y se repetía tres veces. Era de *sable con el lado izquierdo de oro, con puño cerrado, guantelete de plata, con la corona de conde y esta divisa: Por todos los caminos.*

Los portadores subieron hasta lo alto de la escalera el pesado ataúd, y entraron.

Las seis capillas, el hemiciclo y las sillas estaban vestidos de negro. El catafalco, debajo del coro, formaba, con sus grandes cirios, un solo foco de luces amarillas. En los dos ángulos ardían, en candelabros, antorchas de espíritu de vino.

Los más importantes tomaron sitio en el santuario, los demás en la nave, y empezó el oficio. Excepto algunos, la ignorancia religiosa de la mayoría era tan profunda, que el maestro de ceremonias, de cuándo en cuándo, les hacía

seña para que se levantaran, se arrodillaran y volvieran á sentarse. El órgano y los dos contrabajos alternaban con las voces; en los intervalos de silencio se oía el murmullo del sacerdote en el altar; después la música y los cantos se repetían.

Una luz mate caía de las tres cúpulas; pero la puerta abierta enviaba horizontalmente como un río de claridad blanca que tocaba en las cabezas descubiertas; y en el aire, á la mitad de la altura de la nave, flotaba una sombra, entre cortada por los reflejos del oro que decoraba la moldura de las pechinas y el follaje de los capiteles.

Federico, para distraerse, oyó el *Dies iræ*; se fijaba en los asistentes; trataba de ver las pinturas demasiado altas que representaban la vida de la Magdalena. Felizmente, Pellerin se acercó á él, y empezó seguidamente, á propósito de los frescos, una larga disertación. La campana sonó, y salieron de la iglesia.

El carro fúnebre, adornado con paños colgantes y altos plumajes, se encaminó hacia el Père Lachaise, tirado por cuatro caballos negros de crines trenzadas, con penachos, y envueltos hasta los cascotes en anchos gualdrapas bordados de plata. Su cochero, con botas á lo escudero, llevaba un sombrero de tres picos con un largo crespón que caía. Las cintas correspon-

dían á cuatro personajes: un Cuestor de la Cámara de Diputados, un miembro del Consejo general del Aube, un delegado de las hullas, y Fumichon, como amigo. El coche del difunto y doce más de luto seguían. Los convidados, detrás, llenaban el centro del bulevar.

Para ver todo aquello, se paraban los transeúntes; mujeres con sus chiquillos en brazos, se subían en sillas, y gentes que tomaban copas en los cafés se asomaban á las ventanas, con un taco de billar en la mano.

El camino era largo, y (como en las comidas de ceremonia en que se está reservado al principio y después expansivo) la actitud general flaqueó muy pronto. No se hablaba más que de la negativa de subsidio dada por la Cámara al Presidente.

Piscatory se había manifestado demasiado acerbo, Montalembert, «magnífico como de costumbre», y los señores Chambolle, Pidoux, Creton, y la comisión toda, quizás hubieran debido seguir la opinión de los señores Quentin-Bauchard y Dufour.

Aquellas conversaciones continuaron en la calle de la Roquette, sembrada de tiendas, donde no se ven más que cadenas de vidrio de color y rodela negra cubiertas de dibujos y letras de oro, lo que les daba parecido con grutas de estalactitas y almacenes de porcelana. Pero

delante de la reja del cementerio todo el mundo se calló, instantáneamente.

Elevábanse las tumbas en medio de los árboles, columnas destrozadas, pirámides, templos, *dólmenes*, obeliscos, panteones etruscos con puerta de bronce. Veíanse en algunos, especies de gabinetes fúnebres, con sillones rústicos y sillas de tijera. Las telarañas colgaban como guiñapos de las cadenillas de las urnas; y el polvo cubría los lazos de cintas de raso, y los crucifijos. Por todas partes, entre las balaustradas, sobre las tumbas, coronas de siemprevivas y candeleros, vasos, flores, discos negros con letras doradas, estatuas de yeso, niños, niñas ó angelitos suspendidos en el aire por hilo de alambre; muchos hasta tenían un tejado de zinc sobre la cabeza. Cordones enormes de cristal hilado, negro, blanco y azul, descendían de lo alto de los monolitos hasta el pie de las escaleras, con largas roscas como boas.

El sol, quebrándose encima de todo aquello, lo hacía relucir entre las cruces de madera negra; y el ataúd, avanzaba en los caminos principales que están empedrados como las calles de una ciudad. De cuándo en cuándo crugían los ejes. Mujeres de rodillas, cuyo traje se arrastraba por la yerba, hablaban dulcemente á los muertos.

Blanquecinos vapores salían por entre el

verdor de los tejos; eran ofrendas abandonadas, restos que se quemaban.

La fosa del Sr. Dambreuse estaba próxima á las de Manuel y Benjamín Constant. El terreno baja en aquel sitio por pendiente abrupta; al pie se ven cimas de árboles verdes, y más lejos chimeneas de bombas de incendio y después toda la gran villa.

Federico pudo admirar el paisaje mientras se pronunciaban los discursos. El primero, en nombre de la Cámara de Diputados, el segundo en nombre del Consejo general del Aube, el tercero, en nombre de la Sociedad hullera de Saône-et-Loire, el cuarto en nombre de la Sociedad de agricultura del Yonne; y hubo otro, en nombre de una Sociedad filantrópica. Por fin, ya se iba la gente, cuando un desconocido se puso á leer un sexto discurso, en nombre de la Sociedad de los anticuarios de Amiens.

Y todos aprovecharon la ocasión para troñar contra el socialismo, del cual había muerto víctima el Sr. Dambreuse. El espectáculo de la anarquía y su afecto al orden eran lo que abreviaron sus días. Se elogiaron sus luces, su probidad, su generosidad y hasta su mutismo como representante del pueblo, porque sino era orador, poseía en cambio aquellas sólidas cualidades, mil veces preferibles, etc... con todas las frases que es preciso decir: «Fin prematuro;

eterno pesar; la otra patria; adiós, ó más bien, no, hasta la vista.»

La tierra, mezclada de guijarros cayó, y ya el mundo no volvería á ocuparse del difunto. Aun se habló de él un poco volviendo del cementerio, y no se reservaba la gente al apreciarle. Hussonnet, que debía dar cuenta del entierro en los periódicos, hasta repitió en broma todos los discursos; porque, en fin, el buen hombre de Dambreuse había sido uno de los *potdevinistes* más distinguidos del último reinado. Después los coches del duelo se llevaron á los burgueses á sus negocios, felicitándose de que la ceremonia no había durado demasiado.

Federico, cansado, entró en su casa.

Cuando al día siguiente se presentó en el hotel Dambreuse, le manifestaron que la señora trabajaba abajo, en el despacho. Las cajas, los cajones, estaban abiertos y revueltos, los libros de cuentas tirados á izquierda y derecha, un rollo de papeles que llevaba el título de «Reintegros desesperados», andaba por el suelo; á punto estuvo de caerse encima y lo levantó. La señora de Dambreuse desaparecía escondida en el sillón grande.

—Y bien, ¿dónde está usted, qué hay?

Ella se levantó de un salto.

—¿Lo que hay? Que estoy arruinada, arruinada, entiendes?

Adolfo Langlois, el notario, la llamó á su estudio y le comunicó el testamento de su marido, escrito antes de su matrimonio. Legaba todo á Cecilia, y el otro testamento se había perdido. Federico se puso muy pálido. Sin duda habría buscado mal.

—Pero mira—dijo la señora de Dambreuse enseñándole la habitación.

Las dos cajas abiertas á golpes de hacha y mazo, estaban rotas, el pupitre fuera de su sitio, registrados los papeles y los legajos; de repente lanzó un grito agudo y se precipitó hacia un rincón en que acababa de percibir una cajita con cerradura de cobre; la abrió, y nada.

—¡Ah, el miserable! Yo que le he cuidado con tanto desinterés.

Y estalló en sollozos.

—Quizás esté en otra parte—dijo Federico.

—No; estaba ahí, en una caja; lo he visto recientemente. Lo ha quemado, con seguridad.

Un día, al principio de su enfermedad, el Sr. Dambreuse había bajado para echar algunas firmas.

—Y entonces habrá dado el golpe.

Y se dejó caer en una silla, aniquilada. Una madre de duelo no se lamentaba más junto á una cuna vacía, que la señora de Dambreuse ante las cajas abiertas. Por fin, su dolor, á pesar de la bajeza del motivo, parecía tan profundo,

que Federico procuró consolarla diciéndola que después de todo, no se encontraba reducida á la miseria.

—Es la miseria, puesto que no puedo ofrecerte una gran fortuna.

No tenía más que treinta mil pesetas de renta, sin contar con el hotel que valdría quizás de diez y ocho á veinte.

Aunque aquello fuera la opulencia para Federico, no por eso dejaba de experimentar una decepción. Adios sus sueños y toda la gran vida que pensó en llevar. El honor le obligaba á casarse con la señora de Dambreuse; reflexionó un minuto, y dijo después con ternura:

—Siempre te tendré á tí.

Arrojóse ella en sus brazos, y él la estrechó contra su pecho, con un estremecimiento en que había algo de admiración hacia sí mismo. La señora de Dambreuse, cuyas lágrimas ya no corrían, levantó su rostro radiante de dicha y dijo cogiéndole la mano:

—Nunca he dudado de tí; contigo contaba.

Aquella certidumbre anticipada de lo que consideraba como una hermosa acción, desagradó al joven.

Luego le llevó á su cuarto y formaron proyectos. Federico debía pensar ahora en lanzarse, y ella hasta le dió acerca de su candidatura admirables consejos.

El primer punto era saber dos ó tres frases de economía política; necesitaba escoger una especialidad; como por ejemplo, la cria caballar, escribir muchas memorias sobre una cuestión de interés local; tener siempre á disposición administraciones de correos ó estancos, hacer una multitud de pequeños servicios. El señor Dambreuse se había manifestado en estas cosas un verdadero modelo. Así, una vez en el campo, había hecho pasar su charabanc, lleno de amigos, delante del portal de un zapatero, había comprado para sus huéspedes doce pares de calzado y para él unas botas espantosas que tuvo hasta el heroísmo de llevar durante quince días. Aquella anécdota les puso alegres; contó ella otras y con un grau finjo de gracia, de juventud y de ingenio.

Aprobó su idea de un viaje inmediato á Nogent. Su despedida fué tierna, y sobre el dintel murmuró una vez más;

—¿No es verdad que me amas?

—Eternamente—contestó.

Un mandadero le esperaba en su casa con dos letras en lápiz, anunciándole que Rosanete iba á dar á luz. Había tenido tantas ocupaciones hacia algunos días, que no pensaba ya en eso. Ella había ido á un establecimiento especial, en Chaillot.

Federico tomó un coche y partió.

En la esquina de la calle de Marbeufleyó en una muestra con grandes letras: «Casa de salud y partos, de la señora Alessandri, comadrona de primera clase, exalumna de la Maternidad, autora de varias obras, etc.»

Y en el centro de la calle, sobre la puerta, puertecilla de quita y pon, la muestra repetía (sin la palabra parto): «Casa de salud de la señora Alessandri» con todos sus títulos.

Federico dió un aldabonazo.

Una doncella, con facha de doncellita confidente le introdujo en el salón adornado con una mesa de caoba, sillones de terciopelo granate y un reló debajo de un fauá.

Casi al punto apareció la señora. Morena, alta, de cuarenta años, delgada, de hermosos ojos, de estilo mundano. Manifestó á Federico el feliz alumbramiento de la madre, y le hizo subir á su cuarto.

Rosanete se puso á sonreír inefablemente, y como sumergida en las oleadas de amor que la ahogaban, dijo en voz baja:

—Un muchacho, allí, allí, designando cerca de su cama una cuna.

Separó él las cortinas y vió, entre las ropas algo de rojo amarillento, extremadamente arrugado que olía mal y gemía.

—Bésale.

El contestó para ocultar su repugnancia:

—Tengo miedo de hacerle daño.

—No, no.

Entonces besó co el extremo de los labios á su hijo.

—¿Cómo se te parece!

Y con sus dos brazos débiles, se colgó de su cuello, con una efusión de sentimiento que jamás había él visto.

El recuerdo de la señora de Dambreuse acudió y se reprochó como una monstruosidad traicionar á aquel pobre ser que amaba y sufría con toda la franqueza de su naturaleza. Durante muchos días la acompañó hasta la noche.

Encontrábase ella feliz en aquella casa desierta: hasta los postigos de la fachada permanecían constantemente cerrados; su cuarto empapelado Persia claro, daba á un gran jardín; la señora Alessandri, cuyo único defecto era citar como íntimos á los médicos ilustres, la rodeaba de atenciones; sus compañeras, casi todas solteras de provincia, se aburrían mucho, no teniendo quien viniera á verlas; Rosanette se penetró de que la envidiaban, y se lo dijo á Federico con orgullo. Sin embargo, era preciso hablar bajo; los tabiques eran delgados y todo el mundo andaba escuchando, á pesar del ruido continuo de los pianos.

Iba por fin á marcharse á Nogent, cuando recibió una carta de Deslauriers.

Dos nuevos candidatos se presentaban, uno conservador y otro rojo; un tercero, quien quiera fuese, no tenía probabilidades. La culpa era de Federico, que había dejado pasar el momento oportuno; debía haber venido antes, moverse. «Ni siquiera te han visto en los comicios agrícolas.» El abogado le censuraba de haber descuidado los periódicos. «Si tú hubieras seguido en otro tiempo mis consejos; si tuviéramos una hoja pública nuestra!» Insistía sobre esto. Por lo demás, muchas personas que habrían votado á su favor, en consideración al Sr. Dambreuse, le abandonarían ahora. Deslauriers era de esos. No teniendo nada que esperar del capitalista, dejaba á su protegido.

Federico llevó su carta á la señora de Dambreuse.

—¿No has estado, pues, en Nogent?—preguntó.

—¿Para qué?

—Es que he visto á Deslauriers hace tres días.

Sabiendo la muerte de su marido, vino el abogado á traerle nota sobre las hullas, y á ofrecerle sus servicios como hombre de negocios. Aquello pareció extraño á Federico; y qué hacía su amigo allí?

La señora de Dambreuse quiso saber el empleo de su tiempo desde su separación.

—He estado enfermo,—respondió.

—Deberías, por lo menos, haberme avisado.

—No valía la pena; además, había tenido multitud de arreglos, citas, visitas...

Desde entonces llevó una existencia doble, durmiendo religiosamente en casa de la Mariscalá y pasando la tarde en casa de la señora de Dambreuse, tanto que apenas le quedaba en el centro del día una hora de libertad.

El niño estaba en el campo, en Andilly. Iban á verle todas las semanas.

La casa de la nodriza estaba situada en lo alto del pueblo, al fondo de un patinillo sombrío como un pozo, paja por el suelo, gallinas acá y allá, una carreta de legumbres en el cobertizo. Rosanette empezaba por besar frenéticamente á su angelote, y excitada por una especie de delirio, iba y venía; intentaba ordeñar la cabra, comía pan bazo, aspiraba el olor del estiércol, quería poner un poco en su pañuelo.

Daban grandes paseos; ella entraba en casa de los jardineros, arrancaba las ramas de lilas que colgaban por fuera de los muros, y gritaba: «Arre, borriquillo» á los asnos que tiraban de los carretones, deteniéndose á contemplar por la reja el interior de los grandes jardines; ó bien la nodriza cogía al niño, le ponían á la sombra debajo de un nogal, y las dos mujeres,

largaban, durante horas enteras, pesadas necesidades.

Federico junto á ellas, contemplaba los cuadros de las viñas, en las pendientes del terreno, con la copa de un árbol de trecho en trecho, y los polvorientos senderos parecidos á cintos grises; las casas en medio del verde acusaban manchas blancas y rojas; y á veces, el humo de una locomotora se alargaba horizontalmente, al pié de las colinas cubiertas de follaje, como gigantesca pluma de avestruz cuya ligera punta volara al viento. Después posaba sus ojos en su hijo. Figurábasele joven; sería su compañero; quizás se convertiría en un tonto, un desgraciado seguramente. La ilegitimidad de su nacimiento le oprimiría siempre; más le hubiera valido no haber nacido, y Federico murmuraba: «¡Pobre niño!» con el corazón lleno de una incomprensible tristeza.

Con frecuencia perdían el último tren. Entonces la señora de Dambreuse le reñía por su inexactitud; y él le contaba una historia.

Preciso era inventar otra para Rosanette, que no comprendía en qué empleaba las noches; y cuando enviaba á su casa nunca estaba. Un día que se encontraba en ella, ambas se presentaron casi á la vez; obligó á marcharse á la Mariscalá y escondió á la señora de Dambreuse, diciéndole que iba á venir su madre.

Pronto llegaron á divertirse aquellas mentiras; repetía á la una los juramentos que acababa de hacer á la otra, les enviaba ramos semejantes, les escribía al mismo tiempo; luego establecía comparaciones entre ellas; pero siempre había una tercera presente en su pensamiento. La imposibilidad de ternura le justificaba por sus perfidias, que avivaban el placer con la alternativa; y cuanto más engañaba á cualquiera de las dos, más la amaba, como si sus amores se hubiesen reanimado recíprocamente, y por una especie de emulación, hubiera cada una querido hacerle olvidar á la otra.

—Admira mi confianza—le dijo un día la señora de Dambreuse, desdoblando un papel en que se le denunciaba que el Sr. Moreau vivía conyugalmente con una cierta Rosa Bron. ¿Sería quizás la señorita de las carreras?

—¡Qué absurdo!—contestó—Déjame ver.

La carta, escrita en caracteres romanos no estaba firmada. La señora de Dambreuse, al principio, había tolerado aquella amante que ocultaba su adulterio; pero habiendo aumentado su pasión, exigió una ruptura, cosa hasta mucho tiempo realizada, según Federico. Cuando hubo terminado sus protestas, replicó ella, entornando los ojos en que brillaba una mirada semejante á la punta de un estoque bajo museлина:

—Bueno, ¿y la otra?

—¿Qué otra?

—La mujer del de las porcelanas.

Se encogió él de hombros desdeñosamente, y ella no insistió.

Pero un mes más tarde, hablando de honor y lealtad, elogiando él la suya (de una manera incidental, por precaución), dijo ella:

—Es verdad; eres honrado, no vas ya por allí.

Federico; que pensaba en la Mariscalá, balbuceó.

—¿A dónde?

—A casa de la señora de Arnoux.

Suplicóla él que le confesara por qué conducto tenía la noticia. Era por su costurera del segundo, la de Regimbart.

¡Así, ella conocía su vida y él nada sabía de la suya!

Sin embargo, había descubierto en su tocador la miniatura de un señor de largos bigotes; ¿era el mismo de que en otro tiempo le habían contado una vaga historia? Pero no existían medios de saber más de aquello. Además, ¿de qué serviría? Los corazones de las mujeres son como esos mueblecitos de secreto, llenos de cajones embutidos unos en otros: se molesta uno, se rompe las uñas, y en el fondo se encuentra alguna flor seca, restos de polvo ó el

vacío. Y quizás temiera también llegar á conocer demasiado.

Obligábale ella á rehusar las invitaciones para sitios adonde no pudiera ir sin él, le tenía á su lado, tenía miedo de perderle; y á pesar de aquella unión cada día mayor, se descubrían repentinamente abismos entre ellos, á propósito de cosas insignificantes, la apreciación sobre una persona, una obra de arte.

Tenía una manera de tocar el piano correcta y dura. Su espiritualismo (la señora de Dambreuse creía en la transmigración de las almas á las estrellas) no le impedía llevar su caja admirablemente. Era altanera con sus servidores, sus ojos permanecían siempre secos ante los harapos de los pobres. Un ingénito egoísmo se manifestaba en sus frases ordinarias: «¿Qué me importa eso? ¿Qué bueno estaría! ¿Tengo acaso necesidad?» y mil pequeños actos inanalizables, odiosos. Sería capaz de escuchar detrás de las puertas; debía mentir á su confesor. Por espíritu de dominación, quiso que Federico la acompañase los domingos á la iglesia; obedeció y le llevaba el libro.

La pérdida de su herencia la había cambiado notablemente. Aquellas pruebas de dolor que se atribuían á la muerte del Sr. Dambreuse la hacían interesante, y como en otro tiempo, recibía mucha gente. Desde el fracaso electoral

de Federico ambicionaba para ellos dos una legación en Alemania; así que la primera cosa que había que hacer era someterse á las ideas reinantes.

Unos querían el Imperio, otros á los Orléans, otros al conde de Chambord; pero todos convenían en la urgencia de la descentralización, y se proponían muchos medios como estos: cortar á Paris en una porción de grandes calles para establecer en ellas pueblos; trasladar á Versalles la residencia del Gobierno; llevar las escuelas á Bourges, suprimir las bibliotecas; confiarlo todo á los generales de división; y se elogiaba el campo, puesto que naturalmente el hombre inculto tiene mejor sentido que los demás. Los odios abundaban: odio contra los maestros de escuela y contra los comerciantes de vino; contra las clases de filosofía, contra los cursos de historia, contra las novelas; los chalecos encarnados, las barbas largas, contra toda independencia, toda manifestación individual; porque era preciso «levantar el principio de autoridad»; que se ejerciera en cualquier nombre, que viniera de cualquier parte; con tal que fuese la fuerza, la autoridad. Los conservadores hablaban ahora como Sénecal. Federico no comprendía ya; y encontraba en casa de su antigua amante las mismas cuestiones, planteadas por los mismos hombres.

Los salones de las cortesanas (de este tiempo data su importancia) eran terreno neutral donde los reaccionarios de extremos diferentes, se encontraban. Hussonnet, que se consagraba á denigrar las glorias contemporáneas (buena cosa para la restauración del orden) inspiró á Rosanette el deseo de tener sus reuniones como cualquiera otra; él hacía las crónicas. Primero le llevó un hombre sério, Fumichon; después apareció Nonancourt; el Sr. de Grémonville, el Sr. de Larsilloix, exgobernador, y Cisy, que por entonces era agrónomo, bretón y más que nunca cristiano.

Venían, además, antiguos amantes de la Mariscalá, como el barón de Comaing, el conde de Jumillac y algunos otros; la libertad de sus maneras ofendía á Federico.

Para manifestarse el amo, aumentó el tren de la casa. Tomó entonces un groom, se cambió de alojamiento, y se tuvo un mobiliario nuevo. Aquellos gastos eran útiles para hacer que pareciera su matrimonio menos desproporcionado con su fortuna. Así disminuía espantosamente; y Rosanette no comprendía nada de aquello.

Burguesa salida de su esfera, adoraba la vida doméstica, un pequeño interior apacible. Sin embargo, estaba contenta con recibir «un día»; decía: «Esas mujeres», hablando de sus seme-

jantes: quería ser «una señora de la buena sociedad», se creía de ellas. Rogó á Federico que no fumara en el salón, intentó que comiera de vigilia, por buen tono.

Mentía á su papel, por fin, porque se hacía seria, y hasta antes de acostarse, manifestaba siempre alguna melancolía, como hay cipreses á la puerta de una taberna.

El descubrió la causa de todo aquello: soñaba con casarse; ¡ella también! Federico se exasperó. Además, recordaba su aparición en casa de la señora de Arnoux, y por último le guardaba rencor por habersele resistido tanto.

No por esto dejaba de averiguar quiénes habían sido sus amantes. Ella los negaba todos. Una especie de celos le agitaba; se irritó por los regalos que había recibido, que recibía; y á medida que el fondo mismo de su persona le mortificaba más, con gusto de los sentidos, áspero y brutal, le arrastraba hácia ella, ilusiones de un minuto que se resolvían en aborrecimiento.

Sus palabras, su voz, su sonrisa, todo acabó por desagradarle, sobre todo sus miradas, aquel ojo de mujer eternamente límpido é inepto. Tan hastiado se encontraba á veces, que la hubiera visto morir sin conmoverse. ¿Pero cómo incomodarse? Era de una dulzura desesperante. Volvió Deslauriers, y explicó su perma-

nencia en Nogent, diciendo que trataba de adquirir allí un estudio de abogado. Federico se puso contento con verle; ¡al fin era alguien! Y le introdujo en la intimidad de aquella compañía.

El abogado comía en casa de ellos de cuándo en cuándo, y cuando se producían pequeñas discusiones, se declaraba siempre por Rosanette, hasta tal punto que Federico le dijo en una ocasión:

—Y acuéstate con ella, si eso te agrada; tanto deseaba una casualidad que le libertara.

Hacia mediados del mes de Junio, recibió ella un aviso del abogado Atanasio Gautherot, invitándola a pagar cuatro mil pesetas debidas á la señorita Clemencia Vatnaz; si no, vendría á embargarla al día siguiente.

En efecto, de los cuatro pagarés suscritos en otro tiempo, solo uno estaba satisfecho; porque el dinero que desde entonces pudo allegar pasó á otras necesidades.

Corrió á casa de Arnoux; vivía en el barrio Saint-Germain, y el portero ignoraba la calle. Se trasladó á casa de muchos amigos y no encontró á nadie, volviendo desesperada. No quería decir nada á Federico, temblando porque aquella nueva historia perjudicara á su matrimonio.

Al día siguiente por la mañana, el señor Ata-

nasio Gautherot se presentó, acompañado de dos acólitos, el uno descolorido, de semblante desmirriado, aire devorado por la envidia; el otro con cuello postizo y trabillas muy estiradas, con un dedal de tafetán negro en el índice; y ambos innoblemente sucios, cuellos grasientos y mangas de levita demasiado cortas.

Su principal, guapo mozo, por el contrario, empezó por disculparse de su penosa misión, mirando de paso la habitación, «llena de lindas cosas, palabra de honor», y añadió: «además de aquellas que no se pueden coger.» A un gesto suyo, desaparecieron los dos corchetes.

Entonces redoblaron sus cumplimientos. ¿Podía creerse que una persona tan encantadora no tuviera un amigo serio? Una venta judicial era una verdadera desgracia, de la que jamás se levanta uno. Trató de asustarla, y después, viéndola conmovida, adoptó súbitamente un tono paternal. El conocía el mundo, había tenido negocios con todas aquellas señoras, y al nombrarlas se puso á examinar los cuadros de las paredes; antiguos del bravo Arnoux, bocetos de Sombaz, acuarelas de Burieu; tres paisajes de Dittmer. Rosanette no sabía evidentemente los precios. El Sr. Gautherot se volvió hacia ella y le dijo:

—Vaya; para demostrar á usted que soy un buen muchacho, hagamos una cosa: cédame us-

ted esos Dittmer y yo lo pago todo. ¿Convenido?

En aquel momento, Federico, á quien Delina había instruido en la antesala y que acababa de ver á los dos satélites, entró con el sombrero puesto y un aire brutal. El Sr. Gautherot, recobró su dignidad, y como la puerta había quedado abierta:

—Vamos, señores, escriban ustedes. En la segunda pieza, decíamos: una mesa de roble, con sus dos suplementos; dos aparadores...

Federico le detuvo, preguntando si no había algún medio de impedir el embargo.

—Perfectamente; ¿quién ha pagado los muebles?

—Yo.

—Pues bien, formule usted una reivindicación esto siempre será ganar tiempo.

El Sr. Gautherot acabó de prisa sus escritos, y en el proceso verbal, citó en relación á la señorita Bron, y se retiró.

Federico no dirigió un solo reproche. Contemplando sobre la alfombra las huellas de barro dejadas por los zapatos de los corchetes, se dijo á sí propio:

—Va á ser preciso buscar dinero.

—¡Ay, Dios mío, qué bestia soy!—dijo la Mariscalá.

Buscó en un cajón, cogió una carta y se fué

corriendo á la Sociedad de alumbrado del Languedoc, para obtener la transferencia de sus acciones.

Una hora después volvió. Los títulos habían sido vendidos á otro! El empleado le dijo al examinar su papel, la primera escrita por Arnoux: «Este acta no la constituye á usted propietaria de ninguna manera. La Compañía no reconoce esto». En resumen, que la había despedido; estaba sofocada; y Federico debería ir en aquel mismo instante á casa de Arnoux para aclarar la cosa.

Pero Arnoux creería, quizás, que iba para recobrar indirectamente las quince mil pesetas de su hipoteca perdida; y luego aquella reclamación á un hombre que había sido el amante de la que lo era suya ahora, le parecía una vergüenza. Eligiendo un término medio, fué al hotel Dambreuse á preguntar las señas de la señora Regimbart, envió á su casa un mandadero y conoció así el café que frecuentaba entonces el ciudadano.

Era un cafetillo de la plaza de la Bastilla, donde permanecía toda la tarde, en el rincón de la derecha al fondo, no dando más señales de vida que si formara parte del inmueble.

Después de haber pasado sucesivamente por la media taza, el grog, el *bischof*, el vino caliente y hasta el agua envinada, se había entre-

gado á la cerveza; y de media en media hora, dejaba escapar esta palabra: «Bock», habiendo reducido su lenguaje á lo indispensable. Federico le preguntó si veía alguna vez á Arnoux.

—No.

—Calla, y por qué?

—Un imbécil.

La política quizás los separase, y Federico creyó hacer bien informándose de Compain.

—¡Qué bruto! —dijo Regimbart.

—¿Cómo es eso?

—Su cabeza de vaca...

—¡Ah! Dígame usted lo que es eso de la cabeza de vaca.

Regimbart se sonrió compasivamente.

—Necedades.

Federico, después de un silencio prolongado, preguntó:

—¿Con que ha cambiado de domicilio?

—¿Quién?

—Arnoux.

—Sí. Calle de Fleurus.

—¿Qué número?

—¿Acaso trató yo á los jesuitas?

—¿Cómo jesuitas!

El ciudadano contestó furioso:

—Con el dinero de un patriota que yo le dí á conocer, ese cochino se ha establecido como comerciante en rosarios.

—No es posible.

—Vaya usted á verlo.

Nada más exacto; Arnoux, debilitado por un ataque, se había inclinado á la religión; además, «siempre había tenido un fondo religioso,» y (con la alianza de mercantilismo y de ingenuidad que le era natural) para conseguir su salvación y su fortuna, se dedicó al comercio de objetos religiosos.

Federico encontró sin esfuerzo su establecimiento, cuya muestra era: *A las artes góticas.*—Restauración del culto.—Ornamentos de iglesia.—Escultura policroma.—Incienso de los reyes magos, etc., etc.

A los dos extremos de la vitrina se veían dos estatuas de madera, pintadas de oro, cinabrio y azul; un San Juan Bautista con su piel de borrego, y una Santa Genoveva, con rosas en su delantal y una rueca debajo del brazo; también había grupos de yeso; una hermana de la caridad enseñando á una chiquilla, una madre de rodillas junto á una cuna, tres colegiales delante de la sagrada mesa. El más bonito era una especie de *chalet* que figuraba el interior del retablo con la mula, el buey y el niño Jesús, colocado sobre paja, verdadera paja. De alto á bajo de los armarios, medallas por docenas, rosarios de toda clase conchas para agua bendita y los retratos de las glorias eclesiásticas, entre las cuales bri-

llaban monseñor Affre y el Santo Padre, ambos sonriendo.

Arnoux, en su escritorio, dormitando con la cabeza baja, prodigiosamente envejecido, y hasta tenía alrededor de las sienas una corona de granos rosados y el reflejo de las cruces doradas, brillantes por el sol, se fijaba en él.

Federico, ante aquella decadencia, se entristeció. Por adhesión á la Mariscala, se resignó, sin embargo, y se adelantaba, cuando en el fondo de la tienda se apareció la señora de Arnoux; entonces giró los talones.

—No le he encontrado—dijo al entrar en su casa.

Y al repetir que iba á escribir á su notario del Havre, para tener dinero, Rosanette se enfureció. No se había visto nunca un hombre tan débil, tan blando; mientras que ella sufría mil privaciones, los demás se regodeaban.

Federico pensó en la pobre señora de Arnoux, figurándose en la medianía lastimosa de su interior. Se fué á su escritorio, y como continuara la voz ágría de Rosanette, dijo:

—En nombre del cielo, cállate.

—¿Vas á defenderles, por casualidad?

—Pues bien, sí—exclamó—porque ¿de dónde procede ese encarnaamiento?

—Y tú ¿por que no quieres que paguen? Es por no afligir á tu antigua amiga, confíesalo.

Le dieron ganas de aplastarla con el reloj; las palabras le faltaron y se calló. Rosanette, siguiendo sus paseos por el cuarto, añadió:

—Voy á formarle proceso á tu Arnoux. ¡Oh! no te necesito—y pellizcándose los labios, dijo: «Yo consultaré.»

Tres días después, Delfina entró precipitadamente.

—¡Señora, señora! ahí hay un hombre con un cacharro de cola, que me da miedo.

Rosanette fué á la cocina y vió un ganapan, con la cara señalada de viruela, paráltico de un brazo, tres cuartas partes de borracho y tartamudeando. Era el cartelero del Sr. Gautherot. La oposición al embargo se había desestimado, y llegaba la venta, naturalmente.

Por su molestia de subir la escalera, reclamó primeramente una copa; después pidió otro favor, á saber: billetes de teatro, creyendo que la señora era una actriz. Estuvo luego muchos minutos haciendo guiños incomprensibles con los ojos; y por último, declaró que mediante cuarenta céntimos, rompería las esquinas del anuncio ya puesto abajo sobre la puerta. Rosanette había sido designada por su nombre, rigor que demostraba todo el odio de la Vatuaz. ®

En otro tiempo había sido sensible, y harta de una pena de corazón escribió á Béranger pidiéndole consejo. Pero se había agriado al peso

de las borrascas de la existencia, habiendo, sucesivamente, dado lecciones de piano, presidiendo una mesa redonda, colaborado en periódicos de modas, subarrendado habitaciones, traficado en encajes en la sociedad de mujeres lijeras, donde sus relaciones le permitieron hacer favores á muchas personas, Arnoux entre otras. Antes trabajó en una casa de comercio.

Allí pagaba á las obreras, y llevaba para cada una de ellas dos libros, de los que conservaba uno siempre. Dussardier, que tenía por complacencia, el de una, llamada Hortensia Baslin, se presentó un día en la caja, en el momento en que la señorita Vatnaz traía la cuenta de aquella muchacha, 1.682 pesetas, que el cajero pagó. Pero la víspera misma, Dussardier no había inscrito sino 1.082 en el libro de la Baslin. Se lo pidió con un pretexto, y después, queriendo desterrar aquella historia de robo, le dijo que lo había perdido. La obrera repitió cándidamente su mentira á la señorita Vatnaz; ésta, para saber á qué atenerse, con aire indiferente, vino á hablar de ello al bravo dependiente; contentándose él con responder: «Lo he quemado» y no hubo más. Ella dejó la casa poco tiempo después, sin creer en la destrucción del libro, y figurándose que Dussardier lo guardaba.

A la noticia de su herida, corrió á casa de Dussardier con la intención de recuperarlo. Lue-

go, no habiendo descubierto nada, á pesar de las pesquisas más exquisitas, sintió respeto, y pronto amor por aquel muchacho tan leal, tan dulce, tan heróico y tan fuerte. Semejante fortuna á su edad era inesperada, y se arrojó á ella con apetito de ogro. Por ella abandonó la literatura, el socialismo, «las doctrinas consoladoras y las utopías generosas,» el curso que daba sobre la *Desubalternización de la mujer*, todo, hasta el mismo Delmar; y por fin ofreció á Dussardier que se unirían en matrimonio.

Por más que fuera su amante, no estaba él enamorado de ella; además, no había olvidado su robo; también era demasiado rica, así que rehusó casarse. Entonces, ella le dijo llorando los sueños que había formado: poner entre los dos un almacén de confección.

Poseía ella los primeros fondos indispensables, que se aumentarían con 4.000 pesetas en la próxima semana, y contó sus prevenciones contra la Mariscala.

Dussardier lo sintió por consideración á su amigo. Recordaba la pética ofrecida en el cuerpo de guardia, las noches del muelle Napoleón, tantas agradables conversaciones, los libros prestados, las mil complacencias de Federico; así que rogó á la Vatnaz que desistiera.

Burlóse ella de su candidez, manifestando contra Rosanette una execración incomprensi-

ble; hasta no ambicionar la fortuna sino para aplastarla más adelante con su carroza.

Aquellos abismos de negrura asustaron á Dussardier, y cuando supo positivamente el día de la venta, salió. Al día siguiente, por la mañana, se presentó en casa de Federico con actitud embarazosa.

—Tengo que dar á usted satisfacción.

—¿Por qué?

—Debe usted tenerme por ingrato, á mí, por ella es... —Baluceaba. —¡Oh! no la veré más, no seré su cómplice. —Y como el otro le miraba muy sorprendido: «¿No van dentro de tres días á vender los muebles de su amante de usted?

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Ella misma, la Vatnaz; pero temo ofender á usted...

—Imposible, querido amigo.

—¡Ah, es verdad! ¿es usted tan bueno!

Y le alargó con mano discreta una carterita de badana, con 4.000 pesetas, que eran todas sus economías.

—¿Cómo? ¡Ah! no, no...

—Ya sabía yo que se ofendería usted —replicó Dussardier con una lágrima en los ojos.

Federico estrechó su mano, y el excelente muchacho repuso con voz doliente:

—Aceptelas usted; deme usted ese gusto. ¿No ha concluído todo, además? Yo había creído

cuando llegó la revolución que seríamos felices. ¿Se acuerda usted qué hermoso era aquello? ¡Qué bien se respiraba! Pero estamos peor que nunca.

Y fijando la vista en el suelo, añadió:

—Ahora matan nuestra República, como han matado la otra, ¡la romana, y la pobre Venecia, la pobre Polonia, la pobre Hungría! ¡Qué abominaciones! Primero han destruído los árboles de la libertad, después restringido el derecho de sufragio, cuando los clubs, restablecido la censura y entregado á los curas la enseñanza, en espera de la Inquisición. ¿Por qué no? Los conservadores nos hacen desear á los cosacos. Se econdena á los periódicos cuando hablan contra la pena de muerte; París está repleto de bayonetas, diez y seis provincias en estado de sitio; y una vez más ha sido rechazada la amnistía.

Le cogió la frente con ambas manos, y separando luego los brazos como en un gran dolor, le dijo:

—¡Si se intentara, sin embargo! ¡Si estuvieran de buena fe, podríamos entendernos! Pero no, los obreros no valen más que los burgueses, sépalo usted. En Abloenf, recientemente, han reclamado su socorro en un incendio. Los miserables tratan á Barbés de aristócrata. Para que se burlen del pueblo, quieren nombrar presidente á Nadant, un albañil, ¿le parece á usted? Y no

hay medio, no tiene cura, todo el mundo está contra nosotros. Yo no he hecho mal jamás, y sin embargo tengo como un peso sobre el estómago; me volveré loco si esto continúa. Me dan ganas de hacerme matar. Le digo á usted que no necesito mi dinero; ya me lo devolverá usted, pardiéz, se lo presto á usted.

Federico, á quien apretaba la necesidad, acabó por tomar sus cuatro mil pesetas. Así que por parte de la Vatnaz, ya no había inquietudes.

Pero Rosanette perdió al poco tiempo su proceso contra Arnoux, y por terquedad, quiso apelar. Deslauriers se extenuaba en hacerla comprender que la promesa de Arnoux no constituía ni una donación, ni una cesión regular; ella ni aun escuchaba, hallando la ley injusta, porque ella era una mujer, era aquello y los hombres se sostenían unos á otros. Por fin siguió sus consejos.

Se violentaba Deslauriers tan poco en aquella casa, que muchas veces llevó á Sénécal á comer. Estas libertades desagradaron á Federico, que le adelantaba dinero y hasta le hacía vestir por su sastre, y el abogado daba sus levitas viejas al socialista, cuyos medios de existencia eran desconocidos.

Habiera querido, con todo, servir á Rosanette. Un día que ella le enseñaba doce acciones de la Compañía del Kaolin (aquella empre-

sa que había hecho condenar á Arnoux por treinta mil pesetas), le dijo:

—¡Pero esto es mal negocio para él; soberbio!

Tenía derecho para citarle por el reembolso de sus créditos; probaría primeramente que venía obligado á pagar todo el pasivo de la Compañía, puesto que había declarado como deudas colectivas deudas personales, que había distraído, en fin, muchos efectos de la Sociedad.

—Todo esto le hace culpable de bancarrota fraudulenta, artículos 586 y 587 del Código de comercio, y le encerraremos, esté usted segura, monina mía.

Rosanette se arrojó á su cuello. La recomendó al día siguiente á su antiguo principal, no pudiendo ocuparse por sí mismo del proceso, porque necesitaba ir á Nogent. Sénécal le escribiría en caso de urgencia.

Sus negociaciones para la compra de un estudio era un pretexto. Pasaba el tiempo en casa del Sr. Roque, donde había empezado no sólo por elogiar á su amigo, sino por imitar sus maneras y lenguaje en cuanto era posible; cosa que le había valido la confianza de Luisa, mientras ganaba la de su padre desencadenándose contra Ledru-Rollin.

Si Federico no volvía era porque frecuentaba el gran mundo; y poco á poco Deslauriers

les contó que amaba á cierta persona, que tenía un hijo y que mantenía una criatura. La desesperación de Luisa fué inmensa, la indignación de la señora de Moreau no menos fuerte. Vefa á su hijo hundido en el fondo de un abismo vago, se sentía herida en su religión de las conveniencias, y experimentaba por ello como una especie de deshonor formal; pero de repente cambió su fisonomía. A las preguntas que le hacían respecto de Federico, contestaba con aire malicioso:

—Va bien, muy bien.

Sabía su matrimonio con la señora de Dambreuse. Se había fijado la época; y hasta pensaba él cómo hacerle tragar la cosa á Rosanette.

Hacia mediados de otoño, ganó ella su proceso relativo á las acciones de Kaolín; Federico lo supo encontrando á Sénecal en su puerta, que salía de la Audiencia.

Habían reconocido á Arnoux cómplice de todos los fraudes; y el expasante tenía tal aire de alegría por ello, que Federico le impidió ir más lejos, asegurándole que él se encargaría de su comisión cerca de Rosanette. Entró en su casa con la cara irritada.

—¡Ya estarás contenta!

Pero ella, sin fijarse en aquellas palabras, le dijo:

—¡Mira! Y le enseñó á su hijo acostado en

una cuna cerca del fuego. Le había encontrado tan malo por la mañana casa de su nodriza, que le trajo á París.

Todos sus miembros habían enflaquecido extraordinariamente, y sus labios se hallaban cubiertos de puntos blancos, que formaban en el interior de su boca como cuajarones de leche.

—¿Qué ha dicho el médico?

—¡Ah! el médico pretende que el viaje ha aumentado su... no sé ya, un nombre en *itis*... en fin, que tiene una úlcera, una llaga, un cáncer. ¿Conoces tú eso?

Federico titubeó en contestar: «Ciertamente» añadiendo que aquello no era nada.

Pero á la noche, se asustó con el aspecto débil del niño y el progreso de las manchas blanquecinas, parecidas á la putrefacción, como si la vida, abandonando ya aquel pobre cuerpecito, no hubiera dejado sino una materia en que brotara la vejetación. Sus manos estaban frías; no podía ya beber ahora; y la nodriza, otra que el portero había ido á buscar á la aventura en una agencia, repetía:

—Me parece muy caído, muy caído.

Rosanette permaneció de pié toda la noche. Por la mañana fué á buscar á Federico: «Ven á ver; ya no se mueve.» Con efecto, había muerto.

Cogióle ella, sacudióle, apretándole, llamándole por los nombres más dulces, cubriéndole

de besos y de sollozos, daba vueltas extraviada, se arrancaba el pelo, lanzaba gritos, y se dejó caer en el borde del diván, donde permaneció con la boca abierta, y una oleada de lágrimas caía de sus ojos fijos. Luego le sobrecogió un embetamiento y todo quedó tranquilo en la habitación. Los muebles andaban tirados; dos ó tres toallas; andaban también por los suelos; dieron las seis; se apagó la lamparilla.

Federico, mirando todo aquello, creía casi soñar. Su corazón se apretaba de angustia. Parecía que aquella muerte no era más que un principio, y que detrás de ella había una desdicha más grande próxima.

De repente, Rosanette dijo con voz tierna:

—Le conservaremos, ¿no es verdad?

Descabía hacerle embalsamar. Muchas razones se oponían á este propósito. La principal, según Federico, era que la cosa no podía practicarse con niños tan pequeños; valía más un retrato; idea que ella adoptó. Se escribieron dos letras á Pellerin y Delina corrió á llevarlas.

Pellerin llegó á seguida, queriendo borrar con aquel celo todo recuerdo de su conducta. Primero dijo:

—¡Pobre angelito! ¡Ah, Dios mío, qué desgracia!

Pero poco á poco, dominándole el artista, declaró que no podía hacerse nada con aquellos

ojos borrados, aquella faz lívida, que era una naturaleza verdaderamente muerta, que se necesitaría mucho talento, y murmuraba:

—No es fácil, no es fácil.

—Con tal que sea parecido—objetó Rosanette.

—Me río yo del parecido ¡abajo el realismo! El espíritu es lo que se pinta. Déjenme ustedes. Voy á tratar de figurarme lo que esto debía ser.

Y se puso á cavilar con la frente en la mano izquierda, el codo en la derecha; luego dijo de repente:

—¡Ah! una idea ¡un pastel! con medias tintas en color, pasadas casi á flor, puede obtenerse un hermoso modelado, en los bordes solamente.

Y envió á la doncella por su caja; después con una silla á los pies y otra cerca, empezó á trazar grandes rasgos, tan tranquilo como si hubiera trabajado en el modelado. Elogiaba los San Juanitos de Corregio, la infanta Rosa de Velázquez, las carnes lechosas de Reynolds, la distinción de LaUrence, y sobre todo, el niño de largo cabello que está en las rodillas de Lady Glower.

—Y por otra parte, ¿puede darse nada más encantador que esos escorzos? El tipo de lo sublime (Rafael lo ha probado en sus madonas) es quizás una madre con su hijo.

Rosanette, que se ahogaba, salió; y Pellerin dijo al punto:

—¿Sabe usted lo que pasa... con Arnoux?

—No; ¿qué?

—Así debía acabar; eso es aparte.

—Pero ¿qué es ello?

—Quizás a estas horas se halle... Perdóne usted.

El artista se levantó para subir la cabeza del pequeño cadáver.

—¿Decía usted?— repuso Federico.

Y Pellerin entornando los ojos para tomar mejor sus medidas, contestó:

—Decía, que nuestro amigo Arnoux quizás se halle á estas horas preso.

Y después, con aire satisfecho:

—Mire usted un poco. ¿Es esto?

—Sí, muy bien. ¿Pero Arnoux?

Pellerin dejó su lápiz.

—Por lo que he podido comprender, se encuentra perseguido por un cierto Mignot, íntimo de Regimbart, buena cabeza este ¿eh? ¡Qué idiota! Figúrese usted que un día...

—No se trata de Regimbart.

—Es verdad. Pues bien, Arnoux debía reunir para ayer por la noche, doce mil pesetas, sino estaba perdido.

—Puede que haya en eso exajeración—dijo Federico.

—De ninguna manera; me parece el asunto grave, muy grave.

Rosanette volvió en aquel momento con los párpados enrojecidos, ardientes como placas de pintura, se acercó al dibujo y miró. Pellerin hizo un gesto que significaba que se callaba por ella; pero Federico sin hacer caso, añadió:

—Sin embargo, yo no puedo creer...

—Repito que le encontré ayer,—dijo el artista—á los siete de la noche calle Jacob. Hasta tenía su pasaporte, por precaución; y hablaba de embarcarse para el Havre, con toda su gente.

—¡Cómo! ¿con su mujer?

—Sin duda; es demasiado buen padre de familia para vivir enteramente solo.

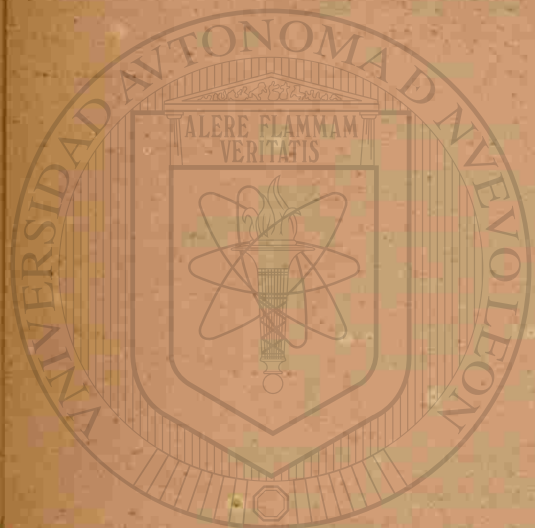
—¿Y está usted seguro de eso?...

—¡Pardiez! ¿Dónde quiere usted que haya encontrado doce mil pesetas?

Federico dió dos ó tres vueltas por la habitación; jadeante, mordiéndose los labios, y por fin cogió su sombrero.

—¿Dónde vas?—dijo Rosanette.

No respondió y desapareció.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



v.

NECESITABA doce mil pesetas, pues de otro modo no volvería á ver más á la señora de Arnoux; y hasta el presente le había quedado una esperanza invencible. ¿No componía ella como la sustancia de su corazón, el fondo mismo de su vida? Permaneció durante algunos minutos vacilante en la acera, muriéndose de angustia, feliz, sin embargo, con no estar en casa de la otra.

¿Dónde encontrar dinero? Federico sabía por experiencia cuán difícil es obtenerlo en el momento, á cualquier precio. Una sola persona podía ayudarle, la señora de Dambreuse, que siem-

pre conservaba en su escritorio muchos billetes de banco, y fué á su casa, diciéndole con tono atrevido:

—¿Tienes doce mil pesetas que prestarme?

—¿Para qué?

Era el secreto de otro, ella quería conocerlo, él no cedió; los dos se obstinaron; por fin, ella declaró que no daba nada antes de saber el objeto. Federico se puso rojo. Uno de sus camaradas había cometido un robo; la suma ha de ser restituida hoy mismo.

—¿Como se llama? su nombre; veamos, su nombre.

—Dussardier.

Y se arrojó de rodillas suplicándola que no dijera nada.

—¿Qué idea tienes de mí?—contestó la señora de Dambreuse.—Cualquiera creería que eres tú el culpable. Acaba con esos aires trágicos. Toma, ahí los tienes y que le aprovechen.

Corrió á casa de Arnoux. El comerciante no estaba en su tienda; pero continuaba viviendo en la calle Paraiso, porque poseía dos domicilios.

En la calle Paraiso, el portero le juró que Arnoux se hallaba ausente desde la víspera; en cuanto á la señora no se atrevía á decir; y Federico subió la escalera como una flecha y pegó el oído á la cerradura. Por fin abrieron. La señora se

había marchado con el señor. La criada ignoraba cuando volverían, sus salarios estaban pagados y ella también se iba.

De repente se oyó el crujir de una puerta.

—Pero ¿hay alguien?

—¡Oh! no, señor, es el viento.

Entonces se retiró. Una desaparición tan rápida tenía algo de inexplicable. Regimbart, que era el fustino de Mignot; podría quizás aclararlo. Y Federico hizo que le llevaran á su casa, en Montmartre, calle del Emperador.

Su casa se hallaba rodeada por un jardincillo, cerrado por una verja, cuya entrada estaba guarnecida de planchas de hierro. Una escalera de tres peldaños en la blanca fachada, y desde la acera se veían las dos piezas del piso bajo, la primera el salón con vestidos sobre todos los muebles, y la segunda el taller donde trabajaban las oficiales de la señora Regimbart.

Todas vivían persuadidas de que el señor tenía grandes ocupaciones, grandes relaciones, que era un hombre enteramente excepcional. Cuando atravesaba el corredor, con su sombrero de alas abarquilladas, su cara larga y seria y su levita verde, interrumpían su labor. Además, no dejaba él de dirigirles siempre alguna frase de estímulo, alguna galantería en forma de sentencia, y luego en sus casas se sentían desgraciadas, porque le miraban como su ideal.

Ninguna, sin embargo, le amaba como la señora Regimbart, personita inteligente que le mantenía con su oficio.

En cuanto el Sr. Moreau dijo su nombre, vino enseguida á recibirle, sabiendo por los criados lo que era para la señora de Dambreuse. Su marido «volvía al instante,» y Federico al seguirla, admiró el aspecto de la casa y la profusión de encerados que allí se veía. Esperó algunos minutos, en una especie de escritorio, donde el ciudadano se retiraba para pensar.

Su acogida fué menos áspere que de costumbre. Contó la historia de Arnoux. El exfabricante de porcelanas había enredado á Mignot, un patriota, poseedor de cien acciones del *Siècle*, demostrándole que era preciso, bajo el punto de vista democrático, cambiar la gerencia y la redacción del periódico; y con pretexto de hacer triunfar su opinión en la próxima junta de accionistas, le había pedido cincuenta acciones, diciendo que las pasaría á amigos seguros, que apoyarían su voto; Mignot no tendría ninguna responsabilidad, no se incomodaría con nadie; y una vez obtenido el éxito, le proporcionaría una buena plaza en la administración de cinco ó seis mil pesetas por lo menos. Las acciones fueron entregadas; pero Arnoux, las vendió inmediatamente, y con el dinero, se asoció á un comerciante de objetos religiosos. Vinieron las

reclamaciones de Mignot, entretenimientos de Arnoux; hasta que el patriota le amenazó con una demanda de estafa, si no restituía los títulos ó la suma equivalente: cincuenta mil pesetas. Federico se manifestó desesperado.

—No es esto todo—dijo el ciudadano—Mignot, que es un hombre excelente, redujo á la cuarta parte. Nuevas promesas del otro, nuevas farsas naturalmente. En resumen, anteayer por la mañana, Mignot le ha exigido que en término de veinticuatro horas le devolviera doce mil pesetas, sin perjuicio del resto.

—Pues yo las tengo—dijo Federico.

—¡Bromista!

—Perdone usted; están en mi bolsillo, las traigo.

—¡Qué deprisa va usted, pardiez! Pero ya no es tiempo, la demanda se ha presentado y Arnoux se marchó.

—¡Sólo?

—No; con su mujer. Les han encontrado en la estación del Havre.

Federico palideció extraordinariamente, le señora de Regimbart creyó que iba á perder conocimiento. Se contuvo y hasta tuvo fuerzas para dirigir dos ó tres preguntas sobre la aventura. Regimbart se entristeció con ella, puesto que en suma, todo aquello perjudicaba á la democracia.

Arnoux había sido siempre desordenado é informal.

—Una verdadera cabeza de chorlito. Quemaba sus fuegos por todos lados. El cotillón le ha perdido. No le compadezco, pero sí á su mujer; porque el ciudadano admiraba á las mujeres virtuosas, y guardaba gran estimación á la de Arnoux. «Ha debido sufrir lindamente.»

Federico le agradeció aquea simpatía, y como si con ella hubiera recibido un favor, le estrechó la mano con efusión.

—¿Has dado todos los pasos necesarios?—le dijo Rosanette cuando volvió.

No se había sentido con valor, contestó, y había andado á la aventura por las calles para aturdirse.

A las ocho pasaron al comedor, pero permanecieron silenciosos el uno enfrente del otro, lanzando á intervalos un proiongado suspiro, y devolvían el plato. Federico bebió aguardiente; sentíase destrozado, aplastado, aniquilado, no teniendo conciencia de nada sino una fatiga extremada.

Fué ella á buscar el retrato. El rojo, el amarillo, el verde y el añil se mezclaban con manchas violetas, formando una cosa repugnante, casi irrisoria.

Además, el muertecito estaba desconocido

entonces. El tono violado de sus labios aumentaba la blancura de su piel; las narices parecían aún más delgadas, los ojos más hundidos, y su cabeza descansaba sobre una almohada de tafetán azul, entre pétalos de camelias, rosas de otoño y violetas; idea de su doncella, y así le habían arreglado ambas devotamente. Sobre la chimenea, cubierta con una mantilla de encaje, había dos candelabros de plata sobredorada y entre ellos ramos de box benditos; en los rincones, en dos vasos, ardían perfumes; todo aquello constituía con la cuna una especie de altar; y Federico se acordó de su velada cerca del señor Dambreuse.

Cada cuarto de hora, próximamente, Rosanette abría las cortinas para contemplar á su hijo, figurándosele algunos meses más adelante empezando á andar, después en el patio del colegio jugando á las barras; luego, á los veinte años, jóven; y todas aquellas imágenes, que se creaba, le parecían otros tantos hijos perdidos, multiplicaba su maternidad por el exceso del dolor.

Federico, inmóvil, en la otra butaca, pensaba en la señora de Arnoux. Iba por el tren, sin duda; con la cara en los cristales del vagón, y mirando al campo que dejaba detrás por el lado de París, ó en el puente de su vapor, como la primera vez que la encontró; pero éste se aleja-

ba definitivamente hacia países de que ya no volvería.

Después veíala en el cuarto de una fonda, con los baules en el suelo, el papel de las paredes en girones, la puerta movida por el viento. ¿Y luego? ¿qué sería de ella? Institutriz, señora de compañía, doncella quizás; entregada á todos los azares de las miserias. Aquella ignorancia de su suerte le torturaba, hubiera debido oponerse á su huida y partir detrás. ¿No era él su verdadero esposo? Y al pensar que ya no la encontraría jamás, que aquello concluyó definitivamente, que la había perdido irrevocablemente, sentía desgarrarse todo su ser, y se desbordaron sus lágrimas acumuladas desde la mañana.

Rosanette se apercibió.

—¿Lloras como yo? ¿Tienes pesar?

—¡Ah, sí, lo tengo!..

Y la estrechó sobre su corazón, sollozando ambos así abrazados.

La señora de Dambreuse también lloraba, acostada en su cama boca abajo y con la cabeza entre las manos.

Olimpia Regimbart había venido aquella noche á probarla su primer traje de color, le había contado la visita de Federico, y hasta que tenía dispuestas doce mil pesetas con destino al Sr. Arnoux.

—¡Así, aquel dinero, su dinero, era para impedir la marcha de la otra, para conservarse una amante!

Primero sintió un acceso de rabia, y resolvió arrojarle como un lacayo. Abundantes lágrimas la calmaron; valía más guardárselo todo, no decir nada.

Federico al día siguiente trajo las doce mil pesetas. Rogóle ella que las retuviera si las necesitaba para su amigo, y le preguntó mucho acerca de aquel caballero. ¿Quién le había impulsado á un tal abuso de confianza? Una mujer indudablemente; las mujeres os arrastran á todos los crímenes.

Aquel tono de sarcasmo, descompuso á Federico, que experimentó un gran remordimiento por su calumnia. Lo que le tranquilizaba era que la señora de Dambreuse no podía conocer la verdad. Ella fué terca, sin embargo, en el asunto, volvió á informarse de su camaradita, y después de otro, de Deslauriers.

—¿Es hombre seguro é inteligente?

Federico le elogió.

—Ruégale que se pase por mi casa una de estas mañanas; desearía consultarle para un negocio.

Había encontrado un rollo de papeles que contenían los pagarés de Arnoux perfectamente protestados y en los cuales aparecía puesta la

firma de la señora. Eran aquellos que motivaron la visita de Federico en cierta ocasión al señor Dambreuse, á la hora del almuerzo; y aunque el capitalista no quiso perseguir el reembolso, hizo que el tribunal de comercio, no sólo condenara á Arnoux, sino á su mujer, que lo ignoraba, porque su marido no había juzgado conveniente advertírselo.

Aquella era un arma, no tenía duda la señora de Dambreuse. Pero su notario quizás le aconsejara la abstención; prefería alguien oscuro, y se acordó de aquel pobre diablo, de cara imprudente, que le había ofrecido sus servicios.

Federico cumplió cándidamente su encargo. El abogado quedó encantado por entrar en relaciones con señora tan principal, y acudió.

Anuncióle que la sucesión pertenecía á su sobrina, motivo de más para liquidar aquellos créditos que reembolsáfa, deseando confundir á los esposos Martinon con los mejores procedimientos.

Deslauriers comprendió que allí se ocultaba un misterio, y reflexionaba al mirar los pagarés. El nombre de la señora de Arnoux, por ella misma trazado, le puso ante su vista toda su persona y el ultraje que de ella recibiera. Puesto que la venganza se presentaba, ¿por qué no ejercerla?

Aconsejó, pues, á la señora de Dambreuse

que hiciera vender en subasta los créditos desesperados que dependían de la sucesión. Un testafarro los compraría bajo cuerda y ejecutaría los embargos. El se encargaba de proporcionar aquel hombre.

Hacia fines del mes de Noviembre, Federico pasaba por la calle de la señora de Arnoux, alzó la vista hacia sus ventanas y percibió un anuncio contra la puerta en que se leía: «Venta de un rico mobiliario, consistente en batería de cocina, ropa de cuerpo y mesa, camisas, encajes, enaguas, pantalones, cachemiras francesas y de la India, piano de Erard, dos baules de roble Renacimiento, lunas de Venecia, cacharros de la China y el Japón.»

—¡Es su mobiliario!—se dijo Federico; y el portero confirmó sus sospechas. En cuanto á la persona que disponía la venta, lo ignoraba; pero el letrado Berthelot daría quizás aclaraciones.

El oficial ministril no quiso al principio decir qué acreedor perseguía la venta y Federico insistió. Era un señor Sénacal, agente de negocios; y Berthelot llevó su complacencia hasta prestar su periódico *Los pequeños anuncios*.

Federico, al llegar á casa de Rosanette, lo tiró abierto sobre la mesa.

Lee.

—Bien y qué?—dijo con fisonomía tan placida que Federico se exasperó.

—Déjate de fingimientos.

—No te comprendo.

—¿Eres tú la que haces vender el mobiliario de la señora de Arnoux?

Volvió ella á leer el anuncio.

—¿Dónde está su nombre?

—Es su mobiliario, repito, y lo sabes mejor que yo.

—¿Qué me importa todo eso?—dijo Rosanette encogiéndose de hombros.

—¿Lo que te importa? Que te vengas, nada más. Este es el resultado de tus persecuciones. ¿No la has ultrajado hasta el punto de ir á su casa? Tú, una nadie. ¡La mujer más santa, más encantadora y la mejor! ¿Por qué te encarnizas en arruinarla?

—Te aseguro que te equivocas.

—Vaya, ¿como si no hubieras puesto por delante á Sénecal?

—¿Qué necesidad!

Entonces le arrastró el furor.

—Mientes, mientes, miserable, Estás celosa de ella. Posees una condena contra su marido y Sénecal se ha mezclado ya en tus negocios. Detesta á Arnoux y vuestros dos odios se entienden. He visto su alegría cuando ganaste tu proceso del Kaolin, ¿lo negarás esto?

—Te doy mi palabra...

—Conozco bien tu palabra.

Y Federico le recordó sus amantes por sus nombres, con detalles circunstanciados. Rosanette, enteramente pálida, retrocedía.

—¡Eso te asombra! Tú me crefas ciego porque cerraba los ojos. Bastante hay por hoy. Nadie se muere por las traiciones de una mujer de tu especie. Cuando se hacen demasiado monstruosas se separa uno de ellas; sería degradarse el castigarlas

Ella se retorció los brazos.

—Dios mío, ¿quién lo ha cambiado?

—Nadie más que tú misma.

—Y todo esto por la señora de Arnoux...— exclamó llorando Rosanette.

El contestó friamente:

—Jamás he amado sino á ella.

A este insulto sus lágrimas se detuvieron.

—Eso prueba tu buen gusto. Una persona de edad madura, la tez color de regaliz, la cintura maciza, ojos grandes como ventanillos de bodega y como ellos vacíos. Puesto que eso te agrada, vé á reunirte con ella.

—Eso es lo que esperaba, gracias.

Rosanette permaneció inmóvil, estupefacta por aquellas maneras extraordinarias. Dejó hasta que la puerta se cerrara; pero, después, de un salto le cogió en la antesala y rodeándole con sus brazos, le dijo:

—Pero estás loco, estás loco, esto es absurdo;

te amo; y suplicaba: ¡En nombre de nuestro hijo!

—Confiesa que has sido tú la autora del golpe— dijo Federico.

Ella protestó aún de su inocencia.

—¿No quieres confesar?

—No.

—Pues bien; adios y para siempre.

—Escúchame,

Federico se volvió.

—Si me conocieras mejor, sabrías que mi resolución es irrevocable.

—¡Oh, tú volverás a mí!

—¡Jamás!

Y hasta hizo crugir la puerta violentamente.

Rosanette escribió á Deslauriers que tenía necesidad de él inmediatamente. Llegó cinco días después, una noche; y cuando le hubo ella contado su ruptura, dijo:

—¿No es más que eso? ¡Gran desgracia!

Creyó ella al principio que podría llevarle á Federico; pero ya estaba todo perdido. Había sabido, por su portero, su próximo matrimonio con la señora de Dambreuse.

Deslauriers le predicó, se mostró hasta singularmente contento, bromista; y como era demasiado tarde, pidió permiso para pasar la noche en una butaca. A la mañana siguiente, volvió á marcharse á Nogent, advirtiéndole que no

sabía cuándo se verían de nuevo; de allí á poco tal vez ocurriera un gran cambio en su existencia...

Dos horas después de su ida, la villa estaba en revolución. Decíase que Federico iba á casarse con la señora de Dambreuse. En fin, las tres señoritas Auger, no creyéndolo, se trasladaron á casa de la señora Moreau, quien confirmó la noticia con orgullo. El tío Roque se puso malo al saberla. Luisa se encerró, y hasta corrió el rumor de que estaba loca.

Sin embargo, Federico no podía ocultar su tristeza. La señora de Dambreuse para distraerle, sin duda, redobló sus atenciones. Todas las tardes, le paseaba en su carruaje, y una vez que pasaban por la plaza de la Bourse, tuvo la idea de entrar en el hotel de ventas, por entretenerse.

Era el 1.º de Diciembre, el mismo día en que debía verificarse la concienzuda á la señora de Arnoux. Recordó él la fecha y manifestó su repugnancia, declarando el sitio intolerable, en razón á la muchedumbre y al ruido; ella deseaba dar un vistazo solamente. El cupé se detuvo y fué preciso seguirla. ®

Veíanse en el patio lavabos sin palanganas; trozos de butacas, cestas viejas, tientos de porcelana, botellas vacías, colchones, y algunos hombres de blusa ó con levitas súcias, entera-

mente grises de polvo, de figura innoble, varios de entre ellos con sacos de lienzo á la espalda, hablaban en distintos grupos ó se llamaban tumultuosamente.

Federico objetó los inconvenientes de ir más allá.

—¡Ah, bah!

Y subieron la escalera.

En la primera sala, á la derecha, algunos caballeros, con un catálogo en la mano, examinaban los cuadros; en otra, se vendía una colección de armas chinas; la señora de Dambreuse quiso bajar. Miraba los números de encima de las puertas, y le llevó hasta el extremo del corredor hacia una pieza llena de gente.

Inmediatamente reconoció el los dos armarios del *Arte Industrial*, su mesa de labor, todos sus muebles.

Encajados en el fondo, por hileras, según tamaño, formaban un gran declive desde el suelo hasta las ventanas; y á los demás lados de la habitación los tapices y las cortinas colgaban derechas á lo largo de las paredes; debajo, había una especie de gradería ocupada por algunos pobres viejos que dormitaban. A la izquierda, estaba un escritorio, donde el comisario, de corbata blanca, blandía suavemente un martillito; un joven escribía á su lado, y más bajo que ellos, un robusto mozo, de pié, mitad comisio-

nista, mitad comerciante de contraseñas, preguntaba los muebles que se vendían. Tres mozos los ponían sobre una mesa que rodeaban, sentados en fila, prenderos y revendedores. La gente circulaba por detrás de ellos.

Cuando Federico entró, las enaguas, los fichús, los pañuelos y hasta las camisas, habían pasado de mano en mano y vuelto á pasar; á veces se tiraban desde lejos, y cosas blancas atravesaban por el aire repentinamente. Luego se vendían sus vestidos, después uno de sus sombreros, cuya pluma rota colgaba, después sus pieles, tres pares de botinas; y la distribución de aquellas reliquias, en que confusamente hallaba las formas de sus miembros, le parecía una atrocidad, como si estuviera viendo cuervos destrozando su cadáver. La atmósfera de la sala, enteramente cargada de alientos, le asfixiaba. La señora de Dambreuse le ofreció su frasco; se divertía mucho, según decía.

Se exhibieron los muebles del cuarto de dormir.

El Sr. Berthelmot anunciaba un precio; elregonero, en seguida, lo repetía más fuerte; y los tres comisarios esperaban tranquilamente el golpe del martillo para llevarse el objeto á una pieza contigua. Así desaparecieron unos tras de otros, el gran tapiz azul sembrado de camelias que sus menudos piés hollaban cuando venía á

recibirle; la pequeña mecedora de tapicería en que se sentaba él cuando estaban solos; las dos pantallas de la chimenea, cuyo marfil se había hecho más suave al contacto de sus manos; una bola de terciopelo, aun erizada de alfileres. Ibanse con aquellas cosas partes de su corazón y la monotonía de las voces mismas, de los mismos gestos, le cansaba, ocasionándole un aturdimiento fíebre, una desolación verdadera.

Un crujido de seda se oyó á su lado; Rosanette le tocaba. Había tenido noticia de aquella venta por Federico mismo. Pasado su dolor, formó la idea de sacar provecho de allí; venía, pues, á verlo, con un chaleco de raso blanco con botones de perlas, vestido de volantes, muy ceñidos los guantes, con aire de vencedora. El palideció de cólera; ella miró la mujer á quien acompañaba.

La señora de Dambreuse la reconoció, y durante un minuto se contemplaron de arriba abajo, escrupulosamente para descubrir la falta, la tara; envidiando quizás una la juventud de la otra, y ésta despechada por el extremado buen tono, la sencillez aristocrática de su rival. Por fin, la señora de Dambreuse volvió la cabeza con sonrisa de insolencia inexplicable.

El pregonero había abierto un piano ¡su piano! De pie como estaba hizo un acorde con la mano derecha, y anunció el instrumento por

mil doscientas pesetas, después bajó á mil, á ochocientas, á setecientas.

La señora de Dambreuse, con alocado tono, se burlaba de la cosa. Colocaron luego delante de los prenderos un cofrecillo con medallones, con cantoneras y cerraduras de plata, el mismo que había él visto en la primera comida de la calle Choiseul, que después estuvo en casa de Rosanette, y volvió á poder de la señora de Arnoux. Muchas veces, durante sus escursiones, se fijaban en él sus ojos; se hallaba unido á sus más queridos recuerdos, y su alma se deshacía de ternura, cuando de repente dijo la señora de Dambreuse:

—Mira, voy á comprarlo.

—Pues no es muy curioso —contestó Federico

Ella lo encontraba, por el contrario, muy lindo, y el pregonero elogiaba la delicadeza.

—Una alhaja del Renacimiento, ochocientas pesetas señores; casi todo de plata. Con un poco de blanco de España, brillará mucho.

Y como ella se entrara adonde estaba la gente, dijo Federico:

—¡Qué idea más singular!

—¿Te molesta?

—No; ¡pero qué puede hacerse con ese *bibelott*!

—¡Quién sabe! Quizás meter en él cartas amorosas. Con una mirada que hacía más clara la alusión.

—Razón de más para no despojar de sus secretos á los muertos.

—No la creía yo tan muerta. Y añadió distintamente: 880 pesetas.

—Lo que haces no está bien hecho—murmuró Federico.

Ella se reía.

—Pero, querida amiga, es el primer favor que te pido.

—¿Sabes que no serás un marido muy amable?

Alguien acababa de subir la postura; ella levantó la mano: «900 pesetas».

—Novecientas pesetas—repetía Berthelot.

—Novecientas diez... quince... veinte... treinta...—gritaba el pregonero, recorriendo la concurrencia con la vista, y un movimiento brusco de cabeza.

—Pruébame que mi mujer es razonable—dijo Federico. Y la arrastró suavemente hacia la puerta. El comisario seguía.

—Vamos, vamos, señores, novecientas treinta. ¿Hay comprador por 930?

La señora de Dambreuse, que había llegado al dintel, se detuvo y en voz alta dijo:

—Mil pesetas.

En el público se sintió como un estremecimiento, y el silencio sobrevino.

—¡Mil pesetas, señores, mil pesetas! ¿Nadie

dice nada? ¿nadie? ¡mil pesetas! «Adjudicado.»

El martillo de marfil bajó. Ella dió su tarjeta y le enviaron el cofrecillo, metiéndolo en su manguito. Federico sintió que un gran frío le atravesaba el corazón.

La señora de Dambreuse no había dejado su brazo, y no se atrevió á mirarle de frente hasta la calle donde esperaba su coche. Metióse en él como un ladrón que huye, y cuando se sentó volvióse á Federico, que tenía su sombrero en la mano.

—¿No sube usted?

—No, señora.

Y saludándola friamente, cerró la portezuela y dió la señal de arrancar al cochero.

Al principio experimentó un sentimiento de alegría y de independencia reconquistada; de orgullo por haber vengado á la señora de Arnoux sacrificándole una fortuna. Después se admiró de su acto y un cansancio sumo le aburría.

A la mañana siguiente su criado le contó las novedades. Se había decretado el estado de sitio, la Asamblea disuelta, y una parte de los representantes del pueblo en Mazas. Los negocios públicos le dejaban indiferente, tan preocupado estaba con los suyos.

Escribió á algunos proveedores para dar contraorden en muchos encargos relativos á su ma-

trimonio, que al presente se le presentaba como innoble especulación; aborrecía á la señora de Dambreuse porque había estado á punto de cometer, por su causa, una bajeza. Olvidaba á la Mariscala, ni aun se inquietaba por la señora de Arnoux, no pensando más que en sí propio, perdido en las ruinas de sus sueños, enfermo, lleno de dolor y desaliento, y su odio al ficticio medio en que había sufrido tanto, anheló la frescura de la yerba, el reposo de la provincia, una vida soñolienta pasada á la sombra del techo natal con corazones inocentes. El miércoles por la noche salió, por fin.

Grupos numerosos ocupaban el bulevar. De cuándo en cuándo una patrulla los disolvía; pero detrás de ella volvían á formarse. Hablaban libremente, vociferábanse contra la tropa gracias é injurias, y nada más.

—¡Cómo! ¿es que la gente no se bate?—dijo Federico á un obrero.

El hombre de blusa contestó:

—No somos tan brutos para hacernos matar por los burgueses. Que ellos se arreglen.

Y un caballero gruñó, sonriendo de través al arrabalero:

—¡Canallas de socialistas! Si pudieran exterminarse esta vez!

Federico no comprendió nada de tanto rencor y tanta tontería. Su disgusto por París au-

mentó; y á los dos días se marchó á Nogent en el primer tren.

Pronto desaparecieron las casas, se ensanchó el campo. Solo en su coche, con los pies en el asiento, rumiaba los acontecimientos de los últimos días, todo su pasado, trayéndole el recuerdo de Luisa.

—¡Esa me amaba, esa! He hecho mal en no aprovechar esa dicha. ¡Bah! no pensemos más en ella. Pero cinco minutos después, añadía:

—¿Quién sabe, sin embargo?... más tarde ¿por qué no?

Su sueño, como sus ojos, se perdían en vagos horizontes.

—Era inocente, una aldeana, casi una salvaje. ¡Pero tan buena!

A medida que adelantaba hacia Nogent, se aproximaba á ella. Cuando atravesó las paredes de Sourdan, la vió bajo los álamos como en otro tiempo, cortando juncos á orillas del agua; llegaron y bajó. Apoyóse de codos para volver á ver la isla y el jardín en que se habían paseado un día de sol; y el aturdimiento del viaje y del aire libre, la debilidad de sus recientes emociones, le causaba una especie de exaltación y se dijo:

—Quizás haya salido. ¡Si fuera á su encuentro!

La campana de Saint-Laurent sonaba; y en

la plaza, delante de la iglesia, había grupos de pobres y una calesa, la única del país (la que servía para las bodas). De repente, bajo el pórtico, en una oleada de burgueses de corbata blanca, aparecieron dos recién casados.

Creó en una alucinación; pero no; era ella, Luisa, cubierta del velo blanco que caía de sus cabellos rojos hasta los talones; y él era Dés-lauriers, con casaca azul bordada de plata, traje de gobernador. ¿Por qué no?

Federico se ocultó en el ángulo de una casa para dejar pasar el cortejo. Avergonzado, vencido, aplastado, se volvió al ferrocarril y entró de nuevo en París.

El cochero de alquiler le aseguró que se habían levantado barricadas desde el Chateau-d'Eau hasta el Gimnasio, y tomó por el barrio San Martín. En la esquina de la calle de Provençe, Federico echó pie á tierra para ir á los bulevares.

Eran las cinco y caía una menuda lluvia; los burgueses ocupaban la acera del lado de la Opera; las casas de enfrente estaban cerradas; nadie en las ventanas. Por toda la anchura del bulevar, galopaban los dragones, inclinados sobre sus caballos y el sable desenvainado; viéndose á la luz de los faroles de gas, las crines de sus cascos y sus grandes capas blancas, retorcidas y movidas por el viento en sus espaldas. La

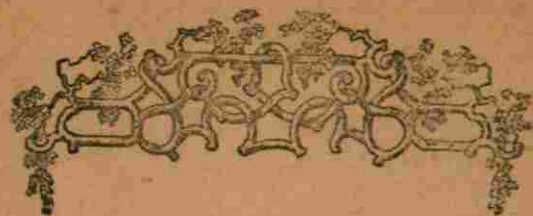
muchedumbre los contemplaba en la bruma, muda, aterrada.

Entre las cargas de caballería, surgían escuadras de policías, para obligar á la gente á que se marcharan por las calles.

Sobre las escaleras de Tortoní, un hombre, Dussardier, notable desde lejos por su alta estatura, permanecía quieto como una caríatide. Uno de los agentes que iba á la cabeza, con un tricornio sobre los ojos, le amenazó con su sable. El otro entonces, adelantando un paso, se puso á gritar:

—¡Viva la República!

Cayó de espaldas y con los brazos en cruz. Un ahullido de horror se escuchó en la muchedumbre; el agente se abrió un círculo á su alrededor con la vista, y Federico, atónito, reconoció á Sénecal.



VI

Viajó.

Conoció la melancolía de los transportes, el frío despertar bajo una tienda, el aturdimiento de los paisajes y de las ruinas, la amargura de las simpatías interrumpidas.

Volvió.

Frecuentó la sociedad, tuvo otros amores nuevos. Pero el recuerdo continuado del primero, se los hacía insípidos; y además, la vehemencia del deseo, la flor misma de la sensación estaba perdida. Sus ambiciones intelectuales habían disminuido igualmente. Pasaron algunos años, y soportaba la ociosidad de su inteligencia y la miseria de su corazón.

Hacia fines de Marzo de 1867, á la caída de

la noche, estando sólo en su gabinete, entró una mujer.

—¡La señora de Arnoux!

—¡Federico!

Cogióle ella de las manos, le atrajo dulcemente hacia la ventana y sin dejar de mirarle, repetía:

—¡Es él, sí, es él!

En la penumbra del crepúsculo, no percibía él más que sus ojos bajo el velillo de encaje negro que cubría su rostro.

Cuando hubo depositado en el borde de la chimenea una carterita de terciopelo granate, sentóse. Permancieron ambos sin poder hablar sonriéndose uno á otro. Por fin, dirigióle él multitud de preguntas sobre ella y sobre su marido.

Vivían en el fondo de Bretaña, económicamente, y para pagar sus deudas. Arnoux, casi siempre enfermo, parecía ya un viejo. Su hija casó en Burdeos, y su hijo se hallaba de guarnición en Mostaganem. A seguida levantó ella la cabeza y dijo:

—Pero le veo á usted y soy dichosa.

El no dejó de decirle que á la noticia de su catástrofe había acudido á su casa.

—Lo sabía.

—¿Cómo? Le había visto en el patio y se cultó.

—¿Por qué?

Entonces con voz emocionada y con largos intervalos entre sus palabras, dijo:

—Tenía miedo. Sí... miedo de usted, de mí.

Aquella revelación le produjo como una sensación de voluptuosidad. Su corazón palpitaba fuertemente; ella añadió:

—Perdóneme usted si no he venido antes. Y designando la carterita granate cubierta de palmas de oro: «La he bordado para usted expresamente. Contiene aquella suma á que debían responder los terrenos de Belleville.

Federico le agradeció el recuerdo, sintiendo que se hubiera molestado.

—No, no he venido por eso. Deseaba esta visita, después me volveré... allá.

Y le habló del sitio en que habitaba. Era una casa baja, de un solo piso, con un jardín lleno de enorme box y una doble avenida de castaños que cubrían hasta la cima de una colina desde donde se veía el mar.

—Voy á sentarme allí, en un banco que he llamado el banco de Federico.

Después se puso á mirar los muebles, los *bibelots*, los cuadros, ávidamente, para conservar todo en su memoria. El retrato de la Mariscala estaba medio tapado por una cortina. Pero los dorados y los blancos, que se destacaban en las tinieblas, la llamaron la atención.

—Me parece que conozco á esa mujer.

—Imposible—dijo Federico.—Es una pintura italiana antigua.

Confesó ella que deseaba dar una vuelta por las calles, de su brazo, y salieron.

Las luces de las tiendas iluminaban, por intervalos, su pálido perfil; la sombra les envolvía nuevamente; y en medio de los carruajes, de la gente y del ruido, iban sin distraerse de ellos mismos, sin oír nada, como los que van juntos por el campo, sobre un lecho de hojas muertas.

Volvieron á contarse sus días pasados, las comidas de tiempos del *Arte Industrial*, las manías de Arnoux, su manera de estirar las puntas del cuello postizo, de aplastar el cosmético en los bigotes, otras cosas más íntimas y más profundas. ¡Qué encanto sintió él la primera vez, oyéndola cantar! ¡Qué bella estaba el día de su santo, en Saint-Cloud! Le recordó el jardinito de Auteuil, las noches de teatro, un encuentro en el bulevar, antiguos criados, su negra.

Admirábase ella de su memoria. Sin embargo, le dijo:

—Algunas veces, las palabras de usted llegan hasta mí como eco lejano, como el sonido de una campana arrastrada por el viento; y me parece que está usted allí, cuando leo pasajes de amor en los libros.

— Todo lo que en ellos se censura como exa-

jerado, me lo ha hecho usted sentir—dijo Federico.—Comprendo los Werther que no gustan de los dulces de Carlota.

—¡Pobre amigo querido!—Y empezó, añadiendo, después de un prolongado silencio:

—No importa; nos hemos amado mucho.

—¡Sin pertenecernos, sin embargo!

—Quizás valga eso más—contestó ella.

—No, no. ¡Qué felices hubiéramos sido!

—¡Oh! ya lo creo, con un amor como el de usted.

Y debía ser muy grande para durar después de tan larga separación. Federico le preguntó cómo lo había descubierto.

—Fué una noche que me besó usted la muñeca entre el guante y la manga. Y me dije: «Pero me ama... me ama.» Tenía miedo de asegurarme, sin embargo. ¡La reserva de usted era tan encantadora que gozaba con ella como homenaje involuntario y constante!

De nada se quejaba él; sus sufrimientos de otro tiempo quedaban pagados.

Quando entraron en casa, la señora de Arnoux se quitó el sombrero. La lámpara colocada sobre una consola, alumbró sus cabellos blancos. Aquello fué un golpe en medio del pecho. Para ocultarle aquella decepción, se echó en el suelo á sus piés, y cogiendo sus manos se puso á decirle ternezas.

—La persona de usted, sus menores movimientos me parecían tener en el mundo una importancia sobrehumana. Mi corazón, saltaba como polvo á los pasos de usted. Me producía usted el efecto de un rayo de luna en noche de estío, cuando todo es perfumes, dulces sombras, blancuras, infinito; y las delicias de la carne y del alma se hallaban contenidas para mí en su nombre de usted, que me repetía procurando besarlo con mis labios. No imaginaba un más allá. Era la señora de Arnoux tal como era usted, con sus dos hijos, tierna, seria, linda hasta deslumbrar y tan buena! Esa imagen borraba las demás; ni siquiera pensaba en ellas, puesto que yo tenía en el fondo la música de la voz y el esplendor de los ojos de usted.

Aceptaba ella con encanto aquellas adoraciones para la mujer que ya no era ella. Federico, embriagándose con sus palabras, llegaba á creer lo que decía. La señora de Arnoux, con la espalda vuelta á la luz, se inclinaba hacia él, que sentía sobre su frente la caricia de su aliento, y á través de sus vestidos el indeciso contacto de todo su cuerpo.

Sus manos se estrecharon; la punta de su bata se veía un poco por debajo del traje, y le dijo casi desfallecido:

—La vista del pie me perturba.

Un movimiento pudoroso la hizo levantarse.

Después, inmóvil y con la singular entonación de los sonámbulos, añadió:

—¡A mi edad! ¡é! ¡Federico!... Ninguna mujer ha sido jamás amada como yo. No, no, ¿para qué sirve ser joven? Me burlo de eso, las desprecio, á todas esas que vienen aquí.

—¡Oh! Aquí no viene nadie—contestó complacientemente

Su rostro se dilató, y quiso saber si se casaría. Juró que no.

—¿De veras? ¿por qué?

—Por usted—dijo Federico estrechándola en sus brazos.

En ellos permaneció, con el cuerpo hacia atrás, la boca entreabierta, los ojos alzados. De repente le rechazó con un aire de desesperación; y como él le suplicara que correspondiera, le dijo bajando la voz:

—Hubiera querido hacer á usted feliz.

Federico sospechó que la señora de Arnoux había venido para ofrecerse, y se sintió cogido por un afán más fuerte que nunca, furioso, rabioso. Sin embargo, experimentaba algo inexplicable, una repulsión, y como el horror de un incesto. Otro temor le detuvo, el de un disgusto futuro. Además ¿qué obstáculo sería aquéllo y á la vez por prudencia y para no degradar su ideal, dió media vuelta y se puso á liar un cigarrillo. Contemplábale ella maravillada.

—¡Qué delicado es usted! ¡No hay otro como usted, no hay otro!

Dieron las once.

—¡Ya! —dijo, —al cuarto, me iré.

Volvió á sentarse; pero observaba el reloj ella y él continuaba paseando y fumando. Ambos no encontraban ya nada que decirse. Hay un momento en las separaciones, en el que la persona amada no está ya con nosotros.

Por fin la aguja pasó veinticinco minutos y cogió su sombrero por las cintas lentamente.

—Adiós, amigo mío, querido amigo. Ya no volveré á ver á usted. Era esta mi última visita de mujer. Mi alma no le abandonará...

Que todas las bendiciones del cielo sean con usted. Y le besó en la frente como una madre. Pero pareció que buscaba algo y le pidió unas tijeras. Deshizo su peinado, todos sus cabellos blancos cayeron y se cortó de raíz, brutalmente, un gran mechón.

—Consérvelos usted, adiós.

Cuando salió, Federico abrió su ventana, la señora de Arnoux, en la acera, llamó un coche que pasaba, subió y desapareció, y eso fué todo.



VII

A principios de aquel invierno, Federico y Deslauriers hablaban en el rincón del fuego, reconciliados una vez más, por el fatalismo de su naturaleza que les obligaba á reunirse siempre, y amarse.

El uno explicaba sucintamente su ruptura con la señora de Dambreuse, que había vuelto á casarse con un inglés. El otro, sin decir cómo fué su matrimonio con la señorita Roque, contaba que su mujer, un hermoso día, se había escapado con un cantante. Para lavarse un poco de aquel ridículo se había comprometido en su Gobierno por exceso de celo gubernamental, y le habían destituido. Después fué jefe de colonización en Argelia, secretario de un bajá, gerente de un periódico, corredor de

de anuncios, para concluir, empleado de lo coatencioso en una compañía industrial.

En cuanto á Federico, habiéndose comido las dos terceras partes de su fortuna, vivía modestamente.

Después se informaron mutuamente de sus amigos.

Martinon era ahora senador.

Hussonet ocupaba un alto cargo, donde tenía á su disposición todos los teatros y toda la prensa.

Cisy, metido en la religión y padre de ocho hijos, habitaba el castillo de sus abuelos.

Pellerin, después de haber caído en el furrierismo, la homeopatía, las mesas giratorias, el arte gótico y la pintura humanitaria, se hizo fotógrafo, y sobre todas las paredes de París se le veía representado de frac negro con un cuerpo minúsculo y una cabeza gorda.

—¿Y tu íntimo Sénecal?—preguntó Federico.

—Desapareció: no sé. ¿Y tu gran pasión, la señora de Arnoux?

—Debe de estar en Roma con su hijo, teniente de cazadores.

—¿Y su marido?

—Murió el año pasado.

—Calla—dijo el abogado. Y después, dándose un golpe en la frente, añadió:

—A propósito, el otro día, en una tienda, he

encontrado á aquella buena Mariscala, llevando de la mano á un muchachito que ha adoptado. Es viuda de un tal Oudry, y muy gorda ahora. ¡Qué decadencia! ¡Ella que antes tenía una cintura tan delgada!

Deslauriers no ocultó que se aprovechó de su desesperación para asegurarse de ese detalle por sí mismo. «Como tú, además, me lo habías permitido...»

Aquella confesión era una compensación al silencio que guardaba respecto de su tentativa cerca de la señora de Arnoux, que Federico le hubiera perdonado, puesto que no la logró.

Aunque un poco mortificado con el descubrimiento, hizo como que se reía; y la idea de la Mariscala le recordó á la Vataaz. Deslauriers no la había visto jamás, como tampoco á otras muchas que iban á casa de Arnoux; pero se acordaba perfectamente de Regimbart.

—¿Vive aún?

—A penas. Todas las noches, regularmente, desde la calle de Grammont hasta la calle Montmartre, se arrastra por delante de los cafés, debilitado, doblado, vacío, un espectro.

—¿Y Compain?

Federico lanzó una exclamación de alegría, y rogó al exdelegado del Gobierno provisional que le explicara el misterio de la cabeza de vaca.

—Esa es una importación inglesa. Para parodiar la ceremonia que los realistas celebran el 30 de Enero, los independientes fundan un banquete anual en que se comían cabezas de vaca y en que se bebía vino tinto en crancos de vaca brindando por el exterminio de los Estuardos. Después de *Thermidor* los terroristas organizaron una cofradía enteramente semejante, lo que prueba que la tontera es fecunda.

—Me pareces muy tranquilo en la cosa política.

—Efecto de la edad—dijo el abogado.

Y resumían su vida; que ambos habían disipado: el que soñó con el amor y el que soñó con el poder. ¿Cuál era la causa?

—Quizás sea la falta de línea recta—expuso Federico.

—Para tí, quizás. Yo, por el contrario, he pecado por exceso de rectitud, sin tener en cuenta mil cosas secundarias, más fuertes que todo. Yo he tenido demasiada lógica; tú demasiado sentimiento.

Y acusaron á la casualidad, á las circunstancias, á la época en que nacieron.

Federico añadió:—«No era esto lo que pensábamos en Sens, cuando tú en aquel tiempo querías hacer una historia crítica de la Filosofía y yo una gran novela estilo Edad Media sobre Nogent, cuyo asunto encontré en Froissard: «De

cómo los Sres. Brokars de Fenestranges y el obispo de Troyes asaltaron al Sr. Eustaquio d'Ambrecicourts, ¿te acuerdas?

Y al exhumar su juventud, á cada frase se decían: «¿Te acuerdas?»

Volvían á representars: el patio del colegio, la capilla, el locutorio, la sala de armas al pié de la escalera, figuras de peones y discípulos, uno llamado Angelmarre, de Versalles, que se cortaba trabillas de las botas viejas, el Sr. Mirbal y sus patillas rojas, los dos profesores de dibujo lineal y del gran dibujo, Varaud y Suriret, siempre disputando, y el Polaco, el compatriota de Copérnico, con su sistema planetario de cartón, astrónomo ambulante, cuya sesión se había pagado con una comida en el refectorio; después una terrible francachela en paseo; las primeras pipas que fumaron; las distribuciones de premios; la alegría de las vacaciones.

Fué en las de 1837 cuando estuvieron en casa de la Turca.

Llamaban así á una mujer cuyo verdadero nombre era Zoraida Turc; y muchas personas la creían una musulmana, una Turca, cosa que aumentaba la poesía de su establecimiento, situado á orillas del agua, detrás de la muralla; hasta en pleno estío había sombra alrededor de su casa, que se conocía por una vasija de peces encarnados junto á un tiesto de reseda sobre

una ventana. Señoritas de camisola blanca, con pómulos enharinados y largos pendientes, golpeaban los cristales cuando por allí se pasaba, y á la noche en el dintel de la puerta cantaban bajito con ronca voz.

Aquel sitio de perdición proyectaba en todo el distrito un escándalo fantástico; designándole por medio de perifrasis: «El sitio que usted sabe, una cierta calle, debajo de los Puentes.» Las labradoras del contorno lo temían por sus criadas; porque la cocinera del señor subgobernador había sido sorprendida allí; y era claro, la secreta obsesión de los adolescentes...

Pues bien, un domingo, durante las vísperas, Federico y Deslauriers que se habían dado cita y rizado previamente, cogieron flores en el jardín de la señora de Moreau, salieron á los campos, y después de un gran rodeo por las viñas volvieron por la Pêcherie y se deslizaron en casa de la Turca.

Federico presentó su ramo como un enamorado á su novia; pero el calor que hacía, la aprensión de lo desconocido, una especie de remordimiento, y hasta el placer de ver de una sola ojeada tantas mujeres á su disposición, le conmovieron de tal modo, que se puso muy pálido y permaneció quieto y sin decir nada. Todas reían, contentas por su confusión; creyendo que se burlaban de él, escapó; y como Federico

tenía el dinero, Deslauriers se vió obligado á seguirle. Se les vió salir y se hizo una historia no olvidada en tres años. Contáronse la prolijamente, completando cada uno los recuerdos del otro, y cuando acabaron:

—Esta es la mejor que hemos tenido—dijo Federico.

—Si, quizás sea la mejor que hemos tenido—repuso Deslauriers.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE FONDO

Calles de Madrid (Las), Revista cómico-lírico-fantástica, extraordinariamente aplaudida, silbada y prohibida en el Teatro Circo de Price. Madrid, 1888, 8.º mayor, 1 pta.

Camberouse. Elementos de Geometría analítica, traducidos por C. Sebastián. Madrid, 1872; 4.º, láminas plegadas, 8 ptas.

Canonge (F.). Historia militar contemporánea (1854-1871), traducida por J. Prats y Jimeno. Madrid, 1885; 2 ts. 8.º, 4 pts.

González Callejo (A.). Lecciones de artes mecánicas, procedimientos industriales y metalurgia especial. Madrid, 1890; 4.º, con grabados, 6 ptas.

Cortés y Morales (D. Balbino). Tesoro de la salud. Novísimo tratado de longevidad humana y el más eficaz sistema para alargar la vida,

con el específico más simple, saludable y barato que existe, compuesto según las doctrinas y preceptos de los eminentes doctores en Medicina Sres. Burggraave y nuestro Ferrer Gorráiz. Madrid, 1875; 8.º 1'50.

Gallard (T.) Lecciones de clínica médica del Hospital de la Piedad de París, vertidas al castellano por Ricardo Martínez Esteban. Madrid, 1880; 4.º, con grabados, 4 ptas.

Hidalgo. Diccionario general de Bibliografía española. Madrid, 1862-71: 7 tomos 4.º, 60 pesetas.

López (D. Eulogio A.). Lecciones de química orgánica, redactadas en vista del programa para ingreso en el Cuerpo de Empleados de Aduanas. Madrid, 1888; 1 t. 4.º con grabados, 6 ptas.

Regnault (M. V.). Curso elemental de química, traducido, aumentado y publicado con la anuencia y cooperación del autor, por el Teniente Coronel D. Gregorio Verdú. Madrid, 1853; t. IV.—Química orgánica, 8.º, 4 ptas.

Rubini. Teoría de las formas en general, y principalmente de las binarias, traducida por don D. E. Márquez y Villarroel. Parte primera. Sevilla, 1885; 4.º, 7 pts.

Ruiz Aguilera (V.). La Arcadia moderna. Elogos é idilios realistas y epigramas. Madrid, 1867; 8.º, 1,50 ptas.

— Poesías. Ecos nacionales. Madrid, 1854; 2 tomos en 1, 8.º, 1,50 pts.

Sac. Tratado elemental de química agrícola. Enseñanza teórico-práctica de la formación composición, análisis y clasificación de las tierras, cuidados especiales de las plantas, cosechas y animales domésticos, etc. Versión castellana de D. Balbino Cortés y Morales. Madrid, 1888; 1 t. 4.º, 5 pesetas.

Sales y Ferré (M.). Historia general. Madrid, 1884; 4.º menor, 5,50 pts.

Saldoni (B.). Diccionario biográfico-bibliográfico de efemérides de músicos españoles. Madrid, 1868-81; 4 tomos 4.º, 12 pts.

Socias (M.). Ordenanzas de S. M. para el régimen, disciplina, etc.; adicionadas con las disposiciones vigentes. Madrid, 1882-85; 3 tomos 4.º, 24 pts.

Tajeas y alcantarillas (Modelos de) para las carreteras, formados por la Comisión de ingenieros de caminos, canales y puertos nombrada en 30 de Agosto de 1858.—Primera parte, en fol., 15 pts.

Villalba y Riquelme (C.). Lecciones de Geografía universal. Madrid, 1884; 4.º menor, láminas plegadas, 4,50 pts.

Villamartin (F.). Obras selectas, con la biografía del autor, por D. Luis Vidart, y un apéndice á las nociones del arte militar, por don Arturo Cotarelo. Madrid, 1883; 4.º m., láminas plegadas, 8 ptas.

Ximénez de Sandoval. Batalla de Aljubarrota: monografía histórica y estudio crítico-militar. Madrid, 1872; 4.º, láms. y planos plegados, 5 pesetas.

Novísimo tratado de Derecho militar, por la redacción de la «Correspondencia Militar.» Segunda edición. Madrid, 1891, 2 tomos, 4.º, 16 ptas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

